

José Manuel Fernández

¿QUIERES SER
MÉDIUM?

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo por escrito de los titulares del copyright.

© José Manuel Fernández

Diseño y Maquetación: José Joaquín Aroca

A todos los médiums, con afecto

Índice

Introducción.....	9
Capítulo 1. Orígenes	13
Capítulo 2. Áureo	21
Capítulo 3. Primera experiencia	25
Capítulo 4. La guardería	31
Capítulo 5. Una niña en el hospital	47
Capítulo 6. Con el abuelo	57
Capítulo 7. En el instituto	73
Capítulo 8. Asamblea estudiantil	93
Capítulo 9. Conversaciones	109
Capítulo 10. Reencuentro	139
Capítulo 11. Psicología espiritual	159
Capítulo 12. Fiesta con sorpresa	173
Capítulo 13. Alcohol	193
Capítulo 14. Verano	213
Capítulo 15. Doña Esperanza	233
Capítulo 16. Don Andrés	245
Capítulo 17. Marcos	257
Capítulo 18. Liberación	285

Introducción

Queridos lectores: a pesar de haber avanzado unos años en el discurrir del siglo XXI, la existencia de los médiums continúa permaneciendo entre las neblinas del desconocimiento. Bien es cierto que en la actualidad, existe una mayor predisposición en general a interesarse por este tipo de fenómenos, dado el impacto que sobre este tema han tenido el trabajo de ciertos investigadores, la expansión de Internet o incluso el cine, al lograr difundir entre millones de personas la atracción por los aspectos espirituales del hombre.

Sin embargo, salvo para los expertos en la cuestión, la confusión sigue siendo la tónica predominante entre la mayoría de la gente que se aproxima al análisis de lo que es un médium y de su función social. La definición que de ellos nos proporciona el diccionario tampoco nos desvela mucho sobre este complejo asunto: “persona a la que se considera dotada de facultades paranormales que le permiten actuar de mediadora en fenómenos parapsicológicos o comunicaciones con los espíritus”.

¿QUIERES SER MÉDIUM?

Determinados individuos mezclan al respecto conceptos provenientes de las distintas religiones, por lo que un médium pasa a revelarse como alguien único dotado de virtudes para guiar a los demás o de pronto, se transforma en un sujeto que simplemente por el hecho de contactar con una dimensión oculta, hay que condenar y apartar de la sociedad, cuando no tomarle por un peligroso perturbado al que hay que controlar. En nuestro entorno occidental, no nos faltan ejemplos históricos de este proceder. Otros atribuyen a los médiums cualidades casi sobrenaturales, aspecto que nada tiene que ver con sus experiencias, pero que les “obliga”, mecidos por el orgullo, a proporcionar mensajes “proféticos” a sus seguidores. Y por supuesto, ya que siguen siendo legión, hallamos a los materialistas, que en su afán por renegar de todo aquello que se salga de sus estrechos parámetros de visión, conceptúan a estos seres de impostores o farsantes, criaturas movidas por intereses espurios que lo único a lo que aspiran es a destacar en su comunidad o a obtener ganancias económicas o fama con el ejercicio de sus supuestos “poderes”.

Como suele suceder cuando pretendemos esclarecer algo, muy probablemente ninguna de estas explicaciones extremas es cierta, resultando lo más conveniente una aproximación prudente y alejada de pasiones a esta clase de hechos. Para el profano, mucha de la confusión tiene que ver desde luego con la trayectoria poco moral o escasamente ejemplar que han presentado ante la sociedad algunos de estos sujetos. Como a veces se ha llegado a afirmar, los principales enemigos de los médiums se encuentran entre ellos mismos. Entre el oscurantismo que presentan un apreciable número de ellos y la tendencia a la distorsión que se produce entre el público cuando no se entiende un fenómeno como la “mediumnidad”, da la impresión de que a veces, continuamos lejos de aclarar esta cuestión y que seguimos perdidos entre las brumas de la ignorancia.

Como estudioso de este fenómeno, os presento una historia, un testimonio al respecto que seguramente servirá para conocer algo más de la realidad que viven este tipo de personas. No se trata de una investigación científica ni de ningún experimento de laboratorio. Queridos lectores, tan solo deseo aportaros el relato de una chica venida al mundo en el sur de España en los años ochenta y que desde muy pequeña, ya daba muestras de un comportamiento cuando menos curioso. Argentea, que es el nombre de nuestra protagonista, nos describe en tono autobiográfico su paso por la tierra que la vio nacer, la de una mujer de su tiempo que podríamos considerar como absolutamente normal excepto por su peculiar habilidad para vivir entre dos universos, el físico y el inmaterial.

Resulta indudable que la mayor parte de la gente no puede observar directamente ese lado intangible con sus ojos ni escucharlo con sus oídos, aunque sí percibirlo o cuando menos intuirlo con ese sexto sentido que habita en sus almas. Con una narración no exenta de humor, ya que Argentea era ante todo un alma alegre, esta joven de nuestra época nos contará sus vicisitudes como criatura que aspiraba a ser como todos pero que en vez de venir al mundo con “un pan bajo el brazo” llegó a su casa con una capacidad singular para distinguir a los espíritus y comunicarse con ellos, aspecto que le hizo crecer a caballo entre la opacidad del elemento material y la sutilidad del plano espiritual.

Ojalá que esta historia contribuya con sus datos a descubrir de alguna forma esa tupida cortina que habitualmente nos separa de ese plano invisible, el cual, aunque no podemos palpar con nuestros dedos, está aquí, junto a nosotros, porque jamás se ha ido y siempre ha existido desde el principio de los tiempos. Además de los sueños y del testimonio ofrecido por esas almas que carecen de soporte orgánico, es curiosamente el fenómeno de la muerte el que nos va a permitir contemplar esa dimensión “desconocida” con todos sus colores y propiedades. Por eso, antes de alcanzar tal

¿QUIERES SER MÉDIUM?

estado al que muchos no quieren ni mencionar pero al que estamos destinados de forma inequívoca, siempre viene bien conocer relatos como el que se recoge en este libro para que nos orienten entre la incertidumbre reinante.

Estimada Argentea, yo te agradezco, al igual que los lectores interesados en estos temas, las lecciones recibidas de tu boca, la memoria regalada de tus hechos, pues quién mejor que tú, médium desde tu tierna infancia, para aclararnos con detalle los pormenores de tu delicada coyuntura. Frente a la confusión y la atrevida ignorancia esgrimida por algunos que se manifiestan como emisarios de extrañas voces y de un más allá para muchos aún desconocido, pero que con su conducta no son ejemplo de nada, yo deposito con cuidado sobre la mesa de la crónica humana tu testimonio de vida y los hechos de los que fuiste protagonista. Y dejo sobre todo, el inmenso amor que mostraste para con todas las criaturas con las que coincidiste, lo que constituye la mejor demostración de que los buenos espíritus y el sentimiento más profundo de compasión fueron tus más leales compañeros. En este sentido, las elocuentes palabras de Jesús al afirmar que “por sus frutos los conoceréis” (Mt 7, 16), cobran hoy una importancia reveladora.

Ahora que ya te instalaste en el verdadero hogar al que todos tarde o temprano regresaremos, te deseo de todo corazón lo mejor en tu nuevo trayecto. Estoy convencido de ello, pues no existe la marcha atrás en el camino evolutivo.

Que Dios te bendiga, amada niña, querida Argentea.

Capítulo I

Orígenes

El otro día estuve realizando cálculos. Me quedé asombrada cuando al final, no sin dificultades, pude comprobar que ya se habían cumplido diez años de mi cambio de residencia. Para mí, ese dato era más relevante de lo que parecía a primera vista. Nadie debe sorprenderse si os explico que no me refiero a una mudanza de casa, barrio o ni siquiera ciudad. En aquella lejana fecha, que la verdad es como si fuera ayer mismo, tan solo fue incinerado en el horno crematorio lo que restaba de mi estructura física, todavía un cuerpo bello, todavía joven, una chica como se suele decir de buen ver, pero que carecía ya de ese soplo de vida que Dios insufla en las criaturas a las que proporciona un vestido de carne destinado tarde o temprano a la corrupción y a la aniquilación.

Por poco que reflexione, siempre alcanzo la misma conclusión: ¿qué es un cuerpo sin su principio rector, es decir, sin el espíritu? Nada. Hasta el mejor bajel, de aquellos que se construían en épocas pasadas y que surcaban los mares en búsqueda de nuevas tierras, no era nada sin su tripulación, sin un intrépido capitán que gobernara su rumbo.

¿QUIERES SER MÉDIUM?

¡Diez años! Es increíble el carácter del tiempo, lo maleable que puede resultar, cómo puede acelerarse o enlentecerse según las circunstancias personales. En mi caso, no albergo dudas, pues las agujas del reloj se movieron a una velocidad enorme o al menos así lo percibí yo en mis adentros, pues qué cierto es que el cronómetro de cada criatura recorre sus tramos con la misma presteza que lo hacen sus pensamientos. ¿Estaré confundida? No, ni mucho menos. Lo que ocurre es que cuando estás pendiente de múltiples cosas, cuando te hallas inmersa en una dura pero absorbente tarea, las horas se convierten en segundos y los días en breves minutos.

Me llamo Argentea. Nací a la carne allá por los años ochenta del pasado siglo XX y como ya habéis podido deducir, me despedí hasta nueva ocasión de vuestro suelo hace ahora casi un decenio. Mi corta existencia transcurrió en el sur de España, donde di mis primeros pasos en una ciudad de mediano tamaño pero donde mil y una peripecias contribuyeron a que mi marcha por allí no tuviera descanso alguno.

Mi nombre no era nada común y de hecho, jamás me encontré con ninguna mujer que se llamara como yo. Mi padre tenía ciertas raíces argentinas, pues sus abuelos que vivieron en ese país y a los que yo nunca conocí, le regalaron de pequeño una equipación del club de fútbol "Boca Juniors" ubicado en Buenos Aires. Eso le marcó mucho, pues él era muy aficionado a ese deporte y cuando era un crío, poseer en España y en aquel período esa indumentaria constituía todo un privilegio ante el que presumir entre sus amigos de la infancia.

Si por él hubiera sido, creo que me habría inscrito en el registro civil con el nombre de "Argentina", tal era la fuerte raigambre que notaba mi progenitor, pero he aquí que esto habría chocado con los intereses de mi mamá, la cual pensaba que existirían otros apelativos con el que bautizar a su niñita, esa precisamente que daba tantas patadas en su barri-

ga. Además, como fémina previsora trataba de impedir que la gente se despidiera en el futuro de su hija expresándole un chistoso “no llores por mí”, como en la canción, lo cual y a la larga, hubiera resultado un tanto cargante. Caramba, con tanto puntapié en la panza que me acogía, parecía que la genética futbolera de mi papá se había traspasado misteriosamente a esa criatura que residía por nueve meses dentro de una tripa cada vez más prominente.

Además de lo expuesto, mi padre tenía otra “obsesión”: era coleccionista de objetos de plata de todo tipo. Organizados en distintas vitrinas, pasaba varias horas durante los fines de semana colocándolos de una manera u otra para probar su correcta posición, limpiándolos hasta quedar como patenas, ordenándolos según su tamaño en una mesa descomunal que había en el salón o clasificándolos por antigüedad según se le viniera a la cabeza. Así, por ejemplo, las piezas más grandes debían permanecer forzosamente al fondo del armario acristalado, situando cerca de la puerta las más pequeñas. Para él, todo esto se transformaba en una especie de ritual en el que emplear su tiempo libre.

Jamás pude imaginarme la enorme paciencia que debía poseer para repetir hasta la saciedad un ceremonial ante el que yo huía despavorida, pues de niña intentó introducirme en el “noble arte” de abrillantar cacharros plateados, faena de la que yo me alejaba a toda velocidad como si me persiguiera el mismísimo diablo. Lo cierto era que bastaba con verle desde el pasillo realizando su acostumbrada tarea, para que yo me diera media vuelta de forma automática y me escondiera, por si acaso me cogía de “ayudanta”. No es que esa extraña afición resultara buena o mala en sí, pero a mí me desagradaba. Mi intuición no me fallaba y ya me advertía por aquel entonces que yo no tenía el temple de mi padre y por supuesto y dado mi carácter, que terminaría por volverme completamente loca envuelta entre los trapos y el olor repugnante de ese líquido que se utilizaba para pulimentar aquella incalculable cantidad de objetos.

¿QUIERES SER MÉDIUM?

Sí, ya sé lo que estáis pensando, que a pesar de lo raro de esa distracción, es mucho peor aficionarse a las visitas al bar, regresar bebido a casa o gastarte el dinero en apuestas en el casino. No lo niego, pero vaya devoción más maniática que desarrolló mi papá. Todo esto tiene su lógica, porque lo que pretendo explicaros es que ese gusto obsesivo por cálices, bandejas y vasijas... eso sí, todos de plata, influyeron decisivamente a la hora de que mi progenitor se decidiera por buscar un nombre adecuado para su hijita. En resumen, dado que mi papá “ganó” finalmente esa apuesta tan típica de los matrimonios para “bautizarme” si yo nacía niña, él se esforzaría en hallar un apelativo para su pequeña pero relacionado con sus obsesiones.

Ya casi con mi cabecita empujando para salir a través del canal de mi mamá, hubo acuerdo entre mis padres para mi denominación. Graciosamente, un día antes del parto, mi madre recordó por casualidad (aunque creo que lo tenía más que planeado) la figura de una santa del lugar que vivió allá por la Edad Media, en concreto en el siglo X. Esa mujer había muerto en plena adolescencia injustificada por defender con todas sus fuerzas su fe cristiana ante el enemigo. La adorable chica, cuyo relato se dividía a medias entre la historia y la leyenda no era otra que Santa Argentea, una joven cuya existencia se desarrolló en la Andalucía musulmana de aquel entonces (Al-Andalus) y que al parecer prefirió entregar su vida a las autoridades árabes del lugar para no renegar de su profunda adhesión a la figura de Cristo.

Al final, ambos estuvieron de acuerdo con la palabra que me identificaría durante toda mi vida y todos en la familia aprobaron, no sin algún pequeño desacuerdo sin la mayor importancia, el rebuscado nombre de Argentea para la mocosa que invadía con su afilado llanto la paz del hogar de los nuevos papás.

Pero claro, “los hombres proponen y Dios dispone”, afirma el antiguo refrán. Lo que quiero deciros es que ese

nombre era demasiado largo en sílabas y hasta complicado de pronunciar para los habitantes de la región en la que vivía. Entonces, se produjo el momento clave. Era yo un bebé cuando la tía Carmen que tenía gran ascendencia sobre la familia, se acercó a mi casa pues venía a ver a su sobrina. En mitad de la merienda no tuvo otra idea que criticar, aunque sin hacer sangre, la ocurrencia de llamarme de ese modo tan raro. Su hermana pequeña, es decir, mi madre, no quiso entrar en discusiones con ella, por lo que solo acertaba a esgrimir pequeñas sonrisas como forma airosa de salir de la encerrona a la que estaba siendo sometida.

En eso estaba cuando para escapar de la presión psicológica, mi progenitora me enseñó para distraerme uno de los cálices de plata que coleccionaba mi padre y que solía estar en la mesa donde se servían el café y los pasteles. Al parecer, el brillo de la copa reluciente debió asustarme bastante y yo, de forma inconsciente, le di un manotazo al objeto tirándolo por sorpresa al suelo. Mi buena mamá se lanzó al piso emulando a algún portero famoso de fútbol para evitar que aquella pieza sufriera el más mínimo accidente. Esto demostró dos cosas: primero y como os dije antes, quedaba claro que mi relación con esos “cacharros” plateados que a mi padre le fascinaban no iba a resultar fluida y segundo, que mi mamá, además de ágil, no deseaba ninguna riña con su marido por si este en su obsesión averiguaba tarde o temprano que uno de sus cálices preferidos había sufrido un ligerísimo roce en su estructura metálica. Dios mío, qué tragedia hubiera resultado eso para mi papá, pero ya veis que para eso estaba allí mi madre, para evitar que eso sucediera.

Sin embargo, el destino de aquel soleado día estaba escrito en el libro de mis incidencias. Mi tía, al observar con los ojos bien abiertos tan curiosa escena, de pronto tuvo una de sus graciosas genialidades. Con cara iluminada y mirada perdida en el vacío, pareció entrar como en una especie de trance místico y por sorpresa, me “rebautizó” de forma definitiva y para siempre. “Tú te llamarás Plata”, expresó como

¿QUIERES SER MÉDIUM?

si hubiera descubierto la presencia de algún alienígena entre nosotros. En verdad, eso era lo que significaba mi nombre original procedente del latín, pero se ve que presenciar la secuencia por la que su hermana menor salvaba aquel cáliz de un perance seguro, debió estimularle no sé qué zona cerebral que le condujo a determinar mi nueva denominación como criaturita en el mundo.

Y ese fue mi popular y famoso apelativo, el que jamás me abandonaría y que se consolidaría con una inusitada fuerza entre todos los que me conocían o los que se encontraban conmigo. Por eso, salvo en actos oficiales, cuando se ponían muy serios conmigo o cuando pretendían mencionarme de una forma muy especial, ya fueran amigos o familiares, siempre se escuchaba “Plata, ven aquí”, “Plata, trae eso”, “Plata, ponte a hacer los deberes” o sencillamente, “Plata, o te estás quieta o te arreo un tortazo”. En otras palabras, lo que se inició como un golpe de ingeniosidad de mi tía Carmen inspirado por no se sabe quién, se transformó en pocas semanas en un apodo que perviviría en el recuerdo de mi existencia y en la memoria de los más cercanos a mí.

Mis padres eran gente normal, salvando por supuesto la obsesión ya descrita de mi progenitor. Después de todo, el pobre no hacía daño a nadie con su juego ritual de ordenar, limpiar y colocar “cuerpos de brillo argénteo”. Ambos eran profesores de instituto, el uno de filosofía y la otra de historia. A pesar de la mujer en la que yo me convertí, ellos siempre me comprendieron, al principio con cierta extrañeza pero luego aplicando todo su amor y respeto por su nena. Hay ciertas cosas que cuando surgen cuesta entender pero que con el tiempo, se aceptan de buena gana. Su hija no iba a ser alguien muy común, pero su cariño se situaría por encima de un fenómeno que se salía y con qué intensidad de las estadísticas más habituales.

Se trataba de dos seres con muchas inquietudes intelectuales, con ánimos de formación continua y de investigar al

ser humano; uno, estudiando la evolución del pensamiento a lo largo de los siglos y la otra, analizando su comportamiento o mejor dicho, sus obras en el transcurso de la crónica de los pueblos. Los dos eligieron disponer de una vida hasta cierto punto cómoda, un trabajo que les atraía profundamente, una salud fuerte y unas aficiones interesantes con las que disfrutaban pero (siempre existe un “pero”), las cosas no siempre se desarrollan como uno desea y dio la casualidad, perdón, quise decir la “causalidad”, de que aparecí yo en el horizonte de sus existencias para alterar sus hábitos. Así fue como todo cambió. Si resultó para bien o para mal, lo dejo al arbitrio del que lea el relato de mis días, pero lo que estaba claro es que su proceder burgués de personas tranquilas, de sana rutina sin ningún contratiempo destacable, se iba a ver notoriamente alterado por la aparición de la pequeña Argentea.

Mi madre tenía cuando se casó ciertas dudas sobre si formar una familia numerosa o no. A los pocos meses de llegar yo al plano terrenal y dado el trabajo que le daba, creo que tomó repentina conciencia de lo que eso podía significar para su camino. De golpe se le quitaron todas las ganas de incrementar su prole. Como ya os habéis dado cuenta, fui hija única, aspecto que se hallaba inscrito tanto en el destino de mis progenitores como en el mío. Bastante tendrían conmigo como para tener que dividir su atención entre otros críos de corta edad.

Capítulo II

Áureo

i Ay, Dios mío, un momento, qué olvido! Me faltaba por citar al ser más importante de todos, para mayor información no de mi mismo ropaje físico, sino del espiritual. Quedaos con este detalle, amigos. Vuestros padres, hermanos o hijos son esenciales, claro, y además llegan a nuestro lado por razones muy concretas. Sin embargo, con ser estas relaciones de parentesco fundamentales, no tienen ni comparación con el vínculo que puedes llegar a desarrollar con una criatura de la otra dimensión. ¡Eh, que leo vuestras caras! ¿No os lo creéis? Bien, no hay problema, de veras. Cuando vayáis descubriendo mi historia quizá varíe vuestro posicionamiento inicial al respecto.

Veamos ¿cómo podría explicarlo? La verdad es que acorde a las tradiciones de cada lugar se le denomina de una forma u otra. Pero ¡qué más da! Lo importante es que tengáis claro que ese ser no se separó de mí ni un instante, salvo las excepciones regladas para este tipo de criaturas, y que me acompañó incluso después de morir a la “ilusión” que supone la vida en la carne. No hablo de “ilusión” porque sea

¿QUIERES SER MÉDIUM?

irreal o falsa sino porque no puede compararse en importancia a la vida auténtica que es la espiritual, aquella en la que se programa o mejor dicho, aquella en la que se adoptan las líneas de actuación fundamentales que has de cumplir en el campo de batalla que constituye la existencia material.

Ambas dimensiones, la física y la incorpórea, son hermanas y se necesitan la una a la otra, se complementan, pero os aseguro que donde se planifica todo es en el Estado Mayor y que este no es otro que el mundo espiritual desde el que os hablo. Dios mío, hay tanta luz tras escapar de los lazos que te atan al cuerpo, aunque esta varíe en intensidad conforme a los méritos acumulados a tu paso por la Tierra, que a una le queda la impresión de que ha vivido en medio de las tinieblas y de que no amanece de verdad hasta que te mueres.

Volviendo a la cuestión, podéis llamarle ángel guardián, custodio, protector, acompañante o simplemente como os resulte más cómodo, pero lo primordial es saber que existe un ser que nos asiste a lo largo de todo el trayecto vital y cuyo influjo resulta más significativo que el de cualquier persona con la que os crucéis en el sendero de vuestra biografía. En mi caso, todo ello respondía a un planteamiento inteligente que no era otro que el de facilitar y apoyar la misión que yo tenía que emprender durante mi estancia entre vosotros.

Ese espíritu que no se separó de mí nunca, se llamaba Áureo. ¿Curioso, verdad? Yo, "Plata" y él, "Áureo". No os riáis por la coincidencia de los nobles metales. Bueno, está bien, la plata es seminoble pero tiene su gracia reunir en el plano material, a mí con un cuerpo físico y a mi buen amigo sin él, a dos seres con nombres tan característicos.

Una vez, él me explicó que su apodo provenía de la época de los romanos, en concreto del siglo I de nuestra era, cuando en tiempos de Augusto había servido como minero en "Las Médulas", una explotación que por el norte de Hispania había sido utilizada para extraer una asombrosa cantidad de oro de aquellas tierras.

Pues bien, mi buen custodio fue tan eficaz en su labor, o sea, en su trabajo como extractor del noble metal, que comenzaron a llamarle “Áureo”, como forma de destacar la habilidad tan especial que tenía para localizar y sacar el oro, tarea que muchos consideraban además de penosa, de mucho riesgo, incluso más que sumergirse en el agua para buscar perlas en medio del mar. Debió ser de tal magnitud la fijación que mi amigo espiritual poseía con aquella época y que como hombre pasó entre vosotros hace veinte siglos, que al día de la fecha él insistía en que su verdadero nombre, aquel por el que todos le conocían, era el de “Áureo”.

Mi querido ángel “dorado” y yo formamos una especie de sociedad de tan solo dos miembros pero que perduró durante todo mi paso por vuestras tierras.

Desde bebé fui una niña un tanto singular. Era muy nerviosa, dormía como por capítulos cortos y durante la luz del día no paraba hasta que las baterías de mi cuerpo se gastaban por completo y caía rendida en la cama. Quizá por esa razón comencé a andar y a hablar pronto, como si tuviera prisa por aprender, por desarrollarme temprano para empezar cuanto antes con mi misión. Con lo tranquilos que eran mis padres, con lo que les gustaba leer, pasear o disfrutar de sus buenos almuerzos, irrumpí yo en sus vidas para dinamitar sus reposados esquemas de comportamiento.

¡Pobres, mejor ni pensar si alguna vez se arrepintieron aunque solo fuera durante unos segundos de haber servido de vehículos para traerme al mundo! Ah, pero ya se habían comprometido conmigo y claro, la firma de un pacto tiene eso, es decir, que los “contratos” se hacen para cumplirlos. De no ser así, qué poca seriedad mostraríamos ante las pruebas del camino. Y es que en caso negativo, a eso se le llama hacer trampas y tal vez esos engaños puedan disimularse en la dimensión física pero siempre son descubiertos cuando alcanzas de nuevo la esfera espiritual, donde la desnudez entendida como que nada puede ser ocultado, hace que sea-

¿QUIERES SER MÉDIUM?

mos transparentes a la vista de los seres más evolucionados que nosotros y que contemplan nuestra andadura.

Esa es precisamente su función, la de velar por nuestros pasos, pues no somos criaturas aisladas que podamos hacer con nuestra vida lo que queramos. Por ley natural, hemos de adaptarnos a unos objetivos programados de crecimiento y desarrollo que laten como un corazón despierto en el interior de cada entidad.

Aquel que piense que esto que he dicho se halla reñido con el libre albedrío, párese y medite sobre el fenómeno. Examinando las cosas con calma y sobre todo con mucha racionalidad, llegará a la conclusión de que somos libres para tomar decisiones, pero que ello, a la larga, no puede ir en contradicción con el objetivo máximo de la existencia: el progreso.

Desde que tuve memoria siempre conservé a mi lado a mi "amigo invisible", ese con el que tanto juguetean y disfrutan los críos más pequeños y cuya presencia los adultos achacan con rapidez a la fantásica imaginación infantil. Yo, la verdad, no sé cómo es cada caso particular pero en el mío, la luminosa sombra de Áureo siempre estuvo presente en cada uno de mis recuerdos. Era algo así como un ser pluriempleado que cumplía las funciones de padre o madre, de hermanito mayor, en fin, de alguien que jugaba conmigo pero que también me daba consejos adaptados a mi edad, me cantaba nanas antes de dormir o incluso me narraba cuentos en mis oídos para relajarme cuando me sentía algo pachucha.

Él no se alejaba de mí y mis ojos, ventanas desde la que mi espíritu se asomaba al escenario del mundo físico, le sonreían en todo momento. Os confieso que nunca supe lo que era la soledad, a pesar de que mucha gente hablaba sobre lo triste que era sentirse solo. Por eso me preguntaba a menudo que cómo era posible ese fenómeno del aislamiento cuando yo estaba permanentemente acompañada.

Capítulo III

Primera experiencia

Mi madre me contó una vez que cuando yo tenía tres años sucedió una cosa muy importante que cambió el rumbo de mis pasos. Claro, yo no lo recordaba, pero ella sí. Aquel día empezó a entender que su hija no navegaría por derroteros conocidos sino por rutas marítimas extrañas en las cuales ni siquiera los marinos más expertos se atrevían a entrar.

Mi tía Carmen, la hermana mayor de mi madre, esa misma que ya conocéis y que aquel día lejano cuando era un bebé me “rebautizó” con mi nuevo nombre de “Plata”, se presentó en casa en una de sus habituales visitas para tomar café. Nos hallábamos solas las tres y tras la merienda, mi tía le comentó a mi mamá que llevaba toda la jornada soportando una jaqueca increíble y que ni siquiera la toma de pastillas había conseguido aminorar tan persistente dolor. Aunque yo estaba distraída en la alfombra manipulando de mil formas diferentes mis casitas de madera, Áureo, con su dulce voz, me deslizó claramente unas palabras en mi oreja para que me acercara a ella y la tocara con mis manos en su cabeza, a fin de que la buena mujer sonriera y se pusiera

¿QUIERES SER MÉDIUM?

contenta. La orden no pudo ser más clara y concisa y yo, evidentemente, la cumplí:

—“Plata quiere tocar a la tita en cabeza y después, risa”
— dije con la inocencia de una cría que tan solo pretendía ayudar.

— Anda, la nena quiere jugar contigo — comentó mi madre —. Lo que faltaba. Con las molestias que tú tienes, Carmen, y encima la niña quiere subirse sobre tus hombros. Anda, pequeña, deja a la tía que hoy no se encuentra bien. Sigue jugando con tus casitas, mi amor, a ver si construyes una bien grande.

— No, no, mami, amigo dice “tocar” tita y ella ríe — insistí con la seriedad que puede mostrar una pequeñaja de esa edad.

— Pues sí que eres obstinada, Plata — comentó Carmen —. Pero hija mía, hoy no es el día, precisamente. Mira, si te parece, en otra ocasión me sentaré contigo y haremos dibujos a colores ¿vale?

Como no pensaban hacerme caso y Áureo me repitió el mismo mensaje, me puse a llorar desconsoladamente. De verdad, no podéis ni imaginar la fuerza que yo podía desarrollar con mis cuerdas vocales cuando berreaba para reclamar algo. Debí gritar tanto que vi a mi madre taparse los oídos como muestra del escándalo que estaba formando en el salón.

— Anda, hermana — intervino mi progenitora con cara de desesperación —, déjala que te acaricie aunque sea un instante o esta mocosa nos va a romper los tímpanos. Pero solo una vez ¿eh, Argentea? No más. (Como os habréis percatado, cuando en casa se ponían serios conmigo me llamaban por mi nombre original y bien deletreado, sílaba a sílaba y entonces ya no era ni Plata, ni Platita, ni Platón sino Ar-gen-te-a).

Mi tía, que se hallaba sentada en el sillón con aspecto de agobio por el carácter retumbante de mis alaridos, se agachó haciendo un esfuerzo hasta que situó su gran cabeza repeinada a la altura de los brazos de su sobrinita. Durante apenas unos segundos le impuse mi pequeña mano blanquita de niña sobre su coronilla. La enorme sorpresa se produjo cuando mi tita retomó su postura original antes de inclinarse sobre mi pequeña silueta. Instintivamente, se llevó su mano a la frente y luego a las sienes para terminar palpándose con extrañeza su nuca.

—Caramba —dijo Carmen con fuerte asombro—. Pero ¿qué ha pasado aquí? ¡Esto es increíble, hermana! No te lo vas a creer, pero ha sido tocarme tu hija y se han disipado como por milagro los terribles dolores con los que llevaba todo el día.

—Ah, muy bien, pues me alegro mucho por ti —le contestó mi mamá—. Verás, ese tipo de molestias surgen sin razón alguna y se van sin decir adiós, por fortuna.

—Sí, ya, es cierto, pero ¿no te parece demasiada coincidencia que un dolor tan tremendo desapareciera justo cuando la niña me ha tocado el pelo? ¿Y además, a qué se refería con eso del “amigo” del que hablaba?

—Ah, claro, la cría tendrá como otros tantos niños su amiguito invisible. Desde luego que a mi Plata no le falta imaginación. Bueno, no sé, yo he visto cómo ella te rozaba con los dedos tu coronilla y ya está. Por favor, no pretendamos sacar las cosas de su contexto.

—Vale, pues será eso, una de las muchas casualidades que se producen a lo largo de un día, aunque esta, desde luego, ya me podía pasar con más frecuencia. Pensándolo bien, esto no es muy normal, porque cuando he padecido esta clase de jaquecas solo se marchaban con lentitud, nunca de golpe como me acaba de ocurrir. En fin, tienes razón ¡qué más da! Lo importante es que me siento completamente res-

¿QUIERES SER MÉDIUM?

tablecida y sobre todo, de muy buen humor. Anda, hermana, ponme otro café que ahora me siento más animada.

Esa lejana tarde de mi infancia, aunque aquellas dos buenas mujeres no se tomaran en serio mi proceder (cosa comprensible como es lógico), constituyó mi verdadero “bautismo de fuego” y supuso el origen de una serie concatenada de hechos similares que ya no tendrían término. Estas acciones formaban parte de mi programación vital, es decir, del conjunto de intervenciones o plan de actuación con el que yo había encarnado en un cuerpo físico y había sido enviada al plano terrenal.

Pero reflexionemos con brevedad sobre este concepto que una no acaba de comprender bien hasta que abandona su envoltura orgánica. Esa “programación” o conjunto de vicisitudes por la que deben pasar los seres que llegan al mundo no son absolutamente invariables. Lo que se halla definido son las líneas maestras a las que no puedes rehusar, pero no los detalles de las mismas. En efecto, entonces ¿para qué estaríamos dotados del libre albedrío? Además, existen otras causas que influyen en la naturaleza de este complejo proceso. Afecta el momento evolutivo en el que se encuentra cada cual dentro de la amplísima escala del progreso y por ende, la posición que desempeñas en ese extenso trayecto. Como espíritus que somos, esta coyuntura nos conduce desde la ignorancia más supina hasta la excelencia más gloriosa, tan solo alcanzada mediante el amor y la inteligencia más sublimes.

Meditando sobre este asunto, llegué a la conclusión de que una vez que nacemos, existen aspectos en nuestra ruta que se pueden cambiar y otros que no. Hay cosas que dependen del libre albedrío del sujeto pero otras, se hallan irremediabilmente marcadas por tus actuaciones del pasado. Perdón por haber omitido el detalle, pero estoy hablando con toda responsabilidad del concepto de reencarnación, fenómeno sin el cual resultaría poco productivo seguir leyendo

lo que aún resta de mi historia y que pretendo explicaros. De verdad, pensad por un momento que en ese trayecto infinito de evolución que constituye la crónica del ser humano, dispusiéramos de una sola vida para completarlo. ¡Qué horror! ¡Y qué triste al mismo tiempo! ¿No es cierto?

¡Disfrutar de una única oportunidad, de una sola! Imaginad, nacer en una región de la Tierra donde no tienes ni siquiera lo más básico para sobrevivir como alimentarte, habitar una vivienda o poder curarte en caso de enfermedad. Muchos exclamarán: “¡Ah, la suerte del porvenir te llevó a venir al mundo allí. Una pena, pero es lo que hay!”. Otros afirmarán: “Oh, los caprichos del azar...no puedes hacer nada salvo resignarte”. Sin embargo, si posees la inmensa “ventura” de nacer en un lugar donde abundan los recursos, donde la gente vive con lo necesario e incluso se puede permitir múltiples actividades de ocio, si cuentas con todo tipo de ocasiones para progresar, estudiar, formar tu espíritu... pues eso, todo parecerá más “sencillo”, pero en los dos casos mencionados tendremos que conformarnos con una explicación basada en los avatares de la diosa fortuna que como el viento, lo mismo te mueve hacia un lado u otro y te deposita en una zona sin previo aviso. Pero ¡qué injusto! ¿No os parece? ¿Cómo Dios, ese Ser perfecto que todo lo gobierna va a permitir que sus criaturas, sus propios hijos, vayan a estar gobernados por la dictadura de la sinrazón?

No, queridos amigos; he estudiado y he visto cosas que me han hecho comprender el sentido de la vida. De alguien inteligente solo pueden provenir actuaciones inteligentes. Gracias a Dios (nunca mejor dicho), gozamos de infinitas posibilidades de vivir todas las veces que hagan falta en este océano de pruebas que supone la misma existencia. En el Norte o en el Sur, en el Este o en el Oeste, como hombres o mujeres, ricos o pobres, intelectuales o analfabetos, saludables o enfermos... hay tantas variantes... Me refiero entonces a un escenario en el que a base de enfrentarte a numerosos desafíos, acabas por aprender y terminas por desarrollar

¿QUIERES SER MÉDIUM?

tanto tu inteligencia, ya que el reto te obliga, como tu aspecto moral, es decir, el que te inclina a obrar de forma recta y honesta.

Es preciso que el ser humano avance en ambos sentidos pues ¿qué sería del conocimiento si este no se dirigiera hacia fines éticos? Salvo para extraer conclusiones aleccionadoras, es casi mejor no mirar hacia atrás en la Historia. Seguro que mi madre os hubiera expuesto multitud de ejemplos de cómo el saber se puede transformar en maldad. Esto, con ser cierto, no invalida de ningún modo la necesidad de aprender, simplemente pone el énfasis en que este sirva para mejorar las relaciones con nuestros compañeros de camino y expandir la caridad entre nosotros, ya que todos vestimos un cuerpo con una misma meta: progresar. El crecimiento ha de ser parejo y como buenos enamorados, sabiduría y moral han de caminar juntas y cogidas de la mano. Siempre en perpetua interacción, ambos factores deben alimentarse el uno al otro, conforme vamos superando los distintos retos que el destino sitúa frente a nuestros ojos. Hecha esta consideración, continúo con el relato de mi agitada infancia.

Capítulo IV

La guardería

A los pocos meses de mi sorprendente experiencia con mi tía Carmen y próxima a cumplir mis cuatro añitos, mis padres me llevaron por primera vez a la guardería. Era hora de que me fuera socializando, de que saliera algo más de la seguridad que me proporcionaban las paredes de mi feliz hogar y de que interactuara con otros críos de mi edad. Como sucede en muchos otros casos y al principio, los resfriados y los subidones de fiebre fueron mi mejor “regalo” pero la verdad era que cuanto antes me empezara a codear con mis “iguales” mejor sería para mí.

Antes de proseguir, os debo una explicación. Quiero revelaros un secreto que como tal, ya sé que solo compartiréis con vuestra conciencia. Os preguntaréis que cómo es posible que tenga acceso a recuerdos tan exactos y tan claros, a etapas o detalles de mi historia pasada de los cuales es muy complicado guardar memoria. Cuando se retira el velo que cubre el enigma, todo se revela y lo que antes permanecía como un misterio ahora se transforma por el peso de la razón en algo comprensible. Es muy sencillo. Una de los hechos

¿QUIERES SER MÉDIUM?

más bellos que conservo de mi estado post mórtem es que pude recorrer con toda fidelidad los pasos de mi corto periplo físico entre vosotros. Y es que nada de lo que registran los ojos del alma se pierde, ni el más pequeño fragmento, pues todo tiene su importancia y su significado en el devenir del hombre.

Toda esa información recogida en nuestras retinas se guarda como fiel testigo mudo y es por tanto, un archivo al que puedes acceder en cualquier momento, siempre y cuando mantengas una actitud y una voluntad de aprendizaje con respecto a lo que ha significado aquello por lo que has pasado en el plano material. Tampoco es tan difícil que acontezca este fenómeno. Solo basta el sincero deseo de estudiar el curso de tu trayecto más cercano para ilustrarte sobre el mismo y extraer las consecuencias más positivas de cara a tu posterior avance. Así es, no hay prisa pero tampoco pausa, porque lo cierto es que la vida no se detiene para nadie.

Tu existencia te pertenece, tú has sido el protagonista principal de la misma y es lógico que contemplarla desde otra perspectiva resulte un ejercicio del que se obtiene una enseñanza de incalculable valor. Lo único que ocurre es que te concentras más es en evaluar las incidencias del último capítulo transcurrido en el ropaje orgánico. Venga, estamos en pleno siglo XXI. ¿Acaso no os grabaron alguna vez haciendo o diciendo algo y luego no os sirvió para corregir errores y realizarlo mucho mejor en la siguiente ocasión? Pues se trata de lo mismo, aunque aplicado a un período mucho más extenso cual es el representado por vuestra propia existencia.

Ahora ya lo sabéis. Cuando os despedáis de ese “valle de lágrimas” que muchos aún consideran la vida en el cuerpo, podréis rescatar sin dificultad cualquier episodio de vuestro discurrir por el suelo de vuestro planeta. ¿A que resulta maravilloso? ¿A qué ese miedo a un supuesto vacío o a la nada tras la muerte? Ese temor se desvanece en cuanto alguien os cuenta algo de lo que sucede tras el tránsito. ¡Os lo aseguro,

palabra de médium! Amigos, guardad confianza y sonreíd ante la tiranía del materialismo. ¡Qué le importa al alma ver quemar o enterrar a la jaula que le ha servido de prisión durante años! Ahora se ocupa de surcar el aire hasta el infinito y lo único que le interesa es el vuelo que ha de emprender. Entended que las miras de vuestro espíritu inmortal ya no se sitúan en los restos de sus huesos o de sus cenizas sino en algo mucho más grandioso que constituye su próximo viaje por una dimensión que le es familiar.

Como os decía, con la edad la memoria se vuelve flaca, se ve sometida al olvido o a la aparición de interferencias por los achaques. Mas cuando te desprendes de la envoltura de la carne, surgen ante ti esas imágenes del pasado que jamás se perdieron porque fueron grabadas con asombrosa precisión en las huellas del alma que todos portamos. Recuerdo perfectamente cómo al principio de ingresar en la guardería, mi negativa a salir de la protección que me ofrecía mi hogar me produjo un rechazo absoluto a quedarme allí. Mi respuesta no fue otra que el aislamiento. Las primeras jornadas resultaron terribles y las adorables monjas que regían aquel lugar tuvieron que sufrir el enfado de una cría que como yo, no admitía el hecho de haber sido expulsada durante varias horas al día de aquella habitación de juegos en mi casa, donde ni siquiera precisaba de otros niños para divertirme porque para eso disfrutaba de Áureo.

Mi reacción de inconformismo llevó a las religiosas a estar muy pendientes de mí, pues no deseaban que permaneciera más sola de la cuenta, aunque claro, ellas desconocían mi secreto. Era muy frecuente que me pusiera de cara a la pared, dando la espalda a los otros mocosos diminutos y procediendo a hablar tan solo con mi ángel, como si la compañía de él fuera lo único que me preocupara. Era mi modo más patente de ejercer protesta por un acto que consideraba profundamente injusto. Sin embargo, él trataba de convencerme de lo contrario, de forma que yo me abriera al mundo que se desplegaba ante mis ojos y que en ese momento cons-

¿QUIERES SER MÉDIUM?

tituía el grupo de niños en el que me habían introducido por la fuerza.

Por más que Áureo trataba de insinuarme con sus cálidas palabras la necesidad de jugar, de compartir mis sentimientos con los otros infantes, mi tremenda cabezonería se imponía y me empujaba a no relacionarme con nadie. Debido a mi ensimismamiento, este aspecto le fue comunicado a mis padres, aunque mis cuidadoras tampoco quisieron exagerar la preocupación, atendiendo a que se habían dado casos de esta naturaleza con anterioridad, especialmente en críos que no admitían la separación de su antiguo entorno de protección como resultaba su propio domicilio. Al parecer y según comentaban, la reconducción de mi “soledad” sería cuestión de tiempo, la cual caería por su propio peso y a la que no había que atribuir más importancia. Aún así, entre aquellas hermanas se extendió la convicción de que Argentea, la nueva pequeñaja recién incorporada, tenía bastante “genio”, todo un carácter pese a mis cuatro añitos.

Habiendo transcurrido dos semanas desde mi entrada en aquel “inhóspito” sitio en el que me obligaban a jugar, a comer y a convivir junto a otras criaturas de mi estatura, sucedió un hecho cuando menos curioso. Como yo no deseaba relacionarme con los otros niños, ocurrió algo muy típico en estos casos. Los demás empezaron a hacerme el vacío, ya que me consideraban una nena estúpida y de difícil trato. Por tanto, poco a poco comenzaron a ignorarme.

— ¡Mejor así! — me decía yo en mis adentros —, mientras apretaba mis dientecitos como para darle más seguridad a mi desafiante actitud.

Como os contaba, en medio de ese reto para ver quién daba antes su brazo a torcer, es decir, si el grupo o yo, acaeció que aquella tarde después del almuerzo, Manolito, que era muy terco, se encaprichó con uno de los lápices con los que yo estaba coloreando uno de esos dibujos que hay que rellenar en papel. Se puso a forcejear conmigo y claro, como

ese bruto tenía más fuerza que yo, al final me arrebató el lápiz pero con tan mala suerte que debido al impulso, se cayó hacia atrás y en su intento por recuperar su equilibrio se golpeó en la frente contra la pared que estaba justo al lado de donde nos sentábamos.

Cuando la hermana Angélica que velaba por nosotros contempló la escena y sobre todo, vio el tremendo chichón que le salió a Manolito en su frente, se estremeció de la impresión y se fue corriendo hacia el botiquín que había en el pasillo para coger alcohol con el que limpiarle el hilo de sangre que tenía el crío en su cabecita. Todos nos quedamos paralizados de espanto cuando el pobre de Manolito rompió a llorar como si hubiera visto al mismísimo diablo rondando por la habitación.

Los primeros compases de su concierto para tenor pero sin orquesta fueron tan desgarradores que incluso otros niños, bastante asustados, empezaron a gemir también en muestra de solidaridad con el afectado. Esa boca gigantesca abierta de par en par y esos acordes agudos tan desafinados que salían por su garganta me causaron tanta pena que la compasión se apoderó de todos los rincones de mi ser y entonces, movida por un impulso instintivo, me acerqué a él y le toqué con mi mano derecha justo donde se apreciaba ese enorme chichón que más que un bulto, se asemejaba a una pelota de tenis que le hubieran incrustado desde dentro de su cráneo.

Al momento, algo maravilloso aconteció. La tremenda bola de su frente se desinflamó como por arte de magia hasta desaparecer por completo, el color morado de su herida volvió a su tono ocre original y las gotitas de sangre que habían surgido a raíz del impacto contra la pared se coagularon hasta secarse. Como es lógico, Manolito dejó de berrear al instante. De pronto, se hizo el silencio como cuando en una reunión de adultos está a punto de suceder algo importante. Ignorante de lo sucedido, la religiosa se aproximó con el bote

¿QUIERES SER MÉDIUM?

de alcohol y varias gasas entre sus manos para curar y limpiar al ya recién sanado Manolito. Este, súbitamente aliviado de su descomunal dolor, no tuvo otra ocurrencia que sonreír y acercándose a mí, se inclinó y me dio un beso sobre mi mejilla izquierda que me supo a gloria celestial.

—Pero, pero... Manolito... ¿y tu chichón? —interrogó la monja.

—Ya no duele —dijo con rostro alegre el crío—. Plata me tocó con su mano y me curó. Mira, mira, ya no hay nada en mi frente. Toma, Plata, te doy tu lápiz. ¿Me perdonas? ¿Puedo ser tu amigo? Eres una niña buena y quiero dibujar contigo. Por favor ¿me dejas?

—Sí, vale —contesté convencida—, ya que no esperaba un gesto tan cariñoso de su parte. Vamos a terminar juntos esta casita que hay aquí en el papel. ¿Quieres?

Manolito ni siquiera respondió, sino que emitiendo un sonido de aprobación, se sentó a mi lado, me prestó todo su estuche repleto de lápices de treinta y dos colores y se puso a pintar conmigo tan pegado a mí que nuestros hombros se tocaban.

Como era de esperar, a la hermana Angélica le faltó tiempo para comentarle tan extraordinario suceso a la madre superiora de la pequeña comunidad de religiosas cuya tarea principal era gestionar aquella guardería para párvulos. La mujer, que tendría unos sesenta años, no le atribuyó demasiada importancia a lo que le estaba relatando su subordinada, creyendo quizá que la joven monja había sufrido un ligero fallo en el procesamiento visual de la información. Sin embargo, cuando mi mamá vino aquel día a recogerme, mi cuidadora le contó el extraño lance acaecido con su hija. Fue entonces cuando ella se acordó rápidamente de aquella escena con mi tía Carmen, que por supuesto conservaba en su memoria, y en su cabeza relacionó rápidamente ambos acontecimientos.

Dados mis antecedentes y al no pretender poner en evidencia a su nena, restó importancia a lo que se había producido, comentándole a la monja que quizá no evaluó bien la “gravedad” del chichón que apareció en la frente de Manolito. La primera reacción de Angélica fue escamarse ya que ella estaba completamente segura de lo que había percibido. No obstante, dadas las excusas esgrimidas tanto por su jefa como por mi progenitora, empezó a dudar de su propia versión y de lo que realmente había presenciado. Eso sí, como era muy persistente y metódica, en vez de olvidar el episodio, lo almacenó en su mente a la espera de novedades. La monja, que debía poseer cierta vocación policial en lo más hondo de su personalidad, comenzó a investigarme. Después de todo, era la encargada de vigilar al grupo de críos al que yo estaba asignada y tenía muchas horas al día, desde el lunes hasta el viernes, para observar a una niña como yo con detenimiento.

Pasado un mes desde los hechos, la situación había cambiado como cuando le das la vuelta a un calcetín. Aquel incidente y mi nueva amistad tejida con Manolito, que era un chico que tenía mucha ascendencia sobre el resto, me habían granjeado la amistad y la simpatía de los otros miembros infantiles que rápidamente me buscaban para jugar y compartir sus experiencias. Yo, por mi parte, había eliminado de mi cabeza mi temprano enfado y mis ganas de aislamiento al ingresar en la guardería. Al sentirme aceptada por todos, ignoré la seguridad de mi casa y me dediqué a disfrutar de aquel lugar que se había convertido durante varias horas diarias en mi nuevo hogar, pero ahora asociada a otros amiguitos, además de Áureo, por supuesto.

Tal vez experimentara un ataque súbito de madurez, pero durante esas semanas tomé en mi cabecita una decisión clave: el tiempo que tuviera que permanecer allí lo aprovecharía al máximo, intentando aprender y divertirme todo lo que pudiera. A pocas fechas para la llegada de la Navidad, en la que estaría sin ver a mis compañeros una quincena, una

¿QUIERES SER MÉDIUM?

de mis inseparables más queridas, Violeta, se tiró al suelo de goma sobre el que jugábamos y empezó a temblar al tiempo que movía sus piernas sin poder parar. Cuando Angélica se acercó a ella, comprobó rápidamente que su frente se encontraba ardiendo y que su estado de agitación se debía sin duda a la elevación brusca de su temperatura corporal. Se fue con celeridad a por el termómetro del botiquín y tras esperar un poco, se la oyó decir en voz alta:

— Pero Violeta, hija mía, si tienes casi 39° de fiebre. Voy a avisar a tus padres inmediatamente para que pasen a recogerte y te envíen al médico. ¿Vale, pequeña? Quédate aquí y estate tranquila que ahora mismo vuelvo y me quedo contigo.

Claro que las cosas no pasan por casualidad. Cuando la monja se dirigía hacia el teléfono para realizar la llamada, su mirada se cruzó con la mía y de pronto se detuvo. Pero ¿qué estaría cavilando? Y es que en ese pensamiento detectivesco que ya os he comentado que poseía, debió surgir un chispazo que le hizo recordar el suceso anterior con el bueno de Manolito. Entonces, actuó a su manera.

— Plata, acércate, guapa — me dijo en tono serio—. ¿Tú sabes lo que le ocurre a Violeta?

— Sí, claro — contesté con soltura—. Está malita, por eso se ha tumbado en el suelo.

— Muy bien. ¿Y tú la quieres mucho?

— Claro, hermana, es mi mejor amiga. La quiero muchísimo.

— Mira, escúchame, tienes toda la razón. Ella está enferma porque tiene fiebre, mucho calor en su cuerpo. ¿Lo entiendes, mi amor? Te voy a hacer una pregunta. ¿Tú serías capaz de curarla como hiciste aquel día con Manolito?

— Pero, Angélica ¿eres tú la que quieres que la cure o te lo ha dicho ella?

—Ehhh... bueno, las dos, claro. Ella me ha pedido que te avisara a ti para que le quitaras la fiebre y poder así seguir jugando contigo. Pero yo también deseo que le quites ese calor y los temblores. Entonces, dime, Plata ¿serás capaz de hacer eso por tu mejor amiguita?

—Si Violeta quiere, sí.

—Venga, pues entonces vamos las dos y adelante. Haz lo que tú sabes hacer.

Sin pensar muy bien por qué, rocé varias veces con mis manos la frente de Violeta, sus sienes, su nuca y luego bajé por sus hombros hasta recorrer sus brazos. Por último, como si una fuerza invisible guiara mis dedos, alcancé su barriguita y terminé posando mis palmas sobre su garganta.

Al principio no ocurrió nada especial. Sin embargo, cuando la hermana que se encargaba de nosotros tenía ya el teléfono entre sus manos y se disponía a marcar el número para avisar a los papás de la enferma, mi amiguita dejó de mover sus piernas poco a poco, sus escalofríos desaparecieron, dejó de agitar su cabeza de un lado a otro y por fin, tras un minuto de tensa espera por parte de la monja y del resto de niños que permanecíamos allí en un expectante silencio, se incorporó, se sentó y continuó jugando hasta completar un rompecabezas con todas sus piezas esparcidas por el suelo de goma que nos aislaba del frío de las losas de mármol.

Angélica se dirigió hacia nosotras con toda rapidez y con sus ojos abiertos de par en par como si fueran los de un enorme búho. Entonces, puso su mano en la frente de Violeta...

—¡Ay, Dios mío! Esto no es posible —decía hablando para sí misma—. Pero si esta nena estaba ardiendo hace un instante. Menos mal que no he llamado finalmente a sus padres. ¡Qué ridículo más espantoso habría hecho delante de ellos y cómo se hubiera puesto la superiora conmigo! Vale lo del chichón. Quizá me equivoqué en aquella ocasión y como dijo la madre de Argentea, tal vez erré al calcular la dimen-

¿QUIERES SER MÉDIUM?

sión del bulto en la cabeza de Manolito. Pero... ahora... no hay posibilidad de haberme confundido... Qué pena que mis testigos sean estos pequeñajos fantasiosos a los que nadie creería. Vamos a ver, Plata ¿pero tú quién eres? ¿Qué extraño poder tienes en tus manos que haces desaparecer una inflamación y hasta eres capaz de bajar la fiebre?

— Hermana, no entiendo lo que dices... ¡Por favor, no me riñas! Tú querías que la curara porque ella te lo había pedido y yo lo he hecho. Bueno, en verdad, en verdad... no he sido yo.

— ¿Cómo? ¿Qué pretendes decirme con eso? Has sido tú. Yo lo he visto con mis propios ojos, Plata. Venga, dime la verdad, pequeña, no trates de engañarme. De no ser tú ¿quién iba a ser?

— No, Angélica, no he sido yo — contesté mientras bajaba asustada mis ojos—. A Plata no le gustan las mentiras. Mi mamá siempre me dice que eso está muy mal.

— Vale, mi amor, te creo, estate tranquila. Pero, entonces ¿me puedes explicar lo que acaba de suceder ante mi vista? ¡Mira que si el niño Jesús se está valiendo de ti ahora que está tan cerca la Navidad! ¡No querrás que tu cuidadora piense que se está volviendo un poco loca! ¿A que no?

— Bueno, te lo cuento hermana. Pero solo si me prometes que me guardas el secreto.

— ¿Secreto? Sí, sí, claro, no debes temer nada pequeña. Te doy mi palabra de que esto quedará entre nosotras dos. Nadie más ¿vale? A ver ¿qué es eso que tienes que contarme?

— Acércate a mí, hermana. Es que te lo quiero decir en el oído. Es para que nadie se entere...

— ¿Eh? Bueno, sí, de acuerdo, me acercaré más a ti. Dime, cariño.

— Es que Plata tiene un amigo y...

— ¿Cómo que un amigo?

— Shhh... — mandé callar a la monja mientras me ponía mi dedo índice vertical sobre mis labios — . Que nos van a oír los otros niños...

— Ay, perdóname, mi amor... pero, sigue, sigue...

— Mi amigo es un hombre, es muy guapo y siempre me sonrío. Él cuida de mí y me quiere mucho. Es más alto que tú.

— Ah, muy bien. Entonces lo que quieres decirme es que ese hombre es el que hace las curaciones ¿no es así?

— Sí, eso es. Él se encarga de todo.

— Y una cosa, Plata, ¿puedes decirme cómo se llama ese señor tan misterioso que quita chichones y hace desaparecer la fiebre?

— Es que, verá, hermana... es que no puedo decírselo.

— Vale, lo acepto. Está bien, no me digas su nombre, pero por favor, cuéntame algo de él, lo que sea.

— Él es de oro.

— ¿De oro? ¿Quieres decir que es muy rico o que viste de amarillo? Ah, ya entiendo, es como una estatua de oro, no de piedra, sino de oro.

— No, hermana, él no es una estatua, es como nosotros. Lo que digo es que él brilla como el oro, como ese anillo precioso que lleva la monja mayor.

— Ah, sí, es verdad, tienes toda la razón, Plata. Se trata del anillo que se pone la madre superiora en su mano derecha. Es enorme...

— Sí, sí, esa que habla contigo y te dice lo que tienes que hacer. Bueno, no solo a ti sino también a las otras hermanas.

— ¡Ay, qué graciosa que eres! ¡Caramba con la observación de los niños! Os dais cuenta de todo, hasta de los detalles. Bueno y otra pregunta, pequeña. ¿Puedes contarme cómo es que ese hombre dorado cura a tus amiguitos?

¿QUIERES SER MÉDIUM?

—Sí, es muy fácil. Él me ha dicho que si quería que Violeta se pusiera bien, pues que la tocara por el cuerpo con mis manos. Ya está.

—¿Ya está? ¿Así de sencillo? ¿No ocurre nada más? Tiene que haber algo más.

—No sé. Él siempre está a mi lado. Yo siento como cosquillas por mi espalda o por mis brazos, después en mis manos y se las paso con mis dedos a Violeta, y entonces ella se cura. Ahora ya te lo he explicado, hermana. ¿O no?

—¿Eh? Sí, sí, lo comprendo. Y ¿qué más ocurre, Plata?

—Nada más, él me dice que pare y ya se ha acabado.

—Dime una cosa, pequeña. ¿Desde cuándo tienes a ese amigo tan alto y tan guapo?

—Es que no lo sé. Bueno, sí, desde siempre. Es que nunca está lejos de mí, Angélica. Es como si fuera mi hermanito mayor que cuida de mí en todas partes, aquí, en mi casa o cuando estoy por la calle. Él está más tiempo conmigo que mis papás. No me deja sola nunca. Viene a la “guarda” conmigo, se sienta en el suelo con Plata en mi habitación y me cuenta cuentos o hace casitas en la alfombra junto a mí. Ah, también me dice que deje de comer chucherías y que me beba la leche antes de que se ponga fría, porque si me la tomo caliente soñaré con los angelitos.

—¡Uy, qué entrañable debe ser ese hombre que brilla tanto! Y escúchame, Plata ¿él está aquí ahora o se ha ido después de curar a Violeta?

—¡Pues claro que está aquí! ¿No te he dicho que siempre me hace compañía?

—Caramba, vale. Y... entre nosotras... ¿le puedes preguntar si tiene algo que decirme?

—Sí, Angélica. Él dice que eres muy curiosa, aunque no sé qué es eso.

—Claro, claro... A ver... ¿cómo te explicaría yo eso, pequeña? Es como alguien que le gusta mucho investigar, hacer muchas preguntas, saber de las cosas... pero ya me callo... dile a ese hombre que he captado su indirecta.

—Sí, él dice que no hace falta que me digas a mí nada porque te escucha perfectamente.

—Bien, vale, pues ya no le hago más preguntas. Oye, Plata, una última cosa... ¿no se habrá enfadado tu amiguito conmigo por nuestra conversación?

—Qué va, él siempre tiene una sonrisa en su cara, es muy alegre. Yo nunca le he visto enfadado.

A la jornada siguiente, Angélica me pidió que la acompañara al despacho de la superiora. Lamentablemente, mi cuidadora había roto su promesa y le había contado con todo detalle a la "madre" lo que había sucedido el día anterior. Era como si ella, testigo involuntaria de las dos situaciones, quisiera demostrar el nexo que existía entre lo acontecido con el chichón de Manolito y la desaparición de la fiebre en Violeta. Mientras que yo esperaba en el pasillo jugando con una muñeca de trapo preciosa, tan solo a unos metros, las dos monjas entablaron conversación sobre mí, toda una persona de "relevancia" en la guardería a mis cuatro años de edad.

—Madre, le aseguro que esta cría es un prodigio de la Naturaleza y está justo aquí, entre nosotras. ¿Sabe lo que eso puede implicar? ¡Quién sabe! A lo mejor ese hombre que permanece con ella y que cura es un santo bajado del cielo, o hasta el mismísimo Jesús para dar testimonio de sus milagros.

—Hermana, compostura, a veces no sé dónde tiene usted la cabeza. Me parece que su inexperiencia la está traicionando. Creo además, que esto está llegando ya muy lejos. Imagínese por un momento lo que pensarían los padres de la chiquilla si se enteraran del diálogo que estamos manteniendo, precisamente entre dos religiosas responsables de su educación. Tal vez deba relevarla de su puesto y asignarla a otro

¿QUIERES SER MÉDIUM?

grupo de niños donde no tenga contacto con Argentea. Por otra parte, sepa que la cría puede ser la principal perjudicada de todo este relato fantástico que usted ha sacado a relucir.

—Le juro por Cristo, madre, que no me he inventado nada. ¿Quiere que se lo demuestre? Verá, usted sufre de mala circulación. Casi siempre tiene la pierna hinchada. Tiene que comprobar con sus ojos de lo que es capaz esa pequeña. Estoy convencida de que si esa “enana” aplica sus manos sobre su pierna, usted se curará de inmediato.

—Mire, hermana ¿no se está usted poniendo un poco pesada con este tema? ¿No es usted consciente de que este asunto se escapa a su control? En fin, Angélica, no sé ya qué pensar. A ver, haremos una cosa pero con una condición.

—Lo que usted mande, madre.

—Tráigame a la niña y hagamos un experimento breve. Pero atención, si esto no sale como usted ha dicho, tendrá que olvidarse de Argentea para siempre. ¿Me ha entendido? Para siempre. De no ser así, hablaré con la superioridad y no dude en que solicitaré su traslado a otra casa, donde usted no tenga contacto con más niños, por supuesto. Se lo aseguro.

—Desde luego, madre. No albergue usted la más mínima duda con respecto a mí, aunque sea joven. Le garantizo que jamás me atrevería a comentarle nada si no fuera cierto.

—Está bien. Haga pasar a la cría a mi despacho.

Con rostro de preocupación y sin entender muy bien la contundente reacción de su jefa, la hermana me acompañó hacia aquella estancia en la que había una gran puerta de madera y una mesa tan enorme que nunca antes la había visto de ese tamaño.

—Veamos, pequeña, esto es solo un juego ¿vale? —comentó con una leve sonrisa la madre—. Quería pedirte un favor. Mira, Plata, ¿ves mi pierna derecha? Pues como verás, la tengo hinchada y malita desde hace mucho tiempo y cla-

ro, me duele bastante. Te pregunto, si tú la tocaras ¿podrías curarla como hiciste con tu amiga Violeta?

— Claro, madre, podría hacerlo, pero no lo voy a hacer.

— ¿Cómo? ¿Qué me estás diciendo, niña? ¿Y por qué no?

— Porque mi amigo me cuenta que eso es imposible.

— ¡Ah, sí, tu amiguito! Je, je... entiendo. Pero ¿por qué comenta él eso?

— Porque dice que hay enfermedades que se pueden curar y otras que no.

— ¡Ahhh...! — expresó la superiora con cara de sorpresa —. Caramba, pues sí que es listo ese hombre que va contigo. Oye una cosa, Plata. ¿Tu amigo se llama Jesús?

— Ja, ja, ja... qué risa.

— Pero ¿por qué te ríes de esa forma, niña?

— Es que él dice que te vas a molestar, madre.

— ¿Molestar? ¿Yo? ¿Por qué, Plata?

— Ehhh... bueno, mi amigo me ha dicho que dejes de decir tonterías...

— ¿Cómo que tonterías? No entiendo...

— Sí, porque lo que has hablado antes era una tontería, es eso.

— Vale, chica, comprendo. Bien, entonces ¿tu amiguito no quiere curar a la madre superiora?

— No, ni yo puedo ni mi amigo quiere...

— Correcto, entonces... no pasa nada. Escúchame, Plata, quiero que sepas que esto ha sido solo un juego. Recuérdalo. Todo bien ¿eh? Ahora, Angélica te llevará a clase. Dame un beso, hija. Y usted hermana, busque a otra que la sustituya durante unos minutos y preséntese aquí inmediatamente.

¿QUIERES SER MÉDIUM?

Conducida al aula con el resto de mis compañeros, la hermana Marisa se hizo cargo de los niños por unos instantes. Desconozco el contenido de la conversación mantenida entre la superiora y Angélica, pero una cosa es cierta. Cuando esta regresó a la clase, tenía la pobre muy mala cara, estaba como blanca, como si hubiera recibido el mayor disgusto de su vida, aunque era bastante joven. Curiosamente y en adelante, hasta que finalizó mi estancia en aquella guardería ya al comienzo del verano, jamás se volvió a hablar de lo sucedido. Un velo de oportuno silencio se extendió sobre el hecho de mis supuestas “curaciones” sobre otros críos. En cuanto a mis padres, ninguna información al respecto llegó a ellos, por lo que al menos no tuvieron que preocuparse más por mi relación con mi amiguito invisible, salvo la que había consolidado con él en mi propio hogar. Tampoco supe más de Manolito o de Violeta. Al parecer, al iniciarse el ciclo de educación primaria, terminaron en otros colegios ajenos al mío.

Capítulo V

Una niña en el hospital

Y pasaron los años. Mi estancia en la escuela era absolutamente normal. Tenía muchos amigos. A diferencia de mi entrada en la guardería, donde al principio me aislé en mi soledad y en Áureo para protestar por haber abandonado la seguridad de mi casa, las cosas se desarrollaron de un modo bien diferente. Yo era una chica hasta cierto punto popular. Mis compañeros decían que les caía muy simpática y que cuando se situaban cerca de mí les transmitía energías positivas. Aunque éramos unos simples críos, notaba cómo la presencia continua de mi buen ángel les contagiaba su alegría y su bondad, alimentando entre ellos la sensación de optimismo y de satisfacción por la vida. Hablando más como una adulta, se podía afirmar con rotundidad que mis amigos de colegio se sentían bien conmigo desde un punto de vista psicológico.

Mis calificaciones eran normales, si bien más tendentes hacia el notable que a un simple aprobado. No era mala estudiante aunque no conseguía tampoco obtener unas maravillosas notas. Me mantenía en un nivel aceptable, por el que iba

¿QUIERES SER MÉDIUM?

cubriendo los distintos cursos y materias sin pasar apuros, si bien mis papás se hallaban algo decepcionados, tal vez porque esperaban que su única hija obtuviera algún que otro sobresaliente. Ellos me repetían más de una vez que simplemente con que me pusiera a estudiar algo más de tiempo, yo lograría mejores resultados en los exámenes. Sin embargo, mis miras iban por otras partes. Aunque era aún una niña, lo que más me importaba era que la gente que me acompañaba se hallara bien conmigo. Disfrutaba sabiendo que podía hacer favores a los demás, como quedar con las amigas para estudiar o realizar los deberes de clase, pero también jugando en equipo en las diversas actividades deportivas que se organizaban.

Contando ya con ocho años se produjo un fenómeno cuando menos curioso, pues este hecho propició que se dispararan todas las alarmas en la buena de mi madre. En aquel día, mi abuelo materno que llevaba tiempo viudo, había acudido a la consulta médica tras realizarse unas pruebas. No era muy mayor, pero al parecer desde hacía ya unos meses estaba con fuertes dolores de cabeza y olvidando cosas, cuando hasta hacía poco había manejado muy bien tanto su pensamiento como su memoria.

Como mis padres no tuvieron con quién dejarme, me desplazé con ellos al hospital aunque no me permitieron penetrar en la sala del doctor cuando este les iba a proporcionar los resultados de los análisis a los que se había sometido el abuelo. Cuando todos permanecíamos en la sala de espera, le dije a mi mamá que me acompañara al baño porque no podía aguantar más. Justo después de salir del aseo le comenté:

—Mamá, ¿tú sabes para lo que hemos venido aquí?

—Pues claro, hija. El abuelo aguardaba por el resultado de unas pruebas. La verdad es que últimamente ha dado un bajón en su salud y ha perdido esa lucidez a la que antes nos tenía acostumbrados. No sé, para las personas mayores se hace difícil reponerse de la pérdida de un ser querido próximo, como era su esposa, o sea, tu abuela.

— Ven, anda, siéntate conmigo un momento en este sofá, que te voy a decir lo que pasa.

— ¿Cómo dices, Plata? ¿Qué sabes tú de este asunto? Además, estamos esperando a que nos llamen, me siento un poco nerviosa...

— Tranquila, mami... No vais a entrar hasta que pasen unos minutos y mientras tanto, nosotras podemos charlar sobre esto.

¡Uf! Me acuerdo perfectamente de aquella triste pero inevitable escena. Mirando fijamente a mi madre, la cogí suavemente de las manos y la llamé por su nombre, señal de que algo muy serio tenía que comunicarle.

— Mira, Irene, la enfermedad del abuelo no tiene solución.

— Vamos a ver, Argentea, ¿qué me estás tratando de decir? ¿Estás tonta o acaso has perdido el juicio?

— No, mamá, no he perdido nada, estoy bien, pero más vale que te vayas preparando para lo inevitable.

— Y puede saberse, según tú, ¿qué es lo inevitable?

— Pues claro que sí, que el abuelo se muda de casa.

— Pero ¿qué mosca te ha picado? ¿Va a empeorar tanto que tendrá que venirse a vivir con nosotros?

— No, Irene. Lo que va a ocurrir es que tu padre va a cambiar de mundo. Pasará de estar entre nosotros a viajar a un lugar mucho mejor donde no existen los sufrimientos de aquí.

— ¡Ay, mi Plata! ¿No crees que de nuevo te estás dejando arrastrar por tu portentosa imaginación?

— No, mamá, te aseguro que no me estoy inventando nada.

— Bueno, hija — comentó con socarronería Irene —, a ver si a tu edad, con tan solo ocho primaveras, va a resultar que has logrado conectar con las fuentes de sabiduría universal que te han revelado tal verdad.

¿QUIERES SER MÉDIUM?

— Vale — le respondí —, no he entendido bien lo que has dicho pero si ahora quieres llamar de esa manera tan extraña a mi amigo Áureo, pues muy bien.

— ¿Tu amigo Áureo? Oye, hacía tiempo que no sabía de él. Pensé que con tus sucesivos cumpleaños ese ser “mitológico” se habría esfumado de tu cabeza. Pero ya veo que no, que mi pequeña Plata continúa sumergida en un mundo de hadas y cuentos del más allá.

— Mamá, por favor, no empecemos de nuevo. Tu poca fe no va a hacer que mi ángel se evapore. Él está por encima de eso. Además, tienes que saber que él no se ha ido jamás, que nunca se ha apartado de mi lado. ¿Quieres conocer de veras lo que sucedía? Es muy sencillo. Lo que ocurría es que no pretendía molestarte ni que tomaras a tu única niña como una especie de loca que sufre de... a ver... ah, sí, ya lo recuerdo, de alucinaciones...es que esa palabra la vimos en clase el otro día al realizar una lectura...

— De acuerdo, hija, debes disculparme por mi brusquedad... en fin... es que se me hace tan difícil creer en esas historias que a veces cuentas... Mira, hagamos una cosa que me parece adecuada en estos momentos. Mi niña, yo confío en ti... ¡créeme! Argentea, soy tu madre, la persona que más te quiere del Universo, bueno, tu padre también, pero siempre un poquito menos que yo. Fíjate en mis ojos, sin parpadear, y dime si estás hablando en serio con respecto a lo que me has dicho antes...

— Completamente en serio, mamá...

Por una vez en su vida, Irene debió ver tal sinceridad en el brillo de mis pupilas y en la expresión de mi rostro que de pronto, al contemplarme con detenimiento, unas lágrimas comenzaron a aflorar por sus ojos. Por más que tratara de disimular, ella sabía perfectamente que su hija no le estaba mintiendo pero no cesaría en su afán por comprobarlo...

—Entonces, por favor, dime la verdad. ¿Qué va a pasar con tu abuelo, según tú?

—Mamá, según yo, no. Tan solo me limito a comentar lo que Áureo me dice en la oreja. Pero ¿tan difícil es de comprender? ¿Es que no quieres enterarte o es que para ti es mejor ponerte una venda y permanecer ciega a lo que pasa a tu alrededor? Lo siento en mi corazón, pero tu padre se está muriendo. No le queda mucho de vida entre nosotros. Tiene un tumor cerebral que se le está extendiendo a gran velocidad. Su ciclo ha terminado en la Tierra. No te apures, mamá, ha cumplido bien con su papel; entre otras cosas ha contribuido junto a la abuela a traer al mundo a un ser tan bondadoso como tú. No llores, por favor, te puedo asegurar que donde va estará mejor que en casa y que para nosotros sería una carga muy fuerte atenderle en su estado si su estancia se prolongara por más años en este plano. Ya.

—Ya, ¿qué? No te entiendo, Argentea.

—Que ya he terminado de contarte todo lo que me ha dicho Áureo, mamá.

—¡Dios mío, Plata! ¿Estás aquí? Te veo como ida, como si no me escucharas...

—Pues claro que estoy aquí, solo intentaba prestar atención a lo que mi ángel me decía.

—Caramba, esto es de locura, esto no me puede estar ocurriendo a mí y menos en un hospital. ¿Cómo quieres que crea a una cría que manifiesta estar hablando con su “amigo invisible”? De verdad, sigo sin saber si me estás hablando en serio o en broma.

—Ay, Dios, qué pesada te pones, mamá... yo creía que confiabas en lo que tu nena te contaba. Eres muy cerrada de mollera... no me queda más remedio que demostrarte que te digo la pura verdad... Venga, pregúntame lo que quieras, a ver si te convences de una vez...

¿QUIERES SER MÉDIUM?

— Vale, de acuerdo, pequeña. Veamos ¿qué hecho significativo me ocurrió ayer en clase?

— Que un alumno a primera hora se empeñó en afirmar delante de los demás que la batalla de Covadonga había sido una batalla en toda regla y que tú le explicaste que no negabas su existencia, pero que probablemente debió ser más bien una escaramuza entre don Pelayo con sus caballeros y los musulmanes que habían invadido la península ibérica en el siglo VIII.

— ¡Pero, pero, si es exacto! — manifestó balbuceando Irene —. Eso fue justamente lo que ocurrió. ¡Esto es asombroso! Un momento, te lo pondré más difícil. Esta misma mañana he tenido una tutoría con la madre de uno de mis alumnos de bachillerato. ¿Cómo ha transcurrido la conversación?

— Muy sencillo. Que esa mujer habló todo el tiempo de las malas amistades de su hijo y que últimamente, los sábados llegaba a casa de noche con síntomas de haber estado bebiendo y bastante borracho. Ah, sí... y que eso estaba empezando a afectarle mucho a esa señora.

— ¡Dios! Estoy empezando a volverme majareta yo también. ¡Niña, me has contagiado con tus fantasías! Esto es de manicomio... pero si tú no estabas allí, como es lógico... quizá ese amigo tuyo esté obsesionado conmigo también y me siga... o sea, que él es testigo de todo lo que yo hago y por eso lo conoce...pero ¿qué encantamiento es este? Ay, Plata, me encuentro como don Quijote ante los molinos de viento...

— Tranquila, es mucho más sencillo de lo que te imaginas. Todo en esta vida tiene su explicación. Mamá, no es que él viaje contigo, es que se lo está "chivando" una mujer que tienes detrás, a tus espaldas...

— ¡Ay! — gritó como histérica mi madre mientras daba un salto hacia delante —. ¡Alguien me ha rozado el hombro, te lo juro por lo más sagrado! ¡Ay, qué susto!

—Calma, calma... —le indiqué al tiempo que le tocaba sus manos—. Esa señora solo quería mostrarte su amistad.

—¿Mujer? Pero ¿qué mujer? Yo no veo a nadie aquí conmigo, hija... pero si estamos solas tú y yo...

—Pues claro, mamá. Si la vieras, no estaríamos hablando de este asunto ni tú me pedirías explicaciones... ¿no te parece?

—Pero ¿cómo se llama esa criatura o lo que sea que está detrás de mí? —expresó Irene muy nerviosa.

—Un momento, mamá. Veamos, ¿puedes decirle a tu querida Irene cómo es tu nombre para que al menos sepa quién le guarda las espaldas? —pregunté en voz alta mientras dirigía mi mirada al hombro derecho de mi progenitora.

Tras unos segundos de espera, aquella cuando menos singular conversación, se reanudó entre los cuatro asistentes:

—Irene —afirmé con una sonrisa—, tengo el gusto de presentarte a la madre Margarita, aunque si te resulta más familiar o te sientes más cómoda puedes llamarla simplemente “Marga”.

—¿Marga? Pero ¿quién es esa mujer y qué hace aquí? —inquirió con cierto tartamudeo Irene.

—Pues mira, mamá, ella misma me lo ha resumido a fin de que sepas algo acerca de su origen. Se trata de la madre superiora de un convento que existió aquí en Andalucía, allá por el siglo XVIII. Caramba, me dice que estuvo en el cargo durante más de treinta años y que era una apasionada y una estudiosa de la Historia. Es muy graciosa, porque me comenta riéndose que hoy en día existen muchos más medios para conocer el pasado y la crónica de los pueblos que en su época y que el hecho de que tú te dediques a dar clases de esa asignatura te pone en sintonía con ella.... Un momento, mamá ¿qué es sintonía?

¿QUIERES SER MÉDIUM?

— Bueno, Plata, creo que esa señora se refiere a que las personas que tienen aficiones similares conectan mejor o que se llevan bien entre ellas... me parece que ella alude a eso...

— Sí, es cierto, la monja lo confirma. Ah, también te felicita porque eres una magnífica profesora, que te expresas muy bien en el aula y que tienes un trato muy correcto con los alumnos, que tus explicaciones resultan muy interesantes y... ah, sí y sobre todo, que vela por ti y que te ama muchísimo.

— ¡Argentea! Estoy que no me tengo en pie, como temblando, pero te diré algo: si me estás tomando el pelo como a una cría, te la vas a cargar. ¡Dios mío! ¿Me habrán echado algo extraño hoy en el café?

Ni mi pobre madre, emocionada al máximo y tan turbada como sorprendida, creyó en lo que acababa de decir respecto a su bebida favorita. En verdad, se trataba de una expresión de huida como exclamada para asegurarse de que todo lo que había presenciado constituía la más pura verdad. En el fondo de su ser, aunque todavía se resistiera, se veía obligada a aceptar que lo expuesto por su niña era cierto y que debía cambiar necesariamente sus esquemas acerca de su hija, so pena de seguir negando lo que se correspondía con una evidencia más que contrastada a pesar de que yo solo contaba con ocho años.

De pronto, una potente voz se dejó oír por el pasillo del hospital:

— ¡Irene! — gritó mi padre —. Pero ¿dónde te habías metido? ¡Venga, date prisa, es nuestro turno! ¡Hemos de entrar ya!

— Ya voy, Carlos. Es que estaba hablando con Plata de unas cosas del colegio. ¡Ay, perdóname!

Antes de indicarme que permaneciera en la sala de espera sentada hasta que ellos salieran, mi madre me atrapó el pelo, me miró fijamente a los ojos y me dijo:

—Argentea, como sea verdad todo eso que me has comentado del abuelo ¡te vas a enterar, niña!

Me quedé a solas en la habitación. Debíamos ser los últimos de la tarde porque ya no había más personas por allí pendientes de ser atendidas por el médico, salvo una recepcionista que ordenaba papeles en el mostrador a bastante distancia. Claro, ante lo sucedido, no se me ocurrió otra cosa que ponerme a hablar con Áureo sobre el asunto. Y es que me sentía tan desolada, tan incomprendida... tenía la sensación de que yo era en parte culpable de que el abuelo se fuera a marchar... ¡pero si yo le quería muchísimo!

—Tranquila, mi niña, que no te van a castigar —comentó Áureo—. Tú tan solo te has limitado a describirle a tu madre lo que yo te había adelantado. Nadie puede ser condenado por decir la verdad. Te he invitado a expresar todo eso para que tu familia se vaya haciendo a la idea de quién eres y para qué estás aquí. A veces, a los espíritus no nos queda otro modo de abrir los ojos a los demás que contando cosas que impresionen a los seres de carne y huesos. ¿Me comprendes, pequeña?

—¿Y tú crees que eso va a hacer cambiar a mi madre la idea que se ha formado de mí?

—Seguro, Plata. Tendrías que ver en estos instantes su cara dentro de la consulta. Y eso que aún no ha hablado con tu padre. El hecho de que el doctor le esté confirmando el diagnóstico de todo lo que nosotros sabíamos, hace que su mente se halle más pendiente de la conversación mantenida con su nena que de la enfermedad de tu abuelo.

—Bueno, Áureo, no pasa nada. Tú eres el que entiendes de todo esto. Confío plenamente en ti. Sé que nunca me fallarás. ¿Amigos?

—Por supuesto, por los siglos de los siglos, siempre amigos.

¿QUIERES SER MÉDIUM?

— ¡Venga, Áureo, choca la mano!

— De acuerdo, Plata. ¡Allá voy!

— ¡Uy, qué cosquillitas...!

Capítulo VI

Con el abuelo

Por supuesto que no tomaron ningún tipo de represalia contra mí. Al revés, ya en casa, mi madre me abrazó con una calidez como nunca había sentido y me regaló un dulce y largo beso en el cuello mientras que empapaba mi camisa con sus lágrimas de emoción. Bastaban las explicaciones. Aquella noche, mi mamá se dio cuenta por fin de que aunque solo fuera una chiquilla, yo no mentía acerca de mis visiones, intuiciones o simples comentarios acerca de lo que me comunicaba Áureo. También comenzó a admitir como un hecho consumado la existencia de mi capacidad para traspasar los límites normales de la realidad e incluso anticiparme a los acontecimientos del futuro.

Conociendo a Irene, supe asimismo que a la hora de estrecharme con sus brazos, ya había hablado antes en su habitación con mi padre acerca de lo que le sucedía a su hijita. Sin embargo, mi papá era un personaje tan maniático como prudente y reflexivo. Quizá por ello y atendiendo a sus propios motivos, no me comentó nada de lo ocurrido en la consulta

¿QUIERES SER MÉDIUM?

del hospital, circunstancia que alteró notoriamente la visión que mi familia tenía de mí.

Mi querido abuelo vivió poco más de tres meses. Aunque durante sus últimos momentos en este plano permaneció ingresado en el hospital debido a su tumor y a otro tipo de complicaciones, no hizo falta que nadie me explicara que él ya había abandonado su envoltura orgánica. Aquella tarde de jueves, al ir a la cocina en búsqueda de algo para merendar, tuve una fuerte impresión que además me cogió por sorpresa. Me lo encontré por el pasillo, caminando lentamente y apoyándose en la pared. Se le veía como despistado, sin que supiera muy bien lo que hacer. Mi primer impulso fue hablarle:

— Pero, abuelo ¿qué haces en casa? ¿No te habían llevado la otra semana a la clínica? ¿Te han dado el alta y has venido aquí a ver a la familia?

— Déjale — me interrumpió Áureo —. Es inútil, no va a escucharte. Te estás dirigiendo a su espíritu. Su antiguo cuerpo ya descansa en una cama, cubierto por una sábana blanca. Ya hemos comentado este asunto en otras ocasiones. No hay lugar para el temor ni para la tristeza. Sabes que tan solo se trata de un cambio de residencia y que las personas siguen su vida aunque de un modo diferente.

— Vale, pero ¿por qué no puedo comunicarme con él?

— Es muy sencillo, Plata. Él se halla en estos instantes en plena fase de turbación.

— ¿Cómo? ¿Has dicho “turbación”?

— Sí, eso es. Se trata de un período variable en su duración por el que todas las almas atraviesan una vez que se han despedido de su viejo organismo. Créeme, en su caso, no creo que se prolongue por mucho tiempo. A veces, los espíritus deambulan en sus recuerdos hasta adaptarse al nuevo entorno en el que se van a desenvolver y que no es

otro que aquel en el que yo estoy. Mi niña, ya sabes que yo soy también un espíritu, aunque desde luego, no me acabo de “morir”. Mi misión es otra. Como tu abuelo se halla turbado, está como ensimismado en sus pensamientos mientras que asimila lo que le ha ocurrido y eso puede llevarle unas fechas. Tranquila, él se ha comportado a lo largo de su vida como un buen hombre. Pronto recibirá la correspondiente ayuda que se reserva a este tipo de seres para orientarse mejor en su nueva ubicación. Por eso te he dicho que no podías conversar con él. Sé que te gustaría mucho manifestarle tu amor pero sus oídos están “cerrados” y en estos momentos, se halla recopilando información de su ayer, por lo que solo está receptivo a los “sonidos” de su pasado. Él examina su existencia, esa que acaba de terminar. No te preocupes y sigue con lo tuyo. Tal vez, dentro de poco, puede que converses con él o incluso que le prestes algún tipo de ayuda...

—Gracias, Áureo, ahora me siento más tranquila. Pues muy bien, abuelo. Continúa con la recogida de tus recuerdos, no te molesto más. Que sepas que te quiero mucho y que te deseo toda la suerte del mundo en tu nuevo hogar. Si es como el sitio en el que vive mi ángel, vas a estar de lo más cómodo. Te lanzo un besito con mi mano ¿vale? ¡Muaaa...!

Al cabo de un rato, mi padre se presentó en casa con cara de fuerte angustia. Tras despedirse de la vecina que había cuidado de mí durante unas horas, se arrodilló y me abrazó con ternura.

—Papá, me tenías preocupada, creí que volverías antes y me he cansado de estar aquí sola con Carmen. No ha jugado conmigo y encima se ha puesto a ver la televisión en la salita y yo no tenía ganas de quedarme sentada y aburrirme.

— ¡Ay, hija, cuánto lo siento!

— ¿Y mamá? ¿Por dónde anda?

— Mira, ella sigue en la clínica por un motivo muy grave que ha ocurrido hace un rato.

¿QUIERES SER MÉDIUM?

— Ah, sí, claro. Está allí porque el abuelo se ha escapado del hospital. Se había hartado de permanecer en la cama y está dando una vuelta por fuera.

— No, no es eso, mi niña. Tu querido abuelito se ha ido de viaje, pero para siempre, porque ha fallecido. De verdad que lo siento por ti.

— Sí, te entiendo, él ha dejado su cuerpo arrugado que ahora se quemará, pero eso no importa...

— ¿Qué dices, criatura? ¿Cómo que no importa? No lo capto...

— Digo, papá, que no importa porque hace un ratito se encontraba por este pasillo buscando no sé qué... No pude hablar con él, estaba como un poco confundido pero se le veía tranquilo...

— Caramba, Plata, esto es increíble... me haces emocionarme, pero ahora tengo que tranquilizarme... Bueno, pensándolo bien, no hace mucho que le dijiste a mamá que todo esto iba a ocurrir.

— Ah, sí, ya sé. Me lo comentó Áureo. Venga, ánimo. El abuelo andaba por aquí porque los que acaban de morir suelen ir a sus casas o a sus sitios más queridos para despedirse de la familia o para recordar cosas de su vida. Eso es lo que me ha dicho mi amigo. Supongo que tú sí me crees ¿verdad? A mamá le costó trabajo al principio... verás, ella es un poco cabezota... ya sabes...

— ¿Eh? Bien, yo... la verdad... en fin, sí, hija, te creo. No hace falta ni mirarte a los ojos. Un buen padre se da cuenta de que su hijita no miente por el tono con el que habla. Tu voz me demuestra que me estás contando la verdad, que lo que me has dicho ha salido de tu corazón. No me hacen falta más datos, mi Plata.

— ¡Ay, Carlos! (Con mis padres a mí me sucedía lo mismo que a ellos conmigo, es decir, cuando yo o ellos teníamos

que decirnos algo muy serio los tres utilizábamos nuestros verdaderos nombres). No sabes cómo me alegro. Aunque no te lo parezca, para mí es muy importante que los dos me creáis. Yo no soy una niña mentirosa. Eso sería horrible y no me gustaría que pensarais eso de mí. ¿Lo comprendes?

—Sí, Argentea, lo comprendo perfectamente. Te doy mi palabra como progenitor tuyo que soy y también como profesor de filosofía. ¿Te parece bien?

—Pues gracias de todo corazón, papá, porque no sabes la alegría que me has dado. Y por favor, ¡dile a mamá que no se preocupe por su padre! Me dijo Áureo que mi abuelo había sido una buena persona y que en poco tiempo estaría disfrutando de otra forma de existencia, más cómoda de la que había tenido en estos últimos años, sobre todo desde que se quedó solo. ¿Sabes una cosa, papá? Esa vida, al parecer, es mucho mejor que la de aquí. Creo que no se envejece, ni te salen arrugas, ni te duelen los dientes como a mí. Adonde va, la gente no tiene fiebre ni vómitos, ni tampoco deben guardar cama cuando se ponen malos y es que ¡no se ponen enfermos! ¿Suena bien, verdad?

—Sí, hija sí, suena muy bien. Mi pequeña, eres el sol de esta casa. Con la pena con la que entré al atravesar la puerta... Aquí y ahora, aunque me hayas hecho llorar, tengo hasta ganas de reír. Vamos, ni yo mismo lo entiendo. Parece que ese amigo tuyo transmite una alegría por vivir enorme. Es genial...

—Ah, claro, verás, es que Áureo te ha pasado el brazo por tus hombros y eso siempre anima a las personas. Fíjate, a mí siempre me lo hace cuando me ve triste o aburrída y no sabes lo que me ayuda.

—Bueno, Plata, pues si tú me lo dices con esa mirada de ángel que Dios te ha dado, yo me lo creo. Por cierto, dale las gracias a ese compañero invisible que no puedo observar pero al que he sentido, tal y como tú me has contado. Al me-

¿QUIERES SER MÉDIUM?

nos, me veo como más recuperado después del disgusto que nos hemos llevado con tu abuelo.

Una vez transcurrida toda la agitación que se origina en ese tipo de coyunturas en ocasiones tan especiales y dramáticas, transcurrieron unos diez días desde el acontecimiento. Yo me encontraba estudiando ciencias en mi habitación pues a la mañana siguiente tenía un examen de esa asignatura. Como era de suponer en mí, estaba muy concentrada repasando una y otra vez la materia, pues después de lo sucedido quería animar a mis padres, sobre todo a mi mamá, obteniendo una buena nota en la prueba para que se pusiera contenta y sonriera un poquito más. Cuando ya estaba casi terminando, noté la presencia de una mano que se posó sobre mi hombro derecho para a continuación, darme unos pequeños toques con los dedos como intentando llamar mi atención.

—No, ahora no, Áureo. ¿No ves que estoy memorizando estas tablas? Ya casi he acabado. Déjame, anda, que mañana tendré que responder yo a las preguntas, no tú, que cuando me tocan exámenes en el colegio tú tan solo te limitas a observarme y a permanecer más callado que una estatua de mármol. Y encima, cuando te pido ayuda, me dices que eso sería hacer trampas y que debo ser yo la que aprenda y apruebe por mis méritos.

—Para ya de tanta cháchara contigo misma, Plata ¿es que no me reconoces? ¿Acaso te has olvidado de tu abuelito Matías con el que tanto juegas?

—¿Eh? ¿Cómo dices? —exclamé con un gesto de total sorpresa.

Me di la vuelta rápidamente y al contemplar la figura de mi querido abuelo, le abracé con todas mis fuerzas, al saber que después de lo que le había sucedido había tenido el detalle de visitar a su nieta en mi propio hogar. Como era de esperar, me caí al suelo por el impulso, pues emocionada

como estaba me olvidé por completo de una de las lecciones que me había proporcionado hacía tiempo Áureo, cuando una vez me explicó que la energía de la que se componían los espíritus resultaba traspasable al tacto humano. En fin, cosas de la inexperiencia de una chiquilla pero producto del sentimiento tremendo de alegría que experimenté al ver a alguien tan entrañable para mí.

— Pero ¿cómo estás? ¿Qué haces aún por casa? — pregunté extrañada.

— Pero, pequeña, ¿qué tontería es esa? Si hace un rato te vi por el pasillo... perdona si no te hablé en ese momento, verás... es que estaba tratando de recordar algo importante.

— ¿Un rato, abuelo? Pero si hace ya más de diez días desde que te fuiste del hospital. ¿Es que ya no te acuerdas?

— ¿Qué dices, niña? — manifestó Matías con expresión de completo asombro —. Mira que si mi reloj ha dejado de funcionar y no me he dado cuenta. La verdad es que ahora que lo pienso, el tiempo se me está pasando últimamente a gran velocidad. ¡Uy, qué despiste! ¡Pero si tampoco llevo puesto el reloj! ¿Dónde lo habré dejado? Dios mío, qué cabeza la mía.

— Ah, no te preocupes por eso, olvídalo, ahora no necesitas saber la hora que es... pero, digo yo, que si has venido a buscarme habrá sido por un motivo. Quizá podría ayudarte aunque no sé cómo. Dime, ¿quieres preguntarme por algo?

— Sí, sí, ahora que lo comentas, Plata, verás, quiero que me hagas un favor. Me siento bastante agobiado porque pretendo localizar a tu abuela, llevo tiempo buscándola y no sé dónde se ha metido esta mujer. ¿Será posible? Mira que he dado vueltas por ahí y nada... cuando la encuentre tendré que llamarle la atención. Eso no se hace a un viejo como yo. Bueno, venga, échame una mano que eres muy espabilada ¿tú la has visto por aquí? De verdad, tengo tantas ganas de decirle que me dieron el alta en el hospital... seguro que se pondrá muy contenta cuando se entere...

¿QUIERES SER MÉDIUM?

— Ah, ya te entiendo abuelo, verás, yo no sé cómo ayudarte en esta situación pero no te preocupes porque tengo un amigo que sí puede hacerlo. Gírate a la izquierda, está justo a tu lado ¡mírale cómo te sonrío! Es muy divertido y seguro que va a colaborar en esa búsqueda...

— ¡Caramba, pero si es “chino”! —exclamó Matías con pasmo—. Este señor tiene la piel amarilla, como si fuera de oro. Debe ser oriental, supongo. Pero ahora que me fijo, no tiene los ojos como ellos, rasgados, sino que son normales, bueno, quiero decir como aquí en España. ¡Qué más da! Lo importante es que tienes razón, Plata, es muy simpático y me ha tendido la mano en señal de amistad y eso que no le he visto antes en mi vida. ¡Qué gracioso, me cae bien este hombre! Entonces ¿puede usted cooperar conmigo y con mi nieta para encontrar a mi Mercedes?

— Mira, abuelo Matías, mi amigo, en el que puedes confiar, se llama Áureo. Me ha dicho que le sigas por el pasillo y que en cuanto andes con él unos metros, va a entrar contigo en una habitación que tiene mucha claridad. ¡Ah, me ha comentado también que por fin allí podrás ver a la abuela! ¿Qué tal, más contento?

— Sí, mi amor, no sabes lo que agradezco tu apoyo. No sé por qué, pero estoy pasando por dificultades desde hace un tiempo, ya sabes, olvido cosas, me siento como confuso por dentro, como si me costara horrores recordar algunos datos y a veces, cuando voy caminando por algún lugar, de pronto me pregunto por lo que estoy haciendo. En fin, cosas de la edad, tú ya me entiendes.

— Ya, ya, pero piensa en el momento presente. ¿Ves como no es tan difícil? Tú solo cumple con lo que te indique mi amigo de oro y verás cómo todo se soluciona.

— Vale, Plata. Eres tan buena conmigo que aunque seas una niña y yo un hombre mayor, te voy a hacer caso. ¡Ay, Dios mío, tengo tantas ganas de darle un abrazo a Mercedes

y contarle mis últimas experiencias! ¡Uf, qué nervios! Bueno, ahora que tengo que acompañar a este amable caballero ¿le das un beso a tu abuelito antes de despedirnos?

—Pues claro, Matías.

Al mismo tiempo que él se agachaba, yo me erguía alzando mis talones hasta que llegué a besarle en su mejilla transparente, un gesto que creo que resonó por todos los rincones de la casa.

—¡Ay, qué cariñosa eres y has sido siempre! Ah, mira Plata, menos mal que he podido recordar un asunto importante. Por favor, dile a tu madre que no le dé más vueltas.

—No te entiendo, abuelo.

—Ya, verás, es que ella lleva un tiempo buscando una poesía que yo le escribí cuando me dijo que se iba a casar. Esos versos son de sus preferidos.

—¿Y dónde está ese papel?

—Pero qué olvidadiza que es mi hija. Fue ella la que guardó ese escrito hace años y ni siquiera recuerda el sitio. Escúchame bien, ¿no tiene Irene una caja de palo de rosa de color marrón encima del mueble principal del salón?

—Sí, abuelo, es cierto, pero ahí no está, seguro. He visto a mamá varias veces buscar en ese cofre y no ha encontrado nada.

—Pues claro que sí. Yo era un “manitas” y cuando tu madre era una adolescente, yo le fabriqué con mis propias manos esa caja para que conservara allí sus cosas más íntimas. A esa edad, a mi hija le encantaba guardar pequeños objetos. Si te fijas bien, tiene un doble fondo. Pues justo ahí, se encuentra esa poesía que le dediqué y que quiere encontrar como sea. Pobrecilla, un día de estos va a desmontar hasta la cocina para hallarla. Lo curioso, Plata, es que fue ella misma la que la escondió en ese recoveco para que no se perdiera. Bueno, parece que no soy el único al que la memoria le juega malas

¿QUIERES SER MÉDIUM?

pasadas. Y para colmo, tu madre se acuerda hasta de las batallas medievales que se mantuvieron en todo el reino de Castilla en no sé qué siglo... En fin, cariño, tú se lo dices ¿vale?

— Desde luego, abuelo, confía en mí. Ya me estoy imaginando su cara. Verás qué alegría se va a llevar.

— Gracias, mi querida nieta. Ahora me voy con este amigo tuyo de piel amarilla china pero que habla nuestro idioma. Ha sido toda una suerte dar con él, aunque ahora que lo pienso, ¡vaya nombre más raro que tiene este señor! Es la primera vez que lo oigo... aunque me trae extraños recuerdos...

Una vez que Matías y Áureo se perdieron por el pasillo, no pude esperar más para hablar con mi madre. En unos segundos, me dirigí hacia el salón de la vivienda...

— Mamá ¿qué haces?

— Pues estaba aquí leyendo unos apuntes para un ejercicio que quiero ponerle a mis alumnos mañana en clase. Oye, Plata, por cierto, ¿tú has mirado bien en tu cuarto buscando lo que te dije?

— ¿Te refieres a la poesía del abuelo?

— Sí, desde luego, estoy como loca, a veces me duele hasta la cabeza de tanto pensar y en otras, sospecho que igual la he perdido o se ha extraviado para siempre. ¡Qué rabia!

— Ya, te entiendo. Anda, mamá, coge y abre la caja de madera que el abuelo te regaló.

— Pero, a ver, ¿y tú cómo sabes que mi padre me construyó esa caja? Si me la fabricó cuando yo era un poco mayor que tú, hace un montón de años... Esta niña... Bueno, igual te lo he comentado sin darme cuenta. No sé, a veces no comprendo cómo puedo tener tanta memoria para recordar datos históricos de libros y sin embargo, para los de mi propia casa soy tan torpe, tan despistada... Oye, ¿no te habrá vuelto a hablar Áureo de mi pasado, verdad? Porque ese espíritu parece saber mucho de mí y de todos...

—Vaaale... ¿puedes echar un vistazo, por favor? —manifesté en un tono un poco más serio.

—Ah, pero no, ahora que lo pienso fue de los primeros sitios en los que busqué y no hallé nada... Mucho me temo, pequeña, que en esta ocasión tu amiguito ha cometido un error flagrante...

—¡Mujer de poca fe! No ha sido Áureo el que me lo ha dicho. ¡Ha sido tu propio padre, Matías! A ver si te enteras...

—Pe... pe... pero ¿qué estás diciendo chiquilla? ¿Es que acaso te has vuelto loca? Una cosa es hablar con ese ángel o lo que sea y otra bien distinta comunicarte con alguien de la familia que se ha muerto... Me estás asustando, Plata...

—Mamá, déjate de sustos y haz lo que me dijo el abuelo...

—Sí, hija, perdona...

—Mamá, por favor, por si no lo sabes, Áureo es uno más de la familia. Para mí es como ese hermano mayor que a cualquier niña le hubiera gustado tener y que nunca tendré, claro.

—Entonces, Plata ¿has podido hablar con Matías? —expresó Irene balbuceando.

—Desde luego, aunque quiero que sepas que yo no le llamé. Él se acercó a mí por propia voluntad y por su amor que me envuelve. Ahora es un espíritu, como mi ángel, y como ya te habrás dado cuenta desde hace tiempo, yo puedo verles. Mamá ¿me has entendido? Es que a veces no sé cómo explicarme contigo a fin de que me reconozcas como quien soy verdaderamente... una persona completamente normal... No puedo ser de otra forma, lo siento. Tengo esa cualidad, lo sé, pero otros tienen también otro tipo de capacidades y no pasa nada. Cada uno tiene que caminar por la vida con lo que es y tratar de hacerlo lo mejor posible. ¿No crees?

—Bueno, sí, hija. Te has explicado muy "requetebién". Debes perdonarme de nuevo. Para los que estamos un poco

¿QUIERES SER MÉDIUM?

ciegos, resulta difícil admitir lo que te pasa y más en tu propio hogar. Mi niña, has de reconocer que todas estas cosas que tú ves, escuchas o sientes no dejan de sorprender a cualquiera que te rodee.

— Vale, mamá. No hay nada que perdonar. ¿Vas a mirar entonces en la caja de palo de rosa?

— Sí, inmediatamente.

Tras registrar en su interior con muchos nervios y de forma desordenada, mi madre fijó su vista en mí con cara de enfado.

— ¿Ves? ¿Ahora, qué? Ya te he dicho que no me hagas perder el tiempo, que tengo que preparar para mañana un ejercicio para mi clase. Además ¿no recuerdas que yo examiné su contenido hace unos días y no hallé nada? En fin, he de resignarme, qué pena. Esa hoja de papel poseía para mí un carácter especial de un interés incalculable, como todo lo que atesora un valor sentimental.

— De verdad, Irene — expresé con tono irónico —. ¿Cómo puedes ser tan cabezota? ¿Crees que el abuelo, después de “muerto”, se me iba a aparecer para engañarme, para darme una información equivocada, para fastidiar a su hija y a su nieta? Él te conoce, te crió y te educó como tú haces conmigo. ¿Piensas que iba a distraerte de tus ocupaciones con una cosa absurda? Matías sabe de sobra lo que eso significa para ti. Piensa por un instante: fue él el que te escribió el poema. ¿O no?

— Sí, fue él. Claro que fue él, el mejor padre.

— ¿Me das la caja, por favor?

— Muy bien, cariño, toma, a ver si es que tú ahora puedes “ver” papeles que yo no veo. Resultaría hasta gracioso.

— Insisto, mamá, qué poca fe muestras a veces.

Empecé por sacar todo lo que había dentro del cofre. Ni rastro de la poesía. Al comprobar que no podía acceder con mis manos al doble fondo del que me había hablado mi abuelo, me dirigí a mi madre:

—Mamá ¿puedes acercarte al cuarto de baño?

—¿Cómo? Niña, no tengo ahora ninguna necesidad. ¿Para qué quieres que vaya allí?

—Es muy sencillo, tráeme el cortaúñas. Lo necesito.

Irene puso rostro de sorpresa, pero debió verme tan convencida por el testimonio de mis ojos que ni siquiera discutió con su hija de nueve años. Volvió enseguida como si yo fuera la adulta que le había dado la orden de buscar esa herramienta tan chica pero tan útil para mis propósitos. Por dentro, me sentía como el sabio alquimista de los cuentos medievales que por fin ha conseguido descubrir la famosa piedra filosofal. A continuación, extraje del cortaúñas una pequeña ganzúa auxiliar y ayudándome con cierta maña al tiempo que mordisqueaba mi lengua con mis dientes, logré, no sin dificultades, retirar la tapa de paño que escondía el doble fondo de la caja construida con sus propias manos por mi abuelo. Al cerciorarme de la existencia de un papel doblado por dos veces, le entregué el cofre a Irene:

—Toma: de parte de un padre ejemplar a su queridísima hija.

¿Recordáis algunas de esas escenas conmovedoras de la historia del cine, las que nos han hecho llorar por su emotividad, porque han tocado la fibra sensible de nuestra alma? Pues justo esa cara que ponemos al visionar esas películas era la que tenía mi madre cuando con un cuidado exquisito, como si estuviera palpando uno de los más apreciados cálices de mi padre, estiró con suma delicadeza el papel para que no se le arrugara entre sus dedos, lo abrió y guiada por sus recuerdos más tiernos de un dulce pasado, se dispuso

¿QUIERES SER MÉDIUM?

inundada entre lágrimas a leer el poema que años antes su papá Matías le había dedicado desde su corazón.

Sin pensarlo mucho, apenas hubo terminado la lectura, me lancé hacia ella y la abracé y besé con todas mis fuerzas, sabedora de que Irene se sentía en aquel crítico momento como un ser dichoso, atrapada por la memoria sublime de un trozo de su ayer, ligado para siempre a la figura de su padre, aquel que con su educación y su influjo, tanto la había marcado.

—Mamá, ya te suelto. Cuando te recuperes, por favor, me avisas.

—¿Cómo? ¿Recuperarme? ¿Avisarte? ¿Qué ocurre ahora? Porque esta ha sido una de las experiencias más desgarradoras que he tenido en los últimos tiempos. Perdóname, mi Plata. Gracias desde lo más profundo de mi ser, hija mía. Y dile también al abuelo que me disculpe por haber dudado de su palabra.

—Sí, mamá, por eso te lo decía, es que tengo algo más que decirte.

—¿Algo más maravilloso aún, mi amor?

—Sí, todavía mejor, te lo aseguro.

—Adelante, Plata, no sé si podré resistirlo porque tratándose de ti, cualquier cosa puede ocurrir...

—¿Quieres saber lo que estaba haciendo tu papá cuando habló conmigo hace unos minutos?

—Claro que quiero saberlo, por favor, dímelo...

—Vale, él estaba buscando a la abuela Mercedes, su esposa...

—¡Ay, hija! ¿Cómo va a ser eso si ella falleció hace cinco años?

—Ya, mamá, pero los espíritus son inmortales, todos nosotros somos inmortales pues después de morir volvemos a ser espíritus... Mira, al final del pasillo de nuestra casa pude contemplar cómo se abría una habitación con mucha luz, con un resplandor blanco maravilloso...

—¿Y qué pasó, Plata?

—Yo no entré en ese sitio, pero Áureo acompañó a Matías hasta dentro porque allí le estaba esperando la abuela. Después de tanto tiempo sin encontrarse, creo que debieron darse un abrazo muy lindo. Ahora mismo, mi ángel no está aquí y no me lo puede confirmar, pero mamá, tengo claro que él se halla ocupado ahora mismo conduciendo a tu padre para que vea a su esposa.

Entonces, mi madre hizo lo que nunca antes le había visto hacer en mi corta vida. Se derrumbó, se puso de rodillas y entrelazando sus dedos, levantó su cabeza y se puso a hablar hacia el techo, como si estuviera susurrando lo que parecía una oración. Su voz era tan bajita que no pude enterarme de lo que decía. Confieso que aquella escena me impresionó profundamente, pues siendo una niña, no me resultó fácil observar a mi madre como si pareciera una mística del Siglo de Oro español. A continuación, con sus ojos tomados por el agua de sus lágrimas, me extendió sus manos y me dio el abrazo más grande de mi breve peregrinaje por las paredes de esa morada, dentro de la cual, se habían juntado en solo un rato tantos y tantos sentimientos.

Capítulo VII

En el instituto

El tiempo, que jamás se detiene, transcurrió y alcancé la adolescencia. ¡Qué etapa más difícil, según los expertos! Mas yo tengo los mejores recuerdos de aquella época. Salvo excepciones, no les proporcioné muchos disgustos a mis progenitores. Creo que la inseparable compañía de mi “asesor” espiritual y el hecho de que me iba haciendo cada vez más madura, continuando con esa línea de anticipación a la adultez que siempre me había caracterizado, impidieron que mi pubertad resultara demasiado conflictiva.

Tenía yo trece años cuando un incidente en plena clase con una de mis profesoras, abrió una nueva puerta a mi personal coyuntura. Desconozco la razón por la que aquella dama se empeñó en dar una y mil explicaciones a un problema acerca de una ecuación que todos habíamos entendido, pero además de maestra de matemáticas, ella era una mujer bastante obstinada en sus argumentos. Dándole más y más vueltas a aquel asunto asimilado por los alumnos, la señora terminó con una especie de curiosa sentencia que llamó mi atención. Fue en ese momento cuando comentó con noso-

¿QUIERES SER MÉDIUM?

tros: “como diría mi padre, el que la sigue, la consigue, y no me estoy refiriendo a vuestros ligues, que siempre estáis pensando en lo mismo”.

De pronto, ya no fui yo. Quiero decir que era yo misma pero que repentinamente sentí a mi lado la presencia de un hombre que pretendía usarme como su “portavoz”. Este señor que aparentaba unos sesenta años de edad, tenía un aspecto de bonachón, de persona honrada, de esos seres con los que te cruzas e intuyes que se van a relacionar contigo sin falsedades a tu espalda y sin esconder la verdad. En definitiva, se asemejaba a alguien que te aporta confianza y dada la curiosa coyuntura, me sentí inclinada a donarle mi voz para que él se manifestara a través de mí.

Aunque alguno de vosotros lo pueda estar pensando, ese hombre no penetró en mí, ni me poseyó, ni tampoco se apoderó de mi voluntad, ni nada por el estilo. Eso son chorradas que solo salen en las películas o que se dicen entre bromistas o ignorantes, a fin de impresionar o conmover al público que te está escuchando.

Está claro que todo en la vida tiene una primera ocasión y con trece años, para la que os habla, había llegado el instante supremo de que sintiera lo que era la “aproximación” de un espíritu, de modo que yo le prestara mis órganos vocales para comunicarse a través de mí. Pero durante ese proceso, ni dejaba de ser yo misma ni ese espíritu dejaba de ser él, ambos conservábamos nuestras características propias. Creo que se entiende bien y conviene aclararlo. Y si no es así, seguid leyendo y pienso que se comprenderá aún mejor.

Como os decía, nada más finalizar doña Soledad su disertación sobre las ecuaciones y tras citar las palabras de su padre, yo sentí la influencia de ese hombre justo a mi derecha. Él me sonrió con dulzura y bastó una mirada de complicidad para que yo supiera con la expresión de sus ojos que me estaba pidiendo permiso, eso sí, con toda la educación

del mundo, para usarme de modo cortés como instrumento con el que comunicarse con su hija, es decir, nuestra maestra.

Sin pensarlo y en un gesto cuando menos sorprendente, me puse a aplaudir a doña Soledad, chocando las palmas de mis manos pero con exasperante lentitud. Como es lógico, toda la atención de mis compañeros se depositó con extrema rapidez en mi inusitada acción, un hecho que desafiaba con claridad a la figura de autoridad que ella representaba.

— ¡Bravo, hija! — exclamé yo en tono elevado (quiero decir el padre de la profesora a través de mí) —. Ya veo que no me has olvidado. Reconozco que era una de mis citas favoritas.

Entonces dejé de palmotear y miré con una incomparable ternura a la docente, la cual se me acercó para comprobar qué extraño fenómeno estaba ocurriendo en el aula ante su presencia. Al dar unos pasos para situarse a mi vera, se emocionó enormemente, ya que la voz que había oído no era la de una adolescente de mi edad sino la de un hombre mayor o mejor dicho, había percibido sencillamente el mismo timbre de sonido de su amado padre.

— Pero, pero... Argentea ¿te ocurre algo? ¿Por qué te has puesto a aplaudir y luego has dicho eso? No te entiendo. Además, tú eres una buena alumna, esto me resulta muy extraño... es como si te hubieran cambiado el tono original de tu voz. ¡Qué raro...!

De pronto, salí de mi aparente parálisis, abrí mis ojos de par en par y llevé mis dedos a mi garganta como excusándome, intentando decirle a aquella señora que aunque yo estaba allí delante, era otra persona la que estaba hablando a través de mí. Para aliviar la tensión del instante, le hice a mi maestra un gesto tranquilizador con mi mano derecha, procurando explicarle con mi señal que mantuviera la calma y permaneciera atenta a la escena, al mensaje que aquel caballero, sin duda, iba a tratar de darle a su asombrada hija.

¿QUIERES SER MÉDIUM?

—Pero, mi niña —manifesté—, ¿es que ya no reconoces a tu padre? Tampoco ha transcurrido tanto tiempo desde que me fui.

—Dios mío ¿qué locura es esta? —expresó muy nerviosa la profesora—. Pero ¿cómo es posible que una adolescente pueda imitar a la perfección el sonido de la voz de mi padre? Es como si él mismo fuera el que estuviera dirigiéndose a mí a través de esta jovencita...

—Vamos a ver, Sole, céntrate un momento y deja ya de hacer preguntas. Hija mía, he acudido aquí precisamente para demostrarte mi amor y para saludarte después de un año de mi partida.

—Entonces ¿eres tú, papá? —comentó en voz baja y entrecortada la mujer—. ¿Martín? Nadie en esta aula sabe que de pequeña siempre me llamabas “Sole”. Todos mis alumnos y mis compañeros me conocen como doña Soledad.

—¡Pues claro que soy yo, Sole! ¿Quién creías que podía ser sino yo? ¡Qué padre no querría volver a conversar con su única hija!

La maestra se llevó su mano al pecho, como intentando protegerse de la emoción y al mismo tiempo impresionada por lo que su vista, o más bien sus oídos, estaban percibiendo. A la pobre le faltó muy poco para desmayarse por la experiencia a la que se estaba enfrentando. Menos mal que uno de mis amigos tuvo la feliz ocurrencia de acercarle su sillón para que se sentara, porque creo que sus piernas no hubieran aguantado mucho más de pie.

—Pero, padre, si querías contactar conmigo ¿por qué no has elegido otro sitio más discreto, no tan expuesto a tantas miradas? —respondió la profesora utilizando durante unos segundos su típica capacidad analítica.

—¡Ay, Sole! Era el momento y punto. No creas que voy a encontrar a nadie mejor que a esta chica para comunicar-

me contigo. Además, ella es dócil y receptiva y ha sido muy gentil al autorizarme para que yo la pudiera utilizar como instrumento. Es que verás, los espíritus tenemos que aproximarnos a alguien como ella para revelaros nuestra presencia. Es la única manera, créeme, y si he hallado a esta mujercita que es como mi intermediaria, no puedo desaprovechar la ocasión. ¿Lo comprendes?

— Ehhh... bueno... si tú lo dices... Y ¿cómo estás? Dios mío, ¿se tratará de una alucinación? Es que no tengo ni idea sobre qué preguntarte. Todavía no sé de veras si todo esto se trata de una broma macabra, me siento tan insegura...

— ¡Ay, mi Sole! ¿Todavía dudas? ¿Es que ya has olvidado que de no ser por mí jamás te hubieras dedicado a la docencia? Mira, esa misma incertidumbre incomprensible que tú notas ahora, también la tenía yo en su día. ¿Lo recuerdas? Y sin embargo, ahora se acabaron las vacilaciones. Hija, lo veo todo tan claro...

— ¿Claro? ¿El qué, papá?

— ¡Pues qué va a ser! Pero, Sole ¿estás atontada o qué te sucede, mi niña? ¿Eres consciente de la experiencia por la que estás pasando? ¿No te das cuenta de que esto es una señal que me han permitido darte especialmente para ti?

— ¿Señal, Martín? ¿Un mensaje?

— Claro que sí, mi amor. No más lamentos, no más desolación. ¡Estoy vivo, hija! Los muertos no hablan, los vivos, sí. Es cierto que ahora no tengo un cuerpo con sangre y huesos como el tuyo, pero te aseguro que puedo seguir pensando y sintiendo como el que más. ¡No preciso de un organismo de carne para existir! Has de saber que no me hallo solo, nadie está solo, sino que estoy rodeado de otros “hermanos” que como yo, “murieron” a la vida física pero no a la espiritual que es eterna. Ya ves, mi Sole, permanecemos aquí unidos, felices y ocupados. Por favor, no estoy en el cielo, nada de arpas ni de angelitos sonrientes a mi alrededor. ¡Qué ridiculez

¿QUIERES SER MÉDIUM?

es esa! Esos son cuentos para críos. Es sencillamente el mundo espiritual, con sus leyes; es aquí donde habito aunque como es lógico, no precise de una masa de células ni del funcionamiento biológico propio de tu plano. Respondo pues a tu pregunta de antes: me encuentro maravillosamente bien.

—Entonces, Martín... ¡a mí me ocurrirá lo mismo que a ti cuando me llegue el instante supremo, ese ante el que muchos queremos cerrar los ojos!

—Claro, mi pequeña. Dios es misericordioso; no ha hecho falta que nadie me lo explicara. Yo mismo me he dado cuenta de ello y aunque no le haya visto, comprendo ahora muchísimo mejor lo que su figura significa que cuando habitaba entre vosotros, en mi ciudad, en mi trabajo...

—Papá, no sé ni qué decir... Me siento tan emocionada que me voy a echar a llorar de un momento a otro...

—Hija —prosiguió con seguridad Martín—, da testimonio de lo que has visto y oído, y vosotros también, mis buenos alumnos. Habéis de saber que yo, al igual que vuestra profesora, fui maestro de matemáticas. Claro, ella no tenía a quién salir. Pero os confieso que al principio le costó. Menos mal que permanecía pendiente de ella casi todos los días. A Dios gracias, de tanto practicar y con mi apoyo, le cogió cariño a los números y ahora se dedica a una labor que le encanta, como ya la conocéis.

—Pero, padre ¿cómo he de dar testimonio?

—Sí, Sole. No me refiero a que de pronto te vuelvas loca y andes narrando nuestro encuentro al primer individuo con el que te cruces. Te tomarían por una perturbada y créeme que eso no te favorecería en nada. Simplemente, si la persona con la que estés hablando muestra inquietudes por el más allá, por las cuestiones espirituales o por la muerte, si la notas receptiva, coméntale acerca de lo que hoy has sentido y de lo que significa. Para ti y a partir de este instante, seré un “muerto” de lo más vivo.

— Esto es impresionante, Martín.

— Supongo que ya sabes lo que tienes que hacer en cuanto termines hoy tu trabajo. Ve a casa, sienta a tu madre cómodamente para que no se caiga hacia atrás y cuéntale justo lo que tú y yo hemos hablado. Dile que la quiero como nunca, que los lazos que dejas en la tierra no se rompen jamás aunque no tenga brazos de carne con que envolverla ni manos con que acariciarla. No me hacen falta. Explícale también que aunque ahora hace un año desde el infarto que sufrí, que conservo todo mi afecto y respeto hacia ella y lo más importante, hija: cuando llegue el momento, su instante de partir, dile lo más grande que podrá oír. Yo estaré esperándola, la recibiré con todo mi amor, como en este mundo se da la bienvenida a las personas que por sus obras así se lo han ganado. Te aseguro que se lo merece...

— ¿Has dicho “merecer”?

— Sí, Sole. Eso he dicho. Aquí, al igual que en el plano en el que vives, existen muchas ciudades y territorios donde moran todo tipo de seres. Por desgracia, los que guardan aún la maldad en su corazón no han acumulado los suficientes méritos como para habitar determinadas zonas más luminosas.

— Padre, dime qué méritos son esos para que yo pueda luchar por ellos.

— Que no te confundan, hija. Ni las posesiones materiales que os deslumbran ni todo el oro del mundo te servirán aquí. Eso pertenece a la esfera física y allí se quedará. Nada de eso podrás traerte en tu equipaje. Una vez que tu corazón se detenga, lo único que determinará tus merecimientos en la nueva dimensión serán las buenas obras que hayas atesorado a lo largo de tu vida. Y estas provienen del amor a tus semejantes, de la compasión mostrada y de la caridad hacia el prójimo. ¿Te suena el mensaje, Sole? Desde que te levantas con los primeros rayos del sol hasta que te marchas a descansar acompañada de la luna, gozas de innumerables

¿QUIERES SER MÉDIUM?

oportunidades para acumular virtudes en el ligero zurrón que te acompañará. No te embarques en proyectos imposibles ni viajes a lugares remotos para ejercer la misericordia o la ternura. No resulta necesario. No te compliques. Las oportunidades de progreso viven tan cerca de nosotros que las puedes rozar con la yema de tus dedos. Y vosotros, chavales, como antiguo profesor que era, oídme bien. Contemplad el anuncio de alguien que impartió clases durante casi cuarenta años pero que recibió su mayor lección en cuanto abandonó su vieja y estropeada maquinaria que le servía de soporte. El crecimiento de vuestros cuerpos no basta. Si queréis realmente crecer, haced el bien al otro, a vuestros padres, al resto de la familia, a vuestros compañeros, incluso al primer desconocido con el que os crucéis un día cualquiera... Si pretendéis entrar por la puerta ancha de mi mundo, practicad la clemencia y sed bondadosos. Así está escrito, no en piedra ni en códigos de papel, sino esculpido en el rincón del que jamás se podría borrar esa letra: en el corazón de los hombres, en vuestras conciencias. Mirad hacia dentro y lo reconoceréis. Os lo dice un espíritu que en solo un año ha aprendido más de la Verdad que en una vida entera.

— Te comprendo, papá. Te había pedido una explicación y nos has regalado un discurso magistral que respira sabiduría.

— ¡Ah, mi niña! Una cosa más antes de decirte un “hasta luego”. Cuéntale a tu marido lo mismo que le digas a mi amada Susana, tu madre. Y a tus dos niños, cuando sean un poco mayores, explícales con afecto lo que viviste el día de hoy. Así tendrán mayor libertad para elegir. Ahora, hija mía, tengo que irme...

— No, por favor, padre... no te vayas aún.

— Mi Sole, debes entender, no puedo agotar las energías de esta jovencita que amablemente me ha cedido su voz. Además, el espíritu que está con ella es un ser muy sabio y me ha comentado que se había terminado el tiempo del que

disponía para expresarme... Te quiero más que nunca. Aquí, el sentimiento de amor se ensancha hasta el infinito. Cuando me marche, dale un abrazo a esta muchacha porque será como si me lo estuvieras dando a mí. Adiós, hija... siempre estaré contigo y con tu madre. Que Dios te bendiga...

Pasados unos segundos y en una escena que superó en intensidad a la película más conmovedora, doña Soledad me estrechó entre sus brazos porque ella palpaba con las manos de su alma que estaba con el mismísimo Martín, el cual, con resignación pero con enorme alegría, se fue despegando poco a poco de mí hasta que atravesó unos de los tabiques del aula para desaparecer. Como era una chica educada, antes de perderle de vista él me miró con agradecimiento y yo le sonreí.

Por fin, con trece años y en plena pubertad, supe lo que se experimentaba cuando un espíritu se te acerca necesitado de desahogo, de comunicación con otras criaturas tan vinculadas a él pero en ese momento revestidas con el pelaje de la carne... Doy fe de que en ningún momento perdí la conciencia ni la noción de lo que estaba sucediendo, simplemente le "presté" a Martín mis órganos de voz, mi cuerpo y mi mirada durante unos minutos. Este me correspondió con la mejor de las dádivas: fue así como pude percibir durante unos instantes el regocijo que de verdad siente un noble espíritu liberado de las ataduras de la carne y de las limitaciones del plano terrenal. Os aseguro que no existe mayor bendición en esa coyuntura.

Me costó recuperarme de la impresión, pero en minutos volví con absoluta lucidez a la realidad y me quedé pensativa. Un silencio sobrecogedor flotaba en el ambiente de la clase. Todos mis compañeros me miraban expectantes y también doña Soledad, supongo que para ver qué decía yo o cómo reaccionaba. Algunos de mis amigos lloraban como niños, a pesar de ser adolescentes, y no sabían cómo disimular sus lágrimas mientras que otros tenían las manos en sus cabezas y

¿QUIERES SER MÉDIUM?

escarbaban hasta el lugar más recóndito dentro de sus almas, preguntándose el porqué del fenómeno que había desfilado ante sus dilatadas pupilas. Tal era la atmósfera sublime que había creado en aquel aula la aparición de Martín y que todos, sin duda, compartíamos en el soplo de nuestras mentes.

Entonces, en gesto intuitivo, me levanté de la silla y con voz tranquilizadora comenté:

— Bueno, ahora ya sabéis quién es Plata. Muy pocos conocen esta faceta de mí y la mayoría en absoluto, pero es lo que hay. No pretendo engañar a nadie, pero nadie debe preocuparse tampoco por lo sucedido. Desde que tengo uso de razón, desde muy pequeña, casi desde el principio que puedo recordar, veo y hablo con los espíritus. Como entenderéis, a mí no me causa extrañeza y me hallo acostumbrada. Es más, desde el comienzo pensaba que lo anormal era no contemplarlos o sentirlos, aunque luego como es lógico me he dado cuenta de que estaba en un error. Espero que sepáis comprenderme y que me respetéis como soy. No puedo decir más, tan solo que os quiero, de veras.

Justo en aquel crucial momento, se escuchó el potente timbre que marcaba el fin de las clases por ese día. Había que irse a casa a comer y a descansar, para luego estudiar un rato por la tarde y preparar los exámenes siguientes. Sin embargo, aquella jornada accidentada, como ya me barruntaba yo, no iba a terminar con aquel sonido. Sin tiempo para pensar en nada más, ni siquiera en las consecuencias de lo acontecido, la profesora me agarró suavemente de mi brazo y me dijo:

— Plata, te pido por favor que me acompañes a mi despacho. Tengo que hablar contigo urgentemente. No te asustes, será una cuestión de minutos. ¿Te importa?

— No, en absoluto. Además, no se preocupe, vivo muy cerca del instituto. Después de terminar con la conversación, me iré andando a casa.

—Gracias, muchas gracias —suspiró de alivio la atribulada mujer.

Cogí mi mochila, guardé en ella mis apuntes y libros y me fui caminando en compañía de la maestra hasta la habitación del departamento de matemáticas. Tras acomodarme en una silla, curiosamente, ella no se sentó enfrente de mí con la mesa de por medio, como resultaba habitual, sino que se situó a mi lado izquierdo, a menos de un metro de distancia y se puso a observarme de una forma muy especial como si me estuviera analizando o traspasando con su mirada, o ambas cosas a la vez.

—Mira, Argentea, no deseo importunarte ni nada por el estilo, pero tienes que escucharme porque tengo en este momento el ánimo tan perturbado que solo te pido una explicación. Creo que ya sabes a lo que me refiero.

—Bueno, la verdad es que no hay mucho que explicar — expresé encogiéndome de hombros —. Pienso que con lo que usted ha podido ver es más que suficiente.

—Pero, tiene que haber algo más, es que no entiendo bien lo ocurrido...

—Verá, doña Soledad; Martín, su padre, por las razones que fuesen, necesitaba comunicarse con su hija y ha aprovechado la ocasión para hacerlo.

—Entonces, eso que has descrito, lo puede hacer cualquier espíritu de una persona fallecida en cualquier circunstancia y lugar...

—No, cualquiera no. Al igual que pasa en este plano, en la otra dimensión existe una jerarquía y al parecer, a él sí le han permitido dar ese mensaje.

—¿Sí? Pero ¿por qué?

—Pues... ¡buena pregunta! Yo no lo sé, doña Soledad, aunque meditando quizá usted pueda llegar a mejores conclusiones que yo. Supongo que él lo habría solicitado con

¿QUIERES SER MÉDIUM?

mucha intensidad y que al final y en base a sus méritos, su petición le fue concedida.

— Otra vez sale a relucir la palabra “méritos”.

— Claro, señora, es igual que aquí. Si uno pretende acceder a determinadas cosas, tendrá que merecerlas.

— Ya, me hago a la idea. Una pregunta más. ¿Tú te enterabas de todo cuando mi padre se apoderó de ti?

— Pues sí que me enteraba. Además, él no se apoderó de mí. Esto no es ninguna posesión como aparece en las películas de miedo. Si yo no hubiera querido, él no podría haberme utilizado para hablar. Todos gozamos del libre albedrío y créame que ningún espíritu puede violentarlo, salvo que yo lo permita, claro.

— Vale, de acuerdo. Dime, por favor ¿qué sentiste cuando Martín estaba junto a ti?

— Algo muy especial. Nada más acercarse, me di cuenta de que se trataba de una bella persona, o mejor dicho, de un buen espíritu. He sentido paz, armonía, serenidad... y créame, esas sensaciones solo las proporcionan las buenas presencias como la de él.

— ¡Ay, hija, qué tranquila me dejas! Y ¿dónde se supone que se ha ido mi padre ahora tras la comunicación? ¿Al cielo? ¿Al paraíso? Siendo él tan bondadoso...

— Por favor, doña Soledad, no me diga esas cosas. Parece usted una cría. Perdón, discúlpeme, he sido grosera. Lo lamento. Lo que quería decirle es que eso que ha mencionado son símbolos que nos han explicado desde niños. El mundo espiritual está aquí, entre nosotros, no hace falta viajar en una nave espacial para contemplarlo o sentirlo.

— Entonces, Plata, eso significa que yo puedo volver a hablar con él en otra ocasión. Estoy pensando, por ejemplo, en que una tarde o un fin de semana que no tengas otras obligaciones, si quisieras, tú te podrías venir a casa de mi

madre y quizás allí, tranquilamente, podría producirse otra comunicación...

—No, doña Soledad, comprendo su inquietud, pero estas cosas no funcionan así. Lo que deseo explicarle es que la comunicación con el mundo espiritual no se parece a un teléfono donde marcas el número de la persona con la quieres hablar... ¡y esta te responde! No es tan sencillo...

—¿No? Vaya, qué decepción... porque si supieras lo que eso significaría para mi madre... saber por el testimonio directo de su marido que él vive y que está junto a ella...

—Mire usted, lo siento de veras, pero los espíritus no se hallan a nuestra disposición como si fueran consejeros particulares de los que podemos disponer a nuestro antojo. Además, con respecto a su padre, pienso que el mensaje que él ha transmitido ha sido bastante claro. ¿No lo cree así?

—¿Claro? ¿De qué mensaje estás hablando, Argentea?

—¿Cómo dice? —expresé con rostro de sorpresa—. Si no he entendido mal, era usted la que tenía que comentarle a toda su familia lo que había visto y oído, en fin, todo lo que ha podido experimentar hoy con tanta emoción.

—Sí, es cierto, llevas toda la razón. Es lo que ha dicho Martín, que tenía que ser yo. Cumpliré su voluntad. ¡Faltaría más!

—Me alegro mucho.

—Bueno, y una última cosa que ya no te quiero retener más. ¿Cómo sabes tú tanto de estos asuntos? Con tu edad, es que no me lo explico...

—Ni yo, señora. Pero verá, todo posee un motivo en esta vida, sin duda. En mi caso y desde que nací, tengo a un espíritu siempre a mi lado que me aconseja y con el que he aprendido multitud de cosas sobre el más allá y sobre su mundo. Han sido muchas jornadas de aprendizaje, de largas y buenas conversaciones, de horas de estudio... ahí está la

¿QUIERES SER MÉDIUM?

clave de todo. Supongo que ahora le encaja más esta situación. ¿Ve? Misterio resuelto.

— ¡Oh, qué suerte! Y yo que nunca me había fijado en esta cuestión tan importante del más allá, la única segura con la que contamos desde que nacemos. En fin, qué puedo decirte, ojalá yo también tuviera un espíritu de esos junto a mí para que me dijera lo que tengo que hacer en cada momento y así no equivocarme en las decisiones que he de tomar...

Cuando me disponía a responder a mi profesora y a rebatirle su argumentación, sobre todo la que se refería a que los buenos espíritus no se dedican a coartar o anular tu capacidad para elegir, para actuar con entera libertad, sentí un soplido molesto en mi oreja derecha...

— ¡Ay! Pero ¡qué dolor! ¿Por qué has hecho eso? — exclamé con desagrado.

— ¿Qué te ocurre, Plata? ¿Has dicho algo? — preguntó la maestra.

— Ah, perdone, señora, cosas mías...

Me quedó claro que Áureo me había proporcionado una señal física más que evidente para que abandonara la conversación, pues seguramente nos íbamos a introducir en un debate estéril e inapropiado. Por supuesto, me callé y le hice caso a mi buen protector del otro lado...

— Bueno, hija, pues gracias por haber servido de mediadora para la impresionante experiencia con mi padre. Esto traerá consecuencias, desde luego. Yo podría permanecer en silencio y no contar nada de este tema, pero me temo que el resto de tus compañeros no se van a comportar de una forma tan prudente... En fin, dame un beso y te lo repito: te estoy inmensamente agradecida en el alma...

— Ja, ja, ja... — expresé entre grandes risas —, nunca mejor dicho doña Soledad. Qué ocurrente ha estado usted...

Tras la despedida, una vez finalizada la conversación, caminaba de regreso hacia mi casa y dada mi curiosidad, le pregunté a quien ya sabéis...

—Oye, Áureo, me siento un poco preocupada. No te lo puedo negar. ¿Qué ha querido decir esa profesora al final de la charla aludiendo al argumento de la prudencia?

—En este sentido, Plata, ella puede ver más allá que tú porque es una adulta.

—¿Eh? ¿Puedes aclararme eso? Creo que me he perdido...

—Mira, te seré sincero. Lo que ha ocurrido, tarde o temprano se iba a saber, pero... ya no eres una cría, ahora ya sumas trece años y para la edad que tienes, te aseguro que has desarrollado una madurez que muchos otros padres ya quisieran para sus hijos incluso mayores... Pero bien es cierto que lo que te ha comentado tu maestra lo notarás mañana en cuanto vuelvas al instituto.

—A ver, ¿quieres decir con eso que habrá peticiones de mis compañeros de clase animándome para que les diga algo acerca de sus difuntos?

—No, mi pequeña, me temo que será algo más incómodo para ti.

—¿Cómo? Me estás asustando, Áureo...

—Nada más lejos de mi intención. Te lo demostraré. En la adolescencia en la que ellos se encuentran, al igual que tú, no existe mucha preocupación por los familiares que se han ido del plano físico ni por aspectos similares, sino que los intereses, como ya te podrás imaginar, navegan por otros derroteros.

—¿Otros derroteros?

—Sí, claro. Piensa con la cabeza. Supón por un momento, que cuentas con la oportunidad de quedar con una amiga que tiene visiones extrañas, que es capaz de hablar con los

¿QUIERES SER MÉDIUM?

espíritus o lo más “atrayente”, que hasta podría conocer tu futuro. Pues bien, si te encontraras con ella a solas ¿acaso no le harías preguntas de todo tipo relacionadas con el uso de su facultad? ¿Es que no la martillearías con consultas personales acerca de tu presente o de tu porvenir? Presiento que las inquietudes de tus compañeros no giran en torno a la aparición de una nueva especie de insectos descubierta en la cuenca del río Amazonas o a los más recientes experimentos llevados a cabo en el departamento de física cuántica de una universidad norteamericana.

— Vale, lo capto, creo que ya sé lo que me quieres decir. Bueno, lo que más le gusta a las chicas de mi edad son esas cosas acerca de novios, estudios, problemas personales...

— No solo a los jóvenes de tu edad, que conste — añadió Áureo en tomo socarrón.

— Entonces, ¿aconseja algo el “sabio maestro” a su “alumna preferida”?

— Claro que sí. Yo sé lo que tengo que hacer y esto ya estaba previsto. No podías permanecer en la clandestinidad durante toda tu existencia. Alguna vez, todo eso que llevas dentro tenía que salir a relucir. Ya sabes que Dios no nos regala determinados talentos para que los escondamos bajo tierra, sino para que los utilicemos con sabiduría y con prudencia. Todo ello con vistas a favorecer tanto nuestra propia evolución como la de los demás. Con tus trece años tendrás que ir despertando poco a poco frente a los que te rodean. No está mal que empieces a trabajar con la gente más cercana a ti, aunque como recordarás, fue en tu núcleo familiar donde comenzaste a mostrarte como alguien muy “especial”.

— Sí, sí... pero, entonces ¿qué debo hacer? ¿Puedes ser más concreto?

— De acuerdo. Mi consejo es... que no hagas nada.

— ¿Me estás hablando en serio? Noto hoy cierto aire burlesco en tus expresiones.

— En absoluto. Has de dejarte llevar por tu intuición. Es más, te diré algo importante. Yo no voy a estar contigo. Si te parece bien, me tomaré una semana de descanso. Caramba, una cosa es no tener cuerpo físico y otra bien distinta no poder disfrutar de unas cortas vacaciones. ¿Qué opinas de mi ocurrencia?

— ¿Cómo dices? — exclamé con voz de disgusto—. Pues me parece muy mal. No puedes abandonarme así como así. ¿No me has repetido hasta la saciedad que tu destino es permanecer a mi lado para siempre? Además, yo no sabría qué hacer sin ti. Eres mi guardaespaldas. Por favor, te pido que reconsideres tu actitud.

— Ja, ja, ja... tus alarmas se han disparado ¿verdad? Pero ¿creías en serio que te iba a desamparar? Los espíritus que tutelan como yo jamás abandonan a sus protegidos. Ahora bien, eso no significa que no pueda “separarme” de ti al menos por unos días. ¡Huuuum...! Por tu cara, creo que no me has entendido. Ay, Plata, tienes que ser un poco más racional que ya eres una mujercita. A ver, yo estaré cerca de ti pero a diferencia de otras ocasiones, no intervendré ni hablaré contigo. Considera que estaré a tu lado observándote, tomando nota de lo que haces y por supuesto, de lo que piensas.

— ¡Venga ya, no seas tan exagerado! — repliqué con acento chistoso—. ¿Cómo ibas a saber tú lo que estoy pensando en un momento dado?

— Por supuesto que sí. Los humanos resultáis transparentes para los espíritus. Es como si viéramos vuestro corazón, el verdadero sentido de vuestras intenciones. Intenta recordar, porque este delicado asunto ya lo hemos tratado antes. Los actos son importantes, desde luego, pero lo es más aún la intención con la que se hacen. Mira, Plata, cuando piensas en algo, una especie de imagen se proyecta desde tu cabeza

¿QUIERES SER MÉDIUM?

hacia el exterior, como si resultara un pensamiento que se puede introducir en un monitor de televisión y visionarse.

— ¡Eh, Áureo! Me intranquilizas un poco con esa revelación... Entonces ¿qué ocurre con mi intimidad?

— No pasa absolutamente nada, porque yo no voy a usar esa información que procede de tu interior para nada malo. Ahora ya lo sabes, nunca intentes engañar o confundir a un buen espíritu porque él es capaz de leer en tus adentros y te puede descifrar como si fueras un libro abierto. De ahí la importancia que posee la pureza de tus intenciones.

— Bueno, eso implica que tendré que apuntarme a un curso acelerado de control mental...

— ¡Qué gracia! No te serviría de nada. Quizá podrías llegar a confundir con un gran entrenamiento incluso al experto que te impartiera esas clases, pero a mí no...

— Vale, da igual, yo confío en ti y en tu reserva. Ya sé que nunca te vas a aprovechar de esa especie de telepatía que posees. Entonces, dime, ¿vas a estar o no vas a estar conmigo a partir de mañana?

— Pues claro que sí, pero ya te he comentado que durante una semana me voy a abstener de intervenir. Eso te vendrá bien. Primero, para demostrar hasta qué punto controlas tus capacidades y segundo, te ayudará enormemente a desenvolverte sola. Ni siquiera el más torpe de los alumnos puede estar toda la vida pendiente de lo que le diga su maestro. Y tú, precisamente, Plata, eres bastante espabilada. No sé si me he explicado de la forma más adecuada.

— Pues no sé qué decirte. Esto va a suponer para mí un aburrimiento continuo. De pronto, no poder hablar contigo a diario me va a producir una sensación extraña de soledad que no sé si me resultará insoportable.

— Venga, Plata, no seas tan dramática, tan solo serán unos días. Este acto de “despegarme” de ti tiene sus razones,

te lo aseguro. Además, te garantizo que te vas a hallar de lo más ocupada y aunque te parezca mentira, desearás en muchos momentos permanecer a solas con tu conciencia. Mi buena niña, aprovecha la ocasión y ponte a trabajar. Bueno, lo dicho. Me despido de ti durante siete largas jornadas.

—Y ¿así como así? ¡Eh, Aureo, Aureo! Pero, ¿será posible? De pronto se ha evaporado y ha desaparecido. ¡Me va a oír! Además, tiene que explicarme cómo es eso de hacerse invisible de repente. ¿Quién se habrá creído que es para dejarme descompuesta y sin compañía? ¡Aaaah, estoy rabiosa!

Capítulo VIII

Asamblea estudiantil

Justo cuando más enfadada me sentía, escuché el pitido de un coche a mis espaldas. Debido a mi demora en salir del instituto por la causa que ya sabéis, mi madre, que solía regresar a casa conduciendo por la misma ruta, me había reconocido y me había avisado con su bocina para recogerme sobre la marcha y llevarme con ella. Tras subirme de malos modos en el vehículo...

— ¡No me hables, por favor! — expresé con la cabeza gacha.

— Pero ¿qué le pasa a mi niñita adolescente para tener esa cara de mal humor? — expuso Irene con rostro comprensivo.

— ¡Mamá, por Dios! Que tengo trece años para catorce, que ya no soy una cría.

— Vaaale, tranquila, pero al menos dime qué ha pasado para que tengas ese mosqueo encima. Hacía tiempo que no te veía con ese rostro de pocas amigas.

— Pues nada, que Áureo se ha despedido por su propia cuenta.

¿QUIERES SER MÉDIUM?

— ¿Cómo? ¿Quieres decir que se ha ido? Entonces, ¿nunca más vas a ver espíritus o conversar con ellos ni nada parecido?

— Pero ¿qué cosa tan absurda estás diciendo? — comenté con retranca.

— Bueno, hija, perdona, pero si se ha marchado ese amigo tuyo tan especial que es como tu sombra desde que naciste, quizá se rompa para siempre ese don que ha ocupado tu vida desde pequeña. ¿No crees que se trata de una señal?

— Pero ¿qué señal ni qué bobada? Primero, a ver si te enteras, Áureo me ha comentado que solo desaparecía por una semana, no por toda la eternidad y segundo, que el hecho de que no le perciba a él no implica que no pueda contemplar al resto. Áureo no es desde luego el único espíritu que se mueve por la corteza terrestre. Están en todas partes, son más numerosos que nosotros y los hay de todo tipo y condición, aunque sea uno mismo el que los atraiga según la naturaleza de nuestros pensamientos.

— Caramba, sin son tantos, ese plano invisible desde estar atestado de gente como la avenida principal en hora punta.

— Mamá, por favor, no hables con tanta ligereza de asuntos de los que no tienes mucha idea. Eso solo puede arrastrarte a decir tonterías, como es pensar que ellos ocupan un espacio físico como nosotros. Por cierto, de parte de “Marga”, que dice que le encanta tu coche nuevo, que es muy bonito y cómodo... sí, vale... y que se viaja muy bien en él. Ah, y que no salgas de los semáforos hasta que se haya encendido la luz verde, que tú sabes por qué. ¡Vale, vale! También comenta que si en su época hubiesen existido estas máquinas, las cartas habrían llegado antes a sus destinatarios... Por favor, señora madre superiora, estaba intentando hablar con mi madre o ella lo estaba haciendo conmigo... porque ya he perdido el hilo de la conversación...

— ¿Está la buena de Margarita aquí? Qué graciosa...

—Síííí... No para de acomodarse en el sillón trasero. Me está poniendo un poco nerviosa con tanta insistencia. De acuerdo, “Marga”, ya se lo digo... Ella te está observando, mamá, y te envía recuerdos. Por cierto, que no olvides revisar el examen de un tal... ¿cómo?... de un tal Antonio...

—¿Antonio? —preguntó Irene—. ¡Ah, sí! Creo que debe referirse a un tal Antonio Peñuela. Por favor, pregúntale por qué.

—Mamá, que ya te he dicho muchas veces que yo no soy traductora, que la madre superiora te entiende perfectamente cuando te diriges a ella... Bueno, dice que ese chico se equivocó al contestar en el desarrollo del tema principal del examen, que se confundió. Que tengas en cuenta que el chaval domina la materia, que sufrió un despiste y pensó que le estabas preguntando por otra cuestión. Evalúa bien lo que ha respondido porque lo ha redactado muy bien...

—Claro, ya me parecía a mí, ese joven es bastante responsable y un buen estudiante. Está bien, dile a mi monja preferida que revisaré la prueba y que hablaré con Antonio para aclarar el asunto.

—Doña Margarita dice que por hoy ya está bien de parloteo. Te envía un beso cariñoso con la mano...

—Gracias, lo mismo para ti “Marga”. Bueno, Plata, volviendo a lo de antes ¿me cuentas entonces el porqué de esa “escapada” de tu amigo espiritual?

—Pues... parece una chorrada pero no lo es.

Contándole con pelos y señales todo lo ocurrido durante la accidentada mañana en mi instituto, mi madre se dio cuenta de que su hija no solo podía ver o charlar con los espíritus, sino que además podía “incorporarlos” para que estos dieran testimonios de lo que fuese. Al menos, se tranquilizó cuando le aseguré que yo era la que voluntariamente decidía si ese espíritu debía manifestarse o no a través de mí. Después de todo, mi mamá era una persona que tenía

¿QUIERES SER MÉDIUM?

bastante asentado en su personalidad el sentido común, por lo que tras un agitado trayecto de corta duración por alguna que otra calle llegamos a nuestro domicilio. Aunque ella se quedó pensativa por lo que le había narrado acerca de mi historia durante esa jornada, no me dio la sensación de que estuviera especialmente preocupada.

—Veamos, Plata —continuó Irene esbozando una ligera sonrisa—, me temo que mañana tendrás a tu lado a más de uno de tus compañeros haciéndote multitud de preguntas sobre lo que te ha pasado hoy. Pero eso no es lo peor. Estoy segura de que serán muy amables contigo para intentar sacarte alguna información.

—Te entiendo, mamá, aunque te diré algo. Sin la compañía de Áureo durante toda una semana, mi principal fuente de información se habrá evaporado.

—Es cierto, Plata, quizá tu amigo, previendo el aluvión de consultas de tus amistades, ha decidido actuar con prudencia y de modo inteligente. Ese sería el motivo primordial de su retirada temporal ¿no crees, hija?

—Huum... tal vez no estés desencaminada en lo que has planteado, si tú lo dices...

Esa misma noche tuve una experiencia más que curiosa. Un señor ya mayor, con barba y medio calvo, aunque los pelos que tenía eran largos, se me presentó con total nitidez en mis sueños. No sé exactamente cuál fue el tiempo que me acompañó pero hubiera jurado que permaneció conmigo la mayor parte del espacio que permanecí durmiendo.

Aunque no pude recordar con total exactitud el contenido de la conversación que mantuve con él, confieso que ante las preguntas sobre quién era, se presentó ante mí como filósofo clásico, similar a esos de la antigua Grecia que se paseaban tranquilamente por las calles y el ágora de Atenas impartiendo lecciones magistrales.

Pero ahora que lo pienso, aquello más que una conversación resultó más bien una clase instructiva donde yo hablaba poco y escuchaba mucho, mientras que él no dejaba de explicar sus argumentos. ¿Me estaba preparando aquel enigmático señor para algún evento especial y yo no era consciente de ello? De alguna manera, aquella madrugada me sentía como si estuvieran llenando mi cabeza con toda una serie de datos que más tarde me resultarían útiles de cara a las circunstancias que en breve plazo me tocaría vivir.

Lo cierto es que ese hombre sabio, anciano o lo que fuera, me cayó muy bien, demostró un fino sentido del humor y aunque aparentemente no guardaba ninguna relación con Áureo, su natural simpatía y su porte de abuelo un poco chiflado, contribuyeron a que la que os habla le prestara mucha atención. Cuando me desperté, a pesar de la intensa noche de aprendizaje por la que había pasado, no me sentía cansada en absoluto sino que notaba cómo toda la vitalidad de una joven adolescente se hallaba disponible por completo. Era como si pese al esfuerzo de escucha y estudio realizado, hubiera podido reposar a la vez tanto mi cuerpo como mi mente. ¿Cómo era eso posible?

Aquella mañana, ya de vuelta al instituto, todos los compañeros con los que me crucé se mostraron especialmente amables conmigo. No es que antes no lo fueran pero tanta dulzura a la hora de exclamar un “buenos días” o un “¿cómo estás?” me escamaron bastante, aunque las palabras anticipatorias de mi madre la tarde anterior provocaron que mi sorpresa tampoco fuera excesivamente grande. Justo antes de iniciarse la primera hora de clase, mi mejor amiga me informó de que se me había preparado algo para el período de recreo. Claro que me hubiera gustado saber algo acerca de lo que ellos estaban tramando, un plan en el que intuía que iba a ser la actriz principal de reparto de no sé qué película, pero el profesor entró con puntualidad en al aula y nos callamos.

¿QUIERES SER MÉDIUM?

En los más de treinta minutos que tuvimos libres a mitad de mañana, parecía que me habían organizado como una especie de encerrona. Cuando sonó el timbre que marcaba el descanso, el delegado de mi grupo se me acercó y me expuso con una gran sonrisa que tenía algo que decirme pero que lo haría ya en el patio.

— Vale — dije yo —. Vayamos entonces allí. En fin, espero que se trate de algo bueno para mí.

En unos segundos, los casi treinta compañeros de curso se arremolinaron en torno a mí. ¡Mira que si habían hablado entre ellos y se preparaban para darme una paliza y luego salir corriendo de forma anónima! No, no tenían ninguna intención de agredirme, a Dios gracias. Aquello no se asemejaba a una improvisada reunión de alumnos de edad adolescente dentro de un instituto, sino más bien a un encuentro estudiantil pero de chavales ya de dieciocho años y en la universidad. La verdad es que daban hasta un poco de miedo. ¿Qué querrían de mí? Al principio y si hubiera podido, sintiéndome acorralada entre el calor de sus cuerpos y de sus penetrantes miradas, habría salido volando para posarme en el tejado de alguna casa cercana y huir así de aquel extraño tumulto.

— Pero ¿qué es esto? — grité —. ¿Una manifestación colectiva en defensa de los derechos del estudiante? O quizá... tiene toda la pinta de tratarse de una entrevista colectiva relacionada con lo sucedido ayer.

— Como delegado de clase — rompió el fuego Tomás poniendo cara de gran discurso —, me han encargado la importante tarea de comunicarte que queremos hablar contigo muy seriamente. Y que en efecto, lo que ocurrió ayer con doña Soledad, puede marcar la trayectoria de lo que resta de año académico.

— Pero, venga ya, “señor delegado” — repliqué con desdén —, no me fastidies. ¿Estás de broma con esa oratoria tan grandilocuente?

—En absoluto. Yo me voy a callar ya porque esta reunión informal tiene como objetivo único que la gente pueda hacerte libremente preguntas. Pero antes de eso y por haber sido elegido democráticamente como representante vuestro, tengo derecho a efectuar la primera consulta. Veamos. ¿Estás dispuesta a contestar a nuestras preguntas, querida Plata?

—¿"Querida Plata"? No me hagas reír, Tomás. Supongo que debo asumir este fenómeno como una prueba, aunque desconozco el carácter de vuestras dudas y sobre todo, no tengo ni la más remota idea de lo que os voy a responder. ¿Acaso pensáis que os halláis en una caseta de feria donde os van a desvelar el porvenir? Pero... venga, ya que estamos aquí agolpados, habrá que lanzarse a la piscina. Aprovechemos el tiempo. Adelante, Tomás, empieza tú.

—De acuerdo, gracias, es un honor para mí. A ver, lo primero que se me viene a la cabeza es si lo acontecido ayer en el aula se va a repetir con frecuencia o no.

Justo en ese momento de desconcierto, en el que si me hubieran puesto una bola de cristal entre mis manos hubiera parecido la adivina perfecta de un programa de televisión, escuché como un chasquido en mi cráneo y un pitido en mi oreja que aumentó en intensidad hasta que de pronto cesó. Tras darme yo misma un golpecito con la mano en mi coronilla, como si quisiera realmente cerciorarme de la coyuntura en la que me hallaba, me dispuse a hablar sin saber muy bien qué palabras saldrían de mis labios...

—Pues la verdad es que no lo sé —respondí—, aunque eso no dependa por entero de mí. Bueno, si te digo la verdad sobre lo que siento, creo que se trató de un episodio excepcional que difícilmente se repetirá. En caso contrario, no sé quién se volvería más majareta, si vosotros, si yo o el profesor de turno.

—Y ¿cómo explicas ese fenómeno tan extraño? —insistió el delegado—, antes de que nadie más tuviera ni siquiera una décima de segundo para intervenir.

¿QUIERES SER MÉDIUM?

—Mira, quizá a ti te parezca de lo más raro, pero desde que tengo uso de razón percibo a los espíritus. Te explicaré el incidente de una forma sencilla: digamos que uno de ellos se me acercó y me pidió permiso para utilizarme como vehículo con el que expresarse.

—Y ¿en qué consiste eso de ser un “vehículo”? —expuso Marta.

—Veamos, Marta, si yo te dijera que el lenguaje es un vehículo del pensamiento, ¿lo entenderías mejor? Ayer yo fui ese medio, el que le permitió a Martín, el padre de la profesora, expresar lo que sentía ante su hija.

—Y ¿no te da miedo lo ocurrido? —interrogó Miguel nervioso y con rostro preocupado.

—Pero ¿qué estás diciendo, Miguel? A mí me daría miedo lo desconocido, pero estoy habituada a esto desde muy pequeña, forma parte de mi esencia. Sé quiénes son los espíritus y cuando te acostumbras a ellos ya no les temes, como es obvio.

—Y esas criaturas... —incidió Paco—, ¿es cierto que son los muertos que vuelven a la vida?

—Ja, ja, ja... —reí con soltura—. Tú sí que das miedo con tus expresiones, amigo. A ver, quizá es que nunca se han ido. Fíjate, es mucho más natural de lo que parece. Cuando te mueres, se acaba tu existencia física, la material, la que todos tenemos ahora, pero el espíritu que mora dentro de nosotros continúa viviendo, aunque ahora ya no precise realizar las cosas que nosotros sí que necesitamos por el hecho de tener un organismo. Ya ves, pura lógica.

—Pero, entonces —insistió Paco—, la costumbre de llamarles “muertos” es incorrecta...

—Eh, alto —gritó el delegado—. Yo soy el moderador y habíamos prometido hacer solo una pregunta por persona.

—No importa —exclamé—, como invitando a la calma al grupo, mientras tenía la impresión de estar dando una rueda de prensa ante periodistas de medio mundo. Está muy bien lo que él ha planteado. Lo de “muertos” es una etiqueta confusa que alguien les ha colgado, pero te aseguro una cosa: desde el momento en que sienten y padecen, desde el instante en que piensan, ellos están igual de vivos que tú o que yo.

—Dime una cosa, Plata —intervino Yolanda—. ¿Tú te sientes como poseída cuando un espíritu entra en ti?

—En absoluto, es que nadie entra en mí ni se apodera de mi cuerpo o de mi cerebro, como te suelen describir en las películas. Esto no es Hollywood ni aquí se producen efectos especiales para impactar al público sentado en sus butacas. Yo tengo capacidad para comunicarme con ellos, les veo, les escucho, les siento y les presto temporalmente mi voz para que puedan expresarse, pero te diré una cosa: jamás pierdo el control. Creedme, nunca dejo de tener conciencia sobre lo que está pasando.

—Y ¿qué me dices de los espíritus malignos? —preguntó con ansiedad Ramón—. He oído cosas horribles sobre ellos. ¿No podrían atacarte, absorberte el coco y dominar tu mente?

—Vale, Ramón, tú sigue con esto del cine que te irá muy bien. ¡Qué imaginación, chico! Veamos, tú eres buena gente, ¡que nos conocemos desde niños! Imagina que alguien te invita a una fiesta donde se van a reunir personas malvadas. ¿Acaso tú irías allí sabiendo lo que te espera? ¡Claro que no! ¿Verdad? Pues yo tampoco voy a dejar abierta la puerta a que se me acerquen espíritus poco “recomendables”. Te pondré un ejemplo fácil. Si alguien que sabes que no te conviene llama al timbre de tu casa ¿le abrirías la puerta? ¿A que no? ¿Sabes por qué no? Porque posees la certeza de que su compañía o su presencia te perjudicarían. Esto es lo que ocurre con los espíritus. Has de saber que estos seres se acercan a ti por sintonía, por afinidad, es decir, si una presencia negativa se te aproxima es porque de alguna forma tú le estás dando

¿QUIERES SER MÉDIUM?

pábulo con tu actitud o con tus actos. Ellos te observan, tienen todo el tiempo del mundo para hacerlo, y al estudiarte, exclaman: “este es de los míos, permaneceré cerca de él”. Te aseguro que una vez que echas el cerrojo no insisten mucho en llamar sino que se mueven hacia otras entradas donde perciban o intuyan que pueden ser bien recibidos.

— Entonces, Plata — habló Paula —, ¿los espíritus son como nosotros? ¿Piensan y sienten aunque no tengan cuerpo?

— Caramba — manifesté cerrando mis brazos y juntando mis manos —, has dicho lo correcto, amiga. Ellos realizan todo lo que nosotros podemos hacer con nuestro pensamiento, o sea, creer, juzgar, emocionarse, razonar, discurrir... aunque al igual que sucede con nosotros, existen tanta clase de espíritus como de individuos diferentes. Su tipología puede ser tan distinta como sucede con los habitantes del mundo físico.

— Oye, Plata ¿es verdad eso del ángel guardián o protector que nos contaban de pequeños cuando rezábamos? — preguntó Alberto con gran curiosidad.

— Desde luego, compañero. No es solo una tradición sino que se trata de una realidad palpable. Todos, sin excepción, somos hijos de Dios y todos, insisto, tenemos a ese ángel o espíritu custodio que vela por nosotros a lo largo de la vida. Pero piensa que tan solo hablamos de otra criatura espiritual que por amor, ha decidido acompañarte y cuidar de ti a lo largo de la existencia. En mi caso y si no hubiera sido por él, nada de esto podría estar pasando.

— Bueno, entonces, él estará aquí, junto a ti, protegiéndote — insistió Alberto.

— Pues no, lo cierto es que mi amigo del otro plano ha decidido tomarse unas «vacaciones» durante unos días, el muy gracioso. No, estoy de broma, ahora mismo no puedo verle pero no creo que ande muy lejos de aquí. Ellos procu-

ran estar cerca de nosotros, al igual que un padre no se aleja mucho de un hijo.

—Esto es muy emocionante —expuso Carmen—. Entonces, si tú puedes ver a los espíritus, dínos ¿quiénes están aquí, en medio de nosotros?

—Pues ahora mismo nadie —afirmé—. Solo tengo oídos y ojos para vuestras preguntas aunque quizá dentro de un rato sí pueda volver a sentirlos.

—¡Qué suerte tienes, Plata! —recalcó Jorge—. Al menos y por lo que nos has explicado, tú ya tienes la convicción de que existe vida después de la muerte, la que sea y en unas determinadas condiciones, pero vida al fin y al cabo. Ni la tumba ni el horno crematorio suponen el fin...

—Bueno, Jorge, lo de “suerte”, permíteme que lo maticé. Si llevaras como yo años y años percibiendo cosas digamos que “raras”, algunas agradables y otras no tanto, es posible que te hubieras cansado o incluso que prefirieras no ver, aunque no es mi caso. Pero en lo segundo que has dicho, tienes toda la razón: somos inmortales, la materia se destruye o desaparece pero el espíritu permanece. Y son ellos mismos, como en el caso de Martín, los que vienen a dar testimonio, a certificar con sus mensajes que tras el paso del óbito, la existencia continúa, a demostrar que calavera y huesos constituyen tan solo los restos de un traje que vestimos obligatoriamente durante nuestro caminar por esta dimensión...

—Mira, Plata, te seré sincera en cuanto a mi opinión —indicó Sara—. Si yo poseyera esa capacidad o don para “ver” y me quedara sola en casa, saldría corriendo de miedo. Por eso he entendido bien la puntualización que has realizado antes sobre el término “suerte” tal y como lo había planteado Jorge.

—No lo pongo en duda, Sara, pero te diré algo. Si desde que tienes conciencia creces y te desenvuelves con un fenómeno como este, llega un momento en el que te familiarizas y en el que lo consideras como algo normal o habitual, algo

¿QUIERES SER MÉDIUM?

con lo que has de que convivir y que por tanto, no es que pierda importancia sino que simplemente deja de llamarte la atención. Ocurre con muchos otros aspectos de la vida y con este, también. Yo lo comparo al fenómeno de Internet, a los avances tecnológicos, es decir, te sorprenden el primer día o mes pero al poco, te acostumbras a ver un ordenador, a usar un teléfono móvil y a enviar mensajes por redes informáticas. Es así, es como un mecanismo de supervivencia que tiene el sujeto y mediante el cual se habitúa a una serie de hechos que al principio pueden impresionarle pero que luego forman parte de su realidad cotidiana. En verdad, yo jamás he notado ese problema porque es parecido a como si me hubieran enseñado otro lenguaje desde que nací, otro código de comunicación desde mi más tierna infancia. Empezar a aprender otra lengua en la adolescencia tiene sus dificultades pero si hablas y escuchas otro idioma desde pequeña, creo que lo entenderás a la perfección. Puedo sorprenderme porque los que me rodean no sepan comprender esas expresiones pero nunca porque yo vea o reciba mensajes del otro “lado”. No ha habido en mí un antes y un después, ha resultado un continuo desde que vine al mundo y lo verdaderamente extraño en mi caso, sería poder comunicarme tan solo con seres de carne y hueso.

— Sí, sí, mucha costumbre y todo lo que tú quieras — añadió Mario —, pero contemplar tantos espíritus a tu alrededor ¿no te perturba? Aaahhh... la invasión de los “muertos vivos”... ¡qué horror!

— Venga ya, hombre, tú como siempre... ¡Mira que eres macabro, Mario! A ver, que son espíritus, solo las almas de las personas que ya han fallecido. No imagines gratuitamente cosas que no son. Déjate de series y películas de miedo. Ya sé que en el otro lado hay entidades de todo tipo, algunas muy amargadas y otras realmente terroríficas pero hasta ahora, mi ángel guardián ha velado por mí y creo que con su buen hacer ha impedido que alguno de esos seres negativos se aproximara a mí o me afectara. No tengo ni idea de

cómo funcionará ese mecanismo de protección en el futuro, pero hasta el día de hoy me he sentido segura en todos los aspectos.

—Oye una cosa, Plata —comentó María del Mar—, eso de contar con un ser que te proteja te proporciona una gran ventaja. Confieso que te admiro por lo sucedido ayer, pero tú afirmaste antes, sin ninguna duda, que todos tenemos un espíritu que nos cuida. Ahora bien, si no podemos verlo ni comunicarnos con él ¿de qué nos sirve?

—Mira, María, comprendo lo que dices pero hay algo que explicar. Una cosa es que no puedas verlo con tus ojos físicos y otra bien distinta que no puedas sentirlo. Además y para tu tranquilidad, ese espíritu no va a dejar de realizar su trabajo, que es estar pendiente de ti, porque no le observes. Su función de custodia y su efecto de buen consejero duran toda la vida, que te quede claro.

—Perdona —insistió Mar—. ¿Cómo podríamos contactar con él? Creo que esta pregunta puede interesarnos a todos los aquí presentes.

—Vale, como queda poco para que tengamos que entrar de nuevo en clase, os enseñaré una cosa que os resultará muy práctica. Buscad un rato libre, permaneced solos y mantened la calma a través del silencio interior. En la tranquilidad de vuestra habitación o donde queráis pero que gocéis de intimidad, debéis hacer una cosa muy, pero que muy importante. Concentraos intensamente y pensad en la presencia de vuestro espíritu protector, como si resultara vuestra sombra que os acompaña adonde vayáis. A continuación, “bautizadlo”, es decir, dadle un nombre para siempre, no os esforcéis por hallar uno, el primero que acuda a vuestra mente, como si de una intuición se tratara. Da exactamente igual que el nombre se corresponda con una forma masculina o femenina. Eso poco importa en estos casos, lo esencial es que ese nombre permanezca siempre en la memoria y que cada vez que lo pronunciéis acuda a vuestro pensamiento la figura majestuo-

¿QUIERES SER MÉDIUM?

sa de ese ser de amor que constituye vuestro ángel guardián. Por favor, conservad ese nombre el resto de vuestros días y cada vez que preciséis de un buen consejo, de amparo para dilucidar una cuestión grave, de apoyo para tomar una importante decisión, llamadle desde vuestro interior y os garantizo que él vendrá rápido, con la misma velocidad a la que viajan los pensamientos para asistirlos y tratar de ayudarlos. No tengáis dudas con respecto a su actuación. El amor todo lo puede y por ese amor que os profesan desde que salisteis del vientre de vuestra madre, no cesarán de prestaros auxilio de todo corazón. Os prometo que he sido totalmente sincera con vosotros y os lo he dicho por la experiencia que he acumulado hasta ahora con ellos. Es sencillamente maravilloso.

Justo en ese preciso instante en el que todos mis compañeros me escuchaban con suma atención, una voz familiar se dejó oír alrededor de nosotros.

—Pero ¿qué diablos de reunión es esta? —preguntó con cara de circunstancia don Enrique—, profesor de lengua. ¿O quizá debiera llamarla manifestación? ¿Es que no habéis oído el timbre de aviso? Tendríais que estar ya en vuestra clase ¡vamos, adentro! Es increíble pero es la primera vez que veo en medio del patio una especie de asamblea de alumnos pertenecientes al mismo curso. ¡Cómo cambian los tiempos, Dios mío! Estos chicos adolescentes ejercen ya de universitarios con tan solo trece o catorce años... Ver para creer...

—Caramba, Plata, nos has dejado a todos sorprendidísimos, con la boca abierta diría yo, —me comentó al oído Tomás—, el delegado, mientras que todos caminábamos hacia las dependencias interiores del centro.

En ese momento en el que atendía a las palabras de mi compañero de aula, escuché otra vez el chasquido de antes y experimenté como una sensación de ligero mareo, aunque me recuperé en unos segundos.

— ¡Ay, perdona, Tomás! Creo que he perdido el hilo de la conversación. ¿Qué era lo que me estabas diciendo exactamente?

— Pues eso, Plata. ¡Que la gente está admirada contigo y con tu forma de hablar! Es que no sé cómo expresarme pero eres como un libro abierto de sabiduría, un verdadero tesoro. Con sinceridad, ¡qué suerte que estés entre nosotros!

— Si te digo la verdad, no entiendo muy bien lo que ha pasado. Sé que he dicho cosas sobre espíritus o relacionadas con ese tema, pero ahora mismo no sería capaz de recordar nada concreto de lo que he hablado.

— Te entiendo, Plata. Debe ser tu destino. De pronto estás aquí y al instante te hallas como perdida en dimensiones desconocidas para los que te rodean. Pienso que eres un fenómeno de la Naturaleza. Es que no encuentro otra explicación a cómo nos miras o a los mensajes que nos transmites.

— Vaaale... no seas tan adulator, que no es para tanto. Además, no te andes con rodeos, Tomás, que ya sé que siempre te he gustado. Una vez me lo diste a entender de una forma más que clara. ¿Es que ya no lo recuerdas?

— Sí, es cierto... pero que conste que eso que ocurrió no tiene nada que ver con esto... es que hoy me has dejado como embelesado con tu prodigiosa intervención... ¡Quién diría que solo tienes trece años! ¿Verdad, Plata? Eres mi "adulta" preferida...

Capítulo IX

Conversaciones

Tras aquella vibrante mañana, andaba ya de vuelta a casa intentando desentrañar el significado de lo que había ocurrido, en especial durante ese intervalo de algo más de treinta minutos en el que mis compañeros de clase me “bombardearon” con sus múltiples preguntas.

Bien era cierto que parte de lo que había expuesto había sido producto de mis vivencias, de la historia de una cría que había tenido un contacto casi permanente con el mundo espiritual y con sus moradores. Sin embargo, noté cosas extrañas, aspectos cuando menos desconocidos en mí, expresiones que no eran exactamente de mi cosecha sino que habían salido de mi boca pero de un modo espontáneo, como si alguien las hubiera dejado allí plantadas en mi pensamiento para que luego pudieran ser traídas a la memoria y verbalizadas sin dificultades.

A la mañana siguiente, el jefe de estudios nos llamó a todos la atención y nos comentó que no estaban permitidas las asambleas como las del anterior día y que si queríamos reu-

¿QUIERES SER MÉDIUM?

nirnos, lo que debíamos hacer era caminar pero en pequeños grupos, que el patio del instituto no era la sede de ningún sindicato o partido político, ni siquiera un lugar donde se debatieran cuestiones de actualidad.

El resto de la semana, el interés por el tema tratado en nuestro curioso encuentro no decayó pero siguiendo las directrices que nos habían dado, me limité a pasear por el patio pero con dos o tres amigas como máximo. Las indagaciones de los alumnos sobre mi comportamiento y sobre lo sucedido con el espíritu del padre de doña Soledad prosiguieron. Estaba claro que el impacto por lo acontecido el día en que el bueno de Martín nos visitó todavía no se había difuminado.

De todas las compañeras de curso, Petra era la chica con la que más confianza tenía o dicho de otra forma, la persona a la que podía considerar mi mejor amiga. Durante el horario de recreo, dimos unas cuantas vueltas por el perímetro mientras que tomábamos unos bocadillos para reponer fuerzas acompañadas también por Sandra y por Elisa.

—Mira, Plata —intervino Petra—. Me he tomado la libertad de informarme y ya he descubierto lo que te pasa. Tú simplemente eres una médium, o sea, alguien que puede sentir a los espíritus, que los entiende y que estos incluso pueden expresarse a través de ti. A ver, eres como... sí, eso... como una especie de intermediaria de la otra dimensión.

De nuevo, el misterioso chasquido de la otra jornada se dejó oír en mi mente, aunque con un menor ruido.

—¡Bien, Petra, muy bien! Opino que has descrito a la perfección la naturaleza de lo que me ocurre. ¡Felicidades, buena amiga!

—Y digo yo —interrumpió Sandra—, ¿este fenómeno es frecuente entre la población? Yo al menos no conozco a nadie así.

— ¡Pues claro que no es habitual! — exclamó con convicción Elisa—. Yo he visto a alguno en la televisión o les he escuchado en la radio pero juro que no hablaban como Plata ni se parecían en nada a lo que tú nos cuentas. Normalmente, lo que hacían era pronosticar sobre el porvenir de alguien o de alguna situación concreta atendiendo así a las preguntas del entrevistador.

— Un momento, un momento — expresó con fuerza Petra—. ¿Os habéis dado cuenta de lo que ha dicho Elisa? Pensad, por favor. Si Plata puede contactar con los “muertos”, entonces tal vez estos seres le puedan pasar información a ella sobre nuestro futuro... ¡Claro, cómo no habíamos caído antes en ese detalle tan esencial! Argentea, por favor, tú y yo somos íntimas amigas desde hace mucho tiempo, por tanto, me pido ser la primera para hacerte un consulta privada, sin testigos, que estas dos son muy cotillas y querrán enterarse de todo para después difundirlo entre las demás. Solicito formalmente hablar contigo a solas, valiéndome del privilegio que tengo por nuestra confianza mutua.

— Caramba, mira por dónde — expresé con un gesto de asombro no exento de crítica—. Tantos años manteniéndome en el anonimato y ahora parece que solo voy a servir para leerle a mis amigas el futuro. Pero, vamos a ver, Petra, ¿has perdido el juicio? Y vosotras dos, ¡que ya sé que estáis haciendo planes para ver lo que me preguntáis y en qué momento!

— ¡Eh, tranquila, Plata! — explicó Petra—. Perdona si me he precipitado con mi petición pero pensaba que no te importaría. Después de todo, se trata de una facultad natural que no todo el mundo posee, quiero decir que no tienes que hacer ningún esfuerzo especial como cuando debemos ponernos a estudiar para los exámenes. ¿Por qué no compartir ese don tuyo con tus amistades? Bueno, al menos con las que nos sentimos más cercanas a ti...

¿QUIERES SER MÉDIUM?

— Pero, un momento, por favor — agregué con expresión de enfado —. Dejemos las cosas claras desde ya. ¿Qué creéis? Esto no es un consultorio ni un puesto de feria donde se echan las cartas para adivinar el porvenir. Tampoco dispongo de una bola de cristal en casa para saber cómo contestar a los problemas de la gente. Sinceramente, ¿qué os ha hecho pensar en que podría conocer cosas sobre vuestro futuro? Os lo digo con todo respeto pero lo que habéis comentado es lo más absurdo que he escuchado en mucho tiempo.

— Vale, Plata, no te lo tomes así — se excusó Elisa —. Puede que tengas razón, pero no nos negarás que aquellos que ejercen de “médiums” pueden anticiparse a lo que va a ocurrir.

— Pero ¿de dónde has sacado esa conclusión? — interrogué.

— Pues de la televisión. ¡Ah, y también de películas que he visto en el cine! — insistió Elisa.

— Pues mal hecho, mi querida amiga. Mira, te daré alguna pista ¿sabes quién puede conocer con seguridad lo que te espera?

— ¡Ay, claro que no, dímelo, anda! — respondió Sandra con tintes de histeria en su rostro —. Tengo tantas preguntas personales que hacer... eso sí, Plata, ya que tú le conoces, dile por favor que me haga un buen precio, es que no dispongo de muchos ahorros. Mis padres son un poco tacaños con eso del dinero...

— ¿Recuerdas dónde se halla la calle Cielo?

— Ah, pues ahora mismo no lo sé, aunque la verdad es que me suena como si estuviera por la zona del centro de la ciudad.

— No, Sandra — comenté —. Te has pasado de lista y te has equivocado. Mira hacia arriba y verás con tus ojos dónde está esa calle. Creo que no te hace falta que te diga el número exacto del portal de esa casa. Será mejor que le preguntes directamente al que habita allí y a lo mejor... te contesta... quién sabe... cosas más sorprendentes se han visto...

—Pero qué graciosa se nos ha puesto la niña de repente —expuso Elisa con un rictus de enfado.

—Mira, perdóname por la ironía que he utilizado —añadí mientras le ponía la mano en su hombro—, pero ¿de verdad piensas que existe alguien que pueda pronosticar lo que te va a suceder salvo el Creador de todas las cosas?

—Es que... es que... —manifestó entre titubeos Sandra—. Entonces, las personas que se dedican a vaticinar, que trabajan y viven de eso... Deben adivinar el porvenir necesariamente, de no ser así la gente no acudiría a visitarles, porque... pagar hay que pagar... Ya quisiera yo que las consultas fueran gratuitas. De ser así, ya habría pedido cita hace tiempo...

—Pues me temo que te estafarían, mi buena amiga —repliqué sin dudar—. ¿Y no sería más lógico que tú, con tus propias actuaciones, sembraras las raíces de tu porvenir? Sentido común, por favor. ¿Nunca os habéis preguntado qué pasaría si el ser humano pudiese conocer su futuro?

—Ay, yo qué sé... —comentó Petra—. La verdad es que nunca me lo había planteado. Supongo que más de uno se dedicaría a comprar billetes de lotería para enriquecerse...

—Respuesta incorrecta, siguiente...

—Quizá —intervino Elisa—, algunas personas no saldrían de casa o tomarían las máximas precauciones si supieran que van a sufrir un accidente...

—No, no... respuesta incorrecta... venga, Sandra... te toca, es tu turno...

—Yo lo tengo clarísimo, Plata —dijo Petra—. No guardaría ni la más mínima duda. Mira, si yo pudiera saber algún dato sobre el futuro que me espera, lo único que me interesaría sería saber quién me correspondería como novio, o mejor dicho, con qué hombre compartiría el resto de mi vida. Bueno, puestos a pedir, también consultaría por el número

¿QUIERES SER MÉDIUM?

de hijos que tendría y... por mi porvenir profesional... como es lógico.

—Lo siento, pero... ¡respuesta incorrecta!

—¡Eh, venga ya! —exclamó de modo quejoso Petra—. Deja ya de hacer de “profe”. A ver, lista, ¿qué pasaría? Ilumínanos con tu proverbial “sabiduría”...

—Veamos, detengámonos y usemos nuestra razón — expresé con calma—. En verdad, resulta muy sencillo. ¿No creéis que el ser humano perdería por completo su capacidad para elegir, en definitiva, su libre albedrío?

—¿Cóoomo? —manifestó sorprendida Elisa—. Caramba, ¡qué profundo! Aunque ahora que lo pienso, tu respuesta... es inteligente. ¡Ya lo entiendo! Conocer lo que te va a ocurrir sería un auténtico latazo... es más, me daría hasta miedo.

—¡Sí, es correcto! —gritó emocionada Petra—. Imaginad por un instante que supierais con certeza el día en el que vais a morir. ¡Dios, sería horrible!

—¡Aaah...! De eso nada —chilló Sandra—. Yo no quiero saber para nada cuándo me convertiré en un espíritu o lo que sea. ¡Qué queréis que os diga! Prefiero ser una ignorante a saber más de la cuenta. Conocer mi fecha de paso al otro “barrio”... me angustiaría. ¿Y si fuera mañana mismo? Deja, deja...

Cuando más interesante se hallaba la conversación, el timbre de aviso para regresar al aula se dejó oír. Pero cómo de deprisa transcurría el tiempo cuando hacíamos algo verdaderamente sugestivo...

Sospeché que algún indiscreto amigo se había ido de la lengua cuando ese mismo día, tras la curiosa conversación mantenida con mis más íntimas, fui llamada a última hora al despacho del señor director.

—Mire usted, señorita Argentea —me dijo el mandamás del centro en tono ceremonioso—. Como a mí no se me es-

capa nada y ya sabe que manejo todo tipo de información, le exijo que no vuelvan a repetirse los hechos del pasado lunes en el aula y en los que usted estuvo directamente involucrada. Le diré algo aunque es libre de creerme o no: no ha sido doña Soledad la que me ha puesto al corriente de lo ocurrido. Como buen dirigente, he de permanecer atento a todo lo que sucede en este lugar; por ese motivo tengo muchas fuentes de información, algunas de las cuales, nadie podría sospechar. Bueno, no me extenderé con mis obligaciones porque ya se las imaginará. La profesora implicada en el incidente ya ha recibido la correspondiente charla por mi parte a fin de llamarla al orden, ya que ella debió notificarme lo que había pasado al instante y no lo hizo. Verá usted, joven, no me importa para nada el carácter de lo acontecido ni las causas, ni siquiera el porqué. Sin embargo, señorita, si estas cosas se repitieran, yo tendría que adoptar algún tipo de medida más contundente. No sé si me comprende pero con su extraña actuación, usted interrumpió la buena marcha de las clases y eso no puedo consentirlo. Además y espero que lo entienda, debo notificarle a sus padres el absurdo episodio del que digamos que usted fue la protagonista principal. Ya sé que ellos son compañeros de profesión pero como colegas, existen aún más razones para que estén informados de las presuntas “rarezas” de su única hija. Perdone la pregunta, señorita Argentea, pero ¿no cree usted que su conducta fue un poco “lunática”?

— Por favor, señor director, yo seré todo lo rara que quiera, lo admito si eso le complace, pero le ruego que no le diga nada a mis padres. Mi madre ya lo sabe y seguramente se lo habrá contado a mi padre, pero otra cosa muy distinta sería recibir una llamada oficial y directa desde aquí. Creo que el asunto se complicaría y me afectaría negativamente. Por favor, se lo ruego, no lo haga.

— De acuerdo, será razonable, porque compruebo que está escarmentada del lance que provocó. El arrepentimiento es el primer paso para cambiar, eso está bien. No obstante,

¿QUIERES SER MÉDIUM?

necesito garantías de su buen proceder a través de sus palabras. Mire, para terminar esta esclarecedora y productiva conversación tan solo le pido un irrenunciable compromiso con respecto a este tipo de actos que yo, sinceramente y si estuviéramos en otra época, consideraría como de brujería, magia o como quiera denominarse. Pero, claro, estamos finalizando el siglo XX y ya se habrá dado cuenta de cómo cambian los tiempos. Hoy se acepta todo y de cualquier manera. Las tradiciones se están perdiendo a marchas forzadas. Debe ser eso del cambio de milenio, parece que se trata de un fenómeno contagioso del cual es usted una indudable e histérica representante. En fin, lo que pretendo exponerle desde esta dirección es la exigencia de que esta coyuntura no vuelva a producirse por el bien suyo, del centro y de sus profesores, así como del resto de alumnos. En la calle, en su casa o donde le dé la gana excepto aquí, puede usted montar cuantos números circenses desee, pero en este sagrado lugar de la enseñanza que se halla bajo mi responsabilidad, absolutamente ¡no! Creo que me he explicado sin ambigüedades ¿estoy en lo cierto?

—No se preocupe, señor director. Le doy mi palabra de que no volverá a suceder.

—Muy bien. En ese caso, me alegro mucho por su situación. Este tipo de escándalos y con tanto público no le convienen a una institución como esta ni a nadie, ni siquiera a usted, Argentea, se lo aseguro.

De regreso a mi hogar, me puse a meditar sobre el carácter injusto de ciertas disposiciones que me estaban afectando. Pero ¿quién era ese hombre al que solo le faltaba una gorra de plato y un bastón de mariscal para controlar mi vida? ¿Qué tontería era esa de querer negar a toda costa unos hechos más que evidentes que ponían de manifiesto la diáfana realidad de la existencia de los espíritus! En fin, a pesar del tremendo enfado que había llegado a acumular durante la reprimenda en el despacho de dirección, al menos experi-

menté cierto alivio al saber que ese señor no iba a alterar con su llamada telefónica la tranquilidad de mis progenitores y que por tanto, evitaría la consiguiente bronca a su hija, es decir, a mí.

El jueves, siguiendo una especie de cuadrante muy particular, fueron cuatro los chicos que en este caso tomaron el relevo de mis amigas más cercanas y se decidieron a preguntarme por el asunto de la otra semana. Estaba claro que Tomás, ejerciendo como nunca de delegado, había confeccionado una serie de tandas para que todos mis compañeros pudieran efectuar sus peculiares consultas. Era probablemente la única forma de acometer una distribución justa de los distintos turnos de “atención al público”.

Aunque pudiera resultar una incomodidad me adapté al desarrollo de los acontecimientos, pues después de todo, comencé a sentir cierto placer al ser el centro de curiosidad de mis amigos, como si fuera alguien importante que podía orientarles en sus vidas, aunque esto evidentemente no fuera así.

En esta ocasión, Tomás, Miguel, Paco y Ramón se dedicaron a pasear conmigo por el patio del instituto. Tras el acostumbrado chasquido en mi cabeza, eso sí, cada vez más débil, se inició la charla.

—A ver si yo me aclaro —rompió el hielo Miguel—. ¿Cualquier espíritu puede manifestarse a través de ti?

—No, cualquiera no. Eso sería un poco lamentable para mí. ¿No crees? Es como si invitaras a entrar en tu casa al primer sujeto con el que te cruzaras por la calle sin conocerle de nada. A Dios gracias, yo tengo absoluta confianza en mi mentor, es decir, en mi ángel guardián. Él ejerce la delicada labor no solo ya de protegerme sino también de filtro.

—¿“Filtro”? Pero, ¿acaso es como una especie de secretario personal?

¿QUIERES SER MÉDIUM?

—No, hombre, no. No seas tan radical, Miguel. Me refería a que si él observa que hay algún espíritu alrededor de mí que pretenda perturbarme, molestarme o hacerme daño, él lo espanta, vamos, que lo ahuyenta para que se retire de mi presencia.

—Pero un momento —intervino Paco con expresión de extrañeza—. ¿Qué es eso de que un espíritu podría hacerte daño? He visto en el cine cómo el ataque de esos seres te pueden dejar magulladuras por el cuerpo, restos de sangre o incluso estrellarte contra la pared. Me asusta que eso te pueda suceder, Plata.

—Ya, ya —comenté con cierta sorna—. Yo también asistí a películas en las que incluso esas criaturas “peligrosas” podían hacerte levitar y luego soltarte para que cayeras al suelo con estrépito. Mira, Paco, cuando hablo de “ataques” no me refiero a agresiones físicas sino a perturbaciones de carácter psíquico. Ya os lo dije el otro día. Ellos no tienen un cuerpo material como el nuestro por lo que su actuación, en caso de producirse, se encamina hacia el área mental, la psicológica. Siempre se ha dicho que podía causar más daño una palabra o una simple expresión que un golpe o incluso una paliza. También se sabe que las lesiones producidas por un porrazo se curan al cerrarse, pero que aquellas heridas que afectaban al pensamiento podían perdurar en el sujeto años o tal vez toda la vida. No sé si me he explicado correctamente...

—Y ¿qué sientes cuando ves a un espíritu o se te aproxima alguno que pretende comunicarse contigo? —expuso Ramón.

—Hmmm... buena pregunta, amigo. Es cierto que a pesar de su cercanía nunca dejo de ser yo misma pero reconozco que algo de su “personalidad” se me «pega» en esos instantes. Por ejemplo, si alguno apenado contacta conmigo, parte de esa tristeza yo la capto y si se trata de uno que desborda alegría pues también me contagia hasta cierto punto de ese entusiasmo. Es un sentimiento íntimo inexplicable

que percibes durante ese tiempo. ¿Habéis oído alguna vez hablar del concepto de empatía?

—Pues claro —dijo Paco—. Eso es que cuando tú te examinas, tiendes a obtener la misma nota que el otro individuo con el que empatizas.

—Ah, ya entiendo el significado —confirmó Miguel—. De ahí procede esa palabra, porque literalmente “empatas” con el otro en el resultado. Ja, ja, ja... ¿Qué? ¿No os gustó el juego de conceptos? Venga, no os enfadéis que era solo un chiste compuesto sobre la marcha...

—Ay, Dios mío, pero ¿os habéis vuelto locos? —pregunté mordiendo mi labio inferior con gesto de rabia—. ¿Cómo podéis ser tan asnos, con todos mis respetos hacia los burros? A ver si nos enteramos, empatía significa situarse en el punto de vista del otro, tener la capacidad para conectar con sus sentimientos, saber ponerte en la piel del prójimo.

—Ay, Plata, qué inteligente que eres —respondió como una flecha Tomás—, en su típica mueca de admiración infinita hacia mí, dijera lo que dijera o hiciera lo que hiciera. A esta mujer hay que colocarla en un pedestal, es que eres única. Pero ¿es que hay alguien tan sabio entre las personas que conocéis? A ver, decidme, listos...

—Por favor —insistí—, déjate de peloteos inútiles y dime lo que quieras preguntar.

—Ah, sí, perdona —se recompuso Tomás—. ¿Cómo es eso de que tu espíritu guardián puede espantar a los malos para que no te fastidien el día? Creo que no alcanzo a comprenderlo. ¿Es acaso un combate entre iguales o algo semejante a las peleas de este plano pero sin cuerpos con los que luchar?

—Es que verás, entre ellos existe una especie de jerarquía donde unos mandan y otros obedecen o se ven sometidos ante los primeros.

¿QUIERES SER MÉDIUM?

—Pero... ¿qué estas diciendo, Plata? Si parece el ejército o una empresa donde hubiera directivos, jefes y subordinados...

—Vaaale... Tomás. No pretendía comparar la clasificación entre los espíritus como si se tratara del escalafón que se observa en cualquier organización de las nuestras. Ahora bien, jerarquía sí que hay. Esto me lo han comentado muchas veces. Sin embargo... cómo te diría... no sucede exactamente como en la esfera terrenal... Al parecer, en su dimensión, es decir, en el mundo espiritual su clasificación depende de su grado de adelanto.

—Ja, ja, ja... —rió Ramón—. Me recuerda a una carrera de obstáculos para ver quién adelanta antes o avanza más para poder llegar a la meta lo más rápido posible. Perdón, Plata, no pongas esa cara... era solo una broma, mujer.

—Ya, qué “gracioso”. Pero qué fácil es opinar o calificar aquello que no se conoce. Bueno, echándole un poco de imaginación tampoco vas tan desencaminado. Se trata de una auténtica carrera que dura toda la vida y cuando hablo de toda la vida es para siempre, porque ellos son inmortales. En otras palabras, me estoy refiriendo a un proceso infinito de aprendizaje.

—Pero, si ellos son inmortales ¿qué pasa con nosotros? Entonces ¿por qué tenemos que morir? ¡Me parece de lo más injusto!

—Paco, hombre, piensa un poco lo que acabas de decir. Cuando te vayas de esta existencia pasarás a ser un espíritu. A eso me refería cuando hablaba de inmortalidad. A todos nos sucederá, sin excepción. Por tanto ¿dónde reside el problema?

—Ah, sí, es verdad, lo había olvidado, a todos nos iguala la muerte. Y volviendo a lo de antes, ¿en qué se basa esa jerarquía que mencionaste, Plata? O dicho de otra manera, ¿cómo se ordenan los espíritus en esa supuesta clasificación?

—Pues digamos que su adelanto depende básicamente de dos factores: el intelectual y el moral. Por un lado, deben aprender muchas cosas y por otro, deben complementar esa instrucción realizando buenas obras. ¿Te das cuenta de la correspondencia entre los distintos aspectos?

—¡Pues qué quieres que te diga! —respondió Miguel—, eso me recuerda a una escuela de niños donde hay que estudiar un montón de cosas y por supuesto, portarse bien. En caso contrario, evaluación suspendida y a repetir curso...

—Vale, si lo quieres contemplar desde esa óptica, me parece correcto, aunque creo que la comparación se te ha quedado un poco “corta”. Aplicándolo al mundo adulto, parece claro que la vida es una escuela de aprendizaje en todos los sentidos pero que en cualquier caso implica asumir o aprender una serie de lecciones que después y como buenos estudiantes debemos llevar a la práctica en el trato con los demás.

—O sea —dijo Tomás—, a ver si me puedo explicar bien. Tú, lo que nos quieres transmitir es que la existencia del hombre es un camino en el que se va progresando pero en dos vertientes. Una que tiende hacia el conocimiento, hacia el aprendizaje y la otra hacia la bondad, la misericordia o en definitiva, las buenas obras. Vamos, por expresarlo resumidamente, es como si estuviéramos aquí en este plano terrenal para amarnos e instruirnos.

—Ja, ja, ja... Caramba, Tomás, lo has reflejado a la perfección —manifesté con una gran sonrisa en mi boca—. ¡Qué grande eres! Pero te diré algo que te afecta. No has sido tú el que has tenido esa idea. Ese razonamiento tan acertado no ha salido directamente de tu cosecha sino que ha sido depositado en tu mente para que nos lo dijeras.

—No alcanzo a entenderte, Plata. ¿Qué quieres decir con ello?

¿QUIERES SER MÉDIUM?

—Mira, Tomás, antes de responder, la figura de una muchacha joven se ha acercado a ti por tu espalda y tras pararse junto a tu brazo, te lo ha “soplado” en tu oreja.

—¿Cómo? ¿Me estás diciendo que hace un momento he sido poseído por mi hada madrina?

—No, yo no he dicho eso, aunque esa expresión aluda a un lenguaje infantil que asociaba a esos seres tan bellos con los mismos espíritus que nos ayudaban y nos protegían. Ah, y olvídate de posesiones, que has visto demasiadas películas de terror. Yo he percibido a una chica de agradable aspecto y muy hermosa que se te ha aproximado a tu cabeza hace unos segundos y digamos que te ha inspirado esa respuesta tan inteligente a la que le has prestado tu voz. Mira por dónde y sin pretenderlo has podido experimentar algo muy similar a lo que yo siento cuando un espíritu me comunica algo. ¡Quién te lo iba a decir! ¿Verdad, Tomás? Todos poseemos esa capacidad receptiva para escucharles y seguir sus consejos. Y los demás, prestad atención, que habéis sido testigos de esta afortunada escena, espero que a partir de ahora me entendáis mejor cuando describo cómo funciona este fenómeno, el de ser una médium.

—¿Inspirar? —agregó el delegado de la clase—. ¿Qué es eso de inspirar? ¿Algo parecido a lo que se comenta que hacen las musas con los compositores de música, con los escritores o con los artistas en general?

—Sí, algo semejante. Digamos que es el acto por el cual los espíritus nos hablan, nos transmiten aquello que desean que sepamos. Siempre se ha dicho que las grandes obras escritas que han marcado el devenir de la humanidad se habían elaborado bajo la tutela o la inspiración de los buenos espíritus. Ahora creo que se comprende mejor ese concepto.

—Óyeme, Plata —preguntó con rostro de curiosidad Tomás—. ¿Está todavía aquí esa chica tan guapa que me acompañaba?

—No, ya se ha ido. Tan pronto como te soltó el mensaje que deseaba anunciarte se marchó.

—Pero ¿dónde está y por qué se ha tenido que ir con tanta prisa?

—Veamos, Tomás, no puedo saberlo todo, no puedo conocer la motivación oculta que mueve a los espíritus para que hagan lo que hacen. Lo siento pero ellos tienen muchas ocupaciones y eso hay que respetarlo. Los que presentan cierto nivel de adelanto jamás permanecen ociosos como muchos de nosotros. Eso les resultaría desesperante. Tienen un gran trabajo que hacer y por tanto, no desean perder su precioso tiempo.

—Y ¿eso por qué es así? ¿Por qué no pueden “perder” el tiempo como a veces hacemos los que estamos aquí sobre la tierra?

—Mira, Paco, le estaba hablando a Tomás de los buenos espíritus. Como él nos ha comunicado con su maravillosa inspiración, ellos no poseen un cuerpo físico pero se dedican a pensar con mayor claridad, es decir, que saben perfectamente lo que les conviene y te aseguro que utilizan con mucha racionalidad las horas.

—Escucha, Plata —interrumpió Miguel—, no quiero ser aguafiestas pero es que acaba de sonar el timbre. Con lo bien que estábamos... ¿Me permites una última pregunta antes de regresar a clase?

—Por supuesto, amigo.

—Yo... verás, es que estoy asombrado contigo y con lo que dices. Es que no entiendo nada y me cuesta trabajo pensar de dónde sacas tantos conocimientos. No sé, pero da la sensación de que hubieras leído y absorbido el contenido de varias enciclopedias sobre el mundo espiritual. Entonces, todo eso de lo que hablas ¿te lo están inspirando como le ha sucedido a Tomás o es de tu propia cosecha?

¿QUIERES SER MÉDIUM?

— Te voy a contestar con toda sinceridad. Durante los últimos días me han estado preguntando los compañeros todo tipo de cuestiones sobre los espíritus. Pues bien, antes de responder he sentido como una especie de chasquido en mi cabeza. No estoy segura, pero creo que se trata de una señal que me abre la puerta de acceso a ese tipo de conocimientos.

— Ajá, a eso iba yo — prosiguió Miguel —, entonces ¿eres tú la que hablas o son ellos a través de ti? ¿No lo recuerdas? Como ocurrió aquella jornada con el padre ya fallecido de doña Soledad...

— Ya, te entiendo. A veces pasa de esa manera que dices. Sin embargo, esta semana no ha sido así. Te lo aseguro. Mira, si estuviera aquí mi ángel guardián te diría que es él el que me sopla toda esa información pero lo cierto es que lleva unos días “desaparecido” o al menos yo no puedo verle. Os confesaré algo importante: el lunes por la noche tuve un sueño muy real, de esos que no se olvidan. Es como si hubiera estado hablando con un personaje muy sabio que me enseñaba un montón de cosas durante la madrugada. Al despertarme por la mañana, tenía vagos recuerdos de que algo muy significativo me había ocurrido, como si hubiera recibido por parte de ese ser inteligente una clase magistral. No puedo confirmarlo al cien por cien, pero creo que las respuestas que os he dado a vuestras preguntas y a las efectuadas por otras amigas tienen mucho que ver con ese extraño sueño que os he comentado. Por tanto, no se trata de que un espíritu me esté dictando a la oreja esas contestaciones sino que hay dentro de mí contenida una serie de datos que manejo a toda velocidad para saber lo que tengo que decir, como cuando abres con rapidez el grifo de una tubería y el agua, en este caso la información, saliera a chorros desde mi mente.

— ¡Qué interesante es todo esto! — agregó Tomás traspasándome con sus pupilas —. El asunto daría para hablar horas y horas. No me cansaría nunca de escucharte, Plata.

—Muy amable de tu parte, amigo —contesté mientras que todos entrábamos en el aula—. Pero no empieces otra vez con las alabanzas, que te conozco. Y no me mires tan fijamente, que se te cae la baba, atontado.

La mañana siguiente era la última de la semana. Por fin, alcanzábamos el viernes y descansaríamos de tanto interrogatorio, eso sí, voluntariamente aceptado. Mis sensaciones resultaban contradictorias porque por un lado, tenía que prestar atención y concentrarme en las demandas de mis compañeros de clase pero por otra parte, resultaba muy reconfortante que me hubieran colocado, a raíz del incidente con Martín, el padre de la profesora de matemáticas, en un pedestal de chica importante y sabia, que podía ver o hablar con seres de una dimensión para ellos desconocida.

Para mí, como era lógico, ese plano no tenía nada de extraño pero claro, tampoco iba a ir dando por ahí explicaciones detalladas de lo que había constituido mi vida hasta los trece años y de todas mis conversaciones y peripecias con mi tutor. Lo cierto es que le echaba de menos. Era la primera vez a lo largo de mi existencia que mi ángel guardián se había desvanecido durante toda una semana con sus días y sus noches.

—¡Alta traición! ¡Injustificable ausencia! —eran dos de las expresiones más repetidas en mis adentros a modo de particular protesta—. Sin embargo, no transcurrían ni unos segundos antes de que me dijera a mí misma que debía existir una poderosa razón, un motivo importante para que él actuara de esa manera tan peculiar. Empecé a pensar en que quizá Áureo me estaba sometiendo a una especie de prueba para comprobar cuál era mi reacción y después echarme la bronca o algo similar. ¡Ya lo sabría el lunes, cuando se cumpliera el plazo para que pudiera verle de nuevo!

Ese viernes, por las razones que fueran o porque el simple paso del tiempo sirve para enfriar las noticias, tan solo

¿QUIERES SER MÉDIUM?

quisieron hablar conmigo dos compañeras, aunque en el último momento se apuntó a la charla mi mejor amiga, Petra.

— ¡Ay, Plata! — comentó Sonia —. Si supieras las ganas que tenía de hablar contigo. Es que siempre me ha gustado mucho el universo de los ángeles, ese mundo de seres alados tan hermosos que viajan por el espacio y que son los mensajeros de Dios. Tú hablaste el otro día sobre ellos. Debe ser fantástico poder verlos revoloteando a tu alrededor majestuosamente, tan atractivos, tan esplendorosos... ¿No lo crees así?

— Pues... me temo que voy a decepcionarte un poco, amiga. Lo que tú has dicho es cierto en cuanto a que son espíritus que actúan como mensajeros del Creador, pero en verdad, más que dar mensajes lo que hacen es cumplir con su misión, la que tengan encomendada, pues cada uno de ellos tiene su propia tarea a realizar. Piensa que deben existir millones y millones de ellos porque si cada uno de nosotros posee uno de esos ángeles para custodiarlos... imagina a la Tierra como planeta y la cantidad tremenda de habitantes que la pueblan. Ahora bien, lo otro que has citado, yo no lo contemplaría de esa forma digamos tan “estética”...

— ¿Cómo? ¿Por qué no? — preguntó Sonia un tanto incómoda por mis palabras.

— A ver, cómo te explicaría... es que eso de las alas, de su hermosura deslumbrante como si estuviéramos hablando de personas sacadas de un concurso de guapura no se corresponde con lo que yo he vivido. Mi impresión es que todo eso son distorsiones extraídas del ambiente del cine y de la literatura fantástica. Sinceramente, creo que tu concepto de belleza está demasiado ligado a la dimensión física. Tengo que decirte que nuestros ángeles protectores responden a un perfil más normalizado de lo que imaginas. Tranquila, no me mires con esa cara de decepción, solo quiero transmitirte que a menudo se utilizan esos símbolos que observas en las pinturas para describirlos de forma romántica e idealizarlos. Eso sí, te aseguro que el que tengan una apariencia más co-

mún de lo que tú suponías no les resta ni un ápice de eficacia en su verdadera misión que es la de guiarnos y aconsejarnos.

—Ya, ya —interrumpió Sonia—. Es fácil quitar méritos a mi interpretación sobre los ángeles pero seguro que el que te acompaña a ti es un ser fuerte y guapísimo.

—Ja, ja, ja... menos mal que no se encuentra aquí, si no, seguro que te habría dado un coscorrón en la cabeza. Mira, el espíritu que convive conmigo es de lo más normal. Tiene apariencia masculina, eso sí, es más alto que yo pero el rasgo que más destaca en él es su brillo.

—¿Brillo? ¿Te refieres acaso a que es muy inteligente o estás hablando de otro aspecto?

—En fin, la verdad es que es muy sabio pero yo me refería más bien al color de sus sentimientos. Se asemeja a una presencia dorada, donde el amarillo oro predomina sobre otras tonalidades. Resulta difícil acertar con la cuestión cromática, porque la gama que se puede vislumbrar en la otra dimensión es mucho más amplia que la que nosotros solemos observar. Para tu «tranquilidad», Sonia, te diré que no me haría «novia» de él. Me lleva muchos años pero eso no significa que no le quiera muchísimo...

—Y ¿siempre te está observando? ¿No se despega de ti ni un instante como si fuera una lapa?

—He de decirte que un ángel no es más que un espíritu que ha alcanzado el suficiente nivel de desarrollo moral e intelectual como para convertirse en protector de la persona a la que tutela. En primer lugar, yo ya estoy acostumbrada desde pequeña a su presencia, por lo que no me incomoda en absoluto. Resulta como un miembro más de la familia aunque más especial si cabe. En segundo lugar, ellos nos conocen y saben que existen momentos en los que precisamos de intimidad. No nos confundamos, no es que se retiren a mil kilómetros de distancia, sencillamente se apartan de nosotros y vuelven cuando nos hallamos de nuevo disponibles.

¿QUIERES SER MÉDIUM?

Te lo diré claro: no les necesitamos las veinticuatro horas del día. Eso sería un poco agobiante tanto para ellos como para nosotros. ¿No te parece?

— A ver, a ver — intervino Natalia con intriga —. Hablas mucho de tu ángel, pero por favor, ya que tienes el don de “ver”, dinos algo acerca de los nuestros... cómo son... qué aspecto tienen... si son completamente buenos o hay alguno que esconda una perversa intención... venga, Plata, suelta toda la información de la que dispongas...

— Pero ¿qué dices? — agregué abriendo mis ojos de par en par —. Natalia, tienes que entender que ningún espíritu que tuviera la intención de protegerte te iba a infligir algún tipo de daño. Eso sería una completa contradicción ¿no te das cuenta? Esas criaturas no pueden desearnos el bien y el mal a la vez...

— ¡Ay, hija!... He leído relatos y he visto dibujos de ángeles negros... de esos que se rebelan ante Dios por cuestiones de poder y esos turbios asuntos que suceden en la otra dimensión... Son horribles, pero reconozco que no dejan de atraer de alguna forma a mucha gente.

— Claro, si te crees todo lo que ves por ahí, luego tu imaginación se desborda y quizás desarrolles ciertos “errores” de apreciación... Existe un antídoto contra todo ese fenómeno. Yo te diré cuál es: aplicar el sentido común.

— Vale... de acuerdo... y ahora, hablemos de nuestros ángeles guardianes.

— No puedo, lo siento — respondí con sequedad.

— ¿Cómo que no puedes, lista? ¿Qué te sucede ahora? — inquirió Natalia —. ¿Acaso nos vas a dejar con esa incertidumbre o es que quieres hacerte la interesante para que te supliquemos?

— En absoluto, amiga. Verás, es que cuando has repetido la pregunta ellos han salido como disparados y se han

alejado lo suficiente como para que no pueda verles. Tenéis que creerme, de veras. ¿Para qué os iba yo a engañar? Hay que respetar su intimidad, seguro que lo que ocurre es que desean mantenerse en el anonimato. En el fondo, no dejan de ser seres humildes que prefieren trabajar con nosotras desde el otro lado sin que se les reconozca. Pero no os preocupéis, el que se hayan retirado en estos instantes no significa que no os quieran. Habéis de saber que ese es el principal vínculo que les une con sus protegidos: su amor por cada uno de nosotros, como si fueran de la propia familia, constituidos en nuestros guías y con la misión de ayudarnos.

—Entonces ¿eso quiere decir que puede tratarse de antiguos parientes nuestros que ya fallecieron y a los que les han encargado ese trabajo?

—No necesariamente. A veces ocurre de esa forma, pero en otros casos no han desarrollado ningún tipo de lazo de sangre y sin embargo, han aceptado con gentileza cumplir su importante tarea. Ellos no nos adoran porque hayan sido antes nuestros padres o abuelos, sino sencillamente porque nos consideran como sus “hermanos”, almas revestidas de un traje de carne a los que hay que tutelar.

—A ver, Plata —intervino Sonia—. No pretendo ser impertinente ni tampoco que te lo tomes a mal, pero piensa una cosa. Tú tienes a una criatura espiritual a tu lado que te aprecia mucho y a la que puedes ver e incluso hablarle. Como estudiante, al igual que tú, me pregunto por lo que sucede en la época de exámenes. Coincidirás conmigo en que tener a un acompañante invisible con el que te puedes comunicar, te aporta una serie de “ventajas” muy particulares. Por ejemplo, si te has olvidado de repasar el temario pues se lo comentas a tu ángel y... ¡zas!... problema arreglado. Como se trata de seres inteligentes, lo lógico sería que le pidieras a él que pusiera en tu mente la respuesta adecuada y... prueba superada. ¡Qué fácil! ¿No? Así cualquiera... A ver, sabionda ¿qué tienes que decir ahora frente a mi argumento?

¿QUIERES SER MÉDIUM?

—Creo, Sonia, que aquí ha existido un problema de intercambio de información. O tú no me has acabado de entender o es que yo me he explicado muy mal o ambas cosas a la vez. Procuraré responderte con toda la lógica del mundo. ¿Tú sabes lo que implicaría esa afirmación que acabas de exponer?

—Pues no tengo ni la más remota idea.

—Eso significaría que ninguna de las aquí presentes tendríamos libre albedrío, tan grave como admitir que nuestras vidas carecerían de sentido...

—Venga, aclárate, Plata, que ahora sí que no te comprendemos en absoluto...

—Veamos. Si alguien tomara las decisiones por ti ¿qué pasaría? Os pondré un ejemplo que siempre es una buena manera de captar mejor lo que late en el fondo de determinados asuntos. Imagina por un momento a tu espíritu protector comentándote quién es el novio con el que tienes que salir ¿cómo te lo tomarías?

—Es que si el chico que me indique no me gusta —contestó Natalia—, no le haría ningún caso.

—Exacto, eso es, te rebelarías ante la misma idea de que alguien pudiera elegir por ti, por el simple hecho de que deseamos conservar a toda costa lo más sagrado que como seres humanos tenemos: la capacidad para adoptar nuestras propias decisiones. Y es que a nadie le agrada que escojan por uno mismo. Eso te anularía como persona. Seríamos como meros robots manejados por una fuerza extraña que mora dentro de nosotras. Con esto quiero llegar a la siguiente conclusión: ningún ángel, por mucho que te adore, va a hacer por ti el trabajo que te corresponde. Eso sería quebrar uno de los principios esenciales que el Creador depositó dentro de nuestro ser: la libertad para progresar. Es cierto que en muchos casos nos equivocamos, aunque gracias a esos tropiezos nos caemos para luego levantarnos y continuar avanzando. Llegando a la cuestión concreta por la que me preguntabas,

jamás mi espíritu guardián se me ha chivado de ninguna respuesta ante un examen... jamás, os lo digo con el corazón en la mano. ¿Dónde estaría entonces el mérito? La vida no es un cuento de hadas donde uno puede pedir lo que se le antoje y se le concede al momento. Dios mío, eso sería horrible pero también aburridísimo, insoportable. Pensad la de veces que estamos fastidiadas al cabo del día porque los mayores como nuestros padres o profesores nos dicen lo que tenemos que hacer. Imaginad por tanto a un ser que nos acompañara a cada paso y a cada segundo diciéndonos sin parar “ve por la izquierda”, “no contestes a eso”, “levántate y haz esto o aquello”, “acércate allí”, “no comas de esto” y yo qué sé cuantas cosas más... La más terrible de las torturas mentales se ceñiría sobre nuestras cabezas... Sin elección, no hay libertad y sin la posibilidad de cometer errores, jamás aprenderíamos. Mirad, seré joven, pero es una de las cosas más claras que tengo en mi vida. Pensar en que me van a regalar logros por mi “cara bonita” no dejaría de constituir un triste autoengaño, una espantosa decepción sobre el motivo por el que estoy viva... Y a mí me gusta saber por qué estoy aquí...

—Ya, ya... —añadió Sonia con una sonrisita irónica saliendo de entre sus labios—. Tú dirás lo que quieras pero aunque haya sido solo en ocasiones puntuales, estoy convencida de que tu ángel te ha “soplado” alguna que otra información de lo más reservada.

—Oye, Sonia —afirmé con vehemencia—. Si lo que intentas es provocarme, lo tienes claro. Son muchos años los que llevo controlándome y escuchando los prudentes consejos de mi tutor del otro lado como para caer ahora en tus trampas verbales. Hay que pensar un poco antes de hablar. Si lo que has dicho con tanta seguridad fuera cierto, mis calificaciones serían de sobresaliente en todas las materias ¿no te parece? Y eso no ha ocurrido nunca porque mi nivel medio es de un notable bajo. No es que me queje, pero mi esfuerzo me ha costado.

¿QUIERES SER MÉDIUM?

— ¡Quién sabe! — replicó Natalia —. Igual permaneces en ese nivel para disimular ante los demás y no destacar en exceso porque eso permitiría descubrir con facilidad tu “doble juego”. Bah, seguro que si tú se lo pidieras tu ángel te ayudaría a descollar en todas las asignaturas. ¿O no?

— Mirad, compañeras, creo que vamos a cortar esta conversación. No tiene sentido que estemos aquí perdiendo el tiempo cuando yo intento convenceros de algo que vosotras no vais a creer nunca. Ya me habéis juzgado de antemano y emitido sentencia condenatoria ante la que para colmo, no cabe recurso alguno. ¿Para qué pretendéis saber más o preguntarme por otros conceptos si no vais a alterar vuestros planteamientos os diga lo que os diga?

— Vale, vale, guapa... tampoco es para tanto — se defendió Sonia —. Yo te diré lo que pasa. Cuando una posee “algo” que las demás no tienen, pues lo lógico es que ese fenómeno despierte algún tipo de recelo, hasta de envidias, me atrevería a asegurar... ¿Tú qué opinas, Natalia? ¿No tienes la impresión de que en este asunto hay implicadas muchas emociones?

— Sí, probablemente. No te quito la razón. Quizá hayamos sido un poco bordes con Plata. Después de todo, la chiquilla no tiene culpa de ver u oír a los espíritus, ella no lo eligió sino que nació con esa cosa “rara” por dentro. Es absurdo perder las amistades por una discusión estúpida que no nos conduce a ninguna parte. Eso sí, tengo la sospecha de que en este turbio asunto hay aspectos que escapan a nuestro control. Creo, Sonia, que habrá que hacer un seguimiento de esta materia... por si acaso.

— Estoy de acuerdo con vosotras — aclaré al instante —. De todas formas, me gustaría dejar esta cuestión ahora. Bueno, ahí os quedáis. Me voy a dar una vuelta sola para despejarme. Hasta luego.

— ¡Eh! Un momento, Plata — gritó la buena de Petra —. Que conste que yo no he abierto la boca en toda esta conversación, que me he limitado a escucharos. Por favor, déjame acompañarte que soy tu mejor amiga...

— Vale, de acuerdo, ven conmigo. No me importa...

— Ay, gracias, Plata, mejor contigo que con esas dos “provocadoras” — argumentó Petra mientras que corría hacia mí para caminar juntas por el patio.

— La verdad es que no sé por qué tengo que prestarles atención o preocuparme por lo que esas hagan, pero creo no haber cometido ninguna falta como para que intentaran torpedearme con sus absurdos comentarios. Tiene “gracia” que te digan en tu propia cara que por el hecho de ser médium, me halle en una posición de “privilegio” para obtener mejores notas en el instituto. Da la impresión de que soy una especie de enchufada que no ha de esforzarse para aprobar debido a las ayudas provenientes del otro plano. Pero ¡serán ignorantes! Dios mío, ¡qué retorcida puede volverse la mente humana! Dime, Petra, ¿acaso tú no te enfadarías?

— Anda, pues claro. Demasiada paciencia has mostrado con esas dos arpías. Ya las conocemos todos, por eso quise sumarme en el último momento a esta pequeña reunión, porque sabía que iban a chulearte. Al menos estaría cerca de ti para apoyarte, aunque ya veo que no ha sido necesaria mi intervención y que te has defendido bien tú solita... Mira, no te agobies, ellas tienen fama de perversas y les encanta crear embrollos. Supongo que este tipo de gente que enredan tanto las cosas ha de existir a la fuerza para poner a prueba nuestra tolerancia. No les des mucho pábulo. Tú a lo tuyo, tranquila, lo que buscan es que te alteres, ser ellas el centro de atención, quizá porque no pueden destacar por sus cualidades sino por su habilidad para organizar conflictos donde no hay nada. Pienso que al final se han puesto en evidencia con su estúpido juego de preguntas retorcidas; por eso han admitido la cuestión de la envidia que las corroe. No te

¿QUIERES SER MÉDIUM?

complices tu linda cabecita con pensamientos tortuosos. Su actitud es repugnante pero una se enfada menos al comprobar que los líos que inician solo provienen de su rabia por no poder contactar con una dimensión a la que tú sí puedes acceder. Mejor que sea así; con lo brujas que son sería terrible que ellas pudieran desarrollar el don que tú posees de forma natural... Miedo me dan...

— Gracias, amiga. Tú sí que me entiendes. Menos mal que te tengo a ti y al inocentón de Tomás, ese admirador que sigue mis pasos incluso mucho antes de que surgiera en clase este tema de la comunicación con los espíritus...

— Sí, eso es cierto. Todo el mundo sabe que Tomás está “colado” por ti desde no se sabe cuándo, vamos, desde antes de nacer, diría yo...

— Oye, ¿tú crees que eso es realmente cierto? Porque una cosa es que yo le caiga muy bien y otra bien distinta que esté enamorado de mí. ¿Estás segura?

— Caramba, doña Argentea. Qué extraño me parece que tengas “ojos” para tantas cosas invisibles y que sin embargo, esta cuestión tan importante se pasee ante tu vista y no sepas valorarla en su justa medida...

— Ah, vale, pues si tú lo dices me fío por completo de tus palabras.

— Escucha, Plata, con tu permiso, quiero hacerte una pregunta.

— Venga, Petra, adelante.

— Es que verás, cuando estabas hablando con esas dos impertinentes acerca de sus ángeles guardianes y de cómo se habían largado por momentos, lo cual no me extraña conociéndolas, pues debe ser una tortura para ellos custodiarlas, empecé a pensar en un asunto. ¿Yo también poseo junto a mí a una de esas criaturas cuidándome o soy tan bicho raro que ni siquiera tengo esa suerte?

—Mira, Petra, no eres ningún bicho raro, eres una chica estupenda. Además, pues claro que tienes a tu espíritu guardando tus espaldas. No te lo vas a creer pero se trata de una viejecita menudita con el pelo muy blanco que tiene aspecto de saber mucho de la vida y de la persona a la que protege, es decir, de ti.

—Ay, ¿sí? ¿Y te ha comentado algo sobre mí?

—No, pero sobran las palabras. Al principio te ha tomado la mano y luego, te ha acariciado el pelo como una madre hace con su amada hija. Bueno, sí, me acaba de decir que te quiere mucho y que cuentes con ella para todo.

—¡Qué hermoso, Plata! Estoy emocionada. Fíjate qué razón tenías antes cuando le hablabas a esas dos engréidas que no todos los ángeles tenían apariencia de hombres robustos y guapos. Pero, una cosa, si yo no veo a mi “ancianita” ¿cómo voy a saber cuándo me puede ayudar?

—Pues es muy sencillo, Petra. Mira, cuando tengas una dificultad sería que no sepas cómo resolver o que te esté agobiando, tú se lo dices desde la intimidad de tu corazón, que ella te escuchará e intentará hacer lo que esté en sus manos. Concéntrate bien y exponle tu punto de vista o tus dudas sobre el asunto. Pero atención, no se trata de evitar el problema sino de saber cómo afrontarlo. Parece lo mismo pero no es lo mismo. Hay gente que daría lo que fuera porque no le afectaran determinadas cuestiones pero yo pienso que si esos retos no surgieran ante nuestra vista, ¿cómo íbamos a demostrar nuestra valía? Es muy fácil pensar que la vida te sonrío cuando no te has enfrentado a ninguna dificultad. Pero no, el valor se demuestra ante los desafíos, no en la comodidad del sillón de casa. Tu amiga invisible me ha dicho que ella intentará ayudarte con sus buenos consejos pero que esto no servirá para nada si tú no pones de tu parte, porque si no, estarías haciendo “trampas”. Por último, me comenta que no te preocupes por las respuestas, que ella las dejará en tu mente en forma de pensamientos que podrás recordar.

¿QUIERES SER MÉDIUM?

— ¡Qué dulce!... Vale, lo tendré en cuenta. Por favor, Plata, dile que yo también la quiero y que si me surge alguna complicación, le pediré que me asista.

— ¡Eh, amiga! Considera que para eso que acabas de decir no necesitas intermediarias como yo. Es un asunto exclusivo entre tutora y tutelada, o sea, entre ella y tú. Te escucha hasta en el silencio y te identifica, incluso por el color de tus pensamientos. Por tanto, no hace falta ni que se lo manifiestes en voz alta.

— Ah, pues muchas gracias, amiga anciana, ángel protector luminoso — expresó Petra con tremenda alegría.

— Ja, ja, ja... — respondí con una carcajada —. Has estado muy ocurrente, ella también se ha reído con tu juego de palabras.

Curiosamente, aquel viernes que se había revelado tan incómodo a raíz de la mala voluntad mostrada por Sonia y Natalia en la conversación en el patio, se transformó en una magnífica ocasión para afianzar los lazos de amistad existentes entre la buena de Petra y yo. Y esto último, apoyado en la consoladora presencia de aquella pequeña mujer de vetusto aspecto que con sus caricias y su bello mensaje, había logrado que mi afable compañera de clase se sintiera como flotando en el espacio.

Nunca olvidaría esa semana tan intensa, pues constituyó mi ingreso “oficial” como médium en el círculo de mis conocidos, tanto profesores como alumnos. Además, me las tuve que arreglar sola para hacerlo todo, dado que Áureo me había “abandonado” durante aquellos siete días tan cruciales. La verdad es que no estaba acostumbrada a su ausencia y eso provocó que las circunstancias me resultaran un poco más difíciles de superar.

Durante el sábado, hurgué en lo más profundo de mi cabeza a la búsqueda de respuestas. ¿Por qué me sucedió aquel extraño episodio en el aula, cuando el padre fallecido de una

de mis maestras se me aproximó para darle a través de mí un mensaje a su hija? Ese fue el origen de lo que llegó luego. ¿Y por qué en medio de la clase, con tanto público a mi alrededor? Y ¿cómo explicar las sabias respuestas que habían salido de mis labios durante los siguientes días para contestar así a las preguntas de mis compañeros? Era como si no fuera yo. Bien es cierto que ya había hablado con mi protector en otras ocasiones de estos temas, pero nunca como para saber “tanto” de ellos que hasta yo misma me sentía sorprendida.

Tenía la impresión de ser como un libro abierto, como un diccionario sobre espíritus en el que, buscaras lo que buscaras, siempre tendría la respuesta adecuada a la cuestión por la que se preguntara. ¿Cómo podía manejar tantos conceptos, tanta información sobre el mundo espiritual y sus habitantes si tan solo era una adolescente de trece años?

Como no tenía respuesta a tales dilemas, alcancé un momento en el que de tanto pensar empezó a dolerme la cabeza. Por tal motivo, deposité mis esperanzas en que llegara el ansiado lunes, fecha en la que ya podría contar con la presencia de Áureo, pues esa era la jornada en la que de nuevo volvería a verle, tal y como él mismo me había prometido. Además de censurarle por su “huida”, tenía que hacerle un montón de preguntas. Ese día que tanto esperaba, había sido declarado como festivo dentro de la comunidad educativa, por lo que no tendría que asistir al instituto.

— Mejor — cavilé —, así gozaría de más tiempo para charlar con él y recibir las debidas explicaciones.

Capítulo X

Reencuentro

Oe esta forma llegó el lunes, que era festivo para la comunidad educativa, y aunque ya había amanecido, me encontraba muy a gusto en la cama, de modo que me di la vuelta hacia mi lado izquierdo para ver si podía descansar un poco más.

— ¡Qué bien! — me dije —, medio adormilada y calentita, envuelta en la calidez de mis mantas.

Sin embargo, estaba claro que aquella placentera situación de semiinconsciencia no se iba a prolongar por muchos minutos. De pronto, para mi disgusto, sentí como si me tiraran de la melena ligeramente. No hice mucho caso aunque sin saber por qué, llevé mi mano derecha a mi nuca para ver si mis cabellos se habían enredado con la almohada. Tras un breve intervalo, esta vez sí que me di cuenta a la perfección del zarandeo sobre mi pelo. Abrí mis ojos, pero al comprobar el frío que hacía en mi habitación, volví a cerrarlos. Tal era la pereza que me daba el tener que destaparme y andar por la casa en mitad del invierno.

¿QUIERES SER MÉDIUM?

— ¡Eh, Plata! — escuché cerca de mi oreja —. ¿No querrás que te dé un tercer tirón y que esta vez te duela de verdad?

— Pero ¿quién eres? ¡Ay, Áureo! Me has asustado. Bueno, si no te importa, dentro de un rato hablamos ¿vale? Es que hace mucho frío y estoy muy a gusto aquí dentro de la cama.

— Venga, levántate, no seas perezosa. Si quieres hacer cosas necesitas un mínimo de disciplina. Además, llevas ya más de nueve horas durmiendo. Al final, te dolerán hasta los huesos de estar tanto tiempo acostada. ¿No eras tú la que suspirabas por verme cuanto antes?

— ¡Está bien, ya voy! Dios, qué frío está el día. A ver, dime, ¿qué quieres? ¿Sabes que estoy molesta contigo?

— ¡Uy, vaya cara que has puesto! — expresó Áureo en tono socarrón —. Un puro reflejo de tu alma, nunca mejor dicho. Entonces, estás enfadada porque no me has visto en una semana. Y digo yo... ¿si no vieras a Petra durante siete días perderías su amistad? ¿O la de tus padres? ¿O la de Tomás?

— Ya, te entiendo, pero no es lo mismo. Tú eres mi ángel guardián y por tanto, tienes que estar siempre apoyándome.

— Caramba, desconocía que fueras tan celosa de mi presencia. No te preocupes, que no te he traicionado. Si me permites valerme del argot humano, te diría que no te he dejado para irme con otra.

— Mira tú... por un instante te has parecido más a un espíritu burlón que a un ángel guardián. Has estado “gracioso”, pero que muy “gracioso”. Ya veo que tu semana de “escaqueo” ha incrementado tus dosis de humor y que te has plantado aquí con muchas ganas de bromear.

— Buen apunte, sí señorita. Creo que lo mejor que puedes hacer es levantarte, desayunar y luego hablamos. ¿Te parece bien?

— Pues sí, habrá que empezar el día. No queda otro remedio.

—De acuerdo, Plata. Pues cuando termines, te espero aquí, en tu cuarto.

—¡Ah! ¡Ya te has despertado, dormilona! —dijo Irene.

—Sí, mamá. Es que con esta temperatura se está muy bien envuelta entre mantas. ¿O no?

—Ya, pero hoy hace un día estupendo con mucho sol, aunque haya que abrigarse, claro. Oye, estaba pensando en que acompañaras a papá a dar una vuelta. Tiene que ir al centro de la ciudad a recoger unos apuntes que necesita y que le va a dejar un profesor amigo suyo de otro instituto. Así os dais un paseo, movéis las piernas y cuando regreséis y ya que ninguno de los tres tenemos que acudir a clase, pues elige tú el sitio y nos vamos a comer. ¿Qué opinas, hija?

—¡Ay, mamá, qué rollo! Primero, tengo que estudiar porque esta semana me han puesto un examen y segundo, estoy citada con Áureo dentro de unos minutos porque llevaba unos cuantos días sin poder hablar con él. Aguarda en la habitación a que yo termine de desayunar. Y en cuanto a lo otro que has comentado, ya no soy una niña y eso de que Plata va a comer con sus papás a un restaurante... pues como que no, que creo que se va a dar muy pocas veces en el futuro. Soy una adolescente de trece años y pienso que me conviene más estar con gente de mi edad que ir cogida de la manita como una cría que se va a perder por la calle.

—Vale, vale... haya paz, muchachita. ¡Vaya cómo te gusta mandar y ser independiente!

—Mandar, no, doña Irene, simplemente organizarme un día libre para aprovecharlo.

—Bueno, pues nada. Eso sí, espero que pases más tiempo estudiando que hablando con tu amigo del otro lado.

—Eso, mamá, dalo por seguro. Él es el primer interesado en que yo vaya superando todas mis pruebas.

¿QUIERES SER MÉDIUM?

Estaba claro que nuestras posturas era discordantes. Me levanté de la mesa donde había terminado con mi tostada y el té con limón. Con parsimonia, me dirigí a mi dormitorio y tras hacer la cama y ordenar algunas cosas, me senté en mi comfortable sillón de estudio.

—Pues aquí estoy, caballero huidizo —afirmé con voz alta—. Espero que tengas una explicación adecuada para haber dejado tan “tirada” a una señorita como yo durante una de las semanas más complicadas de mi vida. Como te expresé antes, aún me siento enojada por tu ausencia.

—¡Caramba, qué carácter! Pero piensa un poco, Plata. Seguro que esta soledad no buscada por tu parte, te proporcionará fuerzas ante las dificultades venideras.

—¿Dificultades? Ya empezamos con los vaticinios. No me dirás que a partir de ahora van a empezar a brotar todo tipo de contratiempos en mi existencia.

—Nooo... no me malinterpretes. Aparte de los que te corresponden por el hecho de habitar un cuerpo sometido al desgaste y por tu edad, muy dada al baile hormonal y a la generación de conflictos, no hay nada especialmente preocupante que señalar. No te inquietes, que no se avecina ninguna tragedia en el discurrir de mi buena “niña”.

—¿Niña? —exclamé en tono irónico—. ¿Ahora resulta que soy tu “niña”?

—Bueno, es una forma cariñosa de expresarlo, pero es cierto, siempre lo has sido, al menos para mí, que para eso soy el encargado de cuidarte y de velar por ti. Has de saber que el amor que profesamos los espíritus a los humanos resulta difícil de comprender para vosotros, que estáis a veces tan arraigados a la materia. Yo no poseo un cuerpo físico como tú, por tanto, habrás de admitir que mi profundo afecto hacia ti, querida Plata, es de lo más espiritual, nunca mejor dicho.

— Ya veo que continúas con tus juegos de palabras y eso no va a hacer desaparecer mi incomodidad contigo.

— Tan solo te diré que para que entendieras bien mi discurso, tendrías que estar en mi posición. Mira, la muerte de ese conjunto de células que componen tu organismo es lo único seguro que tienen todas las criaturas desde que nacen. Por eso, ya te llegará la fecha de tu gloriosa entrada en el mundo de los espíritus y entonces, vivirás en tus “carnes” lo que se siente cuando amas a un alma encerrada en una silueta corporal, como me ocurre a mí contigo. Ya sabes que entre nosotros no hay secretos y que podemos charlar de estas cuestiones de forma tan natural como el repostero habla de sus tartas.

— Mi buen Áureo, no soy tonta ¿sabes? Creo que con tu bello discurso tan solo estás tratando de desviar la atención. Me he sentido mal por tu abandono. Esta semana pasada ha sido muy delicada para mi posición. ¿Te das cuenta de lo que supone permanecer al arbitrio de toda una clase de adolescentes clavando sus ojos sobre mi nuca queriendo conocer quién soy y por qué soy como soy? ¿Sabías que hasta el mismo director del instituto me abroncó y me amenazó con llamar a mis padres para comentarle el incidente? Me he imaginado la escena una y mil veces; ese hombre tan autoritario y tan cerrado de mente comentándoles que su hija es una especie de chiflada o de perturbada que manifiesta hablar con el más allá y para colmo lo hace en público causando escándalo entre la gente. ¿Has pensado en las consecuencias que eso me habría traído, el mal ambiente que se hubiera formado en mi casa? Mira, no sé hasta qué punto mis padres aceptan lo que me sucede, pero te aseguro que una llamada de queja del director hubiera complicado mi posición de un modo terrible. ¿Te has enterado de que hasta me he tenido que pelear con dos compañeras que se han puesto muy impertinentes con esta cuestión de los espíritus?

¿QUIERES SER MÉDIUM?

— ¡Eh, Plata! No seas tan impetuosa. Si no te calmas, no tendrás la oportunidad de escuchar mis explicaciones. La tormenta interior que has desatado te impedirá prestarme atención.

— Sí, sí, vale. Lo confieso, estoy cabreada contigo. ¿Qué puedo hacer para tranquilizarme? Han sido unos días muy agitados. ¿Es que no lo ves? Mi vida ya no será la misma después de lo acontecido. Además y si te sirve de ejemplo, aunque mi madre no sepa aún nada del suceso con el director, estoy convencida de que tarde o temprano lo hará. Los profesores de instituto se conocen entre ellos y por una u otra razón, alguno terminará chivándose. Considera que ya no me importa que me llamen la atención sino que incluso Irene empiece a sufrir por mí, por una hija a la que tanto los chicos como los maestros la tienen como un “bicho raro” a la que habrá que “vigilar”, por si acaso.

— No seas tan dura con tus progenitores. Ya sabes que si utilizas una vara de medir muy estricta con los demás, también los demás la emplearán contigo. No te confundas. Una cosa es que ellos no tengan tu “capacidad” para ver o sentir el otro plano y otra bien distinta que no te respeten. Al nacer tú aquí, en su hogar, te aceptaron con todas tus particularidades. Su amor por ti no va a disminuir ni un ápice, con independencia de que se enteren o no de lo que pasó. Hay aspectos, como el afecto que se siente por una hija, que no cambian por este tipo de hechos. Ya tendrás ocasión de comprobar este extremo en el futuro. Te sientes agitada porque has realizado una anticipación a un futuro negro en el que te veías a ti misma como apartada, ninguneada u observada como un ente extraño por parte de tu familia y de tus amigos. La trampa está en que solo se trata de pensamientos y no de realidades. Es tu propia mente la que te está engañando, pero todo lo que has expuesto con ansiedad no responde a indicios racionales. Y Dios te ha proporcionado la razón para que la uses, no para que la escondas bajo el manto de

la confusión. Ah, por cierto, lo mejor para que te serenes es que respires.

— ¿Respirar? Pero ¿qué dices? Si no lo hiciera, me asfixiaría. Eso es obvio.

— Caramba, voy a tener que responderte como tú hiciste con algunos de tus compañeros. No seas tan elemental, Plata. Me refería a que respiraras pero siguiendo un ritmo regular. Solo consiste en establecer un orden y en seguirlo. Es muy fácil. Mira, toma aire durante cuatro segundos, haz una pausa de dos segundos, luego expulsa el aire durante otros cuatro segundos y por último antes de reiniciar el ciclo, espera otros dos segundos. Hablando de números, diríamos que estarías siguiendo un ritmo de 4-2-4-2. ¿Lo captas? Más sencillo, imposible. Inspiras, pausa, espiras y pausa. Así varias veces hasta que notes el efecto relajante. Venga, prueba y dentro de un minuto me dices cómo te sientes. Te ayudará el que cierres tus ojos para concentrarte mejor.

Transcurrió aproximadamente un minuto en el que cumplí escrupulosamente con lo que me había indicado Áureo.

— ¡Ehhhh...! ¡Funciona! Pero qué listo que eres, posees dotes de buen terapeuta. Ya me siento mucho mejor.

— Pues claro, pequeña. ¿Creías que tu ángel te iba a recomendar algo que no te fuera útil? Ahora, ya lo sabes. Cuando tengas un disgusto, te halles alterada o simplemente tengas una preocupación, lo primero que tienes que hacer es respirar siguiendo estos pasos.

— Entonces, cuando esté nerviosa me concentro y hago ese ejercicio de respiración, de forma voluntaria, para conseguir tranquilizarme.

— Por supuesto.

— Muy bien, Áureo. Has estado brillante. Me has regalado un buen truco psicológico que puede resultarme muy eficaz.

¿QUIERES SER MÉDIUM?

—En realidad no se trata de ningún truco ni nada por el estilo. Es una técnica muy antigua, conocida desde hace siglos, sobre todo en Oriente. Su razonamiento es muy básico: cuando una persona se angustia lo primero que se le desequilibra es su respiración. Por tanto, si logra de forma consciente poner orden en su ritmo respiratorio habrá conseguido mitigar esa ansiedad.

—Hmmm... interesante y práctico a la vez. Agradezco tu consejo y ahora... ¿puedes empezar ya con tu explicación?

—Ah, de acuerdo. Te he dejado en “soledad” a lo largo de una semana pero en verdad no ha sido así.

—Ah ¿no? ¿Y dónde estabas que no te he visto?

—Pues muy cerca de ti, observando cómo te desenvolvías en una situación novedosa y desafiante para ti.

—Y tan novedosa...

—Mira, Plata, no me veías porque decidí conscientemente que era lo mejor para tu proceso de aprendizaje.

—Ya, pero si yo puedo contemplar a los espíritus ¿por qué no podía hacerlo contigo? No lo entiendo.

—Todo tiene su explicación —añadió Áureo con tono convincente—. Si quisiera podría volverme invisible, justo aquí y en este momento.

—Pero... ¿no lo vas a hacer, verdad?

—Claro que no, no somos niños. Todo depende de la velocidad a la que giren mis partículas.

—¿Partículas?

—Pues sí, soy un espíritu pero también tengo un cuerpo semimaterial que me envuelve. Para que lo entiendas, es como mi traje, aunque evidentemente no está hecho ni de algodón ni de fibra sintética. Se trata de una envoltura compuesta de fluido cuyas partículas pueden girar a mayor o menor velocidad.

— Ah, creo que empiezo a comprender. Tú, por tu propio deseo, puedes incrementar la rapidez con la que rotan esas partículas que has comentado.

— Sí, así es, puedo tomar esa decisión mediante un acto de mi voluntad.

— Pero, insisto... No lo vas a hacer, ¿verdad?

— Nooo... tranquila. Mira, Plata, en tu estado, tú puedes contemplar a una gran cantidad de espíritus pero siempre y cuando las partículas de ese fluido que les rodea no giren a una frecuencia vibratoria muy alta. En ese caso, no podrías percibirlos.

— Hmm... esto parece una clase de física.

— Bien, no me alargaré más en este asunto, era simplemente para que entendieras el motivo por el que durante una semana me torné invisible a tu vista. Y sin embargo, como ya te he dicho, yo estaba allí.

— En resumen, lo que pretendes demostrarme con esta explicación tan científica es que en verdad, no me “abandonaste”.

— Así es, mi niña. En ningún momento me alejé de ti. Solo de pensar en esa idea me pongo triste, pero se trata de un pensamiento carente de lógica, porque yo siempre estaré a tu lado.

— Entonces, estimado compañero de ruta, no me dejas otra opción: voy a tener que perdonarte. La verdad, debes excusar mi enfado de antes, pensaba que te habías desentendido de mí y que te habías trasladado a no sé qué lugar a resolver no sé qué problema. Sinceramente, era la primera vez que me “fallabas” o al menos esa fue la impresión que tuve.

— En absoluto, Plata. En esos siete días, para mí no existía mejor propósito que estar cerca de ti observando cómo reaccionabas.

¿QUIERES SER MÉDIUM?

—Pero, un momento ¿por qué? ¿Soy acaso una mascota de laboratorio?

—Para nada, Plata. Eres un espíritu como yo, creado por Dios en su día y envuelta en la actualidad bajo la apariencia de un caparazón orgánico.

—¡Qué descripción más técnica, por favor! Insisto, me siento como una “ratita” que forma parte de un experimento. En serio, ¿en qué extraña investigación me hallo implicada?

—Tranquila. Tienes un futuro por delante en el que tendrás que desenvolverte sola en muchas ocasiones. Aunque aún no hayas cumplido los catorce años, ha llegado el momento de que te vayas “soltando”, poco a poco, para que vayas aprendiendo a actuar de forma autónoma sin que yo tenga que estar aconsejándote sobre cómo conducirte.

—Muy bien, señor “profesor”, supongo que de eso que me espera en el porvenir no vamos a hablar hoy...

—En cuanto a los aspectos concretos, no, siento decepcionarte. Aunque eres una criatura bastante madura para tu edad, todavía no ha llegado el momento de tratar sobre ello.

—De acuerdo, respeto tu prudencia. Tú sabes más que yo lo que me conviene. No obstante, al menos me gustaría que me dijeras cómo lo hice durante esa semana. Me encantaría escuchar tu diagnóstico, obtener una calificación por parte de mi mejor “maestro”. Recuerda que soy tu alumna preferida...

—Bien, Plata, supuse que te interesaría este tema. Eso demuestra que te has implicado en tu misión. ¡Ejem! ... Entonces mi nota es... de... “muy bien”.

—Pero ¿qué tontería es esa? Aquí se ponen aprobados, notables o sobresalientes o... suspensos, si procede. En mi dimensión también se califica con números, de 0 a 10. No sé si habías olvidado ese pequeño detalle...

—Claro que no me he olvidado, pero mi puntuación para ti es de... “muy bien”.

—Vale, Áureo, compruebo que te has puesto un poco testarudo. En cualquier caso y lo que más me preocupa es si te sientes satisfecho con mi actuación.

—Sí, lo estoy. Mas en el futuro, trata de no caer en provocaciones.

—Ah, creo que sé a lo que te refieres. Estás hablando de esas dos “amigas” de pacotilla, de las que no resulta aconsejable fiarse mucho. Se llaman Sonia y Natalia. Son unas “sabelotodo” a las que les encanta criticar por criticar, sin fundamentos.

—Sí, te comprendo. Por ese mismo motivo que has expuesto, no te conviene entrar en guerras con ellas ni con nadie de ese estilo. Mira, esas dos chicas pertenecen a un subtipo muy común entre los encarnados. Te lo sintetizaré con una expresión: “aunque viera, no creería”. Por tanto, parten de unos postulados inamovibles y consideran como falso todo aquello que se salga de sus principios. ¿Por qué perder el tiempo? Cada uno es libre de tomar sus propias decisiones y de pensar lo que quiera con respecto a las cuestiones del más allá, de Dios o de los espíritus... A nadie se le puede obligar a creer en nada concreto. Es más, te diré algo: a mayor presión por convencerle, mayor es la resistencia que desarrolla el individuo. Que lo sepas de cara a lo que te espera. El libre albedrío es algo sagrado. Solo cada sujeto y por su propia cuenta puede cambiar su visión sobre la vida y sobre el sentido de la misma.

—Desde luego, te sigo...

—Ah, otra cosa, tal vez más complicada —prosiguió Áureo—. Presta atención a tu ego. He percibido ciertas notas de orgullo en tus pensamientos. Debes estar prevenida frente a estas manifestaciones. Mira, Plata, te explicaré con brevedad la lógica de esta afirmación. De pronto, una chica como tú, de

¿QUIERES SER MÉDIUM?

rostro tan bello, agraciada físicamente, lista en los estudios... y para culminar este "cóctel" maravilloso, has logrado desarrollar un don fantástico que los demás no tienen. Todos se fijan y clavan sus miradas en ti, te hacen preguntas, se interesan por tus respuestas y tú... mientras tanto, "engordas" solo de pensar lo importante que eres. Considera con detenimiento ese detalle porque la soberbia es un enemigo público declarado de la evolución. No sé si me estoy explicando con la suficiente claridad...

— Te estás explicando perfectamente, querido amigo. Ya sé que el orgullo es una de las tentaciones más fuertes que existen. Lo falsea todo para acomodarlo a tu ego y además, nos vuelve repelentes ante el prójimo. Se trata de una mezcla explosiva entre el engreimiento y la estupidez.

— Sí, lo has descrito muy bien, Plata.

— Pero, un momento, Áureo. Hay algo que no entiendo. Todo esto que ha sucedido, digamos que tiene su punto de origen en el episodio ocurrido en el aula, cuando serví de instrumento de manifestación al padre de doña Soledad. Yo te pregunto: ¿por qué ocurrió aquel fenómeno y en aquella coyuntura pública, es decir, en medio de toda la clase, de mis compañeros?

— Porque no podías pasar por más tiempo desapercibida. He tenido que esperar a que alcanzaras un mínimo grado de madurez en tu personalidad para que la ocasión de mostrar tus "cualidades" frente a los demás se hiciera patente. Pero tu don no es gratuito, porque trae consigo una gran capacidad de sacrificio que habrás de consolidar. Incluso te causará malas pasadas en el futuro. Mas todo tiene su porqué. El objetivo es muy claro. Como médium, habrás de usar tu talento para el bien, única y exclusivamente. Olvídate de cualquier otra interpretación errónea o de aplicarlo para un beneficio propio. Escúchame bien con esas dos orejas que Dios te ha regalado: esa es tu misión, Plata, has venido a este plano terrenal para realizar el bien.

—Áureo, me has dejado impresionada, pero se supone que todos hemos encarnado en un organismo físico para cumplir con ese objetivo.

—Desde luego; la práctica del bien forma parte del proceso evolutivo de toda criatura humana. Lo que ocurre es que existen múltiples maneras de alcanzar ese progreso. Cada ser posee el suyo así como su propio camino, y tú, de modo individualizado, te centrarás en actuar con bondad utilizando adecuadamente tus dotes como médium, cualidad con la que has venido al mundo desde que respiraste por primera vez.

—De acuerdo, si tú lo dices, lo acepto. Eres el maestro y yo la alumna en esta tarea que debemos llevar a cabo juntos. No obstante y ante un desafío que ya siento circular por mis venas, te ruego que permanezcas siempre junto a mí para sostenerme y por supuesto, aconsejarme.

—Por supuesto. De eso puedes estar segura. En cualquier caso, has de entender que aconsejarte no es anular tu voluntad. Tú eres tú y yo soy yo. Más allá de esta obviedad, podré darte cuantas indicaciones precisas, pero el desempeño final será por completo tu responsabilidad. Así ha de ser, mi niña, pues nadie puede crecer por nadie. Es necesario que cada uno lo haga por su propia cuenta, a su ritmo, asumiendo sus compromisos y actuando de la forma más propicia.

—Sabias palabras con las que estoy de acuerdo, aunque ahora que lo has comentado, me gustaría plantearte una cuestión que en su momento llegó a extrañarme bastante. A ver, ¿cómo es posible que durante unos días yo haya podido hablar como una “sabi Honda” de tan solo trece años? ¿De dónde provenía todo ese caudal de frases que salía por mi boca? Es que ni siquiera tenía que pensar en las respuestas que daba a mis compañeros cuando me preguntaban. Hasta yo misma me veía sorprendida con mi sapiencia, con esa especie de “hemorragia verbal” que no podía detener una vez que surgía.

¿QUIERES SER MÉDIUM?

—No te preocupes. Todo eso forma parte de tu misión y resulta consustancial a la misma. Plata, has sido preparada minuciosamente para operar con todos esos datos que has manejado.

—Pero, sigo sin comprender, Áureo. Durante esa semana de “entusiasmo lingüístico” por mi parte, no observé a ningún espíritu a mi alrededor soplándome en mis orejas las respuestas que debía dar, como tú has hecho en otras ocasiones conmigo. ¿Es que quizá vibran a tan alta velocidad que ni siquiera yo podía percibirlos?

—Ja, ja, ja... No es así, mi buena Argentea. Te estás liando como un ovillo de lana. Deja que te aclare algo. Toda esa información que utilizaste durante esas jornadas ya estaba dentro de ti. ¿Qué? ¿Descifras ahora mejor tu enigma?

—¿Quieres decir entonces que todos esos datos ya estaban en el interior de mi cabeza? —pregunté con una curiosidad infinita.

—En efecto, en lo más profundo de tu pensamiento. Solo había que buscar el momento idóneo para actualizarlos. ¿Has oído hablar del término “inconsciente”? ¿Sabes lo que significa?

—¿Inconsciente? Ah, claro, todo aquello que no es consciente.

—Ay, amiga. Esa respuesta la hubiera dado hasta un crío. Veamos, cuando hablo de ese concepto me refiero a que existen determinadas zonas dentro de tu mente a la que no puedes acceder de una forma directa y rápida. La información que has manejado estos días estaba alojada en esa región inconsciente, es decir, en una parte de tu memoria a la que no podías llegar. Ya ves, una cosa es que no puedas alcanzar esa área de manera inmediata y otra bien distinta que no exista. Es como si en este preciso instante quisieras saber lo que te sucedió el día de tu segundo cumpleaños, por ejemplo. No podrías saberlo directamente, pero el apunte lejano

de aquella jornada permanece almacenado en tu memoria, no se pierde nunca y a través de ciertas técnicas, como es el caso de la hipnosis, sí que podrías conocer con certeza qué pasó en esa fecha.

— Claro, ya lo tengo — añadí mientras golpeaba mi frente con la palma de mi mano —. Fue la enseñanza recibida el lunes por la noche, quiero decir, el sueño de esa madrugada. ¡Ya lo recuerdo! Cuando me desperté el martes tenía en mi pensamiento varias escenas que se correspondían con la imagen de un sabio dándome una especie de clase magistral, preguntándome por diversos aspectos para que yo le respondiera... era como si me estuviera preparando para un examen o algo similar.

— Desde luego. Tú no conoces a ese señor erudito, pero yo sí.

— ¿Estás hablando de alguien en concreto?

— Sí, por supuesto, me refiero al abate Freud. Él se halla perfectamente capacitado en esas labores. Posee unos vastos conocimientos al respecto.

— ¿El abate Freud? ¿Estás de broma?

— En absoluto, es un espíritu muy ilustrado y con un gran sentido del humor. Quizá algún día te lo presente aunque suele estar muy ocupado. En el pasado estuvo destinado durante muchos años en un monasterio en la Francia del siglo XIX y después en su siguiente vida en el plano físico, se dedicó a investigar como psicólogo la mente humana. Fíjate bien, guarda algunas similitudes con el caso de la protectora de tu madre, la buena de Marga, cuando hace mucho tiempo ejerció como superiora de una abadía aquí en España. Freud combina sus dotes naturales como líder con una alta capacidad como estudioso de la conciencia. Ahora acumula ya un largo período trabajando en tareas de atender casos como el tuyo.

— ¿Como el mío?

¿QUIERES SER MÉDIUM?

— Sí, eso es. Lo que sucedió aquella maravillosa noche del lunes durante el trascurso de tu sueño es simplemente que él actualizó los datos contenidos en tu memoria, o dicho de otro modo, permitió romper esa barrera que separan nuestros recuerdos más cercanos de aquellos otros que dormitan en el inconsciente. Por tanto, todos esos datos que se hallaban almacenados en tu cabeza quedaron a tu disposición desde el momento en que te despertaste por la mañana. Mediante una operación que solo espíritus especializados como él pueden efectuar, se permitió que tú pudieras incorporar a tu parte consciente todo ese conjunto de conocimientos que luego pudiste utilizar durante las jornadas siguientes. Ahora ya tienes más claro el porqué de tu facilidad de «palabra»...

— Ya, voy entendiendo. Esto es similar a cuando te pones al día con algún programa de ordenador.

— Escucha, Plata. Imagina un armario con muchos cajones. En uno de ellos, existe una poderosa cantidad de información que permanece oculta sobre un determinado tema, en este caso el mundo espiritual. Entonces, llega el compañero Freud y a través de una técnica, te abre con una llave ese compartimento tan especial. Gracias a esa acción, tú ya posees control y acceso a esa zona a la que antes no podías entrar.

— Caramba con el abate, qué tío más listo.

— Pues sí, es su cometido. No te asombres. Al igual que sucede en tu dimensión, también la esfera espiritual cuenta con sus propios especialistas que trabajan en tareas muy particulares, todas ellas orientadas hacia el objetivo final de la evolución. Las leyes que rigen tanto el universo espiritual como el físico provocan el que se necesiten a este tipo de seres tan cualificados. Piensa por ejemplo en la medicina humana y cómo cada disciplina requiere de expertos versados en su materia.

— Oye, Áureo. ¿Y ese nombre? La verdad es que me suena bastante...

—Sí, quizá lo hayas consultado en algún libro o escuchado en algún documental de televisión. Ese nombre, en concreto el de Sigmund Freud, se corresponde con el del padre del psicoanálisis, un señor que vivió en el centro de Europa a caballo entre el siglo XIX y el XX y que con sus investigaciones revolucionó la psicología de su época. También hizo muy popular expresiones que hoy utilizan muchos profanos como la palabra “inconsciente” de la cual hemos hablado, o “represión”, “acto fallido” o “complejo”, entre otras. Por supuesto que el abate no tiene nada que ver con este personaje pero a este antiguo fraile se le puso ese apelativo cariñoso debido a sus características tan peculiares y al trabajo sobre la psique del que se ocupaba y que desde luego continúa ejerciendo.

—Muy curioso, si te soy sincera. Mira que llevamos tiempo juntos pero una no deja de sorprenderse a veces con la configuración de ese espacio en el que tú vives, con sus leyes, sus habitantes...

—Desde luego, pero precisamente por tus características tienes el privilegio de contactar de una forma más directa con mi universo, que en el fondo es el de todos. En cualquier caso, cuando el sujeto abandona la vida orgánica, tiene la oportunidad de contemplar la espiritualidad y de confirmar la existencia de todo aquello que por intuición ya poseía en su interior. Bien, lo importante de lo que hemos hablado es que hayas asimilado el proceso y su finalidad, es decir, que estás aquí para progresar, que por tu particularidad ese progreso lo vas a llevar a cabo principalmente desarrollando y aplicando tus cualidades como médium y que por supuesto, vas a contar con mi apoyo en el desempeño de tu misión.

—Ah, muchas gracias. Con todo lo que me has dicho, puedo afirmar que doy por concluido mi enfado y que solo se ha tratado de un malentendido por mi parte, provocado por una situación de soledad que me resultaba extraña. Perdóname si te he incomodado con algunas de mis palabras o

¿QUIERES SER MÉDIUM?

de mis gestos. Me dejé llevar por la confusión y tuve dudas sobre tu apoyo... eso fue todo. Hmm... con lo que me has explicado, tengo la sensación de tener unos antecedentes muy singulares... espero que algún día me muestres ese historial que llevo a mis espaldas... Me gustaría saber por qué soy como soy y de dónde procedo, dónde hundo mis raíces como ser en perpetuo aprendizaje...

—Tranquila, Plata —afirmó Áureo—. Tiempo habrá de explicarte determinados aspectos que ahora mismo y a tu edad te entorpecerían más que ayudarte. Los ritmos son muy importantes en tu aprendizaje. Al igual que resulta absurdo pretender que un bebé camine antes de su fecha, lo mismo ocurre con el resto de cosas. Paciencia, mi buena amiga. Todos, incluidos los espíritus, procedemos de algún lugar y hemos acumulado una larga trayectoria a nuestras espaldas, plagada tanto de aciertos como de errores. Esos actos, sean del tipo que sean, han generado una serie de consecuencias a las que nadie puede escapar. Gracias al Creador, existen unas leyes que regulan nuestro comportamiento y sus efectos, eso ya lo sabes.

—Muy bien, comprendo perfectamente que haya elementos que todavía no me quieras desvelar. Mi interés por conocerme más y mejor a mí misma es enorme pero está claro que no voy a alterar esos plazos que tú has previsto con respecto a mi evolución. Me abandono en ti porque confío en ti, porque son muchos los años que llevamos conviviendo y te estoy agradecida hasta el infinito. Tú posees unos conocimientos de los que yo carezco y eso hay que respetarlo. Pero hablando más a corto plazo me gustaría lanzarte una pregunta. Dime, ¿cómo debo comportarme a partir de ahora? ¿He de cambiar algo especial en mi relación con los demás?

—En absoluto, esta semana de prueba por la que has pasado y “sola frente al peligro”, te ha ido bastante bien y los resultados han sido satisfactorios. Por tanto, no conviene introducir alteraciones sustanciales. Piensa en lo que te

comenté antes: permanece atenta a tu orgullo, sé vigilante, si no quieres hincharte como el buche de un sapo y olvídate de aquellos que pretenden ponerte a prueba a cada minuto. A estos últimos, no les atribuyas más importancia de la que poseen porque si les ofreces la posibilidad de perturbarte, lo harán, sin duda. El curso que viene comenzarás con la física. A este respecto, recuerda aquel principio fundamental de Newton, el de acción y reacción. Este científico postulaba que a cada acción correspondía una reacción igual y contraria. Por tanto, no te empecines, no intentes convencer a nadie, no crees adeptos entre tus filas, porque la reacción en contra que se genere contra ti será proporcional a la fuerza que tú emprendas primeramente. En todo camino que se inicia surgen obstáculos. Además de imposibles de evitar, son bienvenidos para probar nuestra templanza y para que tomemos conciencia de nuestros propios recursos, es decir, de nuestros talentos pero también de nuestras limitaciones. Considera también que al haberse destapado esa parte de tu memoria inconsciente que permanecía escondida, es como si hubieran aflorado multitud de archivos que estaban ocultos en tu “disco duro” y que ahora podrás utilizar en tu misión. Esos datos ya los asimilaste en otras vidas, son de tu propiedad y te vendrán muy bien para consolidar tu proceso de aprendizaje. Todavía los percibirás como algo extraño a ti y hasta te sorprenderás de su procedencia, pero te aseguro que conforme vaya pasando el tiempo los irás absorbiendo de una forma natural y te resultarán familiares. Lo único que hizo mi amigo el abate en aquella noche fue rescatarlos de ese fichero velado del que ya ni te acordabas que existiera.

—Caramba ¡qué disertación! — manifesté con asombro —. Cuando coges velocidad, no hay quien te pare...

—Desde luego, los discursos están para eso, es decir, para darlos. Y ahora, querida amiga, tiempo de estudio. Nadie te va a regalar una buena nota esta semana si no te pones a “empollar” ya. Hay que esforzarse.

¿QUIERES SER MÉDIUM?

—Lo sé, lo sé. He de concentrarme. Entonces ¿amigos, como siempre?

—¿Cómo que amigos? ¡Más que amigos! No te imaginas lo que un espíritu puede llegar a sentir por su protegido. Por el simple hecho de no vernos “encerrados” en un cuerpo, nuestra capacidad afectiva se expande hasta límites que solo comprenderás cuando regreses a tu verdadero hogar. Ven-ga, Plata, que te leo el pensamiento. Puedes darme un abra-zo, como cuando eras una niña que te pasabas horas jugando conmigo, pero no te pases con el achuchón porque lo único que conseguirás es traspasarme y caerte al suelo.

—Ja, ja, ja... es cierto, entonces solo juntaré mi mano con la tuya y sentiré el cosquilleo.

Capítulo XI

Psicología espiritual

A la semana siguiente, este asunto pareció calmarse entre mis compañeros de clase. De vez en cuando me hacían alguna que otra pregunta sobre el mundo espiritual a la que tenía que responder, pero estas fueron disminuyendo hasta que todo volvió casi a la normalidad como era antes de aquel famoso día. Llegó la época de exámenes, la entrega de trabajos y el intercambio de apuntes y los alumnos bastante tenían con sus ocupaciones habituales y sus estudios como para interesarse por las cuestiones de la otra dimensión. Daba la impresión de que conforme transcurrían las jornadas, la pasión por el “más acá” iba ganando terreno al entusiasmo por el “más allá”.

Con mi buen Áureo como acompañante habitual, como siempre había ocurrido en el pasado, proseguí con mi trabajo estudiantil. Al tiempo, los lazos de amistad con mi mejor amiga, Petra, se estrecharon, mientras que poco a poco cada vez me vinculaba más con mi admirador secreto desde hacía años, o sea, con Tomás, el delegado de la clase, o Tomi, como yo le llamaba cariñosamente.

¿QUIERES SER MÉDIUM?

Sin embargo, siempre había lugar para algún tipo de anécdota a resaltar. Así fue como Paco, uno de mis compañeros, una mañana quiso valerse de mis capacidades como médium para obtener cierta información privilegiada.

— A ver — dije —. ¿Qué es eso tan misterioso que querías contarme en el recreo?

— Bueno, Plata — balbuceó Paco —, la verdad es que me da un poco de vergüenza pero yo sé que tú tienes “recomendación” con el otro plano y si se lo comentas a tus amigos los espíritus, seguro que sabrás darme una respuesta a un asunto que me ronda la cabeza desde hace algún tiempo.

— Mal empezamos con lo de la recomendación pero en fin, te escucharé, aunque conociéndote... ¿es que hay otras personas implicadas?

— Pues sí, pero en verdad se trata de una única persona...

— No me digas que quieres saber el futuro que te espera con ese alguien — añadí con buena carga de sorna.

— ¿Ves, Plata? Me lo acabas de demostrar. Tú eres una adivina enorme, eres capaz de adelantarte a mis inquietudes o quién sabe si no puedes hasta descifrar mis pensamientos.

— Pero ¿qué dices, Paco? ¡Estaba hablando con ironía, por Dios! Ni puedo leerle la mente ni tampoco predecir lo que te va a ocurrir.

— Sí que sabes, no lo niegues, porque estoy más que convencido de ello. Mira, tú no perteneces a este mundo aunque estés aquí entre nosotros. Es cierto que vives, que andas y respiras como los demás, pero he estudiado tu comportamiento y a veces te observo como absorta, con la mirada perdida en un punto fijo del espacio. Estoy seguro de que en esos momentos estás recibiendo algún importante mensaje del «otro lado». ¿Me equivoco?

—No es que te equivoques, Paco, lo que creo es que has visto muchas películas sobre abducciones realizadas por extraterrestres.

—Bueno, eso sí es cierto. Me encanta el tema de la ufología y los alienígenas. Cada cual tiene sus manías, no hay nada malo en ello ¿verdad?

—Bueno, amigo, ¿puedes ir al grano o vas a seguir divagando?

—Ah, perdona, a veces me disperso. Venga, sí, ahora te lo voy a contar, es que me da bastante corte... pero no tengo más remedio que confiar en ti si quiero recibir tu consejo.

—Pero, a ver, ¿es qué vas a asaltar un banco o estás estudiando cómo introducirte en los servicios secretos?

—No, verás, es que hay una chica con la que coincido en clases particulares y...

—Te gusta... —respondí con una amplia sonrisa—. ¿Te das cuenta de lo buena que soy para adivinar el porvenir?

—Sííí... mucho. La verdad es que la veo y se me nublan los ojos. Hay momentos, Plata, en los que aunque quiera no puedo dejar de pensar en ella. Coincidimos tres veces a la semana en el aula de la academia donde voy. Imagínate, toda una hora pudiendo permanecer al lado de ella, tanto que puedo hasta olerla. Me encanta el perfume que usa. Una vez dejó su jersey junto al mío y luego estuve hasta tarde olfateando mi prenda porque se había impregnado de su fragancia. En fin, allí hago de todo menos estudiar y es que no puedo concentrarme porque mi imaginación se desborda y el tiempo vuela. Menos mal que mis padres no saben nada porque gastar el dinero para que su hijo tan solo se obsesione con una posible novia... pues no está muy bien que digamos. Resumiendo, estoy loco por ella pero no sé cómo entrarle, qué decirle...

—Pues sí que tienes un problema serio, amigo.

¿QUIERES SER MÉDIUM?

— Estaba deseando comentarte este asunto porque pretendía que disiparas mis dudas. Te haré caso al pie de la letra, te lo juro. Si tú me comentas que esa relación puede tener futuro, entonces me arriesgaré intentando llamar su atención para que se fije en mí... pero si tú me dices que esa aproximación no va a llegar a ninguna parte, o que no somos compatibles, entonces yo me retiraré sabiamente para no quemarme en un amor imposible y me olvidaré de ella para no continuar sufriendo. ¿Qué opinas? ¿Me puedes aconsejar? Mi corazón está roto, quiero dejar de torturarme con darle tantas vueltas en mi cabeza a este tema que me consume. Te aseguro que hay mañanas en las que ya me despierto con su rostro en mi pensamiento. ¡Dios mío, qué lío! Plata ¿crees que estoy obsesionado con esa muchacha?

— ¿Has terminado, Paco?

— Sí, sí, por favor, contéstame, soy “todo orejas”. Cuento con tus bendiciones y tus sabios consejos. Mi destino está en tus manos.

— Sí, ya lo veo. Entonces, en este preciso instante, tu compañera de curso Argentea va a extraer una preciosa bola de cristal de debajo de sus ropas y concentrándose... le va a revelar a su amigo imágenes portentosas y nítidas acerca de su porvenir como fiel enamorado de... de... por cierto ¿cómo se llama la chica en cuestión?

— Ah, sí, perdona, me olvidé de decírtelo con los nervios: se llama María, hasta eso lo tiene bonito.

— ¿De verdad quieres que te muestre tu futuro con ella?

— Sí, con toda mi alma. Daría lo que fuera por conocerlo.

— Pues mira, Paco, te diré lo que observo: tienes que pedirle el teléfono para llamarla o su correo electrónico, o no, presta atención, mejor le dices directamente y con una buena sonrisa en tus labios que algún fin de semana te gustaría

quedar con ella para dar una vuelta. ¿Qué tal, eh? ¿Satisfecho con la predicción?

— Pero...pero... ¡si no has sacado ninguna bola! Eso no es una explicación adecuada, Plata, o al menos no es lo que yo imaginaba que me dirías. Es que no me has comentado nada acerca del futuro cuando yo sé que tú puedes ver incluso a través de la oscuridad...

— No, Paco, no es así. Mira una cosa. ¿Tú sabes lo que yo hago en mi casa cuando se va la luz y ya es de noche?

— No... pero espera... ¿Te dejas llevar por tu sexto sentido? ¿Acaso te conducen los espíritus o te dicen por dónde ir o qué hacer?

— Nooo... qué va... es mucho más sencillo que eso que has mencionado. Con mucho cuidado para no tropezar, me voy a la cocina andando por el pasillo y una vez allí, abro el cajón de la mesa, cojo las cerillas y enciendo una vela.

— ¿Eh? ¿Estás de broma? No seas cruel conmigo, por favor, que te estoy hablando de un asunto muy serio para mí.

— Perdona toda mi ironía, Paco, pero no estoy siendo cruel. Te lo diré claramente: es que de la cuestión principal por la que me has preguntado antes, no tengo ni la más remota idea.

— Vale, te creo — comentó con expresión de sinceridad Paco —. Pero puedes hacer una cosa. Si tú no lo sabes, dile a ese espíritu amigo tuyo que te ayude. Seguro que él conoce mejor que nosotros el futuro de mi posible relación con María. Ellos no tienen cuerpo y estoy convencido de que eso les permite dedicarse por entero a su labor de pensar. Lo he leído por ahí, pero ahora mismo no recuerdo dónde. Por tanto, ese ser debe intuir con mucha fuerza lo que me puede ocurrir con esta chica.

— Vale, vale... vamos a ver si entre los dos te podemos sacar de dudas.

¿QUIERES SER MÉDIUM?

— Sí, sí, os lo agradecería, de veras.

— Pues mira, es muy fácil. El diagnóstico está muy claro: el problema reside en tu falta de acción.

— Pero ¿qué predicción del porvenir es esa? Eso es el presente, yo lo que quiero saber es lo que va a pasar, lo que está sucediendo ya lo conozco.

— Ah, pues insisto, la clave radica en el aspecto que te he dicho, es decir, en la pasividad que has mostrado hasta el momento. Para llegar a alguien es preciso que inicies un acercamiento; por tanto, tienes que empezar a andar hacia esa persona. Me dice mi amigo que ya se ha dado cuenta de lo que debes hacer si pretendes adelantarte al futuro.

— Ah ¿sí? ¡Qué ilusión! Soy todo oídos...

— Me aclara que tienes que usar tu sentido común.

— Mira, Plata, no entiendo muy bien qué tiene que ver el sentido común con este asunto, es que no capto el trasfondo de lo que te ha revelado ese espíritu...

— Pues sí que tiene que ver. Mira, Paco, si de pronto te sintieras mal y con dolores ¿tú qué harías?

— ¿Cómo? Haría lo más lógico, o sea, ir a la consulta de urgencias para que el médico me examinara y me mandara algún tratamiento.

— Vale. Imagina ahora que vas caminando por la calle y que de pronto, te entra hambre. Entonces te das cuenta de que te hallas junto a una tienda de comestibles. ¿Qué harías?

— Pero, Plata... es que me estás planteando unas preguntas que son meras prograssadas, resultan tan evidentes que la contestación es automática.

— De eso se trata, porque lo que te estoy pidiendo es precisamente que utilices tu sentido común. Apliquemos ahora el método al caso que nos ocupa. Veamos, ¿qué tendrías que

hacer para demostrarle a María tus sentimientos? Porque tú estás enamorado ¿verdad?

— Claro que sí, locamente enamorado.

— Si tanto te atrae, si tanto la quieres, me comunica mi amigo espiritual que has de trazar un plan cuanto antes. Piensa en algo efectivo, venga, extrae ideas de tu mente...

— Pues... supongo que debo encontrar un momento en el que estemos solos y buscar un tema de conversación común. Luego, si accede a hablar, me iré enterando más o menos si le caigo bien o no... y entonces, en función de lo que perciba, ya veré cómo he de comportarme la próxima vez...

— Caramba, Paco, qué bien te has expresado. Ahora el inspirado has sido tú. Creo que estás en la buena línea. Una cosa, ¿cómo puedes saber si le estás cayendo simpático a María?

— ¿Eh? — manifestó emocionado mi compañero de clase—. Déjame cavilar un poco... sí, ya lo tengo. Pienso que por sus sonrisas. Cuando te relacionas con alguien y te sonríe con frecuencia, es señal de que le resultas agradable o incluso que le gustas, digo yo.

— Perfecto, brillante planteamiento. Te lo digo porque soy una chica y estoy totalmente de acuerdo con lo que acabas de exponer. Bueno, y si la conversación se mantiene en un tono relajado y satisfactorio, eso te animaría a intentarlo de nuevo a la siguiente ocasión... ¿no te parece?

— Desde luego; es que entonces me sentiría con una mayor seguridad cuando la viera.

— Y luego, con el paso del tiempo y cuando ya hubieras hablado con ella unas cuantas veces y ese buen ambiente se mantuviera, pues tendrías la oportunidad de quedar con esa joven pero fuera ya del horario de las clases particulares.

— Por supuesto. Tu razonamiento, Plata, es de lo más lógico. Pero existe un problema. Imagina por un instante que

¿QUIERES SER MÉDIUM?

María no se sonríe en nuestro primer contacto o que después de conversar con ella se niega a quedar conmigo el fin de semana...

— Ah, pues magnífico, eso constituirá un claro indicio de que esa muchacha no está hecha para ti o tú para ella.

— Pero eso que has comentado es muy duro. Yo no soportaría una negativa por su parte, es demasiada la ilusión que he puesto en que me acepte, entraría en una depresión gorda, estoy convencido. Verás, es que sueño con ella, con abrazarla, con besarla, con pasear por la calle juntos de la mano... es tan guapa, tan natural, tan equilibrada...

— Ya, pero reflexiona sobre un aspecto importante. ¿Tú querrías que alguien sintiera afecto por ti a la fuerza? Porque a eso no se le podría considerar como amor. Creo que estamos de acuerdo en que no se puede obligar a nadie a amar a alguien...

— No, desde luego, pero es que yo le daría todo mi afecto, mis atenciones, mi tiempo por entero... vamos, lo que hiciera falta, cualquier cosa que me pidiera...

— Sí, sí, pero esa no es la cuestión principal que trato de aclarar contigo. El tema esencial es que no existe fuerza en el mundo que obligue a alguien a echarse en tus brazos.

— Ya, pero es que yo me entregaría por completo a ella...

— A ver, para un momento Paco, que te estás obcecando. Hagamos una cosa. Veamos este aspecto desde otra óptica. Por favor ¿me puedes decir el nombre de alguna chica de la clase que no te caiga precisamente bien?

— Sí, claro, la pesada de Begoña. Esa regordeta orgullosa que siempre va vestida de negro para disimular sus kilos de más y encima se pinta como si fuera una vampiresa, creo que para disimular su falta de atractivo. Seguro que lo hace para que la gente se fije más en su maquillaje que en lo que va por debajo. Además, no la soporto. Con esos aires de diva,

lo único que consigue es mostrarse cada día un poco más repelente. Es cierto que saca buenas notas pero solo le sirven para mirar a los demás por encima de su hombro, como si se situara en un pedestal. ¡Cruzarme con ella por el pasillo ya me pone de mal humor!

— Vale, Paco. Ha quedado patente que Begoña no es precisamente una muchacha que te caiga genial. Ahora te pido un ejercicio de imaginación. Piensa por un momento que un día, esta chica a la que tanto has “alabado”, quiere entablar contigo una conversación, que se muestra muy atenta y simpática durante la charla y que por supuesto, te propone la posibilidad de quedar contigo un fin de semana para tomar algo o sencillamente para pasear... ¿Tú qué harías?

— ¿Cómo? Para mí no hay dudas: la mandarí a freír espárragos. Vamos, ni de broma daría una vuelta con ella, que ni se le ocurra porque le doy largas sin pensarlo...

— De acuerdo. Ahora considera que Begoña, en vez de darse por vencida a pesar de tu negativa, insiste y para colmo, lo justifica diciendo que está perdidamente enamorada de ti.

— ¡Eh, para ya, Plata, no sigas por ahí que se me está poniendo mal cuerpo! Lo mejor sería salir corriendo para no tener que soportar su mirada o mejor aún: le diría que está zumbada de la cabeza, que se olvide de cualquier posibilidad de contacto y que no puedo entender cómo se le puede haber ocurrido el disparate de fijarse en mí cuando yo no la aguanto.

— Muy bien, mi buen amigo. Has ejercido tu derecho a escoger si el otro te gusta o no. Por tanto, la conclusión es que...

— No lo capto. Uf, lo siento, hoy estoy espeso, creo que este asunto, el de una posible relación con María, me está absorbiendo el “coco”...

¿QUIERES SER MÉDIUM?

—Pues es bastante sencillo de explicar. Como yo no estoy implicada en el tema tengo la oportunidad de contemplar desde la distancia y con mayor “objetividad” lo que está sucediendo. Mira, al igual que a ti no te gustaría que alguien como Begoña te violentara o te presionara a la hora de tomar una decisión, tendrás que darle a María su derecho para que pueda elegir. Si ella acepta, podréis construir vuestro castillo de fantasías, el de dos jóvenes enamorados con un feliz porvenir por delante. En cualquier caso, ya te anticipo que las obsesiones y las emociones a flor de piel no resultan buenas acompañantes en este tipo de circunstancias.

—Sí, desde luego; pero, ¿y si ella me elude?

—Pues como se suele decir por estas tierras, aplica el dicho: “a otra cosa, mariposa”.

—Ya, pero es que eso que has comentado es muy fácil decirlo, pero sentirlo es muy diferente. Además, un matiz es pensar en ello, en la posibilidad de que me rechace y otro bien distinto que eso yo lo vaya a asumir con facilidad.

—No te preocupes, es algo que suele ocurrir aunque me temo que no tienes otra opción que la de intentarlo y atenerte a los resultados. Desde mi punto de vista, lo realmente triste sería permanecer pasivo y no contar siquiera con la oportunidad de probar. En cambio, si procuras buscar el mejor momento para sincerarte, al menos no podrás reprocharte nada. Insisto, apremiar a alguien para que te quiera es como estar obligado a tener que escuchar a Begoña y aceptar su declaración de “amor” por ti. ¿No crees?

—Oye una cosa, Plata. ¿Todo eso que has expuesto con tanta lógica te lo ha dicho tu amigo el espíritu?

—Todo no; me comentó que utilizara contigo el método de la empatía, o sea, el de hacerte pensar que entenderías mejor la coyuntura si se te obligaba a ponerte en el punto de vista del otro. No es la primera que uso este procedimiento. Resulta bastante efectivo, tanto que a veces es la única for-

ma de que algunas personas comprendan los detalles de una situación, sobre todo cuando hay sentimientos implicados como es el caso. ¡Eh, que te estoy observando! Los espíritus me ayudan pero no me indican la mano con la que he de comer. De ser así, me hubiera convertido en una "idiota" hace tiempo. No soy una marioneta movida por los invisibles hilos de los habitantes del otro plano. Quiero que te quede claro un aspecto: por mucha influencia que exista de la otra dimensión, siempre conservamos nuestra libre capacidad de decisión.

—No sé ni qué decir... me siento triste...

—Vale, pero al menos has podido asomarte a tu mañana del mejor modo posible. Era eso lo que pretendías ¿no?

—Ya no sé ni en qué creer. Me noto confuso...

—Tranquilo, Paco, nadie conoce el porvenir salvo Dios. Si me lo permites, ¿puedo darte un consejo?

—Adelante.

—Si deseas conocer tu futuro, mira lo que estás haciendo ahora y te formarás una buena idea del mismo.

—En definitiva, lo que me vaya a suceder con María va a estar en función de lo que yo haga.

—Ah, evidentemente, pero teniendo en cuenta que siempre habrás de respetar su decisión final. Y ahora, si lo consideras adecuado, ve y actúa, con prudencia, con delicadeza, con sensatez... pero muévete. No te quedes en el terreno de la mera especulación. Eso sí que te entristecería, de veras.

—Pero, una última cosa, amiga. ¿De verdad que no tienes ni la más remota idea de lo que esa chica puede sentir por mí?

—Mira —afirmé mientras levantaba mis cejas en señal de expectación—, te contaré un secreto y como tal, deberá quedar entre nosotros. ¿Estás de acuerdo, Paco?

¿QUIERES SER MÉDIUM?

—Faltaría más, seré una tumba, Plata.

—Vale. Entonces te digo lo siguiente: si María debe cruzarse en tu camino, no guardes la menor duda porque se cruzará. Y si no está hecha para ti o viceversa, pues es muy simple, el tema no va a funcionar.

—No sé, no sé. Por un lado, te agradezco tu ayuda pero por otro, tengo la sensación de que me has tomado el pelo. Si no directamente, al menos de una forma sutil. No sé qué opinar. Creo que tu amigo invisible es también un poco guasón. Mi conclusión es que ambos no os habéis tomado demasiado en serio esta cuestión que tanto me angustia.

—Tranquilo, amigo, si la cosa al final no va, habrá alguna muchacha esperando que le susurres una dulce palabra a sus oídos o le muestres una de tus simpáticas sonrisas.

—Ya, ¿y tú cómo vas a saber eso?

—Ahhh... caramba ¿no eras tú el que decía hace un rato que yo poseía poderes especiales para leer el pensamiento o anticiparme a las circunstancias?

Mis queridos amigos, me he permitido la libertad de descubriros la conversación con este chico de mi instituto porque la mayoría de las preguntas que me dirigían esos jóvenes como yo, se referían a asuntos muy similares relacionados con su futuro emocional y sobre los que ansiaban escuchar certezas. ¡Qué gracia! De algún modo, pensaban que lo que fuera a ocurrir estaba como grabado por anticipado en mi mente y que yo, lo único que tenía que hacer era acceder a ese banco de datos para decirles qué contenía esa información. ¿Creerían de veras que mi cabeza era como un gran ordenador con un disco duro enorme en el que se encerraban miles de notas sobre el porvenir de sus vidas?

No se trataba de un asunto baladí, en absoluto. Una médium como yo en plena adolescencia, a la que ya todos conocían merced a mi actuación de aquella jornada en mitad

de la clase, tenía que hacer frente a multitud de consultas, sobre todo de carácter sentimental, pues estaba claro que era la parcela que más interés despertaba entre la gente de mi edad.

Yo no dejaba de preguntarme el porqué de esa obsesión por adelantarse a un futuro que tarde o temprano habría de llegar y cómo mis compañeros invertían más tiempo en descubrirlo, como si aquello se tratara de un oráculo, que en dar pasos reales y efectivos para asegurarse del éxito de las cuestiones por las que me interrogaban con ansiedad. Confieso que nunca perdí el norte al respecto. En este sentido, mis respuestas y mis consejos no fueron muy diferentes de los que proporcioné al bueno de Paco y que os acabo de narrar. Dios mío, qué lucha costaba apelar a las fuerzas o a los recursos con los que cada uno contaba y qué fácil resultaba en cambio, caer en la absurda creencia de que “poderes o entidades ocultas” iban a hacer por ti lo que tú no estabas dispuesto con tu trabajo a hacer por ti mismo.

Con relación a ello, Áureo me previno con su proverbial sabiduría indicándome que no le diera demasiada importancia a la tendencia casi compulsiva que mostraban mis amigos por curiosear sobre su mañana.

—Escucha, Plata —me dijo un buen día—. La inseguridad del ser humano, envuelto durante su destierro terrenal en multitud de pruebas y vicisitudes, le juega malas pasadas. Considera que en muchos casos, esa pretensión por prever lo que va a suceder, esconde a veces el simple deseo de no implicarse en el asunto o quizá la voluntad de adoptar una postura cómoda para así no luchar por obtener aquello a lo que se aspira. Cuántos hay que les gusta tanto ir sobre seguro que no están dispuestos a arriesgar ni lo más mínimo por temor a la equivocación o por la creencia errónea de que la vida debe carecer de peligros. ¡Pero si la existencia misma es consustancial a esos lances, a esos desafíos que nos empujan a crecer! Si pudieras leer en sus corazones, más de

¿QUIERES SER MÉDIUM?

uno te revelaría que le gustaría resolver su futuro sin salir de casa. No te sorprendas por lo que te digo; el miedo puede ser natural, pero la parálisis tan solo retrasa la evolución del alma. Mientras que esto no se entienda, habrá espíritus que no tendrán más remedio que repetir curso y que como en la parábola que describía el Maestro Jesús, prefieren enterrar su talento a disponer de él por espanto a perderlo.

Reflexionando, llegué a la conclusión de que mi ángel tenía más razón que un santo, pues lo que él me comentaba era la viva muestra del rostro que se reflejaba en la actitud de muchos de los que me preguntaban. Sentía en lo más hondo de mi ser que debía separar radicalmente toda muestra del mundo espiritual que me había enseñado Áureo del ritual apremiante de la adivinación. Además, cuando yo estaba con mis amigos, no me llegaba ningún tipo de información acerca de su porvenir, por lo que me sentía empujada a utilizar con mucho gusto mi más elemental sentido común, un arma de “destrucción masiva” contra la irracionalidad de algunos seres humanos. Sus ideas no dejaban de marcarme porque luego se manifestaban como verdaderas. Y es que él poseía una lucidez sorprendente, propia del mejor pedagogo que instruía a su alumna con todo su afecto...

Capítulo XII

Fiesta con sorpresa

Y

el tiempo, ese juez sin toga que mide nuestros pasos evolutivos, transcurrió y di un salto de tres años. Seguía en el mismo instituto, bien integrada, apreciada por la mayoría de mis compañeros y profesores y con unas calificaciones que se mantenían dentro de la media del notable, lo que desde luego me abría las puertas para elegir la carrera que deseara estudiar, si bien todavía no me había inclinado por ninguna en concreto. Con mis dieciséis años ya estaba en primero de bachillerato y solo me restaban dos cursos para acceder al campus universitario.

En aquella época, aconteció un hecho muy importante en mi vida. Me eché novio, si a eso se le puede denominar cuando decides salir habitualmente con la misma persona a la que le coges cariño y con la que congenias. En efecto, como muchos os habréis imaginado, la perseverancia del bueno de Tomás obtuvo sus frutos y por fin, me decidí a “oficializar” la buena relación que manteníamos desde hacía años. Él estaba encantado, pues creo que desde que tenía uso de razón se había fijado en mi presencia y yo también me sentía muy

¿QUIERES SER MÉDIUM?

a gusto por compartir con él tantos momentos importantes. Mi buen Tomi era una apuesta segura tanto por la confianza existente como por el apoyo mutuo que nos dábamos. Él, aunque ya no ejercía como delegado, tenía muy buena consideración entre sus amigos y su nivel de rendimiento académico era muy similar al mío. Curiosamente y al igual que en mi caso, sus padres pertenecían al ámbito de la enseñanza, por lo que nuestra relación sería bien acogida por nuestros mayores.

Por supuesto que Áureo se alegró muchísimo de mi relación con Tomi. Todo lo que me hiciera a mí feliz le haría a él dichoso, pues los éxitos de la pupila derraman alegría en el alma del profesor. ¿Qué más se podía pedir?

En cuanto a esos conocimientos que en aquel memorable sueño me fueron revelados, o mejor dicho, que estaban dentro de mí a la espera de activación, simplemente permanecieron en mi mente de forma consciente para no abandonarme jamás. Fue de este modo como al refrescar mi pensamiento con esa sabiduría ancestral que debí adquirir en mi pasado, supe cada vez más sobre los espíritus y su mundo pero también sobre nosotros, habitantes de un plano terrenal que precisamos de sus pruebas y de sus desafíos para continuar creciendo. Pese a mi juventud, entreví con claridad el propósito de la vida y supe cómo todo el Universo se movía por una serie de leyes dispuestas en la noche de los tiempos por el Creador y que afectaban por igual a todas las criaturas que poblaban los distintos orbes.

Me atrevo a afirmar esto último porque ante mis dudas, fue el mismo Áureo el que me confirmó lo que yo más o menos intuía, es decir, que existen numerosos planetas habitados por seres inteligentes, algunos similares al nuestro, otros de un nivel inferior y otros mucho más avanzados, tanto en aspectos técnicos como morales. Esta querida Tierra que pisaba no dejaba de ser un mundo todavía cruel y expuesto a los peligros provocados por el egoísmo y el orgullo, esos dos

cánceres que carcomen a la humanidad, por lo que todos sus moradores tenían un trabajo ímprobo por delante.

¡Qué poco significaba el exiguo tramo de nuestras vidas actuales en comparación a la inmortalidad que resultaba consustancial a nuestra naturaleza! Las células, los músculos o hasta los huesos declinaban y la maquinaria orgánica se deterioraba hasta fallar y morir, pero el espíritu que habitaba dentro, esa chispa divina inmune a las enfermedades y a la erosión, era indestructible. Solo a través de innumerables reencarnaciones en distintos cuerpos, el ser comprendía las lecciones de la existencia. Estas se regían en su esencia por dos leyes muy importantes que marcaban el curso de nuestro destino: la ley de causa y efecto, o sea, a cada acción le sigue una reacción equivalente y la ley del progreso, dictamen por el que todos sin excepción, estamos convocados a mejorar, a prosperar tanto en inteligencia como en responsabilidad moral.

Me fascinaba leer sobre filosofía. Me hallaba como nunca, pletórica de energía a mis dieciséis años, pero eso no obstaba para que amara mis espacios de relax y meditación ante la lectura atenta de un buen libro. Salir a la calle me encantaba pero no podía renunciar a esos momentos de tranquilidad donde me ponía en paz conmigo misma y absorbía más y más conocimientos. Además, a Áureo le gustaba contemplarme sentada allí en mi butaca favorita, mientras que mi mente se impregnaba de los mensajes de esos personajes tan avanzados de cada diferente época. De vez en cuando, movía ligeramente mi cabeza con disimulo y con el rabllo del ojo me cercioraba de que mi buen ángel seguía allí, casi como si se empapara de aquella bella enseñanza a la vez que yo. Nunca le agradecí a mi padre lo suficiente por haber despertado en su niña desde pequeña ese interés por la metafísica que él mismo con sus palabras y sus maravillosas historias me transmitía. Ya veis que no consiguió traspasarme disposición para apreciar los objetos de plata, ni querencia alguna por su descripción o clasificación, pero sí dio de lleno como

¿QUIERES SER MÉDIUM?

una flecha en la diana cuando me invitó a compartir sus tremendos conocimientos sobre esa sabia materia que constituía la evolución del pensamiento humano a lo largo de la historia.

Sin embargo, os confieso algo secreto. Cada vez que leía algo relacionado con las enseñanzas de Jesús, lloraba, no de tristeza precisamente sino de alegría. No podía ni pretendía evitar esa curiosa sensación que experimentaba en cada ocasión en la que me detenía a reflexionar sobre su mensaje. ¿Por qué se produciría ese fenómeno en mi interior? Sus palabras, la narración de sus parábolas, su ejemplo, me parecían tan extraordinarios que removían dentro de mí toda mi vitalidad hasta conseguir tambalearme de emoción. De este modo, conforme fui avanzando y surgían las típicas dudas que la misma existencia te planteaba, me acordaba mucho del hombre de Nazaret y me decía a mí misma que tendría que actuar como él había propuesto a sus seguidores y discípulos, aunque en muchas ocasiones, bien fuera por debilidad, pereza o egoísmo, me quedara a medias. Mas no desfallecía; ante los errores cometidos en mi juventud, procuraba extraer el aprendizaje necesario y seguir caminando hacia delante. “Nunca dejarme abatir ni caer en el estancamiento, siempre recuperarme y mirar hacia el frente” era uno de mis lemas favoritos. Bien que me ayudó ese enunciado tan constructivo. Mientras tanto, el intercambio de impresiones con mi buen espíritu guardián proseguía:

—Oye, Áureo, tengo una consulta que hacerte. Últimamente te noto en ciertos momentos del día algo más alejado de mí. ¿No estarás enfadado por algún motivo? Si he cometido algún fallo de envergadura me gustaría que me lo dijeras cuanto antes. Dicen que “rectificar es de sabios...”, por tanto... además, sabes que sin ti y sin tus enseñanzas andaría como ciega en mitad del camino...

—Ah, gracias por tu halago, pero verás: ¿ha ocurrido algo importante recientemente en tu itinerario?

—No sé, quizá te estás refiriendo a que desde hace unas semanas ya salgo con Tomi de forma “oficial”... pero ¿por qué lo preguntas?

—Verás, los espíritus protectores como yo solemos ser bastante prudentes.

—¿Y?

—Pues eso. Esa cautela me invita a apartarme un poco de ti aunque solo sea en momentos muy puntuales. Piensa una cosa. ¿No crees que te resultaría algo incómodo permanecer a solas con Tomás confesándoos vuestras cosas o abrazándoote a él y que de pronto me vieras a mí justo enfrente y observándote?

—Caramba, ahora que lo dices tienes toda la razón. No había caído en ello. Sí, la verdad es que resultaría un poco embarazoso. Me doy cuenta de que estás en todo y te lo agradezco. Si mi novio se hubiera percatado de este detalle, creo que tampoco se sentiría a gusto, pero él es tan ingenuo a veces... que fíjate bien, ni siquiera me ha preguntado por esa cuestión. Ya se sabe, lo que no se ve es como si no existiera...

—Bien, entonces ahora comprendes el porqué de mi supuesto alejamiento. Ya te dije hace mucho que nosotros no podemos permanecer junto a vosotros las veinticuatro horas del día y que por supuesto, respetamos todos los períodos de intimidad que como espíritus encarnados necesitáis al cabo de la jornada.

—Me quedo muy tranquila, Áureo. Por cierto, no sé si estás al corriente pero mañana se ha organizado cerca del instituto, la fiesta de apertura de curso. Antes de que los profesores empiecen a apretarnos con los exámenes de la primera evaluación, los estudiantes necesitamos explayarnos un poco y divertirnos.

—Muy bien. Digamos entonces, mi querida Plata, que te deseo un buen festejo. Quiero que sepas que estaré por allí, aunque no intervendré.

¿QUIERES SER MÉDIUM?

— ¿Intervenir? ¿Por qué dices eso? Hmmm... tratándose de ti, vete tú a saber lo que me espera o lo que has visto desfilando por tu pensamiento. ¿Es que quizá va a haber una sorpresa especial? Sácame de dudas, te lo ruego...

— Siempre puede producirse algo especial, mi buena niña. ¡Quién sabe! Bueno, no juguemos a la ruleta de la fortuna sobre lo que sucederá o no. Como siempre te digo, déjate llevar por la intuición, fiel reflejo de tu propia conciencia. Amiga, reúnes muchos siglos de trayecto por este planeta. Considera que en tu actual periplo, siempre has estado por encima de la media en cuanto a madurez y responsabilidad. Esto no te lo digo porque hayas adquirido esas cualidades por el mero transcurrir del tiempo sino porque has utilizado tus diversos pasos por este tosco mundo de forma provechosa, sobre todo en las últimas encarnaciones. Eso lo llevas por dentro y jamás desaparecerá.

— Oye, Áureo, cuando te pones tan enigmático me asustas. Cuento contigo y con tu protección, porque yo siempre me cobijo bajo tu luminosa sombra.

A la tarde siguiente, casi todos los compañeros de clase nos congregamos en una zona arbolada que contaba incluso con césped para sentarse. Era mi primera celebración de ese tipo pues por aquel entonces, acababa de entrar en bachillerato y ya contaba con dieciséis años. Por ello, mis padres me autorizaron a acudir a aquel acto, aunque me instaron a que no regresara demasiado tarde a casa. Nos juntamos bastantes alumnos porque también se habían citado gente de otros cursos. Había que aprovechar los inicios del otoño aún al aire libre antes de que el tiempo empeorara e hiciera más frío, a fin de festejar no solo la apertura de curso sino la misma exaltación de nuestra juventud y de la amistad que nos unía.

Mientras que me preparaba para el evento me puse a reflexionar. Me sentía muy contenta, era una chica agraciada, simpática, que caía bien, aunque de vez en cuando tenía al-

guna que otra crisis de mal genio. “Nadie es perfecto”, afirmé en voz baja, al tiempo que me detenía meditando sobre el hecho de considerarme una persona trabajadora y paciente, otra muestra más de esa inusual “madurez” que tanto profesores como mis padres se encargaban de resaltar a menudo. Hasta la buena de mi amiga Petra me insistía mucho en este aspecto.

Probablemente sería ese el motivo por el que muchos acudían a mí para que les regalara consejos a sus oídos expectantes o les ayudara con su proceso de toma de decisiones. La mayoría de ellos se equivocaban conmigo o se sorprendían, pues esperaban que les revelara no sé qué receta prodigiosa que por arte de magia les resolviera problemas tan variopintos como una disputa con el novio de turno o algo incluso más ridículo como adivinar las preguntas de un examen final.

Curiosamente no les iba mal con mis indicaciones, ya que un buen número de mis compañeros me agradecían tiempo después las sugerencias recibidas y así, luego me abrazaban, me invitaban a tomar algo o sencillamente, me daban besos en mi mejilla. Por cierto, las mejores recomendaciones no provenían de ninguna inspiración o de la presencia de alguna musa revoloteando en torno a mí, sino del aprovechamiento de la capacidad más antigua del ser humano: el sentido común, o expresado de otra forma, la utilización inteligente de la racionalidad que mora dentro de nosotros. Ah, perdón, es que muchas de las caras de decepción que observaba frente a mí, quizá provenían porque esperaban una fórmula maravillosa que les aliviara de golpe y porrazo el dilema de sus desafíos, en vez de prepararse para escuchar un consejo que les empujaba a cavilar y a ponerse manos a la obra.

Además de mi primera fiesta de ese tipo en el instituto, iría a ella acompañada por fin de mi novio “oficial”, mi buen Tomi, lo que le daba a aquella fecha un tono de significación muy especial para mí.

¿QUIERES SER MÉDIUM?

El festejo era un evento tradicionalmente asignado en sus arreglos al propio alumnado. En este sentido, yo no tuve que hacer nada, ya que Tomi junto a otros amigos se encargaron de ir al supermercado y de comprar bebidas de todo tipo. Aunque éramos muchos, la gente se distribuía en pequeños subgrupos compuestos por aquellos que más confianza tenían entre sí. Aportaban una pequeña cantidad de dinero y un delegado que se nombraba procedía a adquirir los diversos “suministros”. En fin, me enfrentaba a la típica fiesta juvenil organizada por estudiantes, en la que el personal trataba de divertirse lo máximo con el menor gasto posible.

Me he extendido en los preparativos de este acontecimiento porque merced a lo que me sucedió en él, recibí una buena lección de cara al futuro. A punto de anochecer, se procedió a la inauguración del jolgorio. Algunos trajeron sus propios aparatos reproductores de música para animar el encuentro. De este modo, gozaríamos de la inestimable compañía de aquellos sonidos metálicos y retumbantes que nos invitarían a bailar y a saltar sin descanso.

Recuerdo que al principio tan solo tomé refrescos o zumos hasta que el gracioso de Paco, en efecto, aquel que me había preguntado en el pasado por el futuro de su relación con María (la cual por cierto no le hizo ni el más mínimo caso), me ofreció en un vaso de plástico un cubalibre, comentándome que mientras que no tomara algo que contuviera alcohol no podría disfrutar de verdad de aquella velada.

—“¿Por qué no? — me dije a mí misma” —. Os aseguro que jamás había probado ni una gota de esa sustancia llamada curiosamente «bebida espirituosa». Tal vez porque algo dentro de mí me alejaba de ella, bien fuera por temor o por desconfianza, nunca antes se me había ocurrido ni siquiera acercarme a olerla.

Conforme los primeros tragos fueron cayendo por mi esófago y mi sangre fue distribuyendo por todo mi organismo la bebida, me sentí como transportada al paraíso. Me

sentía como más ligera, desinhibida, informal, divertida, más que graciosa y haciendo chistes de todo. Hasta el bueno de Tomi se encontraba sorprendido con mi “excitabilidad”, pues yo no paraba de bailar y de saltar, gritando y brindando por lo bueno de la vida, tal como si fuera la última noche de mi existencia en el plano terrenal.

Desconozco cuánto bebí, pero al ser novata en esas lides, me dejé arrastrar por los efectos euforizantes de la droga y desde luego, os garantizo que me excedí del límite que marcaba la racionalidad. Empujada por esa sensación de optimismo que brotaba de cada poro de mi piel y por la exaltación tan típica que viene asociada a ese tipo de fiestas, empecé a besar con mucha pasión a Tomi. Le agarré fuertemente de la mano y le llevé mientras que le abrazaba a una zona algo apartada para que los dos pudiéramos permanecer a solas. Me arrodillé junto a un grueso árbol que había por allí y obligué a mi novio a que se tumbara boca arriba sobre la hojarasca. Cogiéndole de la camiseta, seguí comiéndomelo a besos hasta que me situé justo encima de él y empecé a emular la realización del acto sexual aunque todavía con la ropa puesta.

Cuando más a gusto me sentía por el sobe continuo de nuestros cuerpos, excitados a medias por el alcohol ingerido y por nuestra condición de jóvenes novios, abrí mis ojos y una sensación de horror se apoderó de mí. Fue entonces cuando vi a poca distancia el rostro deforme de un señor de mediana edad, el cual poseía una cabeza gigantesca sacada de una película de terror y que no hacía más que mirarme a menos de un metro de donde me encontraba sentada sobre Tomi. Ni que decir tiene que todo el punto de excitación que había logrado alcanzar hasta ese momento, desapareció de raíz. Tal fue el susto brutal que me llevé al observar aquella repelente cara. Con todas mis fuerzas me quité de encima de mi novio y me eché hacia atrás, dejando su silueta en medio, como en una especie de acto reflejo que me protegiera de aquella invasora presencia para nada deseada, de ese intruso

¿QUIERES SER MÉDIUM?

que había interrumpido de la forma más inoportuna mi más fogoso idilio. Tomi no se lo podía creer y se sintió sorprendidísimo por mi reacción, un movimiento que le dejó entre desconcertado y espantado.

—Pero, pero... ¿quién es usted? ¿Qué quiere? —exclamé con gran disgusto.

—Tranquila, muchacha —respondió el desconocido—. No te alarmes, solo me gusta mirar cuando alguien lo hace, como vosotros. Me encanta, por eso me muevo por este tipo de celebraciones, porque después, tras un rato, los más jóvenes se dedican a solazarse de cualquier manera y en cualquier lugar. Pero, por favor, sigue, bella muchacha, continúa, lo estabas haciendo tan bien...

—¿Será posible? ¡Váyase a la mierda! Será repugnante el tío... usted es una especie de "voyeur" o algo semejante... O se larga ahora mismo de aquí o aviso a la policía...

Cerré mis ojos por un instante y me toqué mi párpados con mis dedos, como intentando reponerme del desagradable sobresalto inicial. La verdad es que nunca antes recordaba haber experimentado una sensación tan repugnante como esa, la de estar inmersa en una escena de lo más íntima y de pronto verte agitada por la incursión extraña de aquel lamentable individuo que sin duda debía tratarse de un perturbado. De pronto, la voz de Tomi me hizo volver a la realidad de la situación:

—Pero... Plata, ¿qué te ocurre? ¿Con quién estás hablando? ¿Por qué me has empujado tan bruscamente hasta arrancarme de tu lado? Con lo bien que estábamos...

—¿Eh? Pero ¿qué dices tú? ¿Es que acaso no le has visto? El muy degenerado ha debido salir corriendo cuando le amenacé con llamar a las fuerzas del orden. ¡Qué cobarde y qué estúpido el desgraciado ese! Mira, Tomi, lo siento de veras, pero ese tipo me ha cortado el punto por completo.

— ¡Eh, Plata, tranquila! Debes perdonarme y que conste que no pretendo llevarte la contraria, pero yo no he observado a nadie por aquí cerca... Hubiera sido el primero en notarlo...

— ¿Qué? ¿Cómo? Supongo que no pensarás que son imaginaciones mías...

— No, no, cariño, yo no he dicho nada de eso... pero te aseguro que mis ojos no han notado ninguna presencia rara...

— ¿Será posible? — expresé con preocupación.

En ese momento, me llevé como por instinto mis manos a la cabeza como queriendo tapar mis orejas. Y es que miles de risas, no precisamente de alegría sino de burla, se agolpaban a las puertas de mis oídos como si estuvieran golpeándome por todas partes. Era como si allí hubiera un nutrido grupo de gente que se mofaba de mí...

— ¿Qué te sucede ahora, Plata? ¿Por qué te has tapado de repente tus orejas? Es como si no quisieras escuchar algo terrible...

— Uf, no sé, pero tengo la extraña sensación de que nos están observando... no sé quién o quiénes pero creo que convendría largarse de aquí cuanto antes... Me parece que tenemos visitas de desconocidos y te juro que no les he visto antes en mi vida...

— Un instante, Plata, por favor, recapacita, estamos a unos cien metros de la fiesta del instituto. Los dos nos hallábamos aquí juntos, relajados y sobre todo ¡¡¡solos!!! Piensa un segundo. Claro ¡ya lo tengo! Ha sido el alcohol, te está jugando una mala pasada. Esa es la clave, es tan sencillo como calcular que has bebido más de la cuenta. Dime tan solo una cosa. ¿Tú te habías emborrachado anteriormente en alguna ocasión?

¿QUIERES SER MÉDIUM?

— ¿Emborracharme yo? ¿Estás loco? Jamás había probado ni una sola gota de ese veneno que me ha ofrecido ese idiota de Paco. Cuando le vea... se va a enterar el imbécil ese...

— Pues ya está, mi amor, asunto explicado y concluido, no hay que asustarse por un incidente que está relacionado directamente con el abuso del alcohol... ¿No lo crees así, cariño, o quizá están sucediendo cosas que se escapan a mi control?

— Mira, Tomi, esto no va a terminar tan fácilmente... estoy asustada... no controlo. ¿Tienes por ahí algo para que me desaparezca este tremendo mareo?

— Pero cariño... ¡qué voy a tener yo! Solo hay un método para que la cogorza se te vaya.

— ¿Sí, de veras? Pues dímelo, rápido...

— Te lo diré: no beber más y esperar a que se te pasen los efectos.

— Vale, chaval... creo que tú tampoco descubrirás América. Entonces ¿no tienes una pastilla o lo que sea para bajarme este peso de la cabeza?

— Pues me temo que no existe poción mágica contra eso, salvo lo que te he dicho. Pero no te preocupes porque yo voy a estar contigo... tranquila, no te voy a abandonar.

— Dios, hablas como Áureo... pareces otro ángel pero de carne y hueso...

— ¿Y quién es ese Áureo o como se llame? ¡Qué nombre tan gracioso!

— Ah... Me siento espesa, ¿es que no te lo había comentado antes? ¡Qué asco! Tenía que estar borracha... y va y se me escapa el nombre de mi espíritu protector.

— Ah, ya caigo, se trata de ese ser que siempre te acompaña, ese hombre simpático y sabio que no te deja ni a sol ni a

sombra. Anda que el mote que le has puesto... ja, ja, ja... me mondo de la risa...

— ¡Cállate, idiota, o te suelto un sopapo del que te acuerdas toda tu vida...! Y no es un mote que yo le haya colocado, simplemente él se llama así.

— ¡Eh, perdona, mujer...! Es solo que me ha hecho mucha gracia, parece el apodo de un gladiador o de un auriga romano... Por cierto, se me acaba de ocurrir una cosa. Si ese personaje es tan bueno contigo ¿por qué no le pides ayuda? Seguro que con un simple deseo te puede quitar la borraquera. Tengo entendido que esos espíritus pueden llegar a realizar operaciones que no terminamos por comprender, incluso acciones que no se hallan a nuestro alcance. En fin, si tan amigo tuyo es, haz que te lo demuestre...

—Uf, qué dolor en las sienas. Él no está aquí, Tomi. El muy... bueno, no sé de qué me quejo... después de todo, ya me lo advirtió... o sea, que no iba a intervenir. Claro, ahora lo comprendo todo. ¿Es que no te das cuenta, alelado? Él sabía, no sé cómo, que yo me pasaría con la bebida y por eso me lo avisó. ¡Maldita sea! ¡Qué estúpida he sido! Lástima de experiencia, he pagado la novatada. Tendría que haber sido mucho más radical y no haber aceptado el primer cubalibre que me dio a probar el imbécil ese de Paco... te juro que como le pille, le agarro por el cuello y no le suelto hasta que le vea morado... Caramba, también Áureo podría haberme insinuado más claramente que no absorbiera ni una gota de ese veneno...

—Sí, pero, ¿no me has dicho tú muchas veces que ellos no tienen capacidad para alterar nuestro libre albedrío?

—Pero, vamos a ver, listillo ¿tú también me vas a dar lecciones esta noche? ¿Quieres “jugar” a ser mi consejero? Ooo-hhh... ante ustedes, el gran preceptor de Plata, el maestro Tomás... ¡Qué ridículo!

¿QUIERES SER MÉDIUM?

—Oye, Argentea, tan solo pretendía ayudarte porque te veía un poco angustiada...

—Vaya con el muchacho, el famoso exdelegado, ahora me llamas por mi verdadero nombre. Te has parecido a mi madre, que solo me denomina así cuando se enfada conmigo... Bah, más me hubiera valido llamarme María, que es el nombre más universal que existe. Pero, espera, cállate, paremos un instante de discutir... ¿Quién es ese fulano de mala pinta que se dirige hacia aquí? ¿Otra sorpresita además del "mirón"? Es que no gana una para sustos... y además, no tengo ahora humor para aguantar más impertinencias...

—¿Cómo dices? Yo no veo a nadie, Plata.

—Pero ¿estás ciego? ¿No ves que ese tipo tiene todo el aspecto de haberse fugado de la cárcel? ¡Mírale! Lleva un traje arrugado de rayas grises y anda con dificultad por las cadenas que posee atadas a sus pies. Yo diría que más que caminar, se arrastra, aunque no lleva bola. Ya se acerca, nos ha visto, atento Tomi que a lo mejor hay que salir corriendo de aquí. No me fío ni un pelo... ¡Eh, alto! ¿Qué es lo que quieres?

—¡Maldita sea mi suerte! —exclamó el extraño—. Llevo años buscando lo que me pertenece. Estoy seguro de que no debe estar muy lejos. Anda, muchacha, échame una mano que cuatro ojos ven más que dos.

—Pero ¿qué es eso que estás buscando? Además, ¿no puedes esperar a que amanezca? Explorar de noche es tan absurdo...

—¿Amanecer? ¿Estás loca? Hay suficiente luz para echar un vistazo, para encontrar lo que reclamo, que es lo justo. Venga, niñata, no te quedes quieta que el tiempo apremia...

—¡Eh, oye, sin faltar, que tú a mí no me conoces de nada! Además, ¿qué es lo que tratas de descubrir? Quizá si me lo dices, todo sería más fácil.

—¿Cómo? Está bien, te confesaré mi secreto, pero si te vas de la lengua, prepárate para lo peor. No me gustan los testigos incómodos. Es un cofre de tamaño mediano que enterré cerca de uno de estos árboles. Ahí escondí varios cálices de oro y plata y otros objetos de valor que había en la iglesia.

— A ver, que esto es muy raro. ¿Iglesia? ¿Qué iglesia?

—¿Es que dudas de mis palabras, estúpida? Esa noche me introduje allí por sorpresa para robar y cuando ya me largaba, se me cayó algo al suelo y tropecé. Hice ruido y lo cierto es que cuando ya lo tenía todo listo para escapar con el botín, el cura se despertó y apareció justo delante de mí. ¿Sabes? No me gustó, pero no me quedó más remedio. Tuve que apuñalarle hasta matarle. Él me conocía. No podía dejarle vivo. Me habría denunciado rápidamente a las autoridades y los soldados me habrían ahorcado pronto en la plaza pública a modo de escarmiento.

—¿Colgarte por un simple robo? ¿Estás chiflado? Pero si hace un montón de tiempo que ya no se ajusticia a nadie de ese modo tan brutal. Ya no existe la pena de muerte en este país...

—Ja, ja, me río yo. ¿En qué mundo te crees que estamos, muchacha? Ya, parece excesivo por afanar unas piezas, pero en la situación extrema en la que vivimos las penas se agravan y no hay piedad con el malhechor. Estúpida, no me mires así con ese aire de desconfianza ¿es que te atreves a cuestionar mi testimonio?

— Yo lo que creo es que no has huido de la cárcel sino de un manicomio...

— Tú sí que no te enteras de nada, jovenzuela —expresó con rabia aquel extraño—. Presta atención y abre bien tus orejas. Aunque me oculté al principio, no tardaron en dar con mi paradero. ¡Qué asco, en este pueblo todo el mundo se conoce! ¡Se chivarían hasta de sus propios hijos si les hiciera falta! Parece que hasta las paredes oyen. En fin, lograron

¿QUIERES SER MÉDIUM?

atraparme y di finalmente con mis huesos en el calabozo del ayuntamiento. Mi única esperanza era descansar sobre la paja entre ratas y cucarachas y devorar un mendrugo duro de pan negro y una jarra de leche aguada que me daban al mediodía. Pero no hay nadie que pueda conmigo y cuando me propongo algo lo logro. Fue así como conseguí evadirme de la celda antes de que me juzgaran por la vía rápida y me colgaran como a un cerdo. ¡Qué más da que fuera un gancho de hierro que una sogá! Lo cierto es que todos esos paletos que viven por aquí hubieran aplaudido mi sacrificio, mis patadas al vacío mientras que me asfixiaba suspendido sobre el aire. Estos son tiempos en los que el personal se halla tan desesperado que hasta el linchamiento público de un hombre les puede servir de entretenimiento para olvidarse de sus propias miserias morales. ¿No crees que sería una pena que después del esfuerzo que me costó la fuga no pudiera disfrutar de los bienes robados? Mira, muchachita, si logro desenterrar mis pertenencias, las que sustraje de la iglesia, quizá me sienta generoso y pueda compartir contigo alguna de ellas. No me mires con esa cara de asco, no soy un sádico ni un asesino. Cuando me cargué al hombre de la sotana, lo hice sin pensar, fue por puro instinto de supervivencia. Cualquiera hubiera hecho lo mismo en mi situación. Hasta asesinar a alguien puede tener su justificación según las circunstancias ¿no te parece? Ja, ja, ja... Si encuentro lo que busco, me marcharé muy lejos de aquí. Después ya me pueden echar a los perros o lo que quieran, pero esta vez no me trincarán. ¿Ves este trabuco que está sobre el cinto? Te aseguro que antes de verme en el patíbulo para servir de burla a la muchedumbre, para que ricos y pobres se mofen de mí, me pego un tiro en la sien y entonces, todo se acaba. Para que me humillen más, yo decido cortar por lo sano. Ya bastante he tenido con la perra vida que he llevado desde que nací como para no disponer libremente de ella... Nadie es mi dueño salvo mi pensamiento y mi mano... ¡He dicho!

—Ohhh...—resoplé con fuerza mientras abría mis brazos y alzaba las palmas de mi mano hacia un encapotado y ennegrecido cielo—. Bonito discurso si no fuera por lo inútil del mismo... A ver, aclaremos algunos aspectos porque te noto más perdido que Adán en el día de las madres... Pero ¿tú, en qué año vives? Por favor, no te confundas y dime la verdad...

—Y yo qué sé de fechas... qué me interesa a mí ahora eso... nunca me he preocupado de llevar esas cuentas... para eso están los letrados o los que tienen estudios... esos saben hasta el mes o hasta el día de la semana... Lo único de lo que estoy seguro es que acabamos de expulsar a esos malditos franceses de nuestra tierra. Ellos sí que han robado a su antojo, han mancillado a nuestras mujeres, nos han obligado a denunciarnos los unos a los otros y hasta muchos han acabado bajo un pelotón de fusilamiento... Eso es lo que realmente importa ¿no? Todo está devastado, han sido varios años de penuria, los caminos se hallan llenos de bandoleros, la gente vive con lo que puede y yo tan solo trato de buscarme la vida en todo este caos... No me pidas más explicaciones porque no las tengo...

—¿Ves? ¿Te das cuenta? Pero si eso que has relatado sucedió por estas tierras al inicio del XIX y ahora vamos a entrar en el siglo XXI. Estás completamente perturbado, fuera de época. Llevas casi doscientos años buscando un botín manchado con la sangre de una pobre víctima; te has fijado al recuerdo de una faena repetitiva de la que eres incapaz de salir, es como un círculo vicioso del que no puedes o no quieres escapar...

—¡Maldita zorra! Con lo joven que eres, encima me vas a dar ahora lecciones del mundo en el que vivo, con el sufrimiento por el que he pasado y ahora te comportas como una condenada bastarda, que lo único que pretendes es confundirme para que me vuelva loco y quedarte tú con todo mi tesoro, ese que me pertenece por entero y por el que arriesgué

¿QUIERES SER MÉDIUM?

tanto... Estúpida, has colmado mi paciencia, o me ayudas ahora mismo a hallar el cofre o te rebano el cuello con esta faca. Ten cuidado conmigo... tu muerte me saldría gratis... de todas formas si me pillan me van a ahorcar... qué más me da llevarme a quien sea por delante...

—Pero... ¡si serás desgraciado!... —grité con todas mis fuerzas mientras que le escupía a aquella figura tenebrosa que no paraba de provocarme y rompía un vaso de cristal contra la corteza del árbol para utilizarlo como instrumento cortante a fin de resguardarme de tan siniestro personaje—. ¡Encima de que me he preocupado de ti, encima de que he escuchado tu repugnante historia a pesar del dolor de cabeza que me consume las sienas... te atreves a venir por aquí y amenazar con rajarme...! ¡Toma, toma, toma! ¡Mal bicho, así sabrás quién es Argentea!

—¡Ay, Dios mío! —exclamó Tomás sorprendido y aterrorizado a la vez—. ¡Vaya nochecita! ¡Esto es de auténtica locura; esta Plata no me vuelve a beber más, lo juro por mi madre! ¡Para, para por favor, paaaraaa, que te vas cortar tú misma! Que esos cristales son muy peligrosos... Pero ¿no ves que llevas ya un buen rato dándole patadas al suelo y agitando un vaso roto como si estuvieras descuartizando al aire por todas partes? Argentea, ¿se puede saber qué demonios estás haciendo?

—¡Eh! ¡Déjame, idiota, suéltame! —chillé con furia—. No me agarres por los brazos. ¿No ves que no puedo defenderme de este miserable? El muy cerdo se atrevió a desafiarme con un cuchillo... ¡Infeliz, no huyas, que eso es lo que eres! ¡Un majadero que lleva doscientos años muerto buscando no se sabe qué! ¡Sí, sí, sí, no te escapes corriendo, cobarde, que te voy a decir yo dos palabras! ¡Anda, sigue buscando, continúa arrastrándote con esas cadenas, a ver si te encuentras con tus propios huesos, bandido! ¡Y no vuelvas por aquí a molestarme más con tus estupideces o te rajo el vientre como a un cochino...!

—Mi amor, cálmate, ya no sé cómo pedírtelo —rogó el bueno de Tomás—. Nunca antes he vivido una situación como la de esta noche. ¡Caramba con la fiestecita! ¿Quién me mandaría a mí apuntarme y organizarla? Estás viendo fantasmas por todos lados. No haces más que pelearte con seres imaginarios y me estás asustando de veras. Plata, por Dios, el alcohol no es lo tuyo...

—¡Qué tonterías estás diciendo, chaval! Tú sí que eres un fantasma... que no me sirves para nada, ni siquiera para protegerme. ¡Eh, ven aquí y pórtate como un hombre de una vez! Acaricia mis pechos, tócame... ¿no es eso lo que quieres? Anda... cariñito... que yo te daré lo que necesitas... Hmmm, te vas a enterar de lo que vale una mujer...

—¡Ay, Plata! —balbuceó mi novio—. Que se te está poniendo una mirada muy rara, no pareces ni la misma... ¿Estarás poseída? ¡Dios mío, ayúdame, te lo ruego...! No sé qué hacer...

Seguidamente, me derrumbé sobre la tierra y aunque seguía respirando, Tomás se dio cuenta de que producto de la borrachera, su joven amada permanecía tendida y medio inconsciente...

Capítulo XIII

Alcohol

Cuando recobré el conocimiento, ya era de día y por fortuna, tardé solo unos segundos en reconocer la tersura de las sábanas de mi cama, aunque eso sí, no recordaba para nada lo sucedido desde que me desplomé la noche anterior cerca de aquel grueso árbol, próximo a la fiesta de otoño que se había organizado para los estudiantes de mi instituto. Pero ¿qué había ocurrido?

Mientras trataba de poner orden en mis pensamientos a la velocidad de una tortuga coja, mi madre penetró en mi estancia con gesto de pocos amigos:

— ¿Qué hora es? — pregunté con la voz rota mientras palpaba mis sienes —. Debe ser tardísimo...

— ¿Tarde? En absoluto, Argentea. Tan “solo” son las dos de la tarde.

— Ay, mamá, no hables tan alto que me va a estallar la cabeza...

¿QUIERES SER MÉDIUM?

—Lo que te debería estallar es el corazón, majadera. Así que a la nena, a la reina de la casa, le dio por beber como a un marinero embarcado que lo primero que hace nada más arribar a puerto es dirigirse a la taberna como un poseso a empinar el codo. Pobrecita ella, porque mira por dónde, salió de la tasca con una merluza de las que hacen época... Siento decírtelo tan bruscamente pero si yo hubiera estado delante, como capitana de la nave, te hubiera soltado un tortazo que te habría arrojado al mar y te hubieras despejado al instante...

—Vale... pero por favor, ahora no estoy ni para discursos ni para broncas.

—¡Claro que no! A la señorita bachiller le duele su cabecita terriblemente, porque la niña, ya crecida, tiene “resaca”. A mí sí que me duele, pero no la cabeza sino el alma de verte así. Por si no lo sabes, te traje a casa tu novio en un taxi, estabas casi inconsciente, farfullando una serie de mensajes sin sentido, toda una sarta de tonterías sin orden ni concierto, en fin, que me entraron ganas de introducirte en el baño y darte una ducha fría para que te despertaras. A ver ¿qué más datos recabé de la investigación del suceso? Ah, sí, ya lo tengo. La nena no se podía mantener en pie y como es lógico, vomitó no sé cuántas veces hasta poner media casa perdida para luego acostarse a “dormir la mona” a semejanza de cualquier borrachín de bar. ¡Qué vergüenza, la santa de mi hija, la elegida por los espíritus para dar ejemplo de...! Menudo papelón que interpretaste, ni que te lo hubieras preparado con antelación. Aunque te fastidie, creo que hasta tus amigos del otro lado debieron sentir pena y bochorno por ti. Menos mal que ese ángel que tienes por enamorado, y estoy hablando del de carne y hueso, y que se llama Tomás, me lo contó todo con detalle. ¡Ah, y encima debo estar agradecida al destino de que aparte de beoda, mi hija no regresara a casa también embarazada!

— Pero ¿qué estás diciendo, mamá? ¡Por favor! ¿Me crees tan estúpida?

— ¿Yooo? No, pero ese chico con el que sales, cómo diría yo... es el pobre tan inocente y tan noblote que ha tenido a bien no aprovecharse de ti ni de tu escultural cuerpo, porque si se hubiera tratado de otro menos responsable ahora seguro que estaríamos hablando de otra coyuntura algo más conflictiva. Ya se sabe que cuando se pierde el control... se pierde...

— ¡Ay, Dios, ahora no tengo cabeza para recordar nada...!

— Claro, qué curioso, ese olvido incluye que te comportaste como una loca, que te pusiste hecha una fiera, que soltaste alaridos en mitad de la noche o que te peleaste con no se sabe quién en mitad de una especie de trance visionario en el que abandonaste la razón y te asemejabas más a un bicho perturbado que a una chica normal de dieciséis años...

— ¡Mierda! — exclamé con rabia —. Este Tomás es imbécil por completo; más que un novio parece un fiscal pidiendo al jurado que me condenen... Venga ya, cuando le vea, lo mato. Ajá, ya lo entiendo; el muy estúpido, por pretender quedar bien contigo, es decir, con la madre de su chica, habrá exagerado un montón las cosas y se habrá inventando otras tantas. Me va a oír ese idiota...

— ¿Cómo? ¿Encima eso? ¿Te atreves a insultarle cuando a pesar de su juventud ha obrado como un caballero, con una madurez impropia de su edad?

— Sí, ya, caballero del Santo Grial, porque me ha dejado a los pies de los caballos...

— Mira, Argentea, lo único bueno que saco de todo esto es que ese Tomi tiene un corazón que no le cabe en el pecho y que es honesto, alguien en quien se puede confiar, así que por favor, mide tus palabras. No quiero ni imaginar lo que habría sucedido si hubiera sido otro estudiante el que se hu-

¿QUIERES SER MÉDIUM?

biera ido contigo a esa zona oscura del parque... mejor me callo...mejor omito detalles...

—Sí, Irene, por caridad cristiana... tienes razón... mejor guardar silencio... te lo ruego, déjame pensar tranquila... a solas, si no es mucho pedir...

—Desde luego; a la señorita se le apetece ahora que la dejen sola. Petición concedida. A ver si es verdad que reflexionas este tiempo mientras te acabas de recuperar. Ah, y da gracias de que no venga por la habitación tu padre. Ya te anticipo que se encuentra mucho más enfadado que yo, o sea, imagina su cara por un instante, cuando vio entrar por la puerta a su única hija en un estado tan deplorable; agradéceme que he podido contenerle para que no se cuele por aquí y te suelte un bofetón, amén de darte un discurso de los suyos para que le explicaras tu incalificable conducta de ayer. Lo dicho, ahí te quedas, Argentea, que los buenos espíritus te consuelen, o te aclaren tu situación, o te censuren si es necesario. Que sepas que esto no va a quedar así. Creo que tú y yo, por muy madre e hija que seamos, vamos a dejar de ser “amigas”...

Dando un portazo que me hizo retumbar los tímpanos, la señora Irene salió de mi cuarto con cara de tremendo enojo. Al menos y de forma momentánea, dejó de abroncarme. Conociéndola, no podía descartar que volviera a la carga conmigo. Después de todo, no tenía otra persona de la que ocuparse salvo mi padre, pero eso era algo completamente distinto.

—Ay, Áureo, acércate —pronuncié con suavidad cerrando mis ojos—, pues ya había llegado un momento en que no precisaba ver a mi ángel sino que lo presentía como un recién nacido intuye a su mamá. Por favor, ponme tus manos en la cabeza y alíviame. No aguanto más estas punzadas, es como si hubieran rajado mi cráneo pero desde dentro hacia fuera.

—Pues creo que va a ser que no —afirmó con determinación aquel espíritu de apariencia dorada—. No soy tu masajista ni un camarero para solicitarle servicios a la carta.

— Pero ¿qué ocurre hoy? ¿Es que el mundo se ha confabulado contra mí? Anda, ven, si para ti hacer eso es cosa de niños...

— Como se trata de tu primera experiencia con el alcohol, te comentaré que lo mejor es que ese dolor desaparezca de forma natural. Es lo adecuado a la coyuntura, mi niña, has de pasar por ese malestar y notarte bastante incómoda, no vaya a ser que el próximo fin de semana estés bebiendo de nuevo de forma compulsiva. En fin, qué te voy a explicar yo a ti... Si no hay consecuencias no se aprende... Mira, todo lo que estoy dispuesto a realizar es decirle a tu madre que te traiga agua. Lo correcto ahora es que tu organismo y tu cerebro se hidraten bien. Ya verás como en cuanto bebas, se reduce poco a poco tu jaqueca.

— Caramba, pues sí que estás vago hoy, justo cuando más te necesito. Además, no creo que Irene te escuche. Se halla poseída por la ira.

— Claro, Plata, si yo fuera ella también lo estaría. Recuerda, preciosidad, ¿es que acaso olvidaste lo que significaba el término "empatía"?

— No, por Dios, no estoy para más charlas ni lecciones... no es el momento...

— Vale, tú decides. Entonces, hasta luego. Hablamos cuando te sientas más despejada. Ya sabes, llámame...

No pasó ni un minuto cuando mi madre volvió a penetrar en mi habitación y me dejó una botella grande de agua encima de la mesita de noche. Lo único que dijo fue:

— Bebe cuanto puedas, hija. Cuando estaba en la cocina de pronto me he acordado de ti y me he dado cuenta de que este remedio es el más antiguo pero también el más efectivo para estos casos.

A continuación, posó su mano derecha con dulzura sobre mi mejilla al tiempo que con la izquierda acariciaba mi larga

¿QUIERES SER MÉDIUM?

melena rubia esparcida sobre la almohada. Por último, antes de retirarse de nuevo, me dio un inaudible beso en mi frente y bajó un poco la persiana para que no hubiera tanta luz. Después, cerró con delicadeza la puerta de mi estancia.

— ¡Vaaale, Áureo! Ya sé que la has persuadido y seguro que casi la has convencido hasta para que me perdone. Reconozco tu valía, de acuerdo, eres una eminencia trabajando los pensamientos. Y basta ya de mirarme con esa sonrisita tonta de alma en pena... Ya ves que no estoy para bromas... ¡Ay, si tú tuvieras este horrible dolor de cabeza...!

— Usted perdone, señorita Argentea, pero creo que te olvidaste de algo: yo no preciso de un cerebro para discurrir... ¡Ah, y por supuesto, no bebo alcohol!

— Ja, ja — contesté con sequedad —. ¡Qué chistoso, el caballero!

Transcurridas unas horas, a mitad de tarde, ya me encontraba algo mejor, aunque la sensación de que me habían dado una paliza o me había enfrentado a un ejército de “demonios” no había desaparecido por completo. Era como si no tuviera energías ni para levantarme. Con gran esfuerzo, salí al porche para ver al menos el sol. Luego, me dirigí a la cocina atribuyendo mi debilidad al prolongado período sin alimentarme. Uf, tan solo pude ingerir una ensalada y algo de fruta. Mi estómago no estaba para muchos experimentos y no le iba a introducir nada pesado de asimilar si no quería exponerme a que regresaran las náuseas de la noche anterior.

Felizmente, mis padres me escribieron una nota comentándome que debían irse al cine porque ya se habían citado desde hacía días con otra pareja.

— Mejor — me dije a mí misma —, apretando a la vez mis dos puños mientras intentaba darme ánimos. Así se les pasaría algo el disgusto o al menos, el tiempo deslizado entre mi borrachera y su regreso se agrandaría.

Mientras comía, pensaba en lo acontecido. Estaba más que claro que mi “bautismo” con el alcohol me había depurado unos efectos desastrosos. ¿Qué sucedería en el futuro? Vaya exhibición lamentable que debí dar ante mi novio y mis compañeros y luego ante mis progenitores. ¡Y yo, con la maldita cogorza encima, sin enterarme de nada! Cuando más ensimismada me hallaba, haciéndome sangre con mis recuerdos más cercanos y sintiéndome inmensamente culpable, detecté la presencia de Áureo, el cual se sentó justamente enfrente de mí y en una silla que existía al otro lado de la mesa. Hasta me sonreí por la posición humana que adoptó; ese ser era tan bueno y paciente conmigo... Incluso tuve por un momento la curiosa impresión de que éramos compañeros de oficina y que nos encontrábamos en algún edificio trabajando juntos en un proyecto...

— Bien, como veo que posees un mejor aspecto, no estaría mal repasar lo sucedido antes de que se acabe la jornada. Todavía está reciente lo ocurrido...

— Sí, sí, te escucho. Mira, Áureo, lo reconozco, no hay perdón; el espectáculo que debí dar resultaría bochornoso. Condéname, repréndeme o haz lo que consideres justo. Me siento fatal por dentro. Hoy es un día de castigo en todos los sentidos. Asumiré lo que tengas que comunicarme.

— Yo no hablaría en términos tan dramáticos, mi querida Plata. Tampoco se trata de que te azotes en público ni de que te tortures con tus cavilaciones, sino tan solo de reflexionar y de extraer las enseñanzas más oportunas. ¿Dónde terminan tus recuerdos de anoche?

— ¿Eh? Ah, sí, ya caigo. Después de pelearme con el idiota ese, con el recluso que se había fugado y que buscaba como un loco un cofre con objetos robados... ahí justamente perdí la noción del tiempo.

¿QUIERES SER MÉDIUM?

—Muy bien —continuó Áureo—. Lo que sucedió a continuación ya lo conoces porque te lo ha contado Irene. Entonces, te pregunto, ¿conclusiones?

—Pues ¿qué quieres que te diga? No hay que ser muy inteligente para deducir ciertas secuelas... como que el alcohol no me sienta bien, que mi puesta de largo con Tomás en la fiesta resultó ridícula, que vomité hasta la bilis, que estoy hecha polvo o que mis padres están muy pero que muy en-crespados conmigo...

—Ya, Plata, pero todo lo que has dicho me suena a evidente. Eso lo podría afirmar hasta un niño.

—No te entiendo bien. ¿Es que acaso quieres escuchar cosas diferentes?

—Sí, quiero oír aspectos concretos referidos a tu condición de médium. No pretendo perderme contigo en esta conversación hablando de generalidades.

—Lo que quieres en verdad es preguntarme por cómo influye una borrachera en mis capacidades.

—En efecto, esa es mi intención.

—No sé ni por dónde comenzar, amigo. Estoy avergonzada. Ignoro lo que me pasó, me dejé llevar, arrastrar... fue como empezar y no saber cortar. Verás, en el fondo siempre he desconfiado de las drogas, me da igual la que sea, porque me aterra perder el control, no ser yo misma... De hecho, anoche había algo dentro de mí que me hizo dudar sobre la conveniencia de beber o no, pero al final parece que cedí a la excitación del momento, a la euforia que se apoderó de mí y ya ves cómo acabó la cosa.

—Ya te dije que tus intuiciones solían ser las correctas porque provienen directamente de la voz de tu conciencia.

—Malditas tentaciones. Si ese pesado de Paco no me hubiera inducido para que bebiera...

—No seas ilusa, Argentea. Las tentaciones no dejan de ser pruebas y están ahí para ser vencidas, no para ignorarlas o maldecirlas porque han podido con nosotros. Lo bueno que tienen cuando caes en ellas, es que luego, un vez que fracasas y te llevas el batacazo, te hallas en mejor condición para saber cómo tienes que actuar en la próxima ocasión. Por ello, atribuirle la culpa de tu problemática actuación a ese chico suena a excusa barata.

—Pero Áureo, hay algo que no entiendo. Te juro que nunca antes había visto seres como los de ayer, un tipo de criaturas tan conflictivas, con serios problemas. No me negarás que hacer de “mirón” en mitad de la noche es muy normal ni tampoco quedarse atrapado dos siglos en el túnel del tiempo tras haber asesinado a alguien y buscando supuestamente un tesoro robado.

—Bien, buena observación la tuya. Eso me recuerda que ha llegado el momento de revelarte un gran secreto.

—Caramba, eres toda una caja de sorpresas, sobre todo por esperar a contármelo tras la mayor juerga y el mayor despropósito que haya cometido en mi corta vida.

—Es que precisamente lo que he de decirte se halla en relación directa con lo sucedido ayer. Mira, Plata, tarde o temprano, tanto por tu edad como por el ambiente en el que te mueves ibas a probar algún tipo de elemento tóxico. Era inevitable. En tu caso ha sido el alcohol porque el acceso a su consumo es bastante fácil. No me quiero ni imaginar qué hubiera ocurrido si se hubiera tratado de otro tipo de sustancia. Te confirmo, que en tu condición de médium, el que te habla ha estado protegiéndote hasta ahora de las malas visitas.

—¿“Malas visitas”? ¿Qué quieres decir con exactitud?

—Uf... si supieras... El mundo espiritual no deja de ser un reflejo, aunque mucho más amplio, de lo que constituye el plano material. Créeme cuando afirmo que solo existe una realidad, aunque aparentemente se divida en dos y las per-

¿QUIERES SER MÉDIUM?

sonas no puedan observar con sus ojos más que las que suceden en la dimensión física. De cualquier forma, en ese mundo espiritual al que tú sí que puedes acceder, hay de todo, como ya puedes suponer, desde seres que te deslumbrarían por su elevación y por su maestría evolutiva, hasta criaturas oscuras y siniestras que se mueven principalmente dentro del egoísmo y la maldad. Al igual que los primeros van a tratar siempre de ayudarte y de contribuir con su afecto al buen ambiente, las segundas no van a dudar en fastidiarte todo lo que puedan. Lo que ocurre con estas últimas es que su radio de acción es limitado aunque pueden influirte negativamente cuando les abres una puerta.

—¿Y en qué consiste eso de “abrir una puerta”?

—Estoy hablando de la puerta de la casa de tus pensamientos. Fíjate bien, los malos espíritus carecen de un cuerpo como el tuyo, no pueden estrangularte haciendo fuerza con sus manos ni empujarte por un precipicio para que te despeñes. Su prioridad no es esa sino la de penetrar en tu pensamiento y hasta cierto punto tratar de alterarlo o de manipularlo para conseguir sus fines desestabilizadores. Es en esta faceta donde los seres humanos se muestran más débiles. Hasta el tipo más inteligente o el más corpulento puede ser “atacado” por esos seres cuyo objetivo principal es que tú te encuentres mal o que vibres en la misma onda que ellos, es decir, en la sintonía de la malicia que les es propia. Abrir tu puerta es tan solo volverte receptiva a su influencia, prestar atención a sus mensajes negativos. De este modo y si no actúas, terminarás por ser víctima de sus engaños, de sus trampas, de sus “emboscadas” mentales.

—Oye, no es por nada pero estás empezando a ponerme un poco nerviosa.

—No es esa mi intención, Plata, pero ha llegado la época de que empieces a manejar más información de la que tenías hasta este momento. Hasta hace poco eras una simple cría, te convenía permanecer tranquila y no desconfiar del

plano en el que residio, pero debes estar preparada porque este "idilio" que has vivido hasta hoy con mi mundo puede cambiar. He de admitir que mi protección hacia tu persona posee unos límites muy marcados.

— ¿Me estás diciendo que a partir de este instante ya no vas a velar más por mí?

— En absoluto — respondió con firmeza Áureo —. Lo que deseo explicarte es que si bebes o consumes cualquier otro tipo de sustancia que altere tus facultades, esa puerta que hasta ahora estaba cerrada la abrirás de par en par y entonces, mi querida niña, podrá entrar a través de ella cualquier entidad de mala catadura. Considera que el recuerdo de la pasada noche puede servirte de ejemplo o si lo quieres llamar de otra forma, de anticipo de lo que puede ocurrir en el futuro. He de prevenirte además de que existen seres mucho más temibles que esos dos con los que te has cruzado. Gente con tendencias muy animalizadas, espíritus que pueden tratar a toda costa de que caigas en sus redes mentales para influir sobre ti o utilizarte a su conveniencia. Para muchos de ellos esa tarea desestabilizadora consiste en una pura diversión. Por sus características propias, los médiums son muy proclives a ese influjo, ya que tienen más fácil que el resto ver, notar o sentir el peso del otro plano. Las precauciones han de extremarse pues. Con respecto a lo que te ha ocurrido, alguno habrá que se fije en ti como un blanco fácil, que te incite como ni te imaginas a consumir cualquier droga. Es posible que así lo pretendan porque esas almas, en su anterior vida física ya vivían casi exclusivamente para esa lacra. No se enfrentaban a la realidad, siendo el único método que les permitía desconectar o "escapar" de sus problemas, el uso de las sustancias tóxicas. Creo que me estoy explicando lo suficientemente claro... Esto te permitirá contemplar los hechos de ayer desde otra perspectiva y es como te vas a dar cuenta de que a veces debemos pasar por el trance de una caída para contemplar cuán bello puede resultar volver a levantarte...

¿QUIERES SER MÉDIUM?

—Tus palabras son serias, Áureo, pero me han animado el día. Lo que debo entender es que las drogas van a facilitar el hecho de que yo pueda encontrarme con seres con los cuales ni estoy acostumbrada a tratar ni me conviene cruzarme. ¿Es eso?

—Sí, eso es. Cuando entre vosotros se habla de que las drogas perturban, no solo os referís a que dañen el cuerpo, como ya has podido comprobar en tus carnes, sino también a los efectos psíquicos que pueden observarse sobre el individuo. Hablando de ti, si puedes “ver” y “escuchar” en condiciones normales, imagina la cantidad de seres extraños que se te van a acercar en cuanto te observen con tus facultades mentales mermadas por el consumo. Tienes que comprender que en esos momentos tus “defensas” disminuyen, que te hallas en peores condiciones para discriminar el carácter de aquellas criaturas que se te presenten y lo más importante: por la conocida ley de afinidad que gobierna el Universo, lo similar atrae a lo similar. Esto es tanto como decir que si te pones voluntariamente en un estado alterado de conciencia, vendrán a ti entidades que vibran en tu misma sintonía; tú las “seduces” para que se aproximen a ti como la miel tienta a las moscas. Precaución mi buena Plata, este asunto no es un tema menor sino que resulta esencial dadas tus dotes para traspasar la frontera entre los dos mundos. Considera otro aspecto importante: este planeta en el que vives contiene un buen número de seres de condición inferior. No podía esperarse otra cosa de un territorio donde predominan el egoísmo y el orgullo. El hecho de que cuando fallezcan desaparezca su cuerpo, no implica necesariamente que se marchen de aquí. Muchos siguen pululando confundidos o incluso los hay que piensan que aún no han muerto. Pero los peores son aquellos que con toda intención saben lo que son y están dispuestos a perseverar en el camino del mal que habían iniciado en la dimensión de la carne y que por tanto, se sienten dispuestos a atacar a cualquier alma desprevenida que atrapen por ahí. Por favor, no les des facilidades. La

capacidad de protección que tenemos los espíritus como nosotros se ve muy menguada cuando el tutelado decide libre y voluntariamente entregarse al consumo de cualquier sustancia que le altere, que le aleje de la realidad. Como ya habrás deducido, por eso te hablaba antes de las consecuencias desastrosas que podía tener el “abrir tus puertas”. Muchos serían los ladrones que se acercarían a tu casa si observaran desde la calle que tu hogar ha quedado desprotegido porque tú misma has desbaratado sus defensas naturales. Hay que estar prevenido, que no alarmado, porque los peligros de fuera existen. No podemos negar la realidad ni esconderla, simplemente situarnos en las mejores condiciones para sintonizar con los habitantes más nobles del otro lado y no con los más maliciosos.

—Caramba, todo lo que has dicho es muy interesante y por supuesto que te lo agradezco. Es curioso cómo se pueden aprender más cosas en unas horas de experiencia que en varias semanas.

—Mira, te pondré un ejemplo sencillo para que veas cómo estos seres astutos actúan. Ellos no pueden herirte ni lesionarte, pero trabajan a través del arma más mortífera que existe: el pensamiento. Supón que acudes a una fiesta y que empiezas a beber. En mitad de la juerga y eufórica por la cantidad de alcohol en sangre que llevas encima, tu voluntad se halla debilitada. Es el momento en el que deciden pasar al ataque como si se tratara de un cazador al acecho de su presa. Esperan el instante propicio, no antes ni después. Entonces empiezan a deslizarse en tu mente pensamientos de superioridad, de orgullo y te incitan entre otras cosas a que cojas el coche o la moto para continuar con la fiesta pero en otro lugar. Como ves, la clave se halla en que desean que actúes en una dirección concreta. Y he aquí que con tu capacidad racional bajo mínimos, crees que esos pensamientos son tuyos, que te pertenecen, cuando en verdad te los están sugiriendo habilidosamente valiéndose de tu engañoso ímpetu y de que te sientes “la reina de la noche”. Cuando aco-

¿QUIERES SER MÉDIUM?

modándote en el vehículo, arrancas y empiezas a circular, te expones a lo peor. No quiero ni decirte la cantidad de accidentes con tremendas secuelas de todo tipo que se producen en estas circunstancias.

— Vale, lo he captado. Si quiero evitar problemas serios como médium he de esquivar cualquier tipo de consumo.

— Eso es, Plata. Es una buena lección a tener en cuenta. Tu seguridad y los objetivos de tu misión en el plano físico dependen muchísimo de que te mantengas al margen de este tipo de coyunturas. Ya sé que no vives sola y que no puedes aislarte por completo de las influencias de tus amistades ni del entorno, pero resulta obvio que tendrás que hacer un esfuerzo especial. Por fortuna para ti, ya te anticipo que Tomás, tu novio, no es tampoco un chico aficionado a “perder el control”. Aprovecha su natural prudencia y disfruta del trato social, pero en unas condiciones que no pongan en peligro tu integridad como médium. Te aseguro que lo de ayer puede ser simplemente un mal sueño en comparación con las pesadillas que puedes sufrir en el futuro si la tendencia a abusar de las sustancias tóxicas se afianza en tu interior.

— Caramba, Áureo, ya podía haber eliminado Dios ese impulso a “evadirse” de la realidad, por cierto tan típico de la raza humana...

— No sabes lo que has dicho. Claro, por hacerlo todo más fácil, podría haber suprimido también el deber de trabajar, el de estudiar, el de perfeccionarse... vamos, que para evitar problemas, el ser humano podría permanecer todo el día tumbado en una hamaca, tranquilo y sin sobresaltos hasta que llegara el fin de sus días. Anda, piensa un poco antes de realizar afirmaciones que no poseen una base lógica.

— Vale, quizá hablé sin meditar previamente.

— Otra cosa importante, Plata. Mientras yo esté a tu lado esos “seres problemáticos” no te molestarán. Tengo capacidad suficiente para “arroparte”, es decir, para espantarlos,

para disuadirles de sus perversas intenciones envolviéndote con mi manto protector. Recuerda, mi buena Plata, soy tu ángel custodio. Mi trabajo consiste precisamente en salvaguardarte de los peligros. Sin embargo, debo advertirte algo: mi competencia quedará anulada en cuanto seas tú misma la que a propósito busques el consumo, la huida del presente... Creo que me entiendes.

— Áureo, no soy perfecta y tengo solo dieciséis años, pero eso no va a suceder. Te doy mi palabra, mi más firme promesa de que los actos de ayer no se volverán a repetir. Se trata de un compromiso personal conmigo misma y por extensión contigo, por supuesto. Cuando Plata se ofrece a consumir un pacto, lo hace. ¿No ves que soy muy testaruda?

— Me parece muy bien, mi querida niña, y confío en ti. No obstante, las promesas de no volver a probar el alcohol son fáciles de efectuar cuando uno está envuelto aún por los efectos negativos de la “resaca”. Guarda tus fuerzas para cuando te halles completamente despejada y rodeada del buen ambiente de tus amistades. Esa será la hora de la verdad. Créeme, si te digo esto no lo hago por coartar tu libertad porque al final harás aquello que desees. Tu voluntad es soberana y manda. Como guía, tan solo aspiro a proporcionarte consejos útiles porque nosotros vemos un poco más allá que vosotros, dado que el vestido de la carne siempre os impone una serie de limitaciones. Mi amor por ti me hace tener muy claro qué es aquello que te conviene y qué es lo que te perjudica. Insisto, es tu decisión y es tu vida, aunque confieso que siempre he tenido la máxima esperanza depositada en ti desde que te vi llegar a esta dimensión y desde que contemplé como crecías y cómo esa alma que portabas dentro se asomaba al exterior. Hay que observar lo positivo de ciertas situaciones como la de anoche. Al sufrir las consecuencias de tu exceso, tú misma te has puesto en la mejor disposición para aprender y extraer tus propias conclusiones.

¿QUIERES SER MÉDIUM?

— ¿Sabes? Hoy es un gran día, tengo esa impresión. Eso me conduce a dar gracias al Creador por haberme concedido el don de tenerte a mi lado. Dadas las emociones vividas en las últimas horas, aprovecho el momento para pedirte con toda humildad que no me pierdas de vista y que jamás me abandones.

— No, no te dejaré nunca. Eso sería contravenir la misión que he de desarrollar contigo. No elegí este reto para dar marcha atrás en cuanto surgieran los primeros obstáculos. Mira, llevamos muchos siglos juntos como para que ahora posea dudas con respecto a mi labor de amparo sobre ti.

— Por cierto, querido guardián “invisible”, ¿cuándo me vas a contar algo que no sean vagas generalidades acerca de nuestro inmortal vínculo? Ya sé que todas las criaturas disfrutan de la grata compañía de un ángel, pero convendrás conmigo en que la fluidez de nuestra relación y el hecho de poder verte y hablar contigo con tranquilidad no resultan muy frecuentes.

— Desde luego, pero tus “canales” psíquicos se hallan abiertos porque ello obedece a unos fines muy específicos. Dentro de no mucho lo sabrás, pero antes de que me preguntes ya te adelanto que no te voy a dar ninguna fecha exacta ni nada por el estilo. Has de ser paciente. Esta es una de las cualidades más destacables en una persona, o sea, saber que todo tiene unos plazos y unos objetivos. Lo mismo te indico con respecto a nuestra relación. Cuando llegue el momento, te revelaré cosas que ahora mismo no puedo, al no hallarme autorizado y porque tampoco ejercerían un bien sobre ti. La medición de los ritmos es esencial en el desarrollo evolutivo de las criaturas. Contigo sucede lo mismo, como es obvio. No puedes pretender saber con tu edad aspectos para los que aún no te hallas preparada, aunque seas un espíritu curtido en mil batallas, una veterana en infinidad de lides. Ello es lo que provoca en ti esa madurez que atesoras y que no cabe duda de que está por encima de la media. Este fenóme-

no podría interpretarse como un mérito pero también como una gran responsabilidad. Insisto: en su momento, recibirás las instrucciones oportunas. Lo único que puedo anticiparte y que no debe constituir una gran sorpresa para ti es que estás destinada, mi querida Plata, a realizar el bien a través del servicio al prójimo.

— ¡Claro, ya lo tengo! ¡Eureka, que diría Arquímedes! La escena se me ha pasado por la cabeza como si se tratara de una película. Además, la secuencia se ha desplegado ante mis ojos con una claridad deslumbrante.

— Es cierto, hasta yo mismo lo he visto.

— Vaya, ya está el gracioso de Áureo rompiendo mis exclusivas. Es imposible guardar un secreto contigo tan cerca. A ver, listo, demuestra tus habilidades ¿qué es eso que has percibido de mí o se trata de tu imaginación desbordante que no siempre puedes controlar?

— Pero, mi Plata, no te enfades conmigo. Ya hemos conversado sobre este asunto antes. ¿Cuántas veces te he insistido en que puedo saber lo que piensas? Ya conoces que cuando centras tu mente en algo concreto, esas imágenes se desprenden de tu cabeza y te delatan. Mi niña, eres un libro abierto para tu ángel.

— Venga, vale, dime entonces qué has distinguido en mis “proyecciones mentales”.

— Pues sí, ha sido maravilloso, he identificado a una chica joven, bellísima y muy ilusionada con el uniforme verde que portaba, situada en mitad de un quirófano y lista para operar a un paciente.

— Dios mío, no sé por qué te pongo a prueba. Resulta inútil ocultarte algo. Eres el vencedor de la apuesta, querido Áureo. Es más, creo que has visto esa escena incluso con más nitidez que yo misma.

¿QUIERES SER MÉDIUM?

—No te minusvalores, Argentea. Es lógico; ten en cuenta que a la hora de pensar, yo no tengo la interferencia de ese armazón de células que llevas contigo desde la coronilla hasta tus pies.

—Bueno, Áureo, como te decía, aunque aún me restan dos años para completar el bachillerato, pienso estudiar la carrera de medicina. Así lo he notado por dentro y así se lo diré a mis padres. ¡Caramba, quién me iba a decir a mí que en este día de resaca alcohólica elegiría de forma tan contundente mi futuro estudiantil y profesional! Venga, que te conozco, suelta ya tu opinión. No me negarás que ha sido un golpe tremendo de madurez.

—Pues muy bien, me parece un magnífico proyecto. Es más, se trata de una sabia y oportuna decisión. La profesión médica resultaría excelsa para ti y desde luego que cumpliría con esas expectativas que te he comentado hace un instante sobre el servicio al prójimo. No obstante, Plata, mantente tranquila y sin prisas. Aún queda tiempo para la elección definitiva. Has de saber que yo siempre respetaré tu criterio.

—Gracias, amigo. Pues lo dicho. De pronto, me siento dichosa por dentro y no conservo ningún tipo de dudas con respecto a lo que te he comunicado. Si además cuento con tu apoyo, mejor que mejor, es decir, mis expectativas se verán colmadas. Dios mío, qué mal empezó esta jornada y qué bien termina. Tenías toda la razón cuando hablabas de que una sonora caída te puede conducir a levantarte de nuevo pero con más ánimos.

—Sí, has estado muy acertada con esas palabras, yo diría que hasta brillante. Es la pura verdad.

Cuando regresaron mis padres, ya más calmados al observarme con buen aspecto y con una encantadora sonrisa en mi rostro, les manifesté con seguridad lo que en aquel chispazo intuitivo había llegado a mi mente. Al principio se sorprendieron, como me esperaba, pero luego se alegraron

con mi repentina determinación y empezaron a gastarme bromas sobre mis estudios en la facultad, la especialidad que escogería y demás aspectos de la medicina. Eso bastó para que el buen ambiente y las risas regresaran a esa casa, de donde no deberían haber salido, pero que debido a mi primera experiencia con la embriaguez, parecían haberse evaporado aunque solo fuera por unas horas. De nuevo, la familia recobraba ese carácter afectivo y de apoyo mutuo entre sus miembros. Ellos se regocijaron también por confirmar algo que aún no tenían seguro: que su única hija iría a la universidad.

En cualquier caso, esto no fue óbice para que el “maniático” de mi padre (al menos con su colección inacabable de objetos plateados) me “apostillara”:

— Cariño, visto lo visto, ya te habrás dado cuenta de que no puedes obtener una nota media inferior a un nivel de notable. De no ser así, tu sueño de “galena” se derrumbará como un castillo de naipes al que alcanza el viento. Ya sabes que para que te admitan en esa facultad se necesita ese tipo de media en las calificaciones de la enseñanza secundaria y del bachillerato.

— Sí, papá, tú siempre tan puntilloso y tan exacto en tus apreciaciones. No te preocupes, que he captado tu “indirecta”. Estás en todo, Carlos. Vamos, ni que fueras “profesor”. Grabo en mi memoria lo que has dicho y cálmate, que por ahora me adapto perfectamente a los parámetros requeridos, señor “filósofo”.

Los tres nos carcajamos ante la espontánea elaboración de mi corto discurso, pero esgrimido como breve defensa ante la socarronería apuntada por mi progenitor. Mi madre no pretendía ser menos renunciando a su cuota de protagonismo y en un alarde de cómo era ella, no quiso terminar aquella conversación sobre mi porvenir sin preguntarme con toda la intención del mundo:

¿QUIERES SER MÉDIUM?

—Y... a todo esto. ¿Puede saberse qué opina tu amigo del otro lado al respecto de la súbita elección de tu carrera como estudiante universitaria? ¿Está él de acuerdo? ¿Ha puesto alguna objeción? ¿Apoya tu plan a largo plazo? ¿Se mantiene al margen de tu proceso de toma de decisiones? En resumen, ¿te ha otorgado su beneplácito?

—¡Ay, Irene, basta ya de tanto interrogatorio! —exclamé con gesto serio para que se callara de una vez—. Estate tranquila, mamá. Veamos. Realizadas las oportunas consultas con mi asesor particular y espiritual, mi sublime consejero ha tenido a bien concederme su aquiescencia con un “sí” rotundo como un hospital de grande. ¿Qué? ¿Ya te has calmado un poco?

—¡Dios mío! —me dije a mí misma en voz bajita—. Por lo menos, mi proyecto o mi presentimiento sobre mi futuro como mujer parece que les ha serenado y que les ha hecho olvidar la vergüenza de ayer.

Seguidamente, miré con discreción hacia mi espalda y le guiñé un ojo a mi ángel, el cual había escuchado toda la conversación desarrollada en el salón. Al devolverme mi saludo con una sonrisa angelical (nunca mejor dicho), una terrible duda asaltó mi pensamiento. ¿Y si hubiera sido él el que me hubiera sugerido la decisión de inclinarme por la carrera médica? Áureo era capaz de eso y de mucho más, pero era tanto mi afecto por su figura que pasé página sobre mi sospecha y empecé a imaginarme en la “mesa de operaciones”, comportándome como esas heroínas médicas de urgencias que salen en las series de televisión.

Capítulo XIV

Verano

Y transcurrió el tiempo, pues este no se detiene, al constituir el latido que marca el ritmo del Universo. Vinieron dos años estupendos en mi vida de los que conservo un gratísimo recuerdo. Mis estudios continuaron su buena marcha e incluso mis calificaciones mejoraron, como si tuviera un plus de motivación después de haber optado definitivamente por cursar medicina en la facultad. Y pensar que adopté esa resolución el único día de mi existencia en el que estaba con resaca por haber abusado de la bebida. Con respecto a esto último, os lo digo abiertamente: me mantuve firme en la promesa realizada y jamás volví a probar una sola gota de alcohol. Mi negativa experiencia con esas dos almas conflictivas y la seria advertencia que me hizo mi espíritu guardián acerca de los peligros de las drogas causaron mella sobre mí. Entre que yo me consideraba una chica bastante responsable y madura y el miedo a que se me acercaran entidades “extrañas”, renuncié a probar más “bebidas espirituosas”. En verdad y siendo tan feliz en aquella época, no tenía ganas de complicaciones y menos por mi condición expresa de médium.

¿QUIERES SER MÉDIUM?

En mí, y esto lo afirmo con total franqueza, nunca cupo nada de rebeldía juvenil, ni una constante discrepancia de criterios para reivindicar mi independencia, ni evasiones de la realidad, ni muchas de esas cosas con las que se suele asociar a la juventud. Si mi vínculo con Áureo había funcionado a la perfección hasta ese momento ¿por qué motivo le iba a desobedecer ahora o simplemente no tomar en cuenta sus consideraciones? Ya no era una cría y por propia convicción había tomado una decisión muy importante: nada de tóxicos en mi cuerpo. Es cierto que el espíritu es inmortal y que sobrevive a la muerte física pero tenía claro que debía respetar y cuidar de su soporte, es decir, de mi organismo.

Al final, aquel día de resaca tuvo un peso esencial en mi elección. Era como si el brutal malestar que sentí en mi cabeza se hubiera extendido hacia el futuro, como si hubiera realizado un siniestro anticipo de lo que implicaba consumir, una cruel proyección de lo que me esperaba si volvía a abusar del alcohol. Yo, que era una persona que vivía a mitad de camino entre la dimensión material y la espiritual, no podía arriesgarme a que esta última me mostrara su peor cara. Si el acercamiento a las drogas iba a implicar para mí el tener que enfrentarme a seres extraños, enfermos u obsesivos, pues la verdad, no sería Plata la que correría riesgos absurdos.

Lo más hermoso de todo, sin duda, resultó la consolidación de mi vínculo con Tomy. Pero ¡qué buen chico era y cómo nos compenetrábamos! Y pensar que no le conocía del todo y que hasta hacía bien poco su tono adulator y por qué no, hasta empalagoso, me había hecho rechazar sus intenciones de coqueteo hacia mi persona. Por eso, recibí la lección de que a la hora de valorar a quien tienes enfrente, es recomendable profundizar en sus aspectos fundamentales y no juzgarlo por las apariencias sino porque realmente hayas podido atrapar su fondo. Os confieso que su naturaleza me atraía como un poderoso e intenso perfume pues él olía a nobleza, humildad y a rectas intenciones.

Quizá os sorprenda lo que os voy a comentar, pero para no tener ningún contacto directo con los espíritus ni acercarse a la condición de médium, el bueno de Tomi, con el transcurrir de los días, se fue interesando más y más por mi mundo. Qué importaba que no pudiera ver a Áureo o a otras almas. Lo sustancial era que empatizaba tanto con mi universo que el camino que recorrió conmigo fue de una aproximación progresiva a ese cosmos tan particular que constituía mi relación con el plano invisible. Así, notaba a distancia su afecto e incluso su admiración hacia mí. A veces, podía permanecer horas y horas hablándole de mis sueños, que jamás se aburría.

Mi novio era un santo varón y desde luego que siempre le estaba agradecida por su dulce compañía. También hice mucha amistad con la ancianita que le seguía a todas partes; se trataba de un espíritu de gran sabiduría que disfrutaba con su trabajo de asesorar y de guardar las espaldas de mi querido Tomi. Menos mal que no podía sentirme celosa de su increíble y serena belleza, porque si supierais de viva voz la de cosas que están dispuestos a hacer este tipo de criaturas por sus protegidos, no tardaríais ni un segundo en erigirles el más bello monumento en el interior de vuestras almas, aunque ellos no precisen de elogios o reconocimientos para llevar a cabo su radiante labor. Estos seres (da igual su aspecto masculino o femenino), son los verdaderos custodios del ser humano. Esto lo digo con el máximo respeto a los sinceros lazos de amistad que se observan entre muchos individuos, aunque algunos de los que se denominan incondicionales con envoltura de carne, muchas veces nos dejan abandonados en la estacada al menor obstáculo.

Sin embargo, nuestros ángeles no fallan, con independencia de las circunstancias en las que os veáis envueltos, porque si procede la risa por algún motivo feliz son capaces de disfrutar con nosotros. Y si lo que corresponde es la seriedad o la inquietud por un evento que nos preocupa, más se esfuerzan ellos en animarnos o en susurrarnos buenos con-

¿QUIERES SER MÉDIUM?

sejos en los oídos de nuestra conciencia, esa voz que nunca te engaña pero que hay que aprender a escuchar. Estos benditos guardianes de nuestra sombra no poseen horario de atención al público ni se cansan ni se dan de baja por enfermedad. Desarrollan una tarea de protección durante las veinticuatro horas sin interrupción, en el día y en la noche, laborables o festivos, en la calma y en la tempestad y por supuesto, en las etapas más turbulentas, pues es cuando hallan la ocasión propicia de demostrarnos su inmenso amor al ayudarnos, abrazarnos y sostenernos. Esto no lo afirmo como el que elucubra sobre hipótesis sin sentido, sino porque a lo largo de mi existencia lo pude comprobar por propia experiencia.

Si no fuera por el tremendo temporal que me aguardaba, parecía que la nave de mi destino surcaría plácidamente por aguas cristalinas y rizadas. Pero aunque la tranquilidad puede resultar agradable por momentos, las leyes del cielo poseen su propia dinámica y establecen que si quieres progresar, has de enfrentarte a retos. Y si estos son grandes, mayor será tu avance. En este sentido, los desafíos más grandes de mi vida estaban al caer, aspecto que empecé a presentir desde el instante de éxito que supuso para mí el terminar el bachillerato y el ser admitida en la facultad de medicina, tal y como había imaginado dos años antes en aquella crucial conversación con mis padres tras la jornada de “desenfreno” con el alcohol.

En mitad de ese período de vacaciones que constituía el verano y antes de ingresar en la universidad, comencé a sentirme intranquila cuando se suponía que debía estar relajada y disfrutando de la época estival. Se avecinaba tormenta y de las fuertes, pues esa firme intuición que me acompañaba desde pequeña no me iba a engañar a esas alturas de la película de mi existencia. En esos días calurosos yo compartía mis inquietudes con Tomi, pero el buen hombre, a pesar de sus reflexiones y de su interés por sosegarme, no conseguía dar con ninguna explicación convincente a mi turbación.

Como el fenómeno no se me quitaba de la cabeza, de nuevo tuve que recurrir a mi maestro Áureo para que me despejara las dudas. ¡Dios mío, no me lo explicaba! ¿Por qué esa desazón interior? ¡Pero si todo iba sobre ruedas! Tenía un chico maravilloso a mi lado que me había demostrado su lealtad y su amor más sincero, iba a disfrutar de la posibilidad de estudiar la carrera que ansiaba y que yo misma había elegido, mi familia me amaba y se hallaba ilusionada con mis planes de futuro y por último, acababa de cumplir los dieciocho años y me encontraba, como se suele decir, en la flor de la vida.

¡Y qué recuerdos tan gratos! Me vienen ahora a la memoria mis primeras relaciones sexuales con Tomi, ese sublime afecto que se percibe cuando los cuerpos que se buscan se acarician en la más silenciosa intimidad, piel con piel, alma a alma, atando el vínculo de una unión que perdurará en otras vidas. Y qué educado era Áureo, pues él era el primero en advertir nuestros acercamientos más apasionados y como tal, siempre respetaba esos momentos exclusivos en los que solo anhelas compartir la presencia del ser al que amas en el plano terrenal.

¡Oh, cómo me emociono al pensar en aquellas fechas de finales de agosto! Ya era hasta mayor de edad, al menos legalmente, aunque eso no fuera a cambiar nada mi rumbo. Tomi y yo decidimos pasar un día en el campo. Cogimos nuestras mochilas y nos montamos en el autobús en pos de nuestra pequeña aventura de contacto con la Naturaleza. El objetivo era caminar a través de la sierra en un recorrido a veces exigente, pero adecuado a nuestra juventud y a nuestras energías. Pretendíamos hacer algo distinto, movernos, disfrutar del senderismo y respirar ese aire que siempre sobra en las alturas pero que falta en la ciudad... quizá porque allí nos notamos más "cerca" del cielo.

Después de una ascensión bastante empinada de dos horas y casi sin aliento, llegamos al punto previsto donde

¿QUIERES SER MÉDIUM?

íbamos a descansar y a reponer fuerzas para luego iniciar el descenso y volver a casa. En verdad, no se produjo ningún incidente, ni resultamos heridos ni nada por el estilo, pero sí ocurrió algo trascendente. Fue el contenido de la conversación que mantuve con mi ángel protector en presencia de mi novio y que marcaría mi discurrir a partir de ese momento.

— Mi buena Plata — comentó Áureo —. Ahora que estáis aquí reposando de la buena marcha que habéis realizado, no hallo mejor escenario que este, cubiertos bajo este manto azul y a más de mil metros de altura, para hablarte de tu próxima misión.

— ¡Mi buen maestro, qué rápido pasa el tiempo! Todavía recuerdo cuando hace dos años me pediste que tuviera paciencia al preguntarte yo por el carácter de lo que me aguardaba. Y fíjate, querido amigo, a la vista de este maravilloso sol, con este paisaje deslumbrante y con este viento que te despeja la mente, me vas a comunicar algo que sin duda, dejará una profunda huella en mí. Ya sabes que últimamente me encuentro un poco agitada por dentro. Es como si me costara trabajo entender cómo yendo todo tan bien a mi alrededor, mi intuición me avisara de la proximidad de un temporal. En fin, cosas mías. Venga, adelante y cuéntame lo que sea. Estoy preparada. Ahora incluso ya soy «mayor de edad» para la gente que me rodea. Deduzco que si me lo quieres decir delante de Tomi, es porque él, evidentemente, puede ser testigo fiel de tu mensaje.

— Desde luego, sois uña y carne y él también debe conocer lo que le espera al alma con la que comparte su existencia. Os doy mi bendición y os animo a que os sigáis apoyándoos y respetando mutuamente a pesar de las dificultades que aparezcan en el camino.

Como ya podéis suponer, mi novio no podía ver ni escuchar a Áureo, por lo que de vez en cuando, yo le resumía el contenido de lo que mi ángel me expresaba.

— Ahora, en breve, comenzarás tus estudios de medicina. Magnífico, porque esta disciplina va a estar muy en relación con el desafío al que te vas a enfrentar. Al principio, no tendrás que hacer nada. No te preocupes, te llamarán para que atiendas a alguien enfermo y deberás acudir a sanarle. Si tu actuación tiene éxito, cosa de la que estoy seguro, se iniciará un proceso en el que progresivamente deberás ir ayudando a personas que requerirán tus cuidados.

— Un momento, Áureo ¿te refieres a una actuación médica por mi parte? Es que lo veo difícil, pues seré una completa novata.

— Ya, pero yo no estaba sugiriendo que intervinieras a un paciente en un quirófano con bisturí y anestesia y además sin un título oficial que te habilitara para ello.

— Entonces, parece claro que tú estás apuntando a otro tipo de actos.

— En efecto. Por denominarlo de alguna manera, estoy hablando de una intervención “espiritual”.

— Muy bien. ¿Y cuál sería mi papel en todo esto?

— Curar, así de simple.

— ¿Curar? ¿Y cómo sabré yo hacer eso?

— Te he dicho antes que no tenías por qué preocuparte. Yo estaré contigo en todo momento. Al inicio te limitarás a seguir mis instrucciones. Tranquila, yo seré el que “opere”, bueno, mejor dicho, los dos. Tengo que valerme de tu energía, de esos fluidos que unen a tu alma con tu cuerpo para poder actuar sobre la materia. Recuerda que esto ya lo hemos discutido en el pasado. Para que los espíritus podamos proceder sobre el plano físico se requiere la ayuda de una persona de carne y hueso a través de la que “canalizar” nuestra fuerza, en este caso tú. Aunque al comienzo te circunscribas a seguir mis directrices, llegará el momento en el que tú sola serás capaz de actuar, si bien contando con mi apoyo.

¿QUIERES SER MÉDIUM?

—Áureo, siempre he confiado en ti porque sé que me deseas lo mejor. Ese es el motivo por el que ejerces tu tutela sobre mí. No obstante, me pregunto si esta labor que me planteas no terminará por afectar a mis estudios.

—Sí, si no te organizas. La solución es fácil, aunque no exenta de coste: tendrás que hacer un esfuerzo para compatibilizar ambas labores. Mira, Plata, lo esencial es saber lo que se quiere en la vida. Es un lema que por repetido no deja de ser de utilidad. Tú has nacido para esto, es decir, para sanar. Ya cuando eras una cría recibiste alguna pequeña muestra de por dónde iría tu camino. ¿No te acuerdas de esos niños a los que simplemente curabas con imponerles tus diminutas manos? Una vez que empieces, ya no podrás dejarlo. Cuentas con tu libertad para elegir pero en el fondo reconoces que no hacerlo te hundiría en el estancamiento. Dentro de poco vivirás en primera persona cómo funciona este proceso. Una serie de deberes por cumplimentar esperan a tu iniciativa. Si por comodidad o por miedo, tratas de escapar, el débito no se pagará y por tanto, estarás aplazando su amortización pero también acumularás unos intereses de demora. Siento que esto te suene a préstamos y a cuentas bancarias pero no deja de ser una comparación adecuada a la situación. Esta coyuntura que te afecta se hallaba programada desde antes que nacieras y se diseñó para realizarla en su momento justo, ni antes ni después.

—¿Y mis padres? No son tontos. Tarde o temprano sabrán lo que hago y se darán cuenta de que esa labor que tú me pides podría perjudicarme en mi carrera universitaria.

—Claro que ellos se inquietarán, pero te he dicho que se trata de un trabajo compatible con tus estudios. Además, no vas a tener que desarrollarlo todos los días, como comprenderás, aunque su desempeño implique cierto sacrificio, como ya te puedes imaginar. Piénsalo, Plata, tómatelo con calma e insisto: no se me ocurriría pedirte llevar a cabo esta tarea en común si no te observara lo suficientemente prepa-

rada. Yo te asistiré, trabajaremos en pareja, los dos juntos, como siempre hemos estado desde que abriste por primera vez tus ojos a este plano.

— Bien. Entonces ¿qué me sugieres que haga al respecto de mis padres?

— Háblalo con ellos más adelante. Sé clara y busca el momento más idóneo. Les conozco, no te alarmes porque no se van a resistir ni te van a criticar. Ellos tienen otros cometidos asignados para esta vida y en el fondo, saben que aunque seas joven eres un ser independiente. Han completado contigo una magnífica labor, te han educado en unos buenos valores y te han dado la posibilidad de formarte. ¡Calma! Al final lo entenderán, sobre todo si notan que su hija sigue obteniendo buenas calificaciones aunque de vez en cuando se “escape” de casa para hacer el bien al prójimo.

— ¡Caramba, Aureo! Tal y como lo has descrito, dan ganas de empezar ya, ahora mismo. Eres un auténtico orador cuando te pones con tus discursos.

— Entonces ¿qué? Te observo muy ilusionada. ¿Dispuesta? Recuerda que nadie puede cercenar tu libertad de elección.

— Contigo me iría al fin del mundo, amigo, aunque confieso que he escuchado más de una vez crujir mis tripas mientras que me explicabas tu plan. Debe ser que estoy un poco asustada por la magnitud de la responsabilidad.

— Tranquila, señora Argentea, usted es capaz de hacer eso y mucho más.

— Anda ¿y ese tono de seriedad repentino?

— Venga, mujer, que era para rebajar un poco ese rostro de tensión que se te había formado. Mira, si te parece, vamos a empezar a modo de ejemplo con una acción de lo más simple pero que te servirá para comprender el mecanismo de funcionamiento. Por favor, dile a Tomás que se quite la bota derecha y el calcetín.

¿QUIERES SER MÉDIUM?

—Tomi —expresé mirando a mi novio con una sonrisa graciosa y ladeando mi cara un poco hacia la izquierda—. El bueno de Áureo ha debido observar algo en tu pie que le ha llamado la atención. Anda, enséñame el derecho.

—¿Eh? ¿Ese señor dispone de rayos X en sus ojos como sucede en las películas de ciencia ficción? ¿Sabes una cosa, Plata? Desde que nos hemos parado aquí a descansar he notado cierto malestar en la zona del tobillo. Debo tener alguna rozadura o algo similar. Yo no soy persona de mucho quejarme pero lo cierto es que me duele. ¡Caramba, mira esto! Con razón sentía yo algo extraño. Tengo la piel en carne viva, como levantada. Bah, siempre me pasa lo mismo con el calzado nuevo. Hasta que no me acostumbro y me doy un buen trote, suelo tener problemas de este tipo.

—Pues ha llegado el momento, cariño, de manifestarte el inmenso amor que te profeso y desde luego de realizar mis primeras prácticas contigo. Serás mi sujeto experimental, mi conejillo de Indias. No te asustes ¿vale?

—Ah... si tú lo dices... te dejaré que ensayes conmigo aunque no sé exactamente lo que vas a hacer...

—Al parecer, Áureo me ha encargado la feliz misión de ir sanando a algunas personas que van a necesitar de mis servicios. Perdón, en verdad se trata de “nuestros servicios” ya que no podría actuar a solas, sin su ayuda. Me resulta difícil de explicártelo, Tomi, pero resumiendo, se trata de que yo sería su instrumento para efectuar las curaciones. Ambos nos necesitamos y él me va ir proporcionando sobre la marcha las instrucciones oportunas para actuar.

—Mira, Plata, poco a poco me he ido acostumbrando a tu realidad espiritual, a ese mundo para mí desconocido, pero continúa habiendo cosas que no interpreto bien. Mi pregunta es: ¿cómo es posible que tu Áureo supiera que yo tenía esta herida molesta en el pie? Aunque percibía algo, ni siquiera yo sabía realmente lo que me pasaba hasta que me he quitado la bota y el calcetín.

—Creo que esto ya lo hemos hablado hace tiempo y quizá lo hayas olvidado. Los espíritus penetran la materia, pueden atravesar paredes aunque sean de hormigón macizo, volar o moverse a grandes velocidades. El pensamiento lo es todo para ellos y con su voluntad pueden realizar cosas que nosotros seríamos incapaces, dada la estructura orgánica que poseemos. Y por supuesto que sus ojos pueden traspasar la ropa para comprobar lo que ocurre bajo ella, en este caso en tu piel. Pero eso no es nada, Tomi. Lo más importante es que pueden leer tu mente.

—Caramba, eso siempre me ha dado un poco de repelús. Es como si estuvieras desnudo delante de ellos, como si no pudieras esconder ningún secreto a su conocimiento por muy importante que fuera para ti.

—Bueno, si te tranquiliza, mírame a mí. Yo llevo dieciocho años con él y no me asusta para nada que él pueda conocer mis pensamientos.

—Pero, Plata, tendrás que reconocer que tú eres un poco “rarita”, aunque eso sea una de las cosas que más me fascinan de ti.

—¿Rara? ¿Yooo? Pero ¿qué estás diciendo, atontado? Tú sí que eres raro, que solo puedes escuchar y ver a otros como tú. Estás limitado para la vida, listillo, vives a medias, percibes a medias, como si tuvieras un solo ojo o una única oreja. Yo prefiero observarlo todo para darme cuenta de todo. Los raros son los tuertos, no los que utilizan sus dos ojos.

—¡Eh, eh, usted perdone, doña “Perfecta”! No pretendía molestarte con mi comentario. Tan solo quería decirte con toda mi admiración que lo que a ti te pasa no es muy habitual, digo yo. De hecho, no conozco a nadie como tú.

—Aaahhh... ¡Dios, qué rabia! Lo siento, estoy furiosa conmigo misma. Te pido mil disculpas. A la señora Argentea le ha dado uno de sus impulsos incontrolables. Fíjate, conforme te estaba hablando ya me estaba arrepintiendo. Me he

¿QUIERES SER MÉDIUM?

pasado de la raya. Además, no sé por qué me ha molestado ese tema de las rarezas. Da igual. Cada uno es como es por alguna razón y lo conveniente es que utilicemos para el bien aquellos dones con los que hemos nacido a esta vida. Por cierto, mi amor, puedes sentirte orgulloso de tu “viejecita”.

— ¿Mi “viejecita”?

— Sí, Tomi, te diré por qué. En cuanto he empezado a hablar, esa anciana que siempre cuida de ti me ha hecho un gesto claro con su dedo índice, como indicándome que no siguiera con mi discurso. He entendido su advertencia al momento. Ante eso, solo me cabe reconocer mi equivocación. No hay gente más extraña que otra sino simplemente personas diferentes. Cada una se sitúa en un nivel evolutivo distinto y se ve sometida a unas experiencias destinadas a marcar su crecimiento. Es nuestro sino, mi amor, no permanecer en el barro de la parálisis, salvo que queramos recrearnos en el lodazal del sufrimiento. Y eso, te aseguro que no le conviene a ninguna criatura.

— Te entiendo, Plata. Yo no me siento ofendido por tus palabras. Te conozco y sé que posees un “pronto” arrollador, pero tu nobleza te distingue porque rápidamente rectificas y tienes la gallardía de aceptar tus posibles errores. Tranquila, me he acostumbrado a ti y nada de eso me perturba. A veces, no sé si te das cuenta, pero no hablas como una chica de dieciocho años, sino como una persona bastante mayor que tuviera una gran experiencia a sus espaldas. Menos mal que llevamos tanto tiempo unidos, desde que me pusieron junto a ti a compartir la misma clase en el colegio cuando éramos críos, que no puedo sorprenderme ni por tus expresiones ni por tu forma de hacer las cosas. En ocasiones y cuando te miro, tengo la extraña sensación de no saber si la que hablas eres tú o ese amigo tuyo.

— Sí, es cierto. Mi conexión con Áureo es tan intensa que es posible que a veces diga lo que él me está comentando en ese momento o que yo ejerza como una especie de intérpre-

te de sus pensamientos. Pero te contaré una cosa: he tenido sueños en los que por la noche me he comunicado con otros espíritus y he pasado por experiencias inauditas, imposibles de explicar con los términos limitados del lenguaje humano. Por eso, quizá utilice palabras, frases o mensajes que no son sino el reflejo de lo que he vivido o experimentado en esos encuentros con los seres que pueblan la otra dimensión.

—Caramba, siempre he tenido dudas, pero no sabía que los sueños dieran para tanto.

—Oh, Tomi, eso y mucho más. Aunque tu cuerpo permanezca reposando tranquilamente sobre la cama, el alma que mora dentro de ti escapa durante ese período y se transporta para moverse precisamente en el espacio que le es propio. El organismo necesita respirar, comer o tocar, pero tu espíritu se dedica a pensar, a aprender, es decir, aquello para lo que está preparado. ¿Eh? Ah, sí, creo que Áureo se está impacientando con tanta cháchara porque se me está olvidando el objeto principal del asunto sobre el que conversábamos. Vale, después de este intercambio de impresiones, voy a hacer el trabajo que me había indicado mi amigo. Anda, Tomi, acércate y déjame ver tu herida. Pon tu pierna encima de la mía y sitúa tu pie en el aire. Veamos, de acuerdo, ahora tengo que colocar mis dos manos muy cerca de tu piel lastimada pero sin llegar a tocarla. Mi ángel se encargará del resto. Solo será cuestión de unos segundos. Tú calmado, Tomi, que no vamos a tener que llamar a un helicóptero para te rescaten de aquí y te ingresen en urgencias. Bueno, y si la cosa se pone peor, pues nada, amputamos y problema resuelto.

—Ja, ja, ja... ha sido un buen golpe de humor —concluyó Tomás con una sonora carcajada.

Y por fin, la que os habla, nacida como Argentea pero conocida como Plata, pudo contemplar ahora con sus ojos de adulta en qué consistía verdaderamente el arte de la “curación espiritual”, labor en la que tendría que centrar mis esfuerzos en los próximos años. Al aproximar mis manos al

¿QUIERES SER MÉDIUM?

tobillo de mi novio sentí como un ligero calor desprendiéndose de la yema de mis dedos y me di cuenta de cómo actuaba como transmisora de una fuente de energía, como si algo de mis adentros saliera hacia fuera. Aquella actuación supuso un intercambio armonioso entre los fluidos que emitía mi admirado maestro y los propios que yo poseía. Esa acción coordinada, sincronizada, servía nada más y nada menos para aliviar el dolor en la persona que era objeto de la intervención y por supuesto, para sanar el mal que le aquejara. En este primer caso, de fácil resolución, comprendí cómo operaba el mecanismo. En este sentido, me fijé también en la energía que procedía de Tomi. Normalmente, no observaba ese conjunto de remolinos como de diminutas partículas que rodean el cuerpo humano. Sin embargo, si me concentraba sí que podía contemplarlo. Había alrededor de él múltiples destellos de luz, como ondas en movimiento, un espectáculo que incluía haces que brillaban en una gama de todos los colores y que iban adoptando diversas tonalidades conforme recorrían la piel. ¿Habéis visto lo que ocurre en los documentales que se realizan cuando se deja una cámara fija grabando sobre una flor? Esta se abre o se cierra con rapidez por la aceleración de secuencias. No es más que un juego visual que nos ofrece la tecnología y que nos permite ver en segundos cosas que sabemos que suceden en plazos mucho más largos. Y sin embargo, os aseguro que yo podía verlo así y además sin necesidad de truco como en la televisión. De este modo, a los pocos segundos de situar mis manos junto al tobillo de mi querido Tomi, la herida que existía sobre la piel se fue cicatrizando, los pequeños restos de sangre desaparecieron de la zona y la ligera hinchazón se volatilizó.

—Ya puedes retirar tus manos — me susurró Áureo en el oído.

—Pero ¡esto es increíble! — afirmé asombrada por el resultado de la operación—. Hasta yo misma me siento confusa. ¿Sabes lo que esto puede significar?

—Pues claro que lo sé. De no ser así no te habría enseñado esta forma tan particular de ayudar al prójimo. ¿No te parece?

Mi novio permanecía atónito, no por oírme hablar con alguien que le resultaba invisible, pues ya se hallaba acostumbrado, sino porque no paraba de tocarse su antigua herida con sus dedos, como para asegurarse de que no había sido víctima de una alucinación, pretendiendo comprobar que esa molesta rozadura que se había hecho con sus botas de estreno ya no estaba allí.

—¡Dios mío, ni rastro, ya no me duele! —exclamó con una sonrisa de felicidad en su rostro.

Le indiqué no obstante que se colocara una venda en la zona, para evitar que una nueva erosión durante el descenso de la montaña pudiera aparecer.

La conversación entre mi ángel y yo prosiguió durante unos minutos más.

—Perdona la pregunta, Áureo, pero ¿sabes el tremendo poder que puede implicar saber manejar esta virtud? Imagina por un instante qué puede suceder conmigo si al final consolido esta capacidad para sanar a cualquiera que padezca un tipo de enfermedad.

—De acuerdo. Entonces, tal vez sea el momento de delimitar bien esa “virtud” de la que hablas. Quiero que sepas en primer lugar, que no todo el mundo se encuentra en disposición de ser curado. Como comprenderás, hay personas que desarrollan una enfermedad concreta, no por capricho ni por azar, sino porque se halla dentro de su programación, esa que elige el sujeto o que se le impone según los casos, justo antes de su vuelta a un cuerpo físico y de su regreso a la dimensión material. En esos casos, no puedes actuar para alterar algo que ya está previsto de antemano. Eso sería contradecir las propias disposiciones divinas y como te puedes figurar, no existe criatura en el Universo que pueda obrar

¿QUIERES SER MÉDIUM?

contra los designios del Creador. En segundo lugar y dentro del perfil de tu trabajo, las personas a las que vayas a curar han de ser susceptibles de ser sanadas. Tú lo único que harás será adelantar el fin de sus padecimientos. Con ello cumplirás un propósito: para ti supondrá un respaldo firme a tu evolución. Créeme bien, no es fácil estar a disposición de la llamada de un enfermo, a que surja un requerimiento que altere la tranquilidad de un momento concreto en el que te apetece más permanecer en la paz de tu hogar. Y de pronto, un aviso “inoportuno” te molesta para solicitar tu auxilio. Mi buena Argentea, te lo anticipo ya para que luego no haya lugar a sorpresas: a tu edad, con tu juventud a flor de piel, es muy probable que haya ocasiones en las que desees estar con tu novio o con otros amigos que en la casa de algún “paciente” que reclama tus servicios. No solo se va a valorar tu talento para atender al prójimo sino también tu disposición para sacrificarte por los demás.

—Debo empezar a concienciarme desde ya para hacerme cargo de lo que me dices. Por favor, ya que el reto no es sencillo, respóndeme con sinceridad ¿tú crees que estaré a la altura de los acontecimientos?

—Se trata de una cuestión interesante, pero me temo que eres la única que podría contestar a tal interrogante. Como siempre, tu éxito está en tus manos y acorde a la destreza que muestres en tu nueva labor, así podremos calificar los resultados. Plata, podemos afirmar que hoy ha comenzado tu etapa definitiva de servicio en esta dimensión en la que vives. Desde esta fecha, tendrás más que suficiente actividad en compaginar tus estudios de medicina con tu entrega hacia aquellos que así te lo pidan. Es una bendita ocupación, de gran responsabilidad. Te hallas en la antesala de un gran edificio, aquel que puedes edificar dándole un fuerte impulso a tu ciclo evolutivo, ese que iniciaste hace muchos siglos y que ahora queda pendiente de consolidar con esta fase que hoy emprendes. Ni siquiera nosotros podemos anticipar el futuro. No obstante, te conozco y sé que en ti hay arraigada

una enérgica voluntad, una determinación intensa para proseguir con tu avance. No te dejes impresionar porque seas joven o porque los demás te vean como alguien inexperto que acaba de salir de la adolescencia. La verdadera madurez la porta el espíritu que llevas dentro y no la marcan ni tus canas ni las arrugas que vayan apareciendo en tu piel. Tu misión está clara; para eso estoy yo aquí, para recordártela. Mas siempre existe un límite, una línea que ni los espíritus más evolucionados pueden traspasar. Ya sabes cuál es.

—Sí, el libre albedrío, mi libertad para tomar mis propias decisiones.

—En efecto, es la raya fronteriza que jamás Dios permite que se cruce. Tú y yo, todos somos los auténticos soberanos en nuestros territorios, unas tierras tan solo gestionadas por nuestra voluntad, por nuestras actuaciones y por sus consecuencias. Puedes mandar lo que desees pero no es lo mismo gobernar una comarca árida, rocosa, yerma, sin apenas recursos, que otra con buenos pastos para el ganado y donde las cosechas que se recogen resultan excelentes. ¿Con cuál de ellas te quedas, Plata?

—Con la que acelere mi progreso, sin duda. Para eso he venido ¿no es cierto?

—Has respondido bien, amiga. Tan cierto como que a la noche le sigue la claridad del día. Por tanto, sea cual sea tu escenario, prepara el terreno, cuida del mismo y ponte a laborar sobre él, áralo, abónalo y riégalo. Te aseguro que el fruto que recojas será exactamente proporcional al esfuerzo invertido en su trabajo. Esta es una disposición que nunca cambia y el ser humano la tiene muy implantada entre sus creencias porque la agricultura y su supervivencia a través de los productos de la tierra se hallan enraizadas en el inconsciente colectivo de su historia.

—Bellas palabras que nos hablan del paso del hombre sobre este planeta.

¿QUIERES SER MÉDIUM?

—Respeto tu absoluta libertad para decidir y te deseo lo mejor. Piensa en que yo seré el ser más feliz de este orbe cuando observe que estás llegando a tu meta, cuando cumplas con los objetivos que en su día fueron trazados para un alma como la tuya. No te apures. Como sabes, tu evolución se halla vinculada a la mía. Es cierto que somos independientes pero formamos una buena sociedad que se distingue por su solidaridad. Conforme tú actúas y adelantas tu crecimiento, yo también lo hago, ya que soy responsable de tus pasos. Esto no interfiere para nada con tu libre albedrío, al igual que el alumno puede tomar su propio camino a pesar de los consejos que le ofrezca su profesor. Velo por tus pensamientos, te alecciono de buen corazón y tus actos me ensalzan, pues hacen que alabe a Dios por la encomienda que me atribuyó al encargarme de ti. Si tú creces, yo crezco contigo. Si tú disminuyes, yo me empequeñezco como la llama a la que le falta el aire. Quiero que sepas que tus buenos gestos elevan mi progresión, que acentúan la sonrisa compasiva de aquellos otros espíritus que siguen nuestras respectivas misiones. Todos somos observados, Plata, cada uno dentro de sus parámetros y de su nivel. Así se mueve la vida, pues ningún cabo queda sin atar. Existen muchos filtros hasta llegar a la cúspide y aquellos se dividen y se organizan acorde a la posición en la que se encuentra cada alma dentro de esa inmensa escala evolutiva en la que nos vemos involucrados. Todo se enlaza, pues ninguna criatura puede conducirse sin considerar a las que le rodean. Los eslabones hacen fuerte a la cadena porque se hallan unidos, conectados. Ah, y una advertencia: no te obsesiones con la sensación de “poder” que pueda instalarse en tu mente tras concluir tus curaciones. Nadie puede sanar a nadie si no fuera por la intervención del plano espiritual. Cuando se producen abusos, nosotros retiramos esa capacidad de las manos de aquellos que se aprovechan de su «virtud», la cual no se otorga para cobrarla al prójimo sino para regalarla. ¿Acaso Dios exigió a cambio dinero o dádiva alguna cuando creó a todas sus criaturas?

Recuerda asimismo la enseñanza de Jesús y su cita al respecto: “Lo que habéis recibido gratis, dadlo gratis”. Entonces, Plata ¿te sientes en buena disposición?

—Desde luego, Áureo, tus palabras constituyen un bálsamo para mi alma inquieta y a la vez un profundo estímulo.

—Muy bien Plata. Me alegro tanto por ti, por nosotros... Anda, explícale ahora a Tomás el asunto sobre el que hemos hablado. No hay que abusar de su paciencia. Él solo te oye a ti pero todo lo que te ocurra también le atañe. Además, si te has dado cuenta, tu novio cada vez muestra un mayor interés por tu mundo, que es el nuestro. Es un buen chico que merece tu amor y tus atenciones. Al igual que me sucede a mí, se alegrará con tus triunfos y se afligirá con tus penas. Cuida de él y de lo que mora en su interior, tú que sabes que la verdadera casa del hombre no se asienta sobre mortero y ladrillos sino sobre su espíritu. Dale un fuerte y sentido abrazo de mi parte y no tardéis mucho en descender a la carretera. Es buena hora para regresar a vuestro hogar.

No transcurrieron muchos días cuando en una cena, aproveché la ocasión para comentar a mis padres el sentido de la misión que me había encomendado mi ángel guardián. Mi progenitor me dijo, eso sí, con todo cariño, que si no fuera porque era su hija y porque llevaba observándome dieciocho años, que pensaría que estaba algo loca pero a la vez mostró su fe en mí, al autorizarme a realizar lo que yo considerara oportuno siempre y cuando esa labor no interfiriera en el desarrollo de mis estudios. Le contesté que esa contingencia ya estaba prevista y que por supuesto no afectaría a mi desempeño en la facultad. Mi madre, que siempre se había sentido más próxima a mí y cómo no, a mi buen protector, dio asimismo su consentimiento aunque su mano puesta en la barbilla, me hacía intuir que era seguro que se estaba preguntando por el significado último de todo aquello que le había anunciado alrededor de la mesa del salón.

¿QUIERES SER MÉDIUM?

Después de todo, yo era su única hija, la singular criatura en la que podía volcar sus atenciones, la única persona por la que preocuparse para que finalizara con éxito mi formación de modo que en el futuro pudiera dedicarme a la noble labor médica. Recuerdo perfectamente cómo al levantarnos para llevar todos los platos a la cocina, le extendí un largo guiño con mi ojo derecho a Marga, su querida “madre superiora”, esa sabia monja tan amable que cuando yo expuse mis planes le deslizó a Irene en el oído la idea de que su hija ya era mayor de edad y que sabía con seguridad de lo que estaba hablando.

Capítulo XV

Doña Esperanza

A las pocas semanas de empezar el primer curso de medicina en la universidad, fui invitada a merendar al cumpleaños de una vecina. No es que tuviera mucho contacto con ella; era algo mayor que mi madre pero como estas se conocían y guardaban amistad, no quise dejar a mi progenitora sola en el evento, ya que mi padre no pudo acudir esa tarde a la sencilla celebración. Me armé de paciencia y me mantuve receptiva a su conversación, aunque ya se sabe que las charlas entre personas de diferente generación no suelen resultar de mucho interés para los jóvenes. Miré mi reloj con un suspiro al comprobar que ya había pasado una hora desde que las tres nos encontrábamos allí sentadas. Sin embargo, todo cambió cuando esa señora le respondió a Irene que lo había probado todo, que había acudido a diversos médicos de la ciudad pero que a pesar de los tratamientos prescritos no habían disminuido ni un ápice sus tremendos dolores de cabeza. Esa mujer estaba confesando delante de mis ojos que llevaba desde la adolescencia bajo el dominio tiránico de unas jaquecas que le hacían verdaderamente in-

¿QUIERES SER MÉDIUM?

soportable muchos momentos de la jornada. No es que ese calvario lo sufriera siempre con la misma intensidad pero al parecer, había fechas en las que sentía unas punzadas tan brutales en su mollera que se decidía por permanecer en casa y acostarse, ya que el más mínimo ruido o la más pequeña estimulación le suponían un tormento indescriptible.

De pronto y por sorpresa para mí, sucedió algo extraño. La señora que cumplía años comentó que ojalá que alguien pudiera ponerse en su lugar para saber qué es lo que era capaz de sentir cuando se hallaba enferma de sus migrañas. Y esa tarde, curiosamente, había vuelto a experimentar otro de sus innumerables períodos de crisis.

—Dios mío, ya no se respetan ni los aniversarios de la buena gente —explicó mi vecina con gesto de mal humor mientras se llevaba su mano izquierda a la frente.

Justo tras pronunciar esa frase de queja, percibí en mis oídos como una especie de pitido que no anunciaba nada bueno. La sacudida fue tan brutal que agaché mi tronco en el sillón hasta poner mi cabeza sobre las rodillas y taparme las orejas con mis dedos. Ese ruido infernal que taladraba mis sienes se mantuvo solo unos segundos pero casi me hizo estallar los tímpanos de dolor. Tanto mi madre como la dueña de la casa me miraron de repente como preguntándose por lo que ocurría:

—Hija mía ¿qué te sucede? ¿Te encuentras bien?

—No, mamá. La verdad es que estoy fatal. Uf... señora, por favor, respóndame... ¿Siente usted de forma habitual unas punzadas en su cabeza como si le estuviesen clavando agujas pero de adentro hacia afuera?

—Sí, desde luego, Plata. Esa es precisamente una de las manifestaciones típicas de mis jaquecas. Por desgracia, llevo tantos años con esa miseria de síntomas encima de mis hombros que casi me he acostumbrado, aunque mi suplicio va por rachas. Y a todo esto ¿por qué lo dices?

—Pues muy sencillo, doña Esperanza; porque le aseguro que estoy sintiendo en estos momentos algo similar a lo que usted padece por costumbre. Noto como si se me achicharraran los sesos. ¡Dios, es terrible!

Justo cuando estaba pensando en los padecimientos que llevaría a costas esa pobre mujer, recordé lo sucedido hacía unos fines de semana en la montaña durante la excursión, con la curación de la herida de Tomi y las enseñanzas que en aquella ocasión me aportó mi maestro “invisible”. Entonces, advertí la imperiosa necesidad en todo mi ser de aliviar los sufrimientos de doña Esperanza. Supe de una manera intuitiva y veraz que debía actuar de esa manera. Todavía algo aturdida por el impacto de los “aguijonazos” en mis sienes, me levanté y anduve unos pasos hasta ponerme justo detrás de aquella mujer que permanecía sentada.

—Pero, hija mía, ¿se puede saber qué estás haciendo? — comentó mi madre con cara de alarma.

—Tranquila, mamá. Tan solo pretendo acabar de una vez por todas con un problema crónico que lleva amargando la vida de esta persona desde hace años. Señora, por favor, cierre sus ojos y échese hacia atrás. Relájese un momento, tan solo serán unos segundos. Ahora, voy a situar mis manos cerca de su cabeza. Todo saldrá bien. Venga, apoye su espalda sobre el sillón y confíe en mí.

Tal fue la fuerza de mis palabras o la convicción que leyó en mis labios, que aquella mujer que me sacaba más de treinta años de edad, me hizo caso al instante y obedeció mis instrucciones sin rechistar. Quizá influyó su fe en mí o la intención desesperada de acabar de una maldita vez con sus recurrentes migrañas. Lo cierto es que se abandonó por completo a mi voluntad. Durante varios minutos coloqué la punta de mis dedos sobre su coronilla para luego ir desplazando mis manos sobre otras áreas cercanas de su cabeza. Sentí un calor mucho más intenso que aquella jornada en la que me ocupé del tobillo de Tomi, señal que interpreté como

¿QUIERES SER MÉDIUM?

indicadora de que este problema era decididamente más serio que aquel. Al rato, percibí como si la corriente de mis fluidos cesara y la temperatura de mi cuerpo descendiera, por lo que procedí a retirar mis manos y a finalizar con la curación.

Noté un ligero tambaleo en mi figura y tuve que sentarme tan pronto como pude, ya que me dio la impresión de que mis rodillas eran incapaces de mantenerme en pie por más tiempo. Efectué varias respiraciones profundas, cerré mis ojos y me relajé. Desconozco la duración del intervalo que permanecí como semiinconsciente pero la voz suave de mi madre me devolvió a la realidad.

— ¿Cómo estás, Plata? ¿Ya te has recuperado? Responde, por favor...

— Tranquila, ya me encuentro mejor, mamá. Solo necesitaba descansar un poco. Verás, tras acabar con el trabajo con doña Esperanza, he sentido como que me iba, que necesitaba recobrar mis energías. Pero ¿cuánto he estado así?

— Poco, unos minutos tan solo, pero me tenías algo preocupada. Quise despertarte pero no podía, era como si estuvieras profundamente dormida y ni siquiera escuchabas mi voz llamándote.

— Perdona... ¿y tu amiga? ¿Adónde ha ido?

— Ah, sí, dijo que tenía que ir al baño. La observé como atontada, se excusó y se fue. Supongo que ahora regresará. Mira, hija, por ahí viene. ¡Esperanza, por fin has vuelto, siéntate aquí con nosotras! Verás, creo que soy la única que no me entero de nada. ¿Alguien podría explicarme lo que ha sucedido ante mi vista?

— Ay, Irene — expresó mi vecina esgrimiendo una grata sonrisa —, creo que ya me he repuesto. Verás, me retiré unos segundos porque quería lavarme la cara y despejarme. Estaba como mareada. No os lo vais a creer pero he de deciros que los dolores que tenía en mi cabeza, esas punzadas ase-

sinas que me estaban agriando mi día de cumpleaños han desaparecido. Oye, Plata, evidentemente lo que has hecho ha de tener una relación directa con lo que me ha pasado. ¿No es cierto?

—Mamá, ¿recuerdas lo que te comenté antes de empezar el curso académico? Pues creo que ya se ha puesto en marcha. Esto es una prueba demostrativa de cómo actúan los seres espirituales. Piénsalo un poco. Los buenos espíritus no mienten ni gastan bromas con estas cosas de la salud. Lo curioso es que no observo a Áureo por ninguna parte. Seguro que el muy guasón se habrá hecho el “invisible”. A veces le ocurre eso conmigo. En fin, ya le conozco y debe haber alguna razón lógica para no darme ahora testimonio de su presencia.

—Ya, hija, creo que te entiendo... pero pareces cansada...

—Sí, supongo que se debe a la “curación” de doña Esperanza. He notado cómo algo de mi interior salía hacia fuera, son los fluidos...

—¿Fluidos? Pero ¿de qué estás hablando? Esto parece una clase de química...

—Los fluidos lo inundan todo, aunque no puedan observarse directamente. Nosotros también contamos con ellos y a través de esa sustancia es como se puede manipular la energía “fluídica” de la otra persona y por ende, actuar sobre el estado de su organismo.

—Hummm... qué interesante, hija. Y ¿puede saberse adónde va a parar ese fluido? ¿Acaso no se evapora?

—En absoluto, “señora profesora”. Esa sustancia se mantiene unida al espíritu y de alguna manera es lo que le aporta la vitalidad al cuerpo. ¿Te das cuenta? Por eso somos inmortales. Da igual que el alma, al morir físicamente, se haya desprendido de su vehículo orgánico. Por eso, los “muertos” pueden seguir pensando y sintiendo, moviéndose y ac-

¿QUIERES SER MÉDIUM?

tuando, aunque tú no les veas. Gracias a la energía que les proporciona ese fluido es como yo logro percibirlos, reconocerlos y comunicarme con ellos. Sobra decir que tú también dispones de tu propio fluido, y papá y esta señora. Todos, claro, sin distinción.

— Bueno, doña Argentea — comentó mi madre con su especial gracia —, si tú lo dices pues será verdad, futura doctora.

— Mira, Plata — interrumpió doña Esperanza —, no tengo ni la menor idea de lo que estáis hablando. Caramba, parecéis seres de otra planeta. Sin embargo, ahora entiendo eso que te ocurría desde que eras una niña. Tu madre me dijo que desde pequeñita ya habías curado a algunas personas. ¡Ay, chiquilla, yo que te he visto crecer! No estoy segura, pero estoy contentísima. En cualquier caso, seré prudente. Te lo expresaré con claridad, jovencita: es muy difícil que yo permanezca varios días sin experimentar nuevas jaquecas. Por tanto, es cuestión de prestar atención. Si en las próximas fechas no vuelven a reproducirse estos dolores tan terribles, empezaré a hacerme serias ilusiones de que tu “tratamiento” haya tenido realmente consecuencias sanadoras para mí. No sabes cómo te lo agradezco y si te soy sincera, tampoco me importa mucho el cómo se ha producido este fenómeno. Plata, mi buena niña ¿eres consciente de lo que puede significar esto para mi vida si de verdad la mejoría se confirma? Es que me sale de natural una sonrisa de felicidad con tan solo pensar en ello. Pero, insisto, cautela, mucha cautela; después de tantos años lo que me hacía falta a mí es caer en una falsa quimera. Dios mío, que sea lo que tú quieras...

— Pues no sabe lo que me alegro por usted, querida vecina. De todas formas, le proporcionaré un pequeño apunte para su información. Yo no sano, a mí me utilizan como instrumento. Los que curan son ellos.

— ¿Ellos? Caramba, esto se asemeja a una película de miedo — expresó la señora mientras miraba nerviosa hacia un lado y otro.

—Doña Esperanza —aclaré con parsimonia—, solo produce temor lo que no se conoce, pero créame bien en una cosa: no existe nada raro en todo esto, ni hay magia ni supercherías. Se trata tan solo de una acción voluntaria que se ejerce sobre una persona para curarle algún tipo de dolencia. Esto es justamente lo que ha sucedido esta tarde aquí, en su casa. Pero quiero que sepa que el que produce ese efecto reparador es un espíritu noble que lo único que pretende es aliviar un sufrimiento.

—Insisto, Plata —expresó mi vecina—; poco me importa la causa si el efecto es positivo. Te lo digo a ti también, Irene. Soy persona sensata pero tengo la intuición de que tienes a una hija que es única. Bien sea porque lo haga ella o porque la utilicen criaturas extrañas de las que ignoro su identidad, pero todo lo doy por bueno porque ahora mismo me siento como si hubiera resucitado del barro. No sé cómo explicárselo pero es como si durante años hubiera permanecido encerrada en una casa llena de rejas y de pronto, alguien me hubiera abierto de par en par las puertas y las ventanas para que penetrara la luz.

—Mamá, fíjate qué cosa más curiosa acaba de suceder. Eso último que ha comentado doña Esperanza no lo ha dicho ella.

—¿Cómo? ¿Qué me quieres decir? —preguntó mi madre.

—Mira, no sé exactamente quién es porque ya se ha ido al atravesar la pared del fondo, pero había una entidad de aspecto femenino tras ella que le ha sugerido que manifestara lo que tú y yo hemos oído. Discúlpeme, vecina, pero ¿a que también le ha comunicado que menudo regalo de cumpleaños le han dado hoy?

—¡Ehhh... chiquilla! Es justo lo que estaba pensando, aunque no haya llegado a verbalizarlo. Pero esto es increíble... Plata ¿también dominas el don de la telepatía?

¿QUIERES SER MÉDIUM?

— Ah, no, señora, no se alarme porque yo no puedo adivinar sus pensamientos. Se trata simplemente de que puedo captar en ocasiones lo que los espíritus conversan entre ellos o les comunican a los seres de carne y hueso, como usted o como yo...

— Pues qué bien... menudo lío debe ser tener que atender tantos discursos a la vez, escuchar a los vivos y a los muertos al mismo tiempo. Si te soy sincera, creo que en tu situación podría volverme loca, aunque cada uno entiende de sus asuntos.

— Señora, por favor, no hable de los “muertos” en ese tono. Ellos están en muchos casos más vivos que nosotros, sienten, padecen y razonan, aunque usted no pueda darse cuenta. Además, dé gracias a esas criaturas, se lo repito, pues entre otras cosas, han posibilitado el bálsamo a sus terribles jaquecas.

A la jornada siguiente, mantuve una interesante conversación con Áureo, en la que me fueron explicadas algunas dudas sobre lo acontecido la tarde anterior en el domicilio de doña Esperanza.

— ¿Por qué no apareciste? Me hubiera gustado verte para coordinarme contigo. Me encontré sola, como algo desorientada. Que conste que no te estoy reprochando nada porque sé que tú nunca harías nada contrario a mis intereses pero me gustaría saber el motivo de tu incomparecencia.

— ¿Incomparecencia? ¡Qué graciosa, Argentea, ni que me hubieran citado a un juicio y no me hubiera presentado! A veces utilizas unos términos refiriéndote a mi comportamiento que no dejan de ser divertidos. Hazte a la idea de que sí que estaba y muy cerca de ti, por cierto, lo único que sucedió es que durante una fase me hice invisible a tus ojos. Mas todo posee una razón. Quería posibilitar que eligieras cómo desenvolverte por tu propia voluntad, por tu propia iniciativa. Si me hubieras visto, quizá para ti todo habría re-

sultado más sencillo pero entonces no habrías contado con la posibilidad de emplear tu libre albedrío.

—Áureo, hay algo que no entiendo. ¿A qué vino ese horroroso dolor de cabeza que de pronto empecé a sentir? Fue terrible, pensé que mi cerebro estallaría desde dentro. Supongo que tú tendrías relación con ese peculiar fenómeno.

—Debes disculparme, querida. Cuando tu vecina hablaba acerca de su patología, mantenida casi desde que tenía uso de razón, te observé algo distraída, como intentando desde tu mente acelerar el tiempo para que aquella sencilla merienda de cumpleaños finalizara cuanto antes y poder volver así a tu hogar. Estaba claro que no te apetecía mucho permanecer allí junto a Irene y participar de aquella charla. Has de saber que le induje a tu madre la idea de que no fuera sola a la celebración de su amiga sino que te pidiera que la acompañaras. Plata, este debía constituir tu primer caso terapéutico y para no contemplarme ayer, debo expresar mi satisfacción contigo pues estuviste brillante. Mira, has de comprenderlo, el dolor que sentiste no fue más que un aviso para que te centraras, nada más. Estabas obsesionada mirando el reloj y contando los minutos que restaban para largarte de allí. Discúlpame por la sensación incómoda que te provoqué con esos pinchazos en tus sienes pero dada tu escasa receptividad al discurso de aquella señora, debía actuar rápido para que empatizaras con ella y sobre todo, con el relato de su enfermedad.

—De acuerdo, he de admitir que tienes más razón que un santo. Me distraje, mi mente se hallaba un tanto dispersa ayer. Cuando se trata de atender al prójimo, no caben los despistes. He de estar más atenta en el futuro porque es el compromiso que he firmado contigo y con mi evolución. Por cierto ¿qué ocurrió con la debilidad que experimenté después de imponerle las manos a aquella mujer?

—Bueno, fue algo lógico pero breve ¿no crees? Ambos realizamos el acto de curación pero parte de tu fluido, de esa

¿QUIERES SER MÉDIUM?

energía que te mantiene viva, se pierde en la aplicación. Nada grave desde luego, pues se recupera al instante. Cuando poseas más experiencia controlarás mejor ese caudal “fluídico” que entra y sale de ti. Al respecto, siempre te ayudará el mantener unos saludables hábitos de vida, no introducir en tu organismo ningún elemento tóxico y por supuesto, contar con una actitud mental positiva. Como suele ocurrir con muchos asuntos y sobre todo al principio, conviene espaciar este tipo de intervenciones para no caer en el abuso. Paso a paso, es lo mejor. Piensa por ejemplo, si me permites la comparación, en las donaciones de sangre. Aunque la transfieras durante el proceso, luego la recuperas en breve porque tu mismo cuerpo se encarga de regenerarla. Estate tranquila, ya verás cómo no vas a sufrir ninguna experiencia negativa ni ningún bajón físico.

— Así pues, mi buen amigo y por resumir ¿estás contento con mi actuación?

— Por supuesto que me siento alegre con tu proceder, mi buena Plata. Recuerda que trabajamos en equipo. Tu concentración y tu buena disposición resultan fundamentales para el éxito del tratamiento. Tus características como médium te convierten en un adecuado instrumento para realizar lo que no dejan de ser actos de amor para con el prójimo, como siempre nos recordaba el Maestro Jesús. Te dije que seleccionarías tus casos para que estos no presentaran excesivas complicaciones. Ya sabes que no puedes ni debes curar a todo el mundo. Eso no es posible. Acorde a tu plan de desenvolvimiento, tus actuaciones resultarán por lo general sencillas. No participes salvo que te lo pidan o que captes la necesidad de intervenir, es así de simple. De este modo, evitaremos violentar el libre albedrío de los otros. Piensa una cosa: incluso aunque existan sujetos necesitados de una mejor salud, su falta de “fe” les impide acudir o buscar la ayuda de una persona como tú. En otras palabras, habrá algunos que sepan de tus cualidades, de la gratuidad de tus servicios como sanadora, pero que se abstendrán de pedirte nada porque

no creen en absoluto en este tipo de fenómenos. Su cerrazón materialista y su nula confianza en todo aquello que no puedan palpar con la yema de sus dedos les alejan de vislumbrar otras alternativas. Ya les llegará el momento, pues ninguna puerta por maciza que sea se cierra a la luz por siempre.

—He entendido muy bien, Áureo. Memorizo tus instrucciones al pie de la letra. Creo que empiezo a disfrutar del placer de trabajar con un socio tan sabio y efectivo como tú.

—Muy bien jovencita, continúa así; solo los mejores alumnos, los que más se implican en su labor, obtienen las mejores calificaciones. Te aseguro que todo acto de amor que regales a tus semejantes redundará ciento por ciento en tu favor y acelerará tu progreso. Estás aquí de paso, Plata, no lo olvides; la vida terrenal es breve y conviene aprovechar tu actual ciclo. Ahora tan solo pagas una pequeña cantidad de alquiler por ese traje corporal que vistes, pero tu verdadera propiedad se sitúa al otro lado. Tranquila, yo te esperaré como tu fiel sereno y cuando te recoja, te haré entrega de unas llaves que nunca han dejado de pertenecerte.

Capítulo XVI

Don Andrés

Y

transcurrió el tiempo. Ocurre con la fama lo mismo que con el optimismo. Cuanto más positivo te muestras, mejor te salen las cosas. Y el hecho de que se te den bien tus asuntos alimenta aún más tu entusiasmo. En estos casos, se trata de un bucle maravilloso que te hace sentir plenamente lo jovial que puede llegar a ser la existencia si te comprometes con ella. En este sentido, mis primeras “curaciones” hicieron que se corriera la voz acerca de mis dones de “sanación”. Gracias a la maravillosa labor de Áureo, los casos a los que me enfrentaba llegaban por orden y espaciados. Es cierto que más de una vez me sentí incómoda pues os confieso que debido a la imperfección humana, no siempre se levanta una por las mañanas con actitud de entrega al prójimo, incluso sabiendo que tus recursos pueden aliviar los males de alguien. Mas os aseguro que ejercitando la paciencia y sobre todo hablando conmigo misma en una especie de monólogo constructivo, me reconducía, me concentraba en mi trabajo y con la asistencia de mi querido ángel las cosas llegaban a buen fin.

¿QUIERES SER MÉDIUM?

Mi formación en medicina prosiguió su buena marcha y los resultados que iba obteniendo en las diferentes asignaturas dejaban ampliamente contentos a mis padres, a Áureo y a la que os habla. Desde los primeros meses tuve claro que había elegido bien mi carrera y que conforme avanzaba el curso mejor me sentía tanto en la universidad como con mis compañeros. El bueno de Tomi se inclinó al final por las leyes y comenzó en la misma época que yo su formación en derecho. Decididamente, él no era un hombre de números ni de ciencias y estudiar el cuerpo humano y sus enfermedades le producía un poco de repelús. Para mí, aquello no era motivo de sorpresa pues ya sabía que a él le provocaba mareos incluso la vista de un poco de sangre. Acompañarle al hospital para efectuarle una simple extracción resultaba todo un poema. No me quiero ni imaginar su desmayo si hubiera tenido que penetrar un día en una sala de operaciones. Nuestro maravilloso vínculo continuó, cada uno en su facultad y con sus estudios, pero fusionados por el lazo más importante que pueda darse entre los seres: el amor.

De mis tres primeros años de “trabajo espiritual”, guardo una grata memoria de todas mis actuaciones pero relatar los pormenores de las mismas resultaría excesivo para el espacio de lo que constituye la crónica de mi biografía. Sin embargo, conservo el recuerdo milimétrico de dos experiencias que para mí resultaron muy significativas: la que me sucedió con un profesor de matemáticas y luego, la que me pasó con un crío de siete años de edad, cuya angustiada madre me insistió para que evaluara a su hijo con discapacidad mental para ver si podía hacer algo con respecto a él.

Si el primer caso me sirvió para reforzar mis valores como persona en proceso de evolución, reconozco que en el segundo, el hecho de enfrentarme a la coyuntura de un niño con ese problema tan especial, supuso para mí una experiencia más que impactante y a la vez maravillosa de todas las que tuve que abordar a lo largo de mi existencia. Pero vayamos por partes.

El lance con el señor profesor me fue buscado por mi novio Tomi. No se había cumplido todavía ni siquiera un año desde que en el instituto me hubiera impartido clase de matemáticas. Yo recordaba a ese hombre con aspecto siempre enfermizo, no por nada grave de lo que debiera ser operado con urgencia, sino por sus recurrentes reacciones alérgicas que resultaban cuando menos inquietantes. Aquel maestro tenía etapas en las que se convertía en un consumidor compulsivo de pañuelos y en un asiduo de los estornudos. A pesar de que tomaba todo tipo de medicamentos, estos no parecían reducir de forma significativa la manifestación ruidosa de sus síntomas.

Como don Andrés era conocido de confianza de la familia de Tomi, este pensó que Áureo quizá pudiese llevar a cabo algún tipo de intervención exitosa con aquel sufrido alérgico al polen, a las gramíneas y a no sé cuántas sustancias más. Por fin, una jornada me dirigí en compañía de mi novio al domicilio de aquel resignado hombre, el cual, en días de viento o cuando despuntaba la primavera florida parecía una criatura pasiva sometida al capricho de la madre naturaleza y de sus fluctuaciones.

Llegamos a su casa recibiéndonos él con mucha amabilidad. Como estábamos en pleno mayo, nos pidió disculpas por la presencia de su continuo lagrimeo y de otras secreciones nasales. Para su desgracia, ese año había llovido bastante durante el invierno y la estación que le sigue y que a tantos atrae, para él se había convertido en una auténtica tortura con todas esas flores soltando al viento esos “polvitos mágicos” que tanto le incomodaban.

—¡Hola, don Andrés! —exclamé—. ¡Cuánto tiempo sin saber de usted! Gracias a sus buenas explicaciones nunca he tenido problemas con su materia. Ja, ja, ja... Por cierto, creo que Tomás no puede decir lo mismo porque tiene aversión a los números.

¿QUIERES SER MÉDIUM?

—Pues claro, Plata —contestó mi novio—. No todo el mundo sirve para lo mismo. Además, eso sería muy aburrido. Lo mío son las letras, no me importa reconocerlo ni quiero evitarlo. Ah, y tampoco pienso avergonzarme porque sea nulo para las matemáticas.

—Creo que Tomás tiene razón, Argentea —intervino el profesor—. Cada uno vale para una cosa diferente y es justo que sea así. Lo mejor es aprovechar los recursos íntimos de cada individuo. Yo por ejemplo, y disculpa por la broma, no sirvo para estar sano sino para acumular alergias y demás afecciones en mi historial. Como ves, esto que digo lo puedes comprobar con tus ojos.

—Sí, don Andrés, mas eso no debería incomodarle —respondí—. Recuerdo a la perfección alguna de sus clases. Algunas veces, los alumnos permanecíamos más pendientes de sus toses y de sus carraspeos que de los teoremas explicados en la pizarra. La verdad es que tiene mérito desarrollar su labor pedagógica estando enfermo cada dos por tres. Pero quizá haya llegado la hora de acabar con ese antiguo problema que le persigue como una sombra negra. Hay algo que no entiendo: usted ya tiene una edad. ¿Por qué no probó en su día alguna de las vacunas disponibles en el mercado farmacéutico?

—Sí que lo intenté hace unos años, pero ocurrió que las cosas se complicaron para mí y me puse malísimo o como se suele decir, el producto que me pusieron me produjo “reacción”. Al final, los efectos del pinchazo fueron mucho peores que los síntomas que ya de por sí sufría. La experiencia me resultó tan traumática que me juré que jamás volvería a ensayar con un invento de esos por muy novedoso o revolucionario que resultara. Te confieso que cuando llevas tanto tiempo padeciendo este tipo de coyunturas, desarrollas una especie de impotencia aprendida, lo que significa que aunque sufras, alcanzas una fase en la que no te queda más remedio que resignarte y aprender a convivir con esa difi-

cultad. Tal vez me haya convertido en un escéptico, no estoy seguro. O puede que se trate de mi destino y no hay más que hacer salvo aceptarlo. Te seré sincero, soy una persona abierta a cualquier posibilidad pero cargar con esta “cruz” desde niño reduce mis esperanzas. Supongo que me comprendes. Si te he invitado a casa es porque Tomás me ha insistido mucho al respecto y como soy amigo de su padre pues tampoco quería que se sintiera ofendido, pero lo veo todo de un color grisáceo tirando a negro.

— Bueno, qué más da el motivo por el que me haya decidido a venir, pero ahora lo más importante es que usted cambie su mentalidad bloqueada por unos pensamientos más positivos. ¿Vale, don Andrés? Créame que resulta difícil comenzar una labor de sanación si el interesado se muestra pasivo y abandonado a su enfermedad. Necesito un poco de ilusión de su parte; mientras que no note algo de eso no podré comenzar. Mire ¿no ha oído hablar de la influencia de los pensamientos optimistas en cualquier faceta de la vida? Son esenciales. Aunque usted haya padecido a lo largo de su existencia un considerable “castigo” con esa patología, desde hoy debemos tratar de mostrarnos por todos los medios un poco más confiados en alcanzar una solución. Se lo pido por favor y por su bien. En cuanto a su dolencia, tengo la impresión de que vamos a precisar de varias sesiones de tratamiento. Pero esto no debe importarnos. Lo sustancial es que de manera progresiva vayamos preparando a su organismo para que emita unas respuestas totalmente diferentes a las que ha manifestado hasta ahora frente a la aparición de esos ataques externos.

— Caramba, Argentea, me sorprendes. ¡Qué bien hablas! Ni siquiera el mejor de los especialistas me ha dado tanto ánimo como tú al pronunciarte con respecto a mi caso en la forma en que lo has hecho. Y eso que tan solo estás en el primer curso de carrera. Dios mío, si desarrollas tanto la misma empatía con tus futuros pacientes como conmigo, no tendrás límites en cuanto a ser una magnífica doctora.

¿QUIERES SER MÉDIUM?

—Perfecto, don Andrés, así me gusta. Parece que entramos en sintonía. Ya veo que su discurso ha girado hacia aspectos algo más positivos. Es muy importante su actitud, su fe en que a pesar de las angustias vividas, usted va a salir adelante y se va a recuperar de un pasado tortuoso.

Unos días antes de aquel encuentro, yo ya había sido advertida por Áureo de la complejidad de aquel caso y de la necesidad de completar con aquel hombre varias sesiones hasta alcanzar el efecto terapéutico. Y es que el cuerpo de aquel maestro no era el de un crío ni tampoco el de un adulto en plenitud de facultades, sino el de un individuo ya veterano sometido a una drástica problemática desde que poseía uso de razón. Tampoco me iba a importar el acompañamiento de Tomi durante el trabajo a realizar. Al revés, su presencia optimista y su confianza ilimitada en todo lo que su chica hacía junto a su ángel, me vendrían muy bien como un apoyo emocional suplementario para el buen desempeño de la labor conjunta que entre mi maestro espiritual y yo íbamos a efectuar.

Así, fuimos espaciando las distintas sesiones conforme la mejoría iba apareciendo. Al cabo de unas semanas, su gran problema, ese que había soportado durante decenios, quedó prácticamente constreñido a habitar en un lugar remoto de su inconsciente y nuevos horizontes de esperanza e ilusión se abrieron ante los ojos brillantes (esta vez no por la reacción alérgica) de un irreconocible y entusiasmado don Andrés.

El hombre flotaba como en una nube. Cerca de cumplir los sesenta de edad, parecía rejuvenecido y no era para menos. Paso a paso, su calidad de vida se multiplicó cual si fuera un pájaro que hubiera logrado escapar de la jaula en la que se mantenía preso. Su imaginación se situaba ahora en la próxima primavera y en cómo, por fin, borraría de sus recuerdos el mal fario asociado al mes de marzo. Tengo que admitir que nunca vi a uno de mis “clientes” incrementar tanto y en tan poco tiempo su confianza en curarse. Esta, al

subir como un mar de espuma, contribuyó en buena medida a afianzar el avance en su salud. Su mente dejó de oponer resistencia al cambio como antaño. Y es que el escepticismo puede constituir un grave obstáculo no solo ya en el éxito de cualquier actividad que uno realice, sino también en cualquier tratamiento que se quiera aplicar desde un punto de vista médico.

Curiosamente, conforme terminábamos todo el procedimiento y ya muy cerca del éxito terapéutico, comenzaron unos problemas que yo no hubiera imaginado. Mi antiguo profesor se empeñó una y otra vez en que debía pagarme por mis "servicios". Decliné su ofrecimiento con educación pero ese señor estaba convencido de que ese tipo de trabajo debía ser abonado como el que va a adquirir un producto a una tienda o el que se hace un corte de pelo en una barbería. Le dejé claro que dada la experiencia que acumulaba como médium, no se me permitía recibir cantidad alguna por el desempeño de mi labor. Al parecer, mis palabras resultaron infructuosas.

El maestro de matemáticas y yo vivíamos como a unos quince minutos andando, una distancia relativamente corta y en la que existía una cierta probabilidad de encontrarnos paseando de vez en cuando. Si me veía por la calle, se paraba y me recordaba que debía retribuirme por todo lo que había hecho con él. ¡Dios mío, pero qué cuadrulado era ese hombre en su mente! Parecía que sus formas geométricas ya no se encontraban dibujadas solo en la pizarra de la clase sino también en sus pensamientos. Yo era consciente de que él no lo hacía por maldad ni para fastidiarme, sino porque se notaba en deuda conmigo y ese sentimiento de gratitud por la mejora en su salud le dominaba por completo. Procuraba sonreírle cuando me abordaba y de ese modo, restar importancia a su insistencia pero en la última ocasión, se puso tan pesado con su habitual discurso que esa vena impulsiva que a veces surgía de mi volcán interior se apoderó de mí. Pese a la diferencia de edad, le miré fijamente a los ojos como tras-

¿QUIERES SER MÉDIUM?

pasándole, le agarré con fuerza de los hombros y le expresé en tono claro y contundente lo que opinaba:

—¿Recuerda usted lo que le dijo Jesús a sus discípulos cuando les envió a sanar enfermos? “Gratis lo recibisteis; dadlo gratis”. ¿Es que no lo entiende? Si yo le cobrara me estaría haciendo un flaco favor a mí misma y mi situación empeoraría; sería como romper una promesa crucial que en su momento realicé y que me comprometí a cumplir. Por favor ¿quiere usted ponerse en mi lugar, tratar de percibir mi punto de vista? ¿No ve que si yo ganara dinero con esto, mi labor no tendría ningún mérito? Don Andrés, se lo digo de corazón: no se puede poner precio al amor al prójimo. Este no es el típico trabajo en el que eres contratado y se te retribuye por una labor realizada. Le estoy hablando de otras cosas, de otra faceta que afecta a aspectos trascendentes de la persona. Veamos ¿usted me aprecia?

—Pues claro hija y mucho más después de lo que has hecho por mí.

—Muy bien. Pues entonces se lo diré a las claras. Dele usted gracias a Dios, sin el cual, nada de lo sucedido hubiera sido posible. Ese será el mejor pago a mi faena. Y ahora, espero que se haya enterado bien. No lo estropee, porque conservo aún gratos recuerdos de sus clases. Ah, por cierto, si alguien le pide ayuda en el futuro, no lo dude: emplee esta misma técnica, es decir, en la medida de sus posibilidades, auxilie al otro de la mejor manera. ¿Se da cuenta? Así seremos más los que participemos en este círculo del bien. Aparte del agradecimiento al que está arriba, continúe con esta especie de cadena de favores. No dudo en que le llegará su oportunidad. Permanezca atento a las señales y pase a la acción. Le aseguro que ese día me habrá usted abonado de sobra mis “servicios”.

A continuación y pasado el mal trago por llamarle la atención a mi antiguo profesor, le solté con delicadeza. Debí apretarle tanto que el pobre no hacía más que tocarse los

hombros con sus dedos, como intentando aliviarse de la presión ejercida por mis manos. En este sentido, la fortaleza de mi discurso fue pareja a la energía con la que le sujeté. Pasados unos segundos de estupor, volví a intervenir:

—Don Andrés, me alegro de haberle conocido. Que Dios le bendiga. ¿Amigos?

—Sí, sí, claro. He captado el tono y el fondo de tu mensaje. Ha sido impresionante. Debo pedirte disculpas porque durante semanas he estado ciego, obsesionado con la idea de pagarte. Me equivoqué de perspectiva. Te aseguro que me has convencido. Seguiré tus requerimientos.

Y así fue como nos despedimos. De vez en cuando nos cruzábamos por alguna que otra calle de la ciudad. Sin embargo, ya no se detenía para darme la monserga con su discurso repetitivo. Tan solo se limitaba a levantar su brazo y a esgrimir una cálida sonrisa a modo de gesto amistoso. Después, realizaba un ademán como indicándome que respiraba a la perfección. Yo le respondía con amabilidad asintiendo con mi cabeza y cada uno proseguía por su camino.

Este señor, sin duda, me puso a prueba. No lo digo por mi moralidad, porque por mucho más que hubiera insistido yo no iba a dar mi brazo a torcer. Creo que sirvió más para probar mi paciencia que otra cosa y desde luego que me vino muy bien para aguantar los nuevos embates que surgirían en el futuro. Nunca albergué dudas con respecto a mi reacción frente a los requerimientos del profesor. Mis ideas estaban tan claras como las aguas cristalinas de un manantial. Sin embargo, Áureo se encargó de recordarme que perdidos en el inmenso campo de la materialidad y arrastrados por pasiones que poco tenían que ver con el altruismo, muchos médiums empezaban a admitir pequeñas cantidades de dinero o pagos en especie que poco a poco y con el paso del tiempo se iban agrandando. Pero ¿acaso ellos no saben por los avisos de su conciencia que este don está para servir y no para ser servidos? ¿Desconocen aún que si nacieron o de-

¿QUIERES SER MÉDIUM?

sarrollaron esa virtud fue para ponerla a disposición de los demás y no para aprovecharse ella?

Al cobrar por el uso de una facultad o aceptar presentes, tan solo desvirtúan el objetivo de su misión y cavan a toda prisa la tumba de sus miserias, cuestión por la que tarde o temprano, habrán de pagar un precio muy elevado. Y es que la “mediumnidad” no es una profesión sino una función. El verdadero médium ha de poseer sus propios recursos para sobrevivir o ha de buscarse un trabajo que no guarde relación con sus capacidades, pero jamás puede subsistir del uso de su facultad. Esto es contrario al fin primordial que se atribuye a todos aquellos que han venido al mundo con esa disposición para nadar entre las dos dimensiones de la realidad, la física y la espiritual. Ahí se encuentra el verdadero meollo de la cuestión, en el sentido de la responsabilidad, ese que algunos olvidan con tanta facilidad y que tanto cuesta ejercer con rectitud.

Es verdad que yo siempre tuve la última palabra al respecto pues los seres somos libres a la hora de resolver sobre un asunto. Mas todo aquel que atribuye sus decisiones solo al ambiente o al peso de las circunstancias es un ingenuo, o peor aún, se trata de un distorsionador de la realidad. ¿Queremos escuchar realmente la voz de nuestra conciencia o pretendemos acallarla? Esta se constituye en un verdadero termómetro que mide a cada instante nuestra temperatura, no la del cuerpo, sino la más importante que es la moral o en otras palabras, nos habla para decirnos si lo que estamos haciendo es lo acertado o no.

No obstante, asiduamente daba gracias a Dios, porque a través de las nítidas explicaciones de Áureo jamás tuve dudas sobre mi trabajo. Siempre tuve claro los límites a respetar en mi labor de sanación junto a mi ángel y cuáles debían ser las consecuencias en el desarrollo de la misma. Yo, que me sentía tan admiradora de las enseñanzas de Jesús, solía recordar mucho su cita “que tu mano izquierda no sepa lo

que tu derecha hace". Con esas bellas palabras dignas de un espíritu tan elevado me sentía tranquila y a mí me bastaban para cumplir con mi tarea de la forma más noble. ¡Que los cielos bendigan a todos los médiums que hacen un uso adecuado de sus cualidades!

Capítulo XVII

Marcos

El segundo caso que me impresionó y que paso a relataros a continuación es el de Marcos, el niño autista. Nunca olvidaré la enseñanza extraída de aquella experiencia tan impactante. Aunque yo le conocí con siete años cumplidos, ya había oído hablar de él. Mi madre me había comentado alguna que otra vez la “mala suerte” que había tenido María con su hijo, una vecina que vivía a unos trescientos metros escasos de mi casa. En todo ese tiempo solo había visto a ese crío de lejos pero sin dirigirme ni intimar con él. Sabía de su existencia por testimonios de otras personas, pero nada más.

Sin embargo, todo tiene su momento en la vida. Una tarde, marcando un buen ritmo de trote, había salido a caminar con ropa de deporte por una zona verde cercana. Cuando volvía a mi hogar, quiso el destino que me cruzara con esa mujer justo en el momento en el que bajaba a su hijo del coche, tras regresar de otra sesión terapéutica con el pequeño. Este acudía con regularidad a un centro especializado donde diversos profesionales le daban al chico un entrenamiento en el uso de distintas habilidades básicas. Al contemplar la

¿QUIERES SER MÉDIUM?

escena, me quedé pensativa y de pronto, me detuve en seco. Ella se fijó en mí y se quedó mirándome a los ojos como si me estuviera reconociendo y quisiera transmitirme algo:

— ¡Eh, perdona! Tú eres Plata ¿verdad? — preguntó María.

— Sí señora. Mi nombre es Argentea aunque todo el mundo me conoce por el nombre que usted ha dicho.

— Claro, entiendo. Sé quién eres. A veces me he encontrado con tu madre comprando en el supermercado o paseando con mi chiquillo por el parque. Irene es una gran profesora. Lo sé por varios alumnos a los que les ha dado clase y que hablan muy bien de ella. Sabe mucho de historia, sin duda.

— Muchas gracias por su amabilidad.

— Aunque me conozcas solo de vista, me presentaré formalmente: yo soy María y este es Marcos.

— Ah, claro, ya caigo. Es una pena no haber coincidido antes porque vivimos cerca. Es un honor conocerla y también al pequeño, claro.

— He oído hablar mucho de ti y sé a lo que te dedicas — comentó esa mujer con el típico gesto que parece desnudarte por dentro —. ¿Qué curso has terminado ahora? Tu madre me dijo hace tiempo que estabas en la facultad de medicina.

— Sí, es cierto. Ahora en verano estoy de vacaciones pero ya he terminado bien el segundo curso.

— Ah, cómo me alegro por ti, de veras. Mira, Plata, debes disculparme por mi atrevimiento pero tengo que reconocer que he pensado varias veces en acercarme a tu casa para verte. Si no lo he hecho es porque me daba un poco de vergüenza.

— Y... ¿puede saberse cuál era el motivo para hacerme una visita?

— Te seré sincera. Aunque quizá no lo sepas, eres más famosa de lo que crees. Sé que has curado a mucha gente de

todo tipo de males. ¿Ves a mi hijo? Está diagnosticado de un trastorno del desarrollo, en concreto de autismo. ¿Conoces algo de esa enfermedad?

— Bueno, sé algo, pero no he estudiado esa materia en profundidad.

— Discúlpame si te molesta lo que te voy a pedir. No hay prisas, pero te hablaré con franqueza. ¿Podrías un día pasarte por aquí y echarle un vistazo a mi niño? Te prometo que no espero nada. Soy consciente de que la enfermedad de Marcos es extraña, que no se trata de cortar aquí o de implantar allá, sino que es algo general que afecta a toda su conducta, a sus pensamientos... Parto de la certeza de que su caso no tiene solución pero quién sabe... He oído tantas cosas de ti, probablemente algunas de ellas exageradas, pero la esperanza es lo último que se pierde. Te lo imploro con el corazón en la mano. ¿Es posible?

— Mire, ahora estoy sudorosa y no es el momento. Me siento agotada, he estado corriendo y lo único que me apetece ahora es una ducha y descansar. Aprovechando el tiempo libre del que dispongo en esta época y ya que no tengo clases ¿qué le parece mañana por la tarde?

— ¿Cómo? ¿Mañana mismo? Pues claro, Plata, sería maravilloso. Podremos estar los tres solos. Ahora ya llevo cuatro años separada de mi marido, por lo que nadie más nos molestará.

— De acuerdo, entonces quedamos mañana a esta hora.

— ¡Dios mío, no sabes cómo te lo agradezco! — expresó la mujer con lágrimas en sus ojos —. Estoy deseando volver a verte, ya cuento los minutos que restan.

— Muy bien. Oye, Marcos ¿me das la mano? Me gustaría ser tu amiguita. ¿Qué te parece la idea?

El niño no realizó ningún gesto, como si permaneciera sordo a mi propuesta. Le cogí su mano y la agité levemente

¿QUIERES SER MÉDIUM?

en muestra de amistad. Ni siquiera me miró sino que permaneció con su cabeza agachada. Le di un beso en su mejilla derecha y le acaricié el rostro con cariño. Después me despedí de María y me fui a casa con la idea de retornar a la jornada siguiente.

El día después y a la hora fijada, estaba llamando presta a la puerta del domicilio de María. Ella me permitió el acceso a su morada recibíendome con una gran sonrisa, de esas en la que notas la ilusión por la forma de marcar sus labios, al tiempo que me regaló un abrazo cariñoso con el que me mostraba su agradecimiento por haber sido fiel a mi palabra.

—Sea lo que sea y pase lo que pase, quiero que sepas, Plata, que jamás olvidaré tu afectuoso gesto para con esta familia.

—Ah, no se preocupe, María, mi deber es ayudar y lo hago porque me siento bien actuando de esta manera. Por eso he venido.

Curiosamente, llevaba más de veinticuatro horas sin ver a mi maestro por ninguna parte. ¿Qué estaría tramando?

—¡Qué extraño! —me dije a mí misma—. Pero si siempre que vamos a sanar a alguien él me acompaña...

Ya inmersa en la situación, me olvidé de ese asunto y no le presté más atención pues supuse que Áureo debía poseer sus propios motivos para ausentarse y que me vería a mí lo suficientemente capacitada como para reconducir la coyuntura que se presentaba ante mi vista. Lo más importante en esos momentos era concentrarme y recoger todos los datos acerca del caso de Marcos. Era la primera vez que me iba a enfrentar a un reto cuando menos singular: un crío de siete años que sufría un trastorno para mí bastante desconocido.

—¿Y cuándo se observaron los primeros síntomas de que algo raro sucedía? — pregunté con gran curiosidad.

—Pues prácticamente desde las primeras semanas de vida. Siendo aún un bebé, el psiquiatra infantil ya se inclinó, aunque con reservas, por la hipótesis del autismo, un diagnóstico que por desgracia, se fue confirmando conforme transcurrían los meses. Por resumírtelo con palabras no técnicas, ya que no soy experta en la materia, Marcos vive en su mundo particular. No se relaciona con otros compañeros de su edad, sus contactos son mínimos cuando no inexistentes, apenas habla y cuando lo hace, su lenguaje es prácticamente incomprensible. Si los demás no pueden comunicarse con él y él tampoco con los demás, el círculo vicioso se cierra. Creo que entiendes bien lo que le pasa. Mira, mi hijo puede quedarse concentrado horas y horas en un objeto o contemplando la pared o tal vez dirigiendo su atención hacia un punto en el vacío. Cuando te das cuenta de la magnitud de este problema es cuando sufres como una madre desesperada, sola y perdida frente a un drama descomunal. El ensimismamiento de Marcos puede llegar a constituirse en algo agobiante. Te aseguro que podría contar con los dedos de mi mano el número de sonrisas que me ha mostrado desde que llegó al mundo. Y aunque te resulte difícil de aceptar, cuando hace eso, todavía lloro más y mi corazón se amarga hasta el extremo de no encontrarle sentido a nada. Y es que vivir así no es vivir, es acostarte con malos presagios por la noche y levantarte por las mañanas envuelta en una pesadilla. Al principio te crees que aún estás dormida pero no, a los pocos segundos de abrir los ojos, lo que negabas atribuyéndole un valor de ilusión se convierte en la cruda realidad del día a día que me ha tocado soportar. ¿Te puedes hacer aunque sea una vaga idea de lo que es sollozar en mis silencios?

—Sí, María, creo que puedo figurarme lo que es no poder despertarse de un mal sueño que por más que desees apartarlo acude a tu mente para invadirte y apoderarse de ti. También sospecho que debes darle una infinidad de vueltas a la cuestión de cómo sería vuestra existencia si tu niño no padeciera ese terrible trastorno.

¿QUIERES SER MÉDIUM?

—Sí, eso es. Por usar un término médico, me has radiografiado el pensamiento. Una mueca de aprobación, el menor gesto cariñoso por parte de mi niño me rompe el alma. En esos instantes, me tengo que apartar rápidamente de su presencia para que no vea que su madre se va a cualquier rincón de la casa a derramar lágrimas. La verdad es que no sé ni cómo explicar lo que siento en mi interior. Es cierto que hay días y días, algunos llevaderos y otros auténticamente insoportables. Mi mente se halla plena de contradicciones y a veces dudo de quién precisa tratamiento, si mi hijo que al fin y al cabo no sé hasta qué punto es consciente de lo que le pasa o yo, que sí me doy cuenta y por eso lo llevo tan mal. No obstante, te confieso que el momento más bajo de toda esta historia lo viví cuando mi marido decidió por propia voluntad romper la cuerda que nos mantenía unidos a los tres.

—Pero ¿se fue, sin más, sin dar ningún tipo de explicaciones?

—Bueno, lo que aconteció no resultó una sorpresa para mí porque veía cómo todo se iba complicando y la situación, tarde o temprano, estallaría. Nosotros constituíamos una pareja feliz, con mucha fuerza en nuestro vínculo pero al mismo tiempo manteníamos nuestra autonomía y nuestra capacidad de iniciativa. No éramos tampoco el típico matrimonio absorbente en el que nadie da un paso sin la aprobación del otro o en el que se produce una estrecha vigilancia de los movimientos de cada uno. Permanecíamos casados pero con bastante dosis de libertad y así nos sentíamos muy cómodos el uno con el otro. Disfrutábamos y nos complementábamos. Poco imaginaba yo que todo era producto de la simpleza, que la convivencia funcionaba porque no había problemas externos pero que la coyuntura se derrumbaría en cuanto aparecieran las primeras complicaciones. Cuando ya llevábamos unos años casados, se planteó como es lógico, la cuestión de los hijos.

—Y ¿acaso él quería?

—Al principio, vivíamos como en una nube y ese tema ni siquiera nos preocupaba, lo ignorábamos por completo como si no existiera para nosotros. Sin embargo, en cuanto se debatió, empezó a incubarse nuestro primer desacuerdo. Yo tenía claro, que aunque él no quisiera, al menos deseaba concebir un hijo. No quise forzarle por aquello de la presión, que ya sé que no es buena, pero él se hacía el despistado, el ingenuo, para evitar afrontar de cara el asunto. Muchas veces me he dicho a mí misma que por aquel entonces ya intuía el fondo de todo, que sabía por dónde iba a acabar el dilema, mas no hice caso a esa voz de la conciencia que te avisa de que algo va mal o puede ir a peor. Una noche le observé muy contento, como hacía tiempo que no le veía de alegre. Una genial novedad en su trabajo, al haber logrado un ascenso profesional, dio lugar a que preparáramos con esmero una buena cena y a que tomáramos una botella de vino para celebrar tan positiva noticia.

—Un pequeño paréntesis agradable...

—Sí, Plata, eso fue. Una vez atrapados en el apasionamiento, comprobé que él no estaba usando protección en nuestra relación sexual y le comenté si sabía lo que estaba haciendo. Me sonrió y me dijo que no le importaba. No lograba dar crédito a lo que acababa de oír de sus labios. Es cierto que habíamos bebido durante la cena y que eso nos había desinhibido, pero no pienses que me quedé embarazada por la jovialidad producida por el alcohol. Mi marido era una persona caracterizada por un buen autocontrol y no creas que media botella de vino le iba a hacer cambiar de criterio con respecto a su opinión sobre la paternidad. Por eso te digo que aunque me sentí asombrada, seguimos adelante y así fue como resultó concebido Marcos.

—Y ¿qué sucedió al día siguiente? ¿Quizá él se arrepintió de lo que había hecho?

—No, exactamente.

¿QUIERES SER MÉDIUM?

— ¿Qué quieres decir con eso de “no, exactamente”?

— Pues verás, se encontraba muy serio. No es que reaccionara negativamente pero tuve la impresión de que por dentro estaba viviendo como un conflicto consigo mismo sin resolver. Aunque me dijo que no se arrepentía de lo realizado, tampoco se le veía muy alegre. La verdad es que no existía ninguna garantía de que aquello fuera a desembocar en el nacimiento de una criatura pero esa mañana mi marido se hallaba muy extraño y algo distante.

— Y ¿cómo se desarrolló el embarazo?

— Hubo altibajos, aunque tampoco resultó una experiencia digamos que traumática. Sin embargo, la negatividad se iba poco a poco apoderando de nuestra relación y creo que se fue proyectando como una mala sombra sobre la criatura. En líneas generales, no se produjeron incidentes reseñables pero lo peor era la atmósfera nociva que se estaba generando en torno al evento. Conforme mi vientre se iba inflando, noté una mayor frialdad en mi esposo y una especie de distanciamiento emocional que crecía a cada mañana. En otras palabras, era como si su reacción de indiferencia se fuera intensificando conforme se acercaba la fecha del parto. Tal vez fuera por miedo o quizá por la inseguridad de no verse preparado para asumir la paternidad, pero le notaba como desbordado por los acontecimientos. No había que ser muy lista para darse cuenta de que él se sentía completamente arrepentido por haber protagonizado aquella noche de pasión en la que todo se inició. Los más negros nubarrones empezaban a situarse sobre nuestras cabezas.

— ¿Y qué pasó tras el nacimiento?

— Ya como madre, los problemas con mi marido se agravaron, pues era poco dado a mirar a su nene, a acariciarle o a alimentarlo y además, comencé a sospechar cosas raras al poco tiempo. Marcos no me miraba, no buscaba esa complicidad que cualquier bebé ansía tener con su mamá, no reac-

cionaba a mis abrazos ni a mis muestras de cariño. Dios mío, qué sensación tan horrible, pues con el paso de las semanas no sabía si tenía entre mis manos a un ser humano pequeño e indefenso o a un muñeco extrañamente indiferente. Casi ni lloraba. Menos mal que llevaba el control de las tomas porque el crío no llamaba la atención ni siquiera cuando tenía hambre.

—Supongo que no tardaste mucho en comentar ese aspecto tan preocupante con el médico.

—En efecto, el pediatra le realizó varias pruebas y comenzó a barruntar algo negativo. Cuando al poco me expuso la necesidad de derivarle a un especialista, me derrumbé. Es como cuando tienes un presagio de que algo malo te va a suceder. Al principio, intentas volver el rostro hacia otro lado, pero esa táctica no resulta eficaz. Un día, te vuelves plenamente consciente de que te hayas en mitad de una tempestad y de que más pronto que tarde una ola furiosa se va a abatir sobre tu barco y va a destrozar la nave de tu vida y la de mi hijo también. No tengo claro quién de las dos partes sufre más las consecuencias de esta enfermedad, si el afectado o su madre. En fin, Plata, se trata de una profunda tortura que te corroe el alma, de un dolor compartido, aunque espero que mi niño no tenga conciencia de lo que le ocurre, porque de ser así, sería una prueba añadida a su terrible padecimiento. Yo, la verdad, le observo tan frío, tan apático, tan distante, que tiendo a creer en que es así, es decir, que no se da cuenta de la brutal cruz que le han cargado sobre sus espaldas. Mejor así, pobre criatura. Ojalá todo ese pesar me lo pudiese traspasar a mí y liberarle a él, pero si no es posible, al menos le pido a Dios que mi Marcos no perciba lo que le está pasando, que no se percate de sus diferencias con respecto al resto de los niños de su edad, ni ahora ni cuando sea mayor.

—¿Y qué más ocurrió?

—Pues algo que por más que lo intuyera no dejó de ser experimentado como una vulgar y traicionera puñalada por

¿QUIERES SER MÉDIUM?

parte de alguien a quien llegué a amar. Cuando se confirmó el trastorno de Marcos, algo que yo presentí desde los primeros días de amamantarlo, mi marido fue aumentando la distancia que nos separaba y poco a poco llegó a no dirigirme la palabra. Fue horroroso. Cuando más apoyo familiar necesitaba, especialmente de mi pareja, más se retiraba él y más sola me percibía. Al cabo de los meses, la cosa se puso tan fea que dejó de tener relaciones sexuales conmigo. Eso fue un golpe muy bajo, pues no hacía más que reforzar mi impresión de que nuestro matrimonio se hallaba cuesta abajo y en línea directa hacia el precipicio más oscuro. El niño tenía un padre biológico pero en las demás facetas no existía. Para mi desgracia y así he de reconocerlo, había ocasiones en las que no sabía quién de los dos se encontraba más ausente, si el niño o su progenitor. Conociendo a mi esposo y sabiendo lo fogoso que era, para mí, el hecho de que no volviera a acostarse conmigo y que se negara a darme ninguna explicación sobre ello, constituyó una señal más, un puñetazo en mi dolorido rostro que me indicaba que el salto hacia el abismo estaba cada vez más cerca.

— Veamos, María, ayer me dijiste que llevabas unos cuatro años viviendo sola.

— Sí, eso es. El momento crucial se produjo una jornada en la que mi marido realizó algo que no solía hacer. Se sentó en el sofá, encendió el televisor y se puso a ver una película dramática. Al poco y sin ningún motivo aparente, comenzó a beber de forma compulsiva. Cuando quitó la televisión, le comenté de forma suave y educada que algún día podía ayudarme con Marcos, que me sentía desbordada por completo y que el crío pertenecía a los dos, no solo a mí.

— Ay Dios, me temo la peor de las reacciones. ¿Me equivoco?

— Desde luego, Argentea, ya te lo puedes imaginar. Primero se incorporó y luego me insultó gravemente. Me acusó de haber sido la culpable de que toda aquella coyuntura

conflictiva se hubiera generado. Al parecer y según sus retorcidos argumentos, yo era la causante de que ese “estúpido” niño permaneciera en el mundo. Dios mío, ¿pretendió insinuarme que quizá hubiera sido mejor abortar? Para mi escarnio, me hizo responsable por haberle engañado con “malas artes” para quedarme embarazada aquella noche, cuando él sabía a la perfección que no había sido así. Según su enfermiza mente, yo había organizado la cena y el acompañamiento con vino para doblegar su voluntad y convencerle así de realizar algo contrario a sus intereses. ¡Pero si fui yo la que le advertí de su imprudencia al querer hacer el amor sin ningún tipo de protección! ¡Dios mío, cómo podía manifestarse tan tergiversador y quedarse tan tranquilo, como si realmente creyera que era así como había sucedido! Pero esa noche tenía la mente turbia y no razonaba.

— Debe ser terrible que tu propia pareja te desprecie por algo que no has cometido.

— En efecto, Plata, espero que nunca pases por esa tesitura. La cosa no quedó ahí. Me dijo de la forma más cruel que al fin y al cabo se había hecho “justicia”, y que por haberle incitado a tener un hijo, este había salido “retrasado”, como si los cielos me hubieran enviado el peor de los castigos con tal de maldecirme y para que sufriera como madre. Aquello fue más de lo que pude aguantar. Le comenté que era un auténtico cobarde por no querer afrontar la situación y sobre todo, que desde el embarazo se había comportado como un brutal egoísta, pues su proyecto era habitar en la casa pero sin vivir en ella, sin asumir ningún tipo de responsabilidad salvo aquellas que no le perjudicasen. Reconozco que estallé como una fiera herida al expresarle que para mí era como un alma en pena, ajeno a una situación complicada que lo que requería era fuerza y coraje para reconducirla y no esconderse en un rincón como una vulgar rata. Por último, le grité que yo no era su enemiga sino su mujer y que probablemente nos habría ido mejor si hubiésemos colaborado juntos en vez de dejar recaer sobre mis espaldas todo el peso de la dificultad.

¿QUIERES SER MÉDIUM?

— ¡Caramba, María, fuiste muy valiente al revelarte de ese modo tan sincero!

— ¿Qué podía hacer? Él me acorraló con saña y con mentiras. Me limité a repeler su vil ataque. Entonces, se produjo el incidente más grave. Inflamado de rabia porque en el fondo sabía que yo tenía toda la razón, se abalanzó sobre mí y me propinó una serie de golpes y de tortazos que acabaron por reventarme la boca y los labios. Por primera vez en mi vida adulta me habían pegado. No supe cómo reaccionar y me quedé como paralizada de horror. No distinguía entre la impotencia y la furia contenida. Mientras empezaba a sangrar, me puse a llorar como una cría. Fue en ese preciso instante cuando Marcos, que estaba en la habitación de al lado, tuvo como un destello de luz en su pensamiento y comenzó a llorar como si sufriera el peor de los berrinches, chillando, pataleando sobre el suelo y golpeando los muebles de su cuarto. ¡Pero si en todo ese tiempo no se había quejado ni cuando tenía hambre! Fue increíble, te lo juro. Jamás antes había observado esa clase de reacción en mi crío. Por unos minutos, pareció volverse normal, como si fuera un chiquillo más que se disgusta cuando observa a sus papás peleándose.

— ¡Increíble la reacción de tu hijo!

— Todo resultó caótico. Marcos gimiendo a todo volumen como poseído por no sé qué extraña fuerza, yo tirada y humillada en el suelo sin saber qué hacer y mi marido mirándome de arriba hacia abajo con cara de asesino dispuesto a cometer una locura. Para completar la delirante escena, me escupió para humillarme aún más y fuera de sí, como un poseso, me chilló unas palabras que nunca olvidaré mientras respire: “¿Sabes lo que te digo, zorra? Ahí te dejo con el desgraciado de tu hijo o lo que sea. ¿No querías tener uno a toda costa? Pues ahora arréglatelas sola que yo me largo. Disfruta de su grata presencia todo el tiempo del mundo, de ese animal que solo sabe gruñir, tan apático como una piedra. ¡Eso sí, sin mí! ¡Ahí os quedáis, estúpidos!”.

—Uf, horrible, es peor de lo que imaginaba. ¡Dios mío, cuánto debiste sufrir esa jornada! Entonces ¿cumplió con su maldita amenaza?

—En efecto, amiga. Dicho y hecho. Hizo las maletas y me quedé junto a Marcos más sola que la una. Ya ves que no he tenido una vida fácil.

—Pero ¿y tu familia? ¿Acaso no recibiste ningún otro tipo de apoyo?

—Ya. ¿Qué podría yo contarte de mi familia sin que me volviera a echar a llorar? Mira, Plata, mi padre murió justo unas semanas antes de nacer su nieto y mi madre vive con su única hermana en la otra punta del país. Debido a sus complicaciones ni siquiera está ya bien de la cabeza. No creo ni que entendiera lo que me ha pasado. Bastante tiene la pobre con lo suyo y con su delicada salud, además del bajón anímico que experimentó desde que se quedó viuda. Y a mi tía soltera ni siquiera se me ocurre molestarla porque tener que cuidar de mi madre ya le supone un gran sacrificio. Nunca tuve hermanos. Por tanto, me las tengo que componer como sea. Afortunadamente, hay algunos datos positivos, aunque eso no compense en absoluto mi sufrimiento por el trastorno de mi niño. Además de mi trabajo en el banco, la Administración me paga una compensación económica por el estado de mi hijo. Eso me permite contratar a una chica maravillosa que se encarga de él cuando yo no puedo por motivos laborales. Ahí he tenido una gran suerte, porque esa joven es como un ángel con mi crío. Mi único temor es que al ser adolescente, llegue el día en que decida mudar de planes o buscarse otra ocupación, aunque por ahora, parece existir bastante “química” entre ellos. Te aseguro que debo aprender muchas cosas de ella, pues logra tranquilizarle y jugar con él de forma que otros no han conseguido. Solo le pido a Dios que al menos pueda seguir cuidando de Marcos unos cuantos años más.

¿QUIERES SER MÉDIUM?

—Y una pregunta. ¿Tu exmarido no ha dado señales de vida?

—En absoluto. Creo que su decisión de huir de este hogar no fue tomada bajo los efectos del alcohol sino que la tenía más que meditada desde mucho antes. Jamás ha vuelto por aquí. Tuvimos que arreglarlo todo con abogados. Piensa en la coyuntura que se formó. No se la deseo ni al peor de mis enemigos. Me enteré que se mudó de ciudad, tal vez por temor a cruzarse conmigo o con su niño. No lo sé, esto parece de locura pero aunque te cueste trabajo creerlo, yo ya le he perdonado.

—Y ¿cómo es eso? Te admiro, María. Hay que tener muchas agallas para confesar a una desconocida eso que has dicho, porque estoy convencida de que has hablado con la verdad por tu boca. Y es que perdonar de veras, solo está al alcance de unos pocos.

—Mira — prosiguió María —, esto lo he meditado durante muchas noches de soledad. Primero, él habría sido un mal padre. Nadie le forzó a tener el crío, te lo aseguro. Pero tampoco nadie le obligó a adoptar esa actitud mezquina, distante y cobarde, inhibiéndose del gran problema que había surgido ante nuestros ojos. En segundo lugar y aunque parezca una paradoja, su marcha me ha convertido en una persona más fuerte, más consciente de la tremenda responsabilidad que tengo entre manos y que no es otra que la de resucitar como mujer y salir adelante con Marcos, cueste lo que cueste. Al principio de la separación no podía ni siquiera dormir más de dos horas seguidas, tal era la agitación que notaba por dentro. Superé la tendencia a medicarme con ansiolíticos. Mi dignidad me impedía arrojar la toalla y abandonarme al falso bálsamo de las pastillas. Golpe a golpe y dando mil vueltas en la cama, me repetía una y otra vez de madrugada que esta batalla la iba a ganar, que no me iba a dar por vencida a pesar de los obstáculos y mira por dónde, han transcurrido ya cuatro años desde aquello y aquí sigo en pie junto a mi hijo.

—Es toda una lección para mí escuchar tu historia, María. ¡Qué gran enseñanza para una estudiante como yo! Pero continúa, por favor...

—Marcos sigue igual, no ha experimentado mejoría ni tampoco ha empeorado, simplemente ha crecido porque es ley de vida. No hago planes de futuro, he aprendido a ser cortoplacista, a vivir un riguroso presente. No espero nada del día de mañana, quizá eso me proteja de postreras decepciones. No pierdo la noción de que me hallo ante un desafío monumental, pero extraigo fuerzas de no sé dónde y poco a poco me voy superando. Él está bien atendido. Además de su excelente cuidadora de la que antes te hablé, va al colegio, recibe un trato especial y asimila aquello que su nivel le permite. Por las tardes, le llevo a un centro especializado donde se le refuerza su aprendizaje, le enseñan hábitos de conducta y al menos se distrae. Yo misma me consuelo al pensar en casos similares al de Marcos pero de pésimo pronóstico. He oído de otros chicos que prácticamente no saben hacer nada, ni comer, ni bañarse, ni vestirse. Mi crío, dentro de lo que cabe, es hasta cierto punto independiente aunque desde luego tengo que ayudarle en muchos aspectos. Además, he tratado con otras madres que me contaban casos espeluznantes acerca de sus hijos, algunos se daban golpes hiriéndose hasta sangrar. Otros con crisis de agresividad brutales, casos de insomnio casi permanente, amén de otras complicaciones a cuál de ellas peor. Después de todo, doy gracias al cielo porque ese tipo de síntomas tan extremos son inexistentes en Marcos.

—Entonces, como niño diagnosticado de autismo ¿cuál crees que es el principal problema en el caso concreto de tu hijo?

—Yo diría que el lenguaje, su incapacidad para comunicarse, su indiferencia en el trato, su aislamiento. No niego la importancia de otros aspectos en este trastorno, pero de veras, lloro tanto por dentro cuando le observo ensimismado que me desespero hasta caer en la impotencia. ¡Qué difícil

¿QUIERES SER MÉDIUM?

resulta que esté un solo minuto jugando con alguno de sus compañeros! Se cansa rápido y vuelve a introducirse en la caverna de sus profundidades. Es como una especie de bucle de retraimiento que el nene ejecuta como un ritual perfeccionista a cada momento. Por más que lo intentes, es casi imposible que te sonría o que te dirija la palabra. No sé cómo es ese mundo tan especial en el que vive, simplemente porque es incapaz de contarme nada de él. ¡Quién sabe! Igual soy una madre ignorante y por dentro, el pobre se refugia en sus fantasías y no observa su existencia tan negativa como la asumo yo. ¡Es tan impenetrable, Dios mío! Si tan solo pudiera conocer una pizca de cómo respira por dentro esa atmósfera a la que yo no puedo acceder...

— Sí, creo que te entiendo. De verdad que este es un caso muy especial y para mí supone un auténtico reto. Y a todo esto ¿dónde está la criatura? No le veo por ninguna parte.

— Ah, sí, claro, con los nervios por desahogarme, por contarte mi historia, se me había olvidado comentártelo. Él no perdona su siesta diaria. Verás, los chicos con esta problemática hallan seguridad en una serie de rituales muy característicos que los cumplen a rajatabla. En este sentido, él está acostumbrado a dormir una hora por las tardes. Por fortuna, esto no le impide luego por la noche descansar con normalidad. Ahora se encuentra en su habitación, espero que soñando con los angelitos.

— Y, te pregunto, María ¿podría verle aunque fuera en la penumbra?

— Claro. Él es bastante reacio a las visitas o a conocer a gente nueva. Creo que eso le produce inquietud o tal vez le genere inseguridad. Si cogiera confianza contigo, te aseguro que eso constituiría un gran logro o incluso se trataría de un verdadero milagro. Para este tipo de niños, salir de su rutina debe ser como una especie de tortura.

—Mira, es la primera vez que voy a tratar con un crío, al menos como adulta. Me gustaría explicarte primero ciertas cosas. Aunque esta sea la segunda ocasión en la que hablamos, algo me dice que puedo confiar plenamente en ti. Debe ser mi intuición la que me avisa de ello. Dime una cosa ¿tú crees en la existencia del mundo espiritual?

—Bueno, verás, yo soy creyente, creo en Dios con toda mi alma y estoy convencida de que hay un más allá después de la muerte. Yo siempre he dicho que todo esto que me ha sucedido no ha disminuido mi fe ni un ápice y estoy segura de que Él me ha proporcionado las suficientes fuerzas como para continuar con esta lucha a cada jornada. No soy practicante en cuanto a cumplir con los ritos, pero pienso que hacer el bien es lo más importante dentro de las creencias de cada uno. Admiro a Jesús desde pequeña y... no sé que más decir. Con respecto a tu pregunta concreta, si creer en un Ser supremo o en la supervivencia del alma después de morir es ser espiritual, entonces sí que creo en ese mundo espiritual del que me hablas.

—Mira, te comentaba eso porque los trabajos de curación que efectúo no los hago a solas. Siempre me acompaña un espíritu de la máxima confianza al que digamos que le “pres-to” mis manos. Entonces, entre los dos, procedemos con la intervención. ¿Has oído hablar alguna vez del ángel de la guarda?

—¡Cómo no, desde luego! ¿Quieres decir por tanto que es ese ser el que trabaja contigo?

—Sí, muy bien, así es. Sin embargo, hoy tenemos un problema.

—¿Cómo? No te entiendo, Plata. ¿Qué clase de problema?

—De acuerdo. Trataré de explicarme para que me comprendas bien. Como médium, puedo ver a los espíritus, incluido a mi ángel guardián, pero curiosamente, desde ayer, no percibo a mi “socio de quirófano”. Debe existir alguna

¿QUIERES SER MÉDIUM?

razón importante para que no esté presente aquí y ahora. Cuando le necesito para este tipo de intervenciones, mi buen Áureo nunca me falla. La verdad es que no me lo explico. Lo que pretendo es imponer mis manos a Marcos, pero si él no está junto a mí trabajando y me deja sola no puedo garantizarle ningún tipo de resultado...

—Mira, Plata, no te preocupes. Tu comparecencia aquí, tal y como me prometiste ayer, constituye para mí un consuelo enorme y más después del alivio emocional que me has brindado. Tu actitud receptiva y la atención que me has prestado no tienen precio. Una no puede ir por cualquier lugar contándole sus penas al primero con el que se encuentra. Además, tengo la impresión de que vivimos en un mundo en el cada vez nos preocupamos menos por los problemas del prójimo y nos centramos más en nuestros intereses. Parece triste pero he aprendido a ser realista. Ay, Dios mío, todos queremos hablar y hablar y sobre todo que nos escuchen. ¡Vaya desajuste que tenemos los humanos! Una mujer como yo puede sentirse fácilmente tentada a desahogarse con cualquiera, porque es mucha la tristeza que guardo dentro y porque si no la expulso al exterior puede llegar hasta envenenarme la vida. Solo por haberte relatado la historia de mi existencia y la de mi hijo me siento relajada y profundamente agradecida. Lo que deseo transmitirte es que si no te notas segura, no tienes por qué hacer nada. Si quieres, contempla a Marcos mientras duerme y será suficiente. Cuando una no espera nada, no cabe la decepción. En todo este tiempo he aprendido algo para mí imposible de asimilar tras mi separación: que podía sobrevivir y salir adelante sola con Marcos. No es fácil, te lo aseguro, pero no será por falta de ganas y por empeño. La experiencia acumulada me ha endurecido los esquemas de pensamiento, pero no en un sentido negativo sino en que ahora me noto más rocosa, más fuerte que en el pasado. Daría lo que fuera por ver a mi niño en las mismas condiciones que los demás, pero si las circunstancias deben continuar así, estoy dispuesta a asumir mi carga y a prose-

guir mi camino. Uf, Plata, perdóname por mi largo discurso pero es que son tantas horas de soledad que mi alma arde por charlar de sí misma y hallar un consuelo en una buena persona como tú. Dicho esto, haz lo que creas conveniente. Eres toda una adulta y estudias medicina.

—Está bien amiga, gracias por tu aprecio y por tu confianza. En cuanto al tema de los discursos, me hallo acostumbrada. Cuando Áureo, mi ángel, toma carrerilla, no hay quien le pare con su oratoria. Venga, le echaré un vistazo a Marcos aunque esté dormido. Estoy ansiosa por observarle.

María y yo penetramos en la habitación del crío, con suavidad y en silencio para no despertarle. Ella se dirigió a la única ventana que había para levantar un poco la persiana pues estaba todo oscuro mientras que la que os habla permanecía en la puerta porque era incapaz de distinguir nada. Tras unos segundos de espera, me quedé petrificada al contemplar el dulce rostro de Marcos reposando plácidamente sobre la almohada. ¡Dios mío, quién diría que esa carita tan tierna escondía por dentro la huella de un trastorno tan incapacitante!

Cuando sin hacer ruido me disponía paso a paso a acercarme a la silueta dormida del chico, ya en la penumbra, me llevé el mayor susto de mi vida. Algo me golpeó con insistencia por la espalda sobre mi hombro derecho. Di un chillido sordo por la sorpresa que me produjo el incidente aunque el nene ni se inmutó y continuó con su siesta. Cuando me giré bruscamente, observé con nitidez al espíritu de Marcos que se hallaba en mitad del salón de la casa a unos metros de distancia, justo enfrente de mi vista. Jamás olvidaré las palabras que me dirigió:

—“¿Por qué buscas entre los enfermos al que está sano?”
—preguntó.

Fue tal la impresión que me causó el mensaje de aquel espíritu que era como si su voz hubiera retumbado en las pa-

¿QUIERES SER MÉDIUM?

redes de mi alma. Instintivamente salí del cuarto y me arrojé sobre el suelo para situar mis ojos a su altura mirándole directamente. ¡Se trataba del mismísimo chico autista que se había desprendido en sueños de su cuerpo y lo tenía allí delante, tan tranquilo! María no entendía nada pero movida por su intuición también salió de la habitación de su hijo y cerró la puerta. Por no se sabe qué razón emuló mi movimiento y se postró junto a mí, aunque ella no veía nada y tan solo se limitaba a escuchar lo que yo decía en voz alta.

— ¡Dios mío, qué grande eres! — exclamé mientras que las lágrimas asomaban por mis pupilas—. Ahora lo entiendo todo. Mi orgullo me ha perdido. Ahora sé por qué Áureo no se encontraba aquí conmigo como siempre hacía. Mi buen Marcos, perdóname de todo corazón, tú no precisas de mi ayuda ni de la de mi ángel. Eres libre y estás aquí, “encerrado” en ese pequeño organismo porque quieres y es tu voluntad.

— Desde luego, querida amiga — contestó la presencia —. Es cierto que en tu planeta abundan las criaturas sometidas a experiencias traumáticas como esta mujer que te acompaña, pero no siempre sucede de ese modo. La mayoría de las almas que habitan tu atmósfera están comprometidas con severos procesos de reajuste y ese es el motivo por el que se enfrentan a coyunturas cuando menos dificultosas. Sin embargo, gracias a la sabiduría y a la misericordia del Creador, yo acepté voluntariamente la misión de introducirme en el cuerpo defectuoso de una criatura, afectado por una serie de alteraciones neurológicas que provocan la enfermedad con la que me desenvuelvo y que me producen el semblante patológico que todos detectan en mí. Tranquila, Plata, el traje que visto evidencia serios deterioros pero quien lo porta puede reflexionar con normalidad. Piensa en que mi ropa es tan solo la fachada, que no mi esencia. Antes de nacer a esta realidad física en tu orbe, fui informado de la situación de mi actual madre y tomé con gusto una decisión: aceptar el desafío de vivir una serie de años bajo la apariencia de un

ser ensimismado, aislado, con aspecto de retraimiento frente a un mundo que camina a un ritmo distinto al mío. Querida Argentea, hoy has podido comprobar que las apariencias son solo apariencias y que a veces, tras un cuerpo inservible o tras una enfermedad incapacitante, mora el alma de alguien que puede estar desarrollando una importante misión.

—De nuevo mis disculpas, Marcos. Tan solo te suplico que me digas cuál es tu cometido en esta vida o no podré descansar tranquila en muchas noches preguntándome el porqué de esta circunstancia.

—Plata, has de saber que esta madre arrastra una deuda contraída en su pasado pendiente de saldar. Esta cuestión les fue explicada tanto a ella como a su antiguo marido antes de regresar al armazón corporal en su actual encarnación. En aquel momento aceptaron libremente su compromiso. Sin embargo, una vez que has oído el relato que de su biografía te ha contado María, ya ves el poder del libre albedrío. Para nosotros no constituye ninguna sorpresa saber que muchas de las promesas que se efectúan fuera de la carne, luego no se cumplen cuando se llega a la dimensión material. No todo el mundo se halla a la misma altura evolutiva y hay muchos que dan un paso atrás cuando llega la hora de afrontar sus desafíos. Como has comprobado, su esposo se retiró por propia voluntad del escenario en el que le tocaba desempeñar su papel y optó por alejarse irresponsablemente de la obra que debía interpretar junto a su cónyuge e hijo. Como es obvio, tendrá que repetir curso hasta que supere sus exámenes. Triste, pero real. Ambos tenían fuerzas suficientes para acometer este reto y sin embargo, uno elige dimitir y la otra, en cambio, decide proseguir con todo su empeño a pesar de los embates que le supone para su nave el temporal por el que atraviesa. Amiga, Dios quiere que la sagrada libertad de cada uno de sus hijos sea respetada pero está claro que nadie puede saltarse sus leyes. Las causas y sus efectos rigen nuestros destinos. Te aseguro que si esta mujer continúa con su actitud sacrificada, con su esfuerzo diario, habrá obtenido

¿QUIERES SER MÉDIUM?

una magnífica calificación con respecto a su prueba y por tanto, se sentirá dichosa cuando el período de exámenes termine. Te diré algo más: no te alarmes en exceso por lo que ves en esta casa ni tampoco por el sufrimiento aparentemente tan duro que en general, erosiona a tantas y tantas personas. Todo está calculado desde las alturas. Dios no permite imprevistos ni deja nada al azar. Esa es la mayor garantía de justicia que poseemos como espíritus creados por Él. En este caso concreto y tras la admirable labor desarrollada en los últimos años por María, te anticipo desde este momento que resta poco tiempo para que ella pueda recibir una ayuda muy especial.

—¿Y cómo es eso, Marcos?

—En breve plazo, un hombre comprometido desde el pasado y vinculado con ella por la gratitud más hermosa aparecerá en su vida. Esto va a mejorar la situación de María enormemente y así lo apreciará. Ese ser estaba llamado a activar un plan alternativo si fallaba el matrimonio de esta mujer, como así ha sucedido. Ahora mismo se halla en una situación de espera y aguarda nuestras instrucciones que le serán dadas a conocer durante su fase de sueño para que “casualmente” se acerque a esta madre y ambos compartan sus existencias a partir de ese instante. En cuanto se encuentren y crucen sus miradas, una flama interna se encenderá en sus corazones. A pesar del largo período transcurrido se reconocerán y la atracción, fundada sobre los pilares del afecto y el respeto mutuo, resultará irresistible para ellos.

—¡Cuánta razón hallo en tu argumento, Marcos! Doy gracias por tu sabiduría.

—No te preocupes. Los engranajes que marcan la vida encajan a la perfección. ¿Sabes que ya he hablado con Áureo? Es muy simpático y además, posee un gran sentido del humor. Considera que el humor es muy importante a la hora de afrontar las pruebas y no se halla en contradicción con el concepto de responsabilidad individual. Te aporta fuerzas y

renueva tus energías, simplemente porque permite contemplar los problemas desde otro punto de vista y no solo desde una óptica pesimista. Cumple con tu camino, Plata, lo estás haciendo muy bien. Todo sigue el plan previsto trazado para ti. Esta es la mejor noticia que puedo darte. Áureo continuará velando por ti. Ahora he de dejarte. Ya conoces que los autistas tenemos nuestros rituales y ha llegado la hora de que me despierte. No puedo saltarme mis ritmos, como comprenderás. Dale un gran abrazo a mi madre de mi parte y consuélala. Apórtale esperanzas y cuéntale a tu manera lo que has oído y lo que has presenciado. No guardes dudas sobre tu discurso, sabrás qué decirle. Que Dios te bendiga, querida hermana.

Así fue como con la boca abierta y sin palabras, tan solo acerté a sonreír. La forma brillante del espíritu de Marcos se difuminó como miles de estrellitas radiantes que estuvieran bailando a mi alrededor, regresando su alma al cuerpo que temporalmente le albergaba.

Casi sin fuerzas, impresionada por la tremenda experiencia de la que había sido testigo, y eso que había visto a muchos espíritus en mi vida, no pude sino abrazarme inmediatamente con todas mis fuerzas a María, como queriendo compartir con ella mi vivencia y mi diálogo con el otro plano.

—Plata, — me dijo con voz temblorosa aquella mujer —. No sé lo que ha ocurrido pero por lo poco que te conozco debe haber sucedido algo sublime.

Recuperándome, cogí de las manos a la madre del crío y conseguí sentarme junto a ella en el sofá del salón. Sin soltarla y apretando sus dedos, le expresé:

—María, regocíjate, tu hijo está vivo y sobre todo, despierto. Créeme, lo he contemplado frente a mí. Enseguida le reconocí. No te puedes ni imaginar el espíritu que habita dentro de tu niño. Mira, cuando las personas duermen y te aseguro que en esto no existen diferencias ni por la edad ni

¿QUIERES SER MÉDIUM?

por el sexo de los cuerpos, el alma se desprende momentáneamente del organismo y entonces, justo en esa situación, es cuando se puede ver al verdadero ser que llevamos dentro. Tienes que superar la simple visión de una criatura de siete años afectada por un trastorno del desarrollo como es el autismo. Lo que observamos a primera vista es un conjunto organizado de células que forman una estructura de huesos y músculos. Esa configuración a veces viene defectuosa desde el nacimiento pero al igual que el resto se queda aquí porque va envejeciendo y desgastándose con el paso del tiempo. Se trata de una ley inevitable a la que nadie puede escapar. Sin embargo, aunque el cuerpo desaparezca, el espíritu permanece porque es inmortal. Todo va a salir bien, María. Confía en Dios. Presta atención a las señales y no conserves ninguna duda porque aquellas aparecerán en el horizonte.

— Un instante, Plata ¿quieres decir con eso que mi hijo se curará?

— No estoy en condiciones de afirmarlo ni de negarlo. Tampoco quiero sembrar en ti falsas esperanzas. Pero yo no me refería exactamente a esa cuestión. A menudo, la ayuda del Creador se aproxima a nosotros en una forma diferente a como nos suponemos, pero te garantizo que llega y que nos alcanza dotándonos de nuevos bríos para continuar con las riendas de nuestra vida. Mi buena amiga, me dirijo a tu yo más íntimo y deseo confesarte algo aunque no puedas percibirlo a primera vista: tu hijo te adora, te ama con locura y aunque a los ojos de muchos ese amor resulte invisible, los lazos que unen a unas criaturas con otras son imperecederos. Eso es lo que cuenta. Piénsalo con detenimiento. Su lengua puede estar muda, pero su conciencia no deja de hablarte para decirte lo mucho que te quiere. A partir de ahora, cuando le mires, no sitúes tu atención en tus oídos sino intenta escuchar el eco de su voz en las profundidades de tu corazón. Es más que probable que tu perspectiva y tus sentimientos cambien hacia él como no te imaginas. Contacta con Marcos de espíritu a espíritu y comunícate desde las cavidades de tu

alma. Notarás la diferencia. Antes de despedirse, me pidió que te abrazara, como un verdadero y afectuoso hijo envolvería a su madre con la ternura de sus manos y el cariño de sus besos. Por eso lo hice en cuanto se fue, para mantenerme fiel a la voluntad de un alma avanzada. María, solo soy una intérprete de su gesto.

Nos clavamos la mirada, nos apretamos las manos y volvimos a abrazarnos entre lágrimas de alegría. Embargadas en un silencio reparador, un sonido seco quebró aquella atmósfera de recogimiento:

— ¡Má!

— ¡Uy! — exclamó María —. Ya se ha despertado Marcos. Cuando termina la siesta, suele pronunciar esa expresión como queriéndome indicar que ha vuelto a la realidad.

— ¡Ah, qué encantador! Oye, solo una cosa ¿me permites verle aunque sea un minuto?

— Pues claro, será interesante comprobar su reacción cuando se fije en ti. Ya sabes que no suele recibir visitas.

Con la luz de la tarde iluminando la estancia, María y yo penetramos en el dormitorio. El crío estaba sentado sobre la cama con la cabeza agachada y frotándose los ojos como señal de estar espabilándose.

— Mira, Marcos, mamá te ha traído a una amiguita para que la conozcas. Es una chica estupenda y dentro de poco se convertirá en una magnífica doctora. ¿Qué te parece?

El niño no apuntó ninguna reacción y continuó como ensimismado mirando al suelo de la habitación. Yo le miraba con todo mi cariño, ahora que ya sabía quién era realmente el que habitaba dentro de aquel cuerpo.

— Oye, Marcos, si no le dices nada a esta joven, no volverá más a casa. Anda, dile algo, por favor.

¿QUIERES SER MÉDIUM?

Como el nene no abría la boca y tan solo se balanceaba suavemente desde delante hasta atrás, decidí acariciarle el pelo con dulzura durante unos segundos para luego volver sobre mis pasos y marcharme de aquel lugar, todavía con la emoción presente en mi cabeza por la tremenda escena vivida. Pero estaba claro que aún no habían terminado las sorpresas entre las paredes de ese hogar. Cuando me despedía de María en la puerta principal de su casa, un chillido impresionante rasgó el espacio atravesándome el corazón:

— ¡Pla-taaa...!

— ¡Ay, Dios mío! — gritó la madre entre sorprendida y asustada—. ¿Has escuchado eso? Es mi hijo, parece increíble... ¡Vamos!

Las dos corrimos como el viento hacia el cuarto del pequeño. Marcos seguía con su extraño ritual de vaivén encima de su cama. Me acerqué a él entre lágrimas y sonrisas, afectada como si de pronto yo fuera también una niña de siete años como él. Le puse mi mano izquierda en su cabeza. No me la retiró, al contrario, pareció sentirse hasta cómodo. María no sabía ni dónde meterse. Estaba completamente asombrada porque su hijo hubiera pronunciado mi nombre cuando ni siquiera sabía decir bien el de su propia mamá. Y además, se preguntaba cómo era posible que Marcos hubiera sabido cómo me llamaba si jamás se había cruzado una sola palabra conmigo. De pronto, cuando le quité mi mano de su coronilla, el niño realizó un movimiento sorprendente. Tomó con rapidez mis dedos y sin esperarlo se llevó mi mano a su boca y me dio un beso entre mis nudillos que sonó a eco celestial. La que os habla se sintió transportada a un mar de nubes, absorta ante aquel gesto tan inocente pero tan maravilloso.

María se tumbó situando sus cabellos sobre las piernas de su hijo, sollozando a lágrima viva. Aquella parecía la tarde de los “milagros” y cómo no, de las conmociones. Mostrando un detalle inusual, el crío acarició la cabeza de su madre insuflándole con esa demostración de cariño un gran

valor y una fuerza extraordinaria que aquella buena mujer precisaba para seguir con su lucha y cumplir con su destino.

Estuvimos unos minutos más participando muy a gusto de aquella coyuntura tan especial que nos hacía como flotar en el aire. Resultaba curioso, pero el bueno de Marcos había dado más señales de afecto en aquella tarde que en toda su corta vida.

Al rato, se repitió la escena del adiós. De nuevo, María y yo nos despedíamos en el porche de su casa...

—Pero, Plata, no comprendo... ¿Cómo es que mi crío conocía tu nombre?

—Es sencillo de entender tras lo que te conté hace un rato. Piensa que aunque ha utilizado su voz para llamarme, el que ha provocado esa respuesta ha sido su espíritu, justo el mismo con el que había conversado un poco antes. ¿Te das cuenta? Una cosa es el organismo y otra bien distinta el principio inteligente que lo rige. Y no estoy hablando ni de neuronas ni del cerebro. Su actuación no ha sido sino una demostración más de quién manda realmente en la vida aunque nos dejemos en muchos casos arrastrar por las apariencias.

Sabía que era imposible “curar” a Marcos pero tras lo vivido, poco importaba eso ya. Una vez que salí de aquel domicilio tan lleno de “magia”, estaba deseando volver a hablar con mi maestro para pedirle disculpas por mi torpeza. No había sabido interpretar el motivo por el que no se me había aparecido para trabajar juntos como era nuestra costumbre. En cambio, merced a su ausencia había experimentado uno de los fenómenos más importantes de mi joven existencia. El suceso estremecedor al que me había enfrentado constituyó un “suave” golpe a mi actitud como médium. Reconocí al instante el modo de actuación del otro plano, por un lado inteligente y sutil, por otro tan esclarecedor y tan potente como para proporcionarte la lección más aguda e intensa que una persona pueda necesitar.

¿QUIERES SER MÉDIUM?

Por si no estaba lo suficientemente segura, a partir de mi contacto con Marcos aprendí una enseñanza fundamental: no debía actuar por mi cuenta y riesgo, sino siempre bajo la tutela y el consejo de mi ángel guardián. Resultaba preciso compenetrarse, sumar esfuerzos y no tratar de recobrar la salud del mundo a toda costa y por mi única mano. ¡Ay, el orgullo, flaqueza de las almas poco desarrolladas, vestigio de tiempos primitivos aún no superados! ¡Cuántos problemas generas entre los habitantes de este planeta!

Capítulo XVIII

Liberación

Y transcurrió el tiempo. A finales de la siguiente primavera salí airoso de mis últimos exámenes. Por fin, había completado la mitad de mi licenciatura en medicina superando con nota mis tres primeros cursos. Era justo que todos mis compañeros de estudio y yo deseáramos recibir un premio adecuado a nuestros esfuerzos. De este modo, me impliqué bastante en la planificación de nuestro viaje de “ecuador” de la carrera, esa tradicional aventura que los futuros médicos desean realizar cuando han completado la mitad de su formación. El proyecto se cerró. Saldría en barco junto a muchos de mis amigos para dirigirme en un fantástico crucero hacia Grecia, cuna de la filosofía occidental, de Platón y de Aristóteles y cómo no, de uno de los médicos más grandes de la historia: Hipócrates. Gozaríamos también de la oportunidad de hacer escala en Italia, en concreto en el puerto de Nápoles, para así poder contemplar los magníficos restos de la otrora esplendorosa Pompeya. Dado mi carisma y mi capacidad de liderazgo dentro del grupo de clase, invertí mucho empeño en los preparativos de aquella travesía marítima en la que teníamos depositada una gran ilusión.

¿QUIERES SER MÉDIUM?

Sin embargo, a pesar de mis esperanzas, poco sospechaba yo que en este caso, mi única libertad iba a consistir en qué postura adoptar ante el grave hecho que recaería sobre mis jóvenes hombros. La gran prueba que debía cumplir con mi destino había llegado a las puertas de mi alma y sin demora, llamó con sus potentes nudillos para terminar con un reajuste que desde hacía siglos se encontraba pendiente de satisfacción y cuyo último eslabón de la cadena debía liberarse en aquel fatídico verano.

Lo cierto es que desde hacía unos meses yo estaba notando molestias estomacales, digestiones pesadas, alteraciones en mis hábitos de evacuación y hasta pérdida de peso. Comía menos porque me saciaba pronto y alcancé un momento en el que me costaba trabajo incluso tragar. Cuando mi madre vio que había bajado unos cuantos kilos se preocupó por mí, pero le dije que se tranquilizara pues posiblemente se debería tanto al estrés por los más recientes exámenes del tercer curso como por mi labor de implicación en el viaje que antes os comentaba. En el fondo, hacía oídos sordos a las señales que de continuo provenían de mi cuerpo. Como estas aparecían y remitían, no quise atribuirle al fenómeno mayor importancia.

¡Qué curioso! Siendo estudiante de medicina, no me daba cuenta de lo que se me venía encima. Como tampoco Áureo me aclaró nada al respecto, lo único que me obsesionaba era dar por acabado el año académico y terminar con la ansiedad que me producía la planificación de las vacaciones. Haciendo uso del más elemental sentido común, me hice a la idea de que una vez superada la agitación de todo aquel proceso, los signos de que algo raro me estaba pasando por dentro desaparecerían para siempre y todo volvería a la normalidad.

Los acontecimientos se precipitaron a finales de junio, unas dos semanas antes de embarcar rumbo hacia tierras helénicas. Aquella jornada no pude disimular más ni quise

engañarme a mí misma por más tiempo. ¿Qué iba a ganar aguantando lo insoportable? Pensé que los dolores estomacales me retorcerían hasta el alma, dada la intensidad con la que unas especies de uñas afiladas me apretujaban las carnes de adentro hacia afuera. Estuve vomitando un buen rato, mareada, sin ganas ni de mirarme al espejo. ¿Tan mal me habría sentado la escasa comida de aquel día? Le pregunté a mi maestro espiritual por lo que debía hacer y me dijo que lo más conveniente era acudir a los servicios de urgencias.

Con aspecto enfermizo pero obligada por mi situación, me dispuse a decírselo a Irene. Sin embargo, mi madre ya había hecho sus propios planes, se había cambiado de ropa y por supuesto, se encontraba presta para coger el coche y acercarme al hospital. Ante la primera exploración por parte del médico de guardia, este decidió dejarme ingresada en observación al menos por una noche, para que a la mañana siguiente, el especialista en aparato digestivo me sometiera a una serie de pruebas. Solo me comentaron que resultaba muy prematuro realizar un diagnóstico exacto y que en unas horas contaríamos con más datos para saber cómo reconducir el problema. No quiero ni comentaros la gran preocupación con la que se tomaron mis padres aquella sorpresiva y alarmante coyuntura surgida en mitad de de un período de mi vida que parecía idílico. Tampoco pretendo aburrirlos con terminología técnica, por lo que me expresaré usando palabras sencillas acerca de mi patología.

La endoscopia y la biopsia que me realizaron confirmaron la peor de las previsiones. Resultó un golpe brutal ante el que no podía hacer oídos sordos. Tenía un adenocarcinoma en el estómago. Con ser este dato devastador para mi salud, no era lo más deprimente. La característica más negativa se centraba en que se hallaba en un estado avanzado, en una fase de la enfermedad en la que las posibilidades de recuperación eran muy reducidas.

¿QUIERES SER MÉDIUM?

Era cierto que en los últimos tiempos había tenido síntomas al respecto, pero quién iba a sospechar y más a mi edad que multitud de células descontroladas me estaban destruyendo por dentro con macabra precisión. Para colmo, los numerosos ganglios linfáticos de esa zona amenazaban con extender el mal a las áreas adyacentes. O quizá ya lo habían hecho, aunque esa información no me la proporcionaron, al menos al principio.

Por más vueltas que le diera al asunto, no me lo explicaba. Conocía que esa patología era mucho más frecuente en hombres que en mujeres y sobre todo a partir de una edad más avanzada, no con mis veintiún años recién cumplidos. Tampoco poseía antecedentes familiares. Conforme más pensaba en ello, tumbada días y días sobre las blancas sábanas de una estancia hospitalaria, más caía en la cuenta de que había aspectos en la “programación” de los individuos ante los que solo cabía mantener una actitud: la dignidad.

La noticia de que la querida Plata se encontraba en una situación desesperada, confirmada por el avance de una enfermedad brutal, invasiva, que no iba a perdonar en su discurrir mortecino, se extendió entre mis allegados a una velocidad vertiginosa. ¡Ay, Dios mío! No puedo recordar con exactitud qué cantidad de gente pasó de visita por mi habitación, donde una chica llamada Argentea languidecía como una flor joven y hermosa que de pronto se marchita. Fueron muchos, la mayoría conocidos, algunos no tanto, gente a la que había sanado en compañía de mi ángel, otros que simplemente eran amigos de estas personas y que habían oído hablar de mí. Compañeros de carrera, amistades, vecinos, profesores de la facultad y un sinfín de seres que por una u otra razón, desfilaron para contemplar mis últimos suspiros en un gesto de cariño que supe apreciar desde mi corazón.

Para aquellos que me saludaban, constituía el amargo momento de las despedidas. Yo, tan consciente de la existencia de la realidad espiritual, todavía necesitaba explicaciones.

Ese maldito cáncer, traicionero donde los haya, había estado desarrollándose larvadamente sin dar la cara o al menos no le había visto los ojos para preguntarle por los motivos de su inoportuna visita. Mientras y en silencio, avanzaba a pasos agigantados hasta agotar mis recursos vitales y acabar así con mi salud. En breve tiempo, me extirparon el estómago y me aplicaron sesiones de radioterapia y quimioterapia, en un último intento por barrer de mi cuerpo a esas perversas células que una vez descontroladas, habían decidido actuar por su cuenta. Arrasaban mi organismo como un ejército asola una ciudad sitiada que finalmente se ha rendido y ha abierto sus puertas a un enemigo implacable. Calva, tras perder mi pelo, me veía incluso con un pequeño punto de atractivo aunque en ocasiones, ya tan debilitada, tan cansada de arrastrar un armazón orgánico que cada vez pesaba menos, no me reconocía ni en el espejo.

Recuerdo bien dos anécdotas que a pesar de mi fatiga, me hicieron reflexionar con profundidad. En ambas, mi madre, que no se despegaba de mí en ningún momento y a la que me sentía más unida que nunca, me defendió a ultranza.

En la primera, doña Mercedes, una vecina ya mayor de la misma calle donde vivíamos, al departir con Irene acerca del estado de mi enfermedad comentó:

— ¡Qué pena de chiquilla, con lo joven que es! Ella que ha sido experta en curar a tantos y es incapaz de sanarse a sí misma. ¡Qué fatalidad más cruel!

— Oiga, señora — le respondió con rapidez mi madre —. Si mi hija debe abandonar este plano corroída por el cáncer es porque debe tratarse de su destino. Y contra eso, créame, nada puede hacerse. Es un designio que procede de lo alto. Las quejas, los lamentos o las maldiciones tan solo agravan el problema en quien lo padece y en la atmósfera que respiran los más íntimos. ¿Sabe qué es lo mejor en estos casos? Yo se lo diré: sobrellevar la prueba con entereza. Hay cosas que a mí también me cuesta horrores entender pero ella, que ha

¿QUIERES SER MÉDIUM?

andado y se ha movido siempre entre dos mundos, obtendrá sus respuestas. Estoy convencida de que mi niña sabe más que nosotras acerca de los motivos por los que está sufriendo esta terrible afección.

Aquella mujer a la que conocíamos desde hacía tantos años se quedó callada y bajó su cabeza como avergonzada, disculpándose con su mirada y abandonando inmediatamente la habitación donde nos encontrábamos. Yo le sonreí a mi progenitora con dulzura y le di mi mano izquierda como señal de que le agradecía su gesto y la oportunidad de su buena respuesta. Me pregunté si mi propia madre, después de tantas dudas con respecto a mi sino, no se había convencido ya de la verdad de mi misión.

En la segunda anécdota, una de las profesoras que me había impartido la asignatura de anatomía en la facultad, se notó muy afectada, viéndome allí en la cama consumirme como una uva pasa que se arruga y se seca. Aquella doctora, tan afligida al comprobar los sinsabores de la vida que se personificaban en mi escuálida figura, tan triste por la aniquilación de un porvenir brillante en una veinteañera, no tuvo otra ocurrencia que demostrar su nula empatía al decirle a Irene:

— ¡Pobrecilla, parece que está delirando a solas, debe tener visiones, eso es que está cada vez peor!

Aparte de la escasa compasión contenida en las palabras que había pronunciado, aunque era verdad que me estaba apagando como la llama de una vela que llega a su fin, para mi madre escuchar aquello resultó como si le hubieran atravesado el cuerpo con un estilete. Por eso, le contestó de una forma que hasta a mí me sorprendió:

— ¡Oiga! Usted sabrá mucho de medicina pero creo que no tiene ni idea de quién es mi hija. Ella no tiene visiones, ni delira, ni se inventa nada. Desde que era una cría curó a familiares, a otros niños en la guardería y habla y ve a los espí-

ritus con la misma claridad que usted me ve a mí o es capaz de oírme. Con todo respeto, pero le ruego que deje de decir tonterías y que no se exprese de esa forma sin conocimiento de causa... ¡por favor!

De nuevo, la escena se repetía. Yo le sonreía a mi madre y ella me tomaba cariñosamente mis manos. Después le conté, porque la pobre se merecía una explicación, que en efecto, no estaba teniendo ninguna percepción extraña ni me hallaba perturbada por una rara alucinación. Fue así como le manifesté que un señor con aspecto de unos sesenta años iba y venía por mi habitación desde hacía unos días. Se llamaba Ricardo, tenía conciencia de haber sentido un dolor muy agudo en el pecho pero ya no se acordaba de más. Le conté a Irene que ese hombre había muerto no hacía mucho en la mesa de operaciones de aquel hospital y que pese a los intentos de los galenos, no pudieron conservar su vida física. Ahora, aquel espíritu “desencarnado” nacido a una nueva dimensión, deambulaba por allí despistado a la búsqueda de respuestas a sus muchos interrogantes.

Lo que son las cosas. Ni siquiera a punto de realizar el viaje más importante de mi existencia podía dejar de interactuar con otras almas ya desprendidas de la atadura de la carne. Cuando aquel buen hombre se cercioró de que yo podía percibirle, se llenó de ilusiones al acabar al menos con su aparente soledad. Me reconoció que al principio ni siquiera se había fijado en mí pues notaba que en el hospital nadie le prestaba atención. En nuestra primera conversación, aún no quiso admitir su situación y se enojó conmigo porque yo contradecía su versión acerca de que seguía “vivo”. Por supuesto que no me enfadé con él, ya que además de haberme cruzado con muchos casos idénticos, es muy típico en muchos espíritus no aceptar su nueva coyuntura, sobre toda en las fechas posteriores a la muerte del cuerpo. En otras palabras, comprendía perfectamente el tipo de pensamientos que le embotaba la mente hasta caer en el autoengaño. Con mucha paciencia y una serie de argumentos de esos que casi nunca fallan, es

¿QUIERES SER MÉDIUM?

decir, los más racionales, logré al final convencerle de que ya no pertenecía a la dimensión material. Sin embargo, me hallaba tan débil que gustosamente delegué en Áureo la función de reconducir a esa alma turbada que ahora debía prepararse para hacer frente a un nuevo destino.

En aquellos días vividos en un escenario tan dramático, mi madre ya no necesitaba que le demostrara nada acerca del mundo espiritual sino que creía al pie de la letra todo lo que yo le contaba, entre otras cosas porque llevaba muchos años escuchándome y también porque en mis explicaciones, trataba de ser de lo más razonable y consecuente. En una situación tan conmovedora como la que compartíamos, nuestro vínculo como madre e hija quedó reforzado como nunca lo había estado en los veinte años anteriores. Fueron tantas y tantas horas de charla, de mutua compañía, de consuelo recíproco... pero asimismo de entendernos con los gestos más sencillos como una mirada, una sonrisa o una mueca amable... Ya no éramos cuerpos de miles de abrazos ni manos que entrecruzaban sus dedos con la suavidad del terciopelo, sino almas entrelazadas y desnudas dispuestas a cumplir con su misión: la una, prepararse para apartar el cada vez más tenue visillo que me separaba de la claridad y la otra, lista para entregar a su hija infinitas caricias de amor y el aliento más reconfortante en aquel sublime instante de transición.

Próximo mi final, llegó la tarde más maravillosa desde que el cáncer se apoderara de mi aparato digestivo. Con los cuidados paliativos que estaba recibiendo, la verdad es que cada vez estaba menos en mi cuerpo y más fuera de él. La sedación había aflojado tanto los lazos que me unían a mi organismo que a menudo, me paseaba con mi ángel por la sección de cuidados intensivos y por otras dependencias para ver in situ tanto a los espíritus que estaban a punto de viajar a la otra dimensión como a aquellos otros que acudían a recogerlos, aunque esta circunstancia no se daba en todos los casos. Sin duda, se trataba de la unidad más animada y

más poblada de aquella estructura de plantas y habitaciones llenas de enfermos, familiares y personal sanitario.

Con todo esto que os cuento, quiero daros a entender que ese cambio de residencia al que todos sin excepción nos hallamos convocados, no es doloroso, salvo que uno se empeñe en convertirlo en un fenómeno de auténtico duelo. Áureo me había comentado en distintas ocasiones que para muchas personas lo peor no era el hecho de la muerte en sí, sino el conjunto de instantes que le precedían. La clave se situaba en el mayor o menor grado de resistencia que se opusiera al abandono de un traje que después de todo, había sido concedido en un régimen de alquiler temporal con fecha de caducidad. Pese a mi delicada coyuntura de salud, yo intentaba distraerme aprendiendo hasta el último momento. Si tenía que “mudar” de casa irremediamente, que fuera llevándome en mi mochila el máximo número de conocimientos.

Dicen que poco antes de embarcar para cruzar la laguna Estigia, hay muchos individuos que de pronto experimentan una súbita mejoría en su estado. Desconozco la razón por la que se produce ese lance pero en mi caso, sucedió justo de ese modo. Encontrándome en la habitación a solas con mi madre, me incorporé sobre la cama para sentirme más cómoda.

—Pero, hija ¿qué haces? Llevabas durmiendo un montón de tiempo... ¿Cómo estás, mi niña?

—¿Eh? Uf, me siento algo confusa... pero dadas las circunstancias diría que me encuentro bien. Mira mamá, me veo a mí misma, observo mi cuerpo renqueante y esto me recuerda a la llama que durante años ha brillado encendida, pero que llega un instante en el que empieza a apagarse por falta de oxígeno. Ahora que puedo hablar, te diré algo desde el corazón: seca tus lágrimas y no llores más porque has envejecido más en estas semanas que en todo el tiempo que llevas dando clase en el instituto. Por favor, sonrío y estate tranquila. Ya sabes que desde pequeña he vivido en los dos lados a la vez. No tengo miedo de nada porque sé lo que

¿QUIERES SER MÉDIUM?

me espera. Es la incertidumbre la que produce temor, pero poseer la seguridad de que vas a viajar a un país donde voy a ser bien acogida me aporta serenidad. Es curioso pero me siento perfectamente lúcida, sabiendo y midiendo bien el carácter de mis palabras. No sé si este súbito despertar me va a durar horas o minutos pero quiero pedirte un último favor. Es necesario que permanezcas aquí durante el próximo rato, todo el tiempo que se extienda la conversación.

— ¿Conversación? No te entiendo, Plata. ¿Qué conversación?

— Pues la que vamos sostener con Áureo. Es muy posible que se trate de la última charla que mantenga con él en el estado en el que me encuentro y en la que tú te halles a mi lado. Tienes que estar presente. Además, nadie va a entrar en la habitación todo este tiempo. ¿De acuerdo, mamá?

— Por supuesto, cumpliré con tu deseo.

— Entonces, es tu turno, compañero del alma.

— Gracias, mi buena Argentea —intervino Áureo—. Mi más sincera felicitación, Irene. Te traigo saludos desde el plano espiritual y te doy mi más afectuoso abrazo por la labor realizada.

— Pero, pero... —comentó mi madre—. ¿Qué es esto? Dios mío ¿qué me está pasando? ¿Es que estoy sufriendo una alucinación por los días que llevo aquí?

— No te asustes, querida amiga. Tu hija me había pedido un regalo muy especial para ti antes de despedirse, un adiós que como ya puedes imaginarte es tan solo el inicio de una nueva etapa en el discurrir de tu querida niña.

— Entonces, esa voz que puedo oír ¿es la tuya, Áureo?

— Sí, en efecto, soy yo. He intervenido sobre ti abriendo tus canales para que durante esta conversación puedas escucharme también, al igual que siempre le ha sucedido a Plata.

— Es increíble... así que este es el tono de voz que ha estado oyendo mi hija durante más de veinte años... ¡Ay, Dios mío! Y pensar que durante su infancia yo tenía dudas acerca de lo que me contaba mi pequeña, creía que eran cosas de esa cabeza loca que tienen muchos niños y sin embargo... qué craso error. ¡Estaba completamente equivocada! Me siento fatal por mi falta de fe en lo espiritual y en el testimonio de mi hija, pero quiero que sepas que hace ya tiempo que mi postura cambió... ¡Tu timbre proviene del cielo!

— Ahora ya lo sabes, Irene. Y ya que estamos los tres aquí reunidos, deseo que compartas con tu hija una bella historia que a ti también te interesará conocer.

— Mamá, compréndeme, — añadí con una leve sonrisa —, no sé en qué momento puede romperse el fino hilo que todavía me sujeta a este mundo. Por eso le pedí esta gracia a mi ángel como gesto de buena voluntad hacia ti. Solo será en esta ocasión, después volverás a la normalidad, pero te aseguro que nunca olvidarás este diálogo una vez que yo me haya marchado. ¿Te das cuenta? Fíjate qué mejor compañía me puedo llevar que la de un ser tan especial como Áureo. Él me ayudará en todo momento a romper el vínculo con la carne hasta cruzar a su mundo. Por favor, mi buen maestro, durante los últimos días y contemplando cerca mi final, te pedí con humildad información. Tú me respondiste que hablarías conmigo en la ocasión propicia. Creo que ha llegado esa oportunidad, de la que he querido hacer partícipe a este ser que me trajo al mundo.

— Sí, tienes toda la razón. Prestad atención ambas. Tú, Plata, para que conozcas tu pasado y tú, Irene, para que comprendas mejor al ser que llevaste dentro de ti durante nueve meses y al que se te vinculó para que la educaras con tu buen ejemplo de madre.

Un silencio sepulcral se hizo de pronto en aquella estancia del hospital.

¿QUIERES SER MÉDIUM?

— Resultaría prolijo — continuó el ángel —, enumerar detalle a detalle todos tus antecedentes, querida niña, aunque trataré de resumir tu inmortal trayectoria. Tu relación con el más allá siempre ha resultado muy estrecha. Hace ya muchos siglos que elegiste llevar una senda cuando menos nociva para la evolución de tu alma. No te alarmes por ello, Plata, pues es condición humana levantarnos solo cuando nos hemos caído. Somos dueños de nuestro destino, aunque bien es cierto que cada uno decide recorrer su camino a una u otra velocidad, pero nadie debe rasgarse las vestiduras porque vengamos a descubrir la realidad de un turbio pasado. Insisto, los errores son inseparables de nuestra condición imperfecta y no hay que condenarse por ello sino aprovechar la enseñanza recibida para seguir avanzando. Aunque este dato te pueda sorprender, durante muchas vidas decidiste utilizar tus malas artimañas e intrigas para valerte de espíritus oscuros e ignorantes que desde el otro lado atormentaban a criaturas de carne y hueso. Dirigiste tu perversa influencia contra personas de todo rango y condición, unas veces desde posiciones cercanas al poder y en otras, como vulgar bruja de pueblo proveniente de los estratos más bajos de la sociedad de la época. De este modo, fabricaste pócimas y brebajes para que reyes y gobernantes pudieran eliminar a sus enemigos, en ocasiones con el signo de la belleza en tu piel mas no en tu corazón, mientras que en otras existencias actuaste desde tu tenebrosa cabaña bajo un ambiente de pobreza y necesidad, pero sin abandonar la intención perversa que te dominaba y que no era otra que la de hacer daño a tus semejantes. Este era tu habitual procedimiento y a través del cual subsistías cobrando favores o cantidades de dinero que luego empleabas en nuevas conjuras para causar más estragos entre tus hermanos. Es increíble el aprendizaje que podemos extraer de nuestro ayer pues ¿quién te imaginaría a ti, mi buena Argentea, en tan desolador escenario como el que te estoy describiendo? Encerrada más y más en una atmósfera de negatividad y completamente hermética a los mensajes

de reconducción que te llegaban de los planos superiores, tú precisamente que siempre tuviste conexión con el otro lado, solo las sombras más tétricas acudían a tu llamada. Si desde el origen de los tiempos lo similar ha atraído siempre a lo similar, ese viejo y sabio adagio se cumplía en ti a la perfección. Rodeada de tan perniciosas influencias, resultaba imposible que tu corazón conociera el amor y sus implicaciones, salvo el salvaje desahogo de tus más lujuriosas pasiones. Piensa, ¿quién iba a amar con pureza a un ser que unas veces como un maldito mago o en otras como una terrible hechicera tan solo se dedicaba a las maquinaciones, a los engaños o a infligir daño a cuantos le rodeaban? Sin embargo, la justicia divina opera con paciencia y matemática precisión y al final siempre sale victoriosa. Así, en una nueva encarnación en la que naciste con severas limitaciones corporales, empezaste a entender el porqué, el cómo y las consecuencias del sufrimiento que habías causado. La privación de un sentido como la vista y la imposibilidad de usar tus manos para lo que habitualmente habías hecho, provocaron que tuvieras que depender durante toda esa existencia de la ayuda de los otros. La falta de estímulos externos por tu ceguera sirvió para que volvieras tus ojos hacia dentro, donde reside la voz de tu conciencia y donde te encontraste con la desnudez de un alma negra manchada por la infamia de siglos de perversidad. Pero cuando más se ha hundido el espíritu en el barro es cuando inicia su camino de redención. Era tanto tu dolor moral, el más horrible entre los padecimientos, que no contemplaste otra opción que la reflexión, que ir madurando golpe a golpe, día a día, el significado de lo que le habías ofrecido a la vida. Esa impotencia y ese depender del altruismo ajeno te condujeron a una rebelión interna que lentamente, porque nada referido a nuestro destino cambia en un rato, sirvieron para depositar la semilla de la renovación en los pliegues de tu psique. Experimentando sobre tu cabeza el mal causado a numerosas criaturas, recibiendo el “boomerang” de tus acciones, fue como germinó en ti el deseo de

¿QUIERES SER MÉDIUM?

metamorfosis, aquel que habría de conducirte a la liberación de unas cadenas que habías apretado tanto sobre tu cuerpo que te impedían hasta respirar. Un grito desgarrador se oyó en el silencio, ese que estaba dispuesto a romper con un turbio pasado y a nacer a un ilusionante proyecto de mejora personal. Fue así como iniciaste la etapa de la verdadera liberación que alcanza hasta tu presente y que concluye hoy. Mas la planificación divina, sustentada sobre el principio de causas y efectos, no nos exime de nuestras deudas contraídas. Estas hay que pagarlas hasta el último céntimo, aunque siempre sea mejor hacerlo desde la conciencia del buen propósito que desde la tozudez y la amargura. Dentro de ese grandioso proceso de reajuste, tus siguientes existencias resultaron muy difíciles porque en tu débito constaba mucho que rescatar, innumerables acciones a desarrollar para compensar el tremendo sufrimiento ocasionado sobre los que te habían conocido. Era de ley. Habiendo sembrado tu corazón de iniquidades, empezaste a abonar tus pagos con el nacimiento a una serie de vidas en las que morías joven, justo el tiempo que habías deducido a la existencia de otros. El camino no tenía marcha atrás y tu mente no volvió a girar más hacia un renegrido ayer. Tus promesas y el firme propósito de enmienda se fortalecieron hasta que adquiriste seguridad en tus pisadas y la bondad y la nobleza se fueron instaurando sin prisa pero sin pausa entre las paredes de tu alma. Esta evolución no pasó desapercibida para aquellos que por delegación de lo alto rigen nuestros destinos. Resultaba alentador comprobar cómo el rastro amargo de tus huellas por este mundo se tornaba en vestigios donde la misericordia y el buen hacer constituían los ejes que impulsaban tu cada vez más honesto comportamiento. Y los nobles moradores de lo invisible quisieron comprobar tu punto de implicación y el grado de consolidación de tu reforma más íntima. Fue de este modo como te plantearon un gran desafío que tú aceptaste con generosidad y entrega. Nos situamos a mediados del siglo XIX en un París que observaba en sus calles el in-

gente movimiento de sabios espíritus que se disponían a acometer un monumental reto: el de desvelar a las personas de carne y hueso la realidad de su mundo y todo lo que ello implicaba como impulso de transformación social e individual. Una joven adolescente de tan solo catorce años llamada Michelle Joubert y dotada de una potente “mediumnidad” se hallaba presta para enfrentar la misión de su vida, es decir, colaborar en el dictado que una serie de almas superiores estaban realizando para completar el contenido de una creación fundamental que revelaría al orbe nuestra existencia y la verdadera sustantividad del más allá. Plata, mi querida niña, estoy hablando de ti. ¡Qué gran prueba superaste con tu esfuerzo y tu tesón! Gracias a tu colosal trabajo y al de otro grupo de personas, vio la luz una obra esencial: “El libro de los espíritus”, un texto escrito por la mano del hombre pero promulgado desde las alturas. Yo mismo, el que te habla, había sido en el pasado una de tus víctimas, alguien afectado por tu alejamiento de la verdad y del bien, que son lo mismo. Sin embargo, siguiendo libremente los cauces de la evolución y atendiendo a la necesidad que observaba en ti de obtener apoyo externo para cambiar por dentro, decidí olvidarme del mal que me infligiste y alentar con mi acercamiento la revolución que ya se intuía en ti. ¡Dios mío, qué grande es el perdón y cuán inmensa la llanura de tu inteligencia! Por ese motivo, en aquella época de relumbre espiritual vine al mundo como primogénito de una familia en la que tú fuiste mi hermana menor. Te llevaba justo diez años y en el momento del que te hablo yo tenía veinticuatro de edad. Nuestros padres fallecieron de forma violenta poco después, por lo que gustosamente me hice cargo de ti que estabas en plena adolescencia. El que te habla ya estaba felizmente casado, tenía un buen trabajo y con mis ingresos podía albergarte en casa junto a mi esposa. Los cielos son justos y merced a ti, la antigua Michelle, yo, el otrora Emile Joubert, logró conocer en vida física lo que significaba el mundo espiritual, lo que esperaba al hombre tras su muerte y por su-

¿QUIERES SER MÉDIUM?

puesto, el sentido de la existencia. Gracias a tus desvelos de juventud, a tu trabajo como médium para completar aquel gran libro de sabiduría, a tu ejemplo de madurez aun siendo mi hermana pequeña, me dejaste impresionado con tus conocimientos, aquellos que te deslizaban en tus oídos los buenos espíritus, y logré atisbar ese lado invisible de la realidad para el que solo me bastaba la férrea voluntad de descorrer la cortina de la ignorancia. Unas fiebres acabaron contigo a tus dieciocho años. Lloré por ti como un crío que hubiera perdido a su madre, no solo por la dádiva de tus sonrisas sino por el regalo de tu presencia y de tus enseñanzas. En aquel período yo no lo sabía, pero alcanzaste el momento en el que debías amortizar otro de los pagos pendientes por tus fechorías del ayer. Bien cierto era que cada vez te restaba menos deuda por rescatar y que tu progresivo adelanto estaba a punto de cancelar tus débitos, lo que constituía una buena noticia no solo para ti sino también para los que te rodeaban. Y esta tarde, en esta habitación del hospital y junto a tu madre, doy gracias a Dios porque tu supremo instante ha llegado. Debes comprenderme; nunca te hablé de esta enfermedad que te ha consumido porque eso hubiera supuesto una gran traición por mi parte, al haberte proporcionado una información que solo hubiera servido para generar en ti una gran perturbación. Ahora has alcanzado el límite establecido para esta existencia. Ya te anticipo que esta será la última en la que abandonarás tu traje físico tan temprano. Alabada seas tú, Plata, porque has cancelado la cuenta pendiente de tu historia y has logrado devolver todo aquello que habías sustraído a tu propio progreso. Tu actuación como médium y tu entrega a los otros a través de todos los actos de buena voluntad que has llevado a cabo te avalan. Has conseguido algo esencial: equilibrar la balanza de la justicia. Has aprendido la lección a las mil maravillas y a partir de este instante tengo la certeza de que emprenderás un largo camino en el que solo acumularás méritos. No más débitos, solo amor, solo intención de hacer el bien para acelerar ese pro-

greso que el Padre pide a sus hijos. Eres libre, tuya es la decisión. Yo he sido un mero instrumento para ti dentro de ese proceso evolutivo que has realizado a lo largo de esta etapa. Cuando me encomendaron la tarea de acompañarte y cuidar de ti durante estos veintiún años suspiré de alegría, pues tan solo había espacio en mi corazón para el recuerdo, para la gratitud por todo aquello que me revelaste hace siglo y medio y que alteró para bien mi destino. Ahora que Irene nos escucha, mi querida Argentea, tengo que expresarte que ha sido para mí un verdadero honor permanecer contigo todo este tiempo y que tu conducta, a mi parecer, ha resultado intachable. En mi nombre y en el de todos los nobles espíritus que han estudiado nuestra embajada común, te doy la enhorabuena y te bendigo, porque Dios se siente satisfecho de las almas que cumplen con sus compromisos. Mi felicitación se extiende también a ti, admirada Irene, por los esfuerzos que has realizado como madre pero también por todos los conocimientos que has transmitido a los miles y miles de alumnos que han pasado por tus clases. Ahora, deberás caminar en compañía de tu esposo, que es también hombre de bien. Apoyaos el uno al otro y consuela a tu marido por la marcha de vuestra hija, pues tú has tenido acceso a una dimensión que hoy has podido experimentar y a la que tarde o temprano todos están llamados a retornar. Piensa que esta facultad temporal de poder escuchar la voz del mundo espiritual te ha sido concedida por la petición expresa de Plata, pero también por las virtudes que reúnes en tu interior. Como testigo de lo que has sentido, da ánimos y alivia a Carlos. Él te lo agradecerá. Dile asimismo que tu niña no ha muerto, que solo ha cambiado de hogar. Como habitante de esta dimensión, te puedo asegurar que para la gente de buena voluntad, la patria espiritual resulta infinitamente más reconfortante que esa tierra de pruebas en la que por necesidad, hombres y mujeres han de transitar. Por último, no puedo olvidarme del bueno de Tomás, tu novio, que durante estos años ha sido tu fiel compañero de viaje. No quise que

¿QUIERES SER MÉDIUM?

presenciara tu partida. Su corazón sensible habría sufrido aún más. Lo pasará mal, sobre todo al principio, pero rehará su vida porque no pertenecemos a ningún ser en concreto salvo a Dios y porque los lazos del amor con otras criaturas son infinitos y perpetuos. Mas nunca te olvidará, Plata. Si supieras el respeto y la admiración que él te profesa...

Transcurrieron unos segundos de sereno silencio, como si los tres participantes de aquella conversación estuvieran extrayendo sus propias conclusiones acerca de la vibrante escena vivida.

—¿Ves, mamá? ¿No es maravilloso? —expresé emocionada—. Creo que ahora entenderás mejor mi paso por la Tierra. ¡Piénsalo, de veras! ¿Qué más da que sean veinte, cuarenta o noventa años los vividos si lo que de verdad importa es haber cumplido con tus responsabilidades? Ahora, yo también me he dado cuenta de por qué ese conocimiento fluía desde mis adentros de una forma tan natural... Es que nunca estuvo fuera de mí sino que lo llevaba grabado conmigo dentro de la alforja de los tiempos.

Como madre e hija que éramos, nos abrazamos como nunca. En tan emotivo trance llegó Carlos, mi padre, el cual intuyó con rapidez el panorama que flotaba en el ambiente de la estancia, pero aquel no era el momento para que su esposa pusiera al corriente de los hechos a su adorado compañero. Tiempo habría después.

—Mamá, cuando yo esté con mis ojos cerrados, cuéntale a papá y a Tomi todo aquello de lo que has sido testigo. Fijaos, no pude licenciarme en medicina, pero mejoré la salud de muchos que es lo importante. ¡Ah, qué débil me siento ahora! Estoy muy cansada, ahora solo quiero dormir, reposar, viajar... Irene, Carlos, no os preocupéis por mí... adonde voy, estaré mejor que aquí... os doy mi palabra de hija, os lo prometo... ¡Áureo, Áureo, acércate, dame tu mano...!

Y así fue como me deslicé sobre las sábanas, me incliné sobre mi lado derecho y una larga bocanada de aire templado atravesó mis labios hasta que cerré mis ojos para despertar en el lugar donde me encuentro, un espacio donde la luz impide el paso de cualquier tipo de tinieblas. Mis antiguos pulmones ya no volvieron a inflarse y mi corazón dejó de latir lentamente hasta liberarme.

Di gracias a Dios porque mi turbación fue mínima. Durante mi tránsito terrenal estuve tanto tiempo en contacto con los habitantes del país vecino que cuando llegué a este, conocía el “idioma”, sus costumbres y cómo no, a sus pobladores. Cuando los médicos comunicaron la definitiva noticia a mis padres, me acerqué a ellos por detrás y les regalé el beso más dulce de mi vida, superior incluso al que les proporcionaba en Navidad o por mi cumpleaños. Sabía que saldrían adelante, no sin esfuerzos, pero que sus vidas no se marchitarían por el adiós de su única niña. Juntos, volverían a caminar de nuevo y mi despedida temporal tan solo reforzaría su enorme vínculo como almas. A veces, las graves dificultades de la existencia crean verdaderas simas en las parejas pero en este caso, mi “marcha” solo les empujó a sentirse más unidos que nunca.

—Pero, Ricardo ¿todavía estás aquí? ¿Acaso no te comentó Áureo que le acompañaras? Anda, hombre, ven conmigo y sígueme. ¿No ves al fondo aquella puerta luminosa? Pues venga, dame tu mano y entremos los tres.

Por fin, pude abrazar a mi ángel de tú a tú, sin temor a atravesarle por la fuerza de mis dedos, como cuando era una niña que jugaba tantas y tantas horas con él. Esta vez, los dos estábamos hechos de la misma “madera”.

FIN

